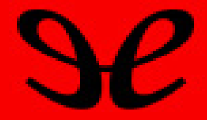
EL GRAN DELIRIO

HITLER, DROGAS Y EL III REICH



Norman Ohler



EL GRAN DELIRIO

HITLER, DROGAS Y EL III REICH



Norman Ohler



Este es un libro fundamental para conocer mejor a Hitler, por un lado; pero también para entender los éxitos militares del nazismo. Como ha dicho el gran historiador Hans Mommsen: «Norman Ohler se ocupa de una dimensión hasta ahora insuficientemente conocida del régimen nazi: la importancia del uso creciente de drogas en la sociedad nacionalsocialista». Basándose en fuentes hasta ahora no utilizadas, Ohler no sólo profundiza en la drogadicción de Adolf Hitler, a quien su médico personal mantenía activo dándole hasta 74 estimulantes distintos, sino en la difusión del uso de metanfetamina entre la población alemana, y nos descubre que se administraron millones de dosis a las tropas que habían de resistir los tremendos esfuerzos que requería la realización de las campañas de la blitzkrieg.



Norman Ohler

El gran delirio

Hitler, drogas y el III Reich

ePub r1.0
MhB 14.09.2017

Título original: *Der totale Rausch*
Norman Ohler, 2015
Traducción: Héctor Piquer Minguijón

Editor digital: MhB
ePub base r1.2



Un sistema político consagrado al naufragio se empeña instintivamente en acelerar su hundimiento.

Jean-Paul Sartre

Un prospecto a modo de prólogo

Di con el material en Coblenza, en el austero entorno del Archivo Federal de Alemania, un edificio de paneles de hormigón y piedra vista construido en los años ochenta. El legado de Theo Morell, el médico de cabecera de Hitler, me atrapó y ya no pude dejarlo. Una y otra vez hojeaba su dietario, un compendio de notas crípticas referidas a un tal «paciente A». Con una lupa intentaba descifrar una letra prácticamente ilegible. Las páginas estaban repletas de garabatos y con frecuencia aparecían anotaciones como «Inj. w. i.» o, simplemente, «x». Poco a poco me fui dando cuenta de que se referían a inyecciones diarias, sustancias extrañas y dosis crecientes.

Cuadro clínico

Todos los aspectos del nacionalsocialismo están aclarados. La enseñanza de la historia ya no presenta lagunas y los medios de comunicación se encargan de no dejar cabos sueltos. El tema se ha tratado hasta el último matiz y desde todos los ángulos. La Wehrmacht nacionalsocialista es la fuerza armada más investigada de todos los tiempos. No hay realmente nada que creamos no saber sobre esa época. El III Reich parece hermético. Cualquier intento de sacar a la luz algo nuevo sobre él tiene algo de forzado, casi ridículo. Sin embargo, no lo comprendemos todo.

Diagnóstico

Las drogas en el III Reich son un tema sorprendentemente poco conocido no solo entre el gran público, sino también por los historiadores. Trabajos

científicos y periodísticos han tratado parcialmente la cuestión, pero hasta el momento no existe ninguna visión de conjunto.[1] Faltaba una exposición amplia y bien documentada de cómo los estupefacientes marcaron los acontecimientos en el estado nazi y en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Porque si no entendemos el papel de las drogas en el III Reich ni indagamos en los estados de conciencia relacionados con ellas, nos estamos perdiendo algo.

El hecho de que hasta hoy no se haya prestado la debida atención a la influencia de las sustancias alteradoras de la conciencia en el capítulo más oscuro de la historia alemana se debe al propio concepto nacionalsocialista de «lucha antidroga», el cual establecía controles estatales sobre dichas sustancias y prohibía las drogas en general. Por ello, estas han desaparecido del campo de visión imparcial de las ciencias —en las universidades no se ha elaborado hasta hoy ningún estudio completo al respecto—, la vida económica, la conciencia pública y la observación histórica, y han sido relegadas al vertedero de la mala reputación por su relación con la economía sumergida, la adulteración, la criminalidad y la semicultura de aficionados.

Sin embargo, se puede poner remedio y acometer una interpretación de los hechos reales que esclarezca las circunstancias estructurales, que esté comprometida con lo artesanal y que, en lugar de lanzar tesis aventuradas (que serían injustas con la realidad histórica y su desilusionante crueldad), esté al servicio de una exploración detallada de los hechos históricos.[2]

Potencia del contenido

El gran delirio se mete en la piel de unos asesinos en masa ávidos de sangre y de un pueblo obediente que había que limpiar de todo veneno racial o de otra índole, y se adentra en sus venas y arterias, por las cuales no corría precisamente pureza aria, sino química alemana —bastante tóxica, por cierto—. Porque, a pesar de las prohibiciones, cuando la ideología no daba para más, se recurría sin escrúpulos a los fármacos para darse un empujoncito, tanto en las bases como en las élites. Hitler también dio

ejemplo en este sentido —incluso las fuerzas armadas recibieron ingentes provisiones de metanfetamina (el estimulante hoy conocido como *crystal meth* o *meta*) para sus campañas de conquista—. En su contacto con las drogas, los perpetradores de entonces demuestran una hipocresía cuyo desvelamiento arroja nueva luz sobre aspectos decisivos de sus actos. Cae una máscara que ni siquiera imaginábamos que existiera.

PELIGROS DURANTE LA LECTURA

Siempre se puede caer en la tentación de conceder demasiada importancia a lo que se ve con los ojos de las drogas y construir una leyenda histórica más. Por ello, hay que tener en cuenta que la historiografía nunca es solamente ciencia, sino que siempre es, además, ficción. Estrictamente hablando, en esta disciplina no hay «libros de no ficción», ya que la propia clasificación de los hechos es un proceso creativo en sí mismo —o, como mínimo, se apoya en modelos interpretativos sometidos a influencias culturales externas—. Concienciarse de que la historiografía es, en el mejor de los casos, literatura, reduce el peligro de engaño durante la lectura. Lo que aquí se presenta es una perspectiva distorsionada no convencional, con la esperanza puesta en sacar algo en claro de esta distorsión. La historia de Alemania no se refunde ni se reescribe en estas páginas, pero sí se cuenta de una manera —en el mejor de los casos— más precisa en algunos de sus episodios.

EFECTOS SECUNDARIOS

Este preparado puede provocar efectos secundarios, pero no tienen por qué afectar a todos los lectores por igual. Frecuentes o muy frecuentes: alteraciones de la visión del mundo causadas por irritación cerebral, a menudo unidas a náuseas o dolor de estómago. Estas molestias suelen ser de carácter leve y remiten durante la lectura. Ocasionales: reacciones de hipersensibilidad. Muy raros: Alteraciones graves y persistentes de la percepción. Como medida paliativa en todos los casos, prolónguese la

lectura hasta el final para que el efecto ansiolítico y anticonvulsivo alcance el objetivo sanador.

Conservación de este libro

Manténgase fuera del alcance de los niños. Fecha de caducidad sujeta al estado actual de las investigaciones.

Parte I

Metanfetamina: la droga del pueblo (1933-1938)

El nacionalsocialismo fue, literalmente, tóxico. Dejó al mundo un legado químico que hoy sigue afectándonos, un veneno que tardará en desaparecer. Aunque los nazis se las dieran de sanos y llevaran a cabo, con pompa propagandística y penas draconianas, una política antidroga ideológicamente bien apuntalada, durante el gobierno de Hitler hubo una sustancia especialmente pérfida, especialmente potente y especialmente adictiva que se convirtió en un producto de consumo popular. Legalmente, en comprimidos y bajo el nombre comercial de Pervitin, este producto tuvo un éxito arrollador en todos los rincones del imperio alemán durante la década de 1930 y, más tarde, también en la Europa ocupada, y se convirtió en una «droga popular» socialmente aceptada y disponible en cualquier farmacia. Solo a partir de 1939 se sirvió bajo prescripción médica y en 1941 fue finalmente sometida a las disposiciones de la Ley del Opio del Reich.

Su ingrediente, la metanfetamina, es actualmente una sustancia ilegal o está estrictamente reglamentada,[1] pero sus cerca de cien millones de consumidores la convierten en uno de los tóxicos más apreciados de nuestro tiempo, y la tendencia va al alza. Se elabora en laboratorios clandestinos, a menudo por químicos aficionados, generalmente adulterada y es popularmente conocida como *crystal meth*. La forma cristalina de la denominada «droga del horror» disfruta — en dosis frecuentemente elevadas y generalmente por vía nasal— de una insospechada popularidad precisamente también en Alemania, donde cada vez hay más consumidores primerizos. Este estimulante, cuyo chute es peligrosamente intenso, se consume como droga de ocio o para aumentar el rendimiento en oficinas, parlamentos y universidades. Quita el sueño y el hambre y promete euforia, pero es, sobre todo en su forma farmacéutica actual,[*] una droga nociva, potencialmente destructiva y capaz de crear adicción a pasos acelerados. Prácticamente nadie conoce su ascenso en el III Reich.

BREAKING BAD: LA COCINA DE LA DROGA DE LA CAPITAL DEL REICH

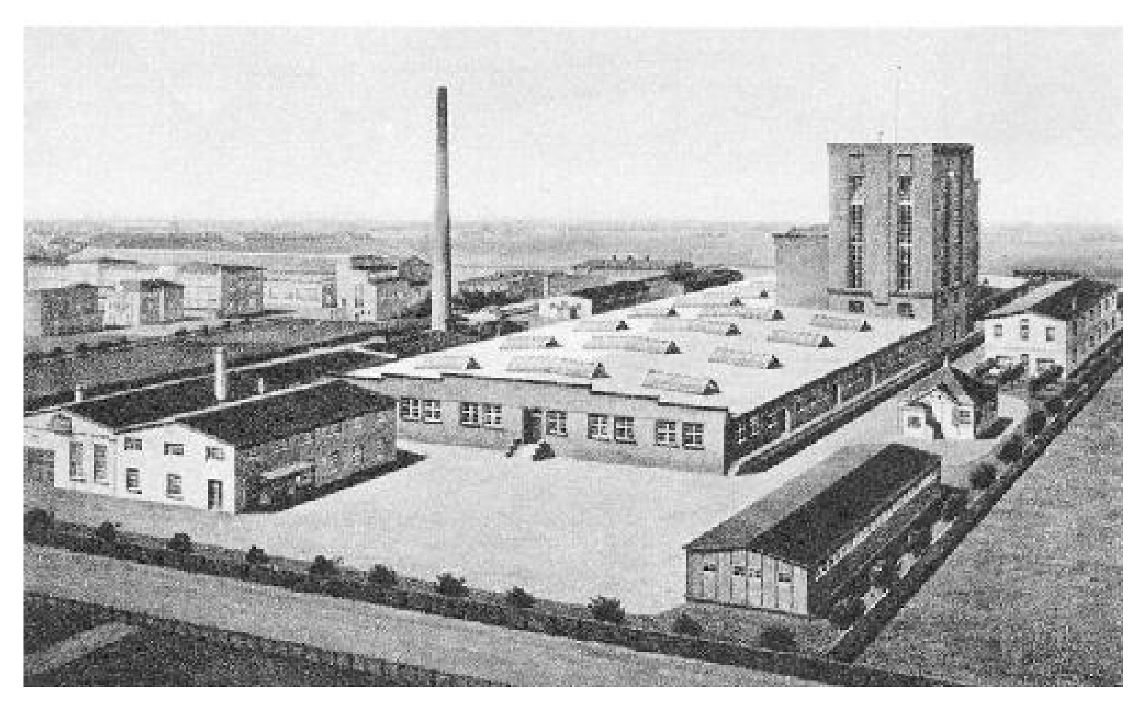
Búsqueda de huellas en el siglo XXI. Bajo un cielo estival despejado que se extiende sobre instalaciones industriales e hileras de edificios clónicos de nueva construcción, viajo en el tranvía por las afueras de Berlín en dirección sureste. Para visitar las ruinas de los laboratorios Temmler, el antiguo fabricante de la pervitina, tengo que apearme en el barrio de Adlershof, llamado hoy «el parque tecnológico más moderno de Alemania». Abandono esta especie de campus universitario y, rodeado de fábricas en ruinas, atravieso tierra de nadie urbana para adentrarme en un páramo de ladrillo desmoronado y acero oxidado.

Los laboratorios Temmler se establecieron aquí en 1931. Un año después, cuando Albert Mendel, copropietario judío de la Chemische Fabrik Tempelhof, fue expropiado, Temmler se hizo cargo de la parte de Mendel y comenzó su rápida expansión. Corrían buenos tiempos para las empresas químicas alemanas —como mínimo para las arias de pura cepa— y el sector farmacéutico vivía una época floreciente. Se buscaban sin descanso sustancias nuevas y revolucionarias que aliviaran al hombre moderno de sus dolencias y lo distrajeran de sus preocupaciones. En los laboratorios se llevaron a cabo muchos experimentos y se fijaron unos rumbos farmacológicos que hoy siguen marcando la metodología del sector.

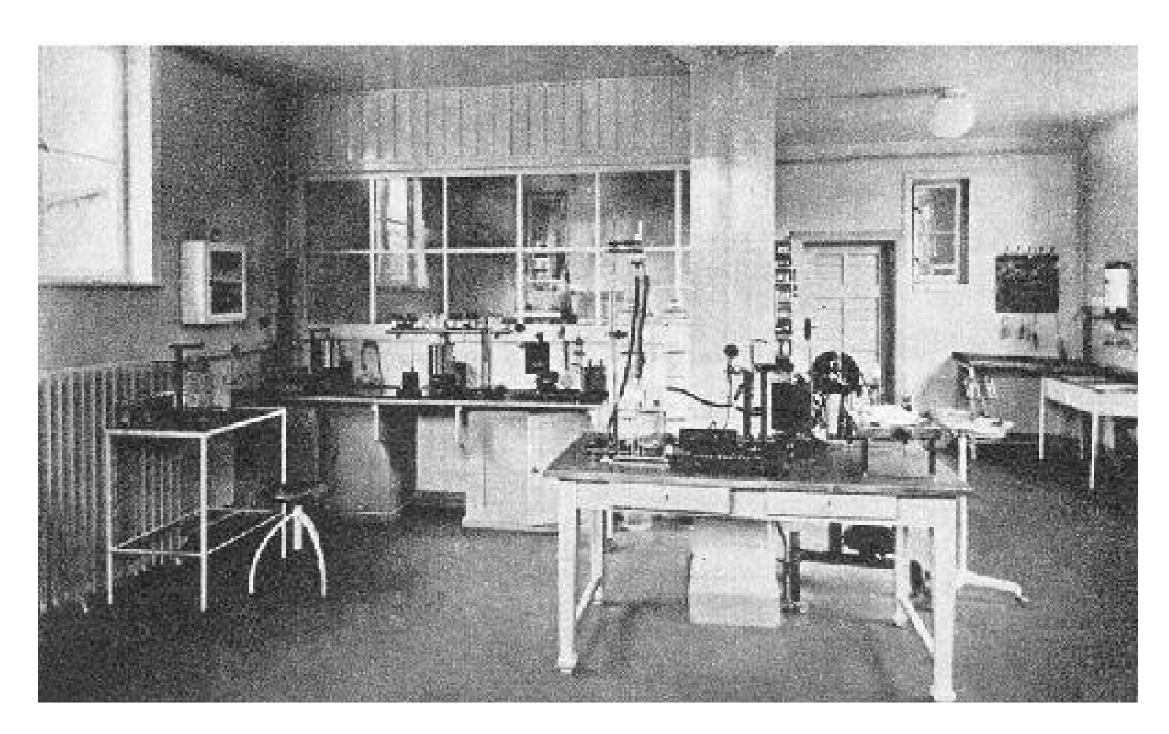
De la antigua fábrica de medicamentos Temmler en Berlín-Johannisthal solo se conservan las ruinas. Nada recuerda ya su próspero pasado, cuando entre sus paredes se prensaban millones de comprimidos de pervitina al día. El recinto empresarial está en desuso, es terreno baldío. Atravieso un aparcamiento abandonado, me adentro en un bosquecillo de maleza y sorteo

un muro sobre el que todavía hay pegados trozos de vidrio para disuadir a los intrusos. Entre helechos y matojos se alza una vieja construcción de madera que recuerda a la típica casa de la bruja de los cuentos infantiles, pero que en realidad fue el germen de la firma fundada por Theodor Temmler. Detrás de un frondoso aliso sobresale una construcción de ladrillo, también abandonada. Tiene una ventana rota, lo suficiente para que pueda entrar por ella. Un pasillo largo y oscuro atraviesa el interior del edificio, cuyas paredes y techos están invadidos por el moho y el fango. Al fondo hay una puerta medio abierta de color verde claro llena de desconchones. Detrás de ella, a la derecha, la luz del día penetra a través de dos vidrieras emplomadas industriales, totalmente reventadas. En el exterior, la vegetación es exuberante, y dentro reina el vacío. En un rincón hay un nido de aves abandonado. Las paredes están revestidas con azulejos blancos, en parte descascarillados, que llegan hasta el techo, alto, provisto de orificios circulares de extracción.

Estos muros albergaron en su día el laboratorio del doctor Fritz Hauschild, jefe de Farmacología de Temmler entre 1937 y 1941 y buscador de un nuevo tipo de medicamento, una «sustancia potenciadora del rendimiento». Esta es la cocina de la droga del III Reich. Aquí, entre crisoles de porcelana, espirales de condensación y enfriadores de vidrio, los químicos elaboraban una mercancía purísima. Las tapas de los barrigudos matraces de ebullición repiqueteaban y despedían con un silbido constante un vapor caliente de color rojo y amarillo, mientras las emulsiones chasqueaban y las manos de los químicos enfundadas en guantes blancos regulaban los percoladores. Nacía la metanfetamina. Y lo hacía con una calidad que ni en sus mejores momentos consigue el propio Walter White, el cocinero de drogas de *Breaking Bad*, la serie de televisión estadounidense que ha hecho del *crystal meth* un símbolo de nuestro tiempo.



Los laboratorios Temmler en Berlín-Johannisthal, ayer…
(© Temmler Pharma GmbH & Co KG, Marburgo.)





… y hoy.
(© arriba: Norman Ohler.)
(© abajo: Joachim Gern, Berlín.)



La expresión «breaking bad» se podría traducir como algo parecido a «cambiar de repente y hacer el mal». No sería un mal título para la historia de Alemania entre los años 1933 y 1945.

UN PRELUDIO EN EL SIGLO XIX: LA DROGA PRIMIGENIA

La dependencia voluntaria es el estado más bello.

Johann Wolfgang von Goethe

Para entender la relevancia histórica que esta y otras drogas tuvieron en los hechos sucedidos en el estado nacionalsocialista, debemos remontarnos al siglo que lo precedió. El desarrollo de las sociedades modernas está tan unido al origen y distribución de los estupefacientes como la economía lo está al progreso de la tecnología. Un punto de partida lo encontramos en 1805, año en el que Goethe escribió su *Fausto* en la Weimar clasicista y formuló por medios poéticos una de sus tesis, según la cual la propia génesis del ser humano estaría inducida por las drogas: modifico mi cerebro, luego existo. Simultáneamente, en la menos glamurosa Paderborn, en Westfalia, el ayudante de farmacia Friedrich Wilhelm Sertürner experimentaba con la adormidera, cuyo espeso jugo, el opio, alivia el dolor como ninguna otra sustancia. Así, mientras Goethe intentaba averiguar por la vía poético-dramática qué era lo que lo que mantenía unido al mundo en lo más íntimo, Sertürner se proponía resolver un problema concreto y milenario que afectaba a la especie en la misma medida —como mínimo— que el de Goethe.

La concentración del principio activo presente en el opio puede variar en función de las condiciones de crecimiento de la planta. Este hecho

supuso un reto para el genial químico de apenas veintiún años de edad: unas veces, el jugo amargo de la adormidera no aliviaba el tormento lo suficiente, y otras, se obtenían sobredosis no deseadas e intoxicación. Sin ayuda de nadie, igual que Goethe consumiendo láudano —el preparado medicinal opiáceo— en su aposento de poeta, Sertürner hizo un descubrimiento sensacional: consiguió aislar la morfina, el principal alcaloide del opio, una especie de Mefistófeles farmacológico que transforma el dolor en bienestar como por arte de magia. El hallazgo no solo supuso un punto de inflexión en la historia de la farmacología, sino que fue uno de los acontecimientos más importantes del incipiente siglo XIX, por no decir de la historia de la humanidad. El dolor, ese inquietante compañero de viaje, podía por fin ser mitigado, incluso eliminado, gracias a una dosis precisa. Farmacias de toda Europa cuyos boticarios se habían limitado hasta entonces, según su leal saber y entender, a hacer bolitas con los ingredientes que sacaban de sus propios huertecillos de especias o de las remesas de las herboristas, se convirtieron en cuestión de pocos años en verdaderas manufacturas donde se establecieron estándares farmacológicos.[*] La morfina no solo encerraba el consuelo para cualquier azote de la vida, sino también un negocio de enormes proporciones.

En Darmstadt, el propietario de la farmacia Engel, Emanuel Merck, se distinguió como pionero de esta tendencia y postuló en 1827 como filosofía empresarial la voluntad de suministrar alcaloides y otros fármacos siempre con la misma calidad. Fue el nacimiento no solo de la todavía hoy próspera firma Merck, sino también de la industria farmacéutica alemana en general. Con la invención hacia 1850 de la jeringa, la marcha triunfal de la morfina ya no se detendría. Este analgésico se empleó masivamente en la guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) y en la guerra franco-prusiana (1870-1871), donde los chutes de morfina estaban a la orden del día.[2] Su influencia fue decisiva, tanto para bien como para mal. Para bien, porque conseguía apaciguar el suplicio de los heridos graves; para mal, porque ello hacía posibles las guerras a una escala aún mayor, ya que los soldados que antes quedaban inútiles por un tiempo prolongado a causa de una herida, ahora podían recobrar fuerzas y ser devueltos a la primera línea de fuego.

Con la morfina, la evolución de los métodos de analgesia y aturdimiento —con fines anestésicos o no— alcanzó un clímax decisivo que afectó en la misma medida a ejércitos y sociedad civil. Del obrero al aristócrata, la supuesta panacea se impuso por todo el mundo, desde Europa y Asia hasta América. En aquella época, en los *drugstores* diseminados por Estados Unidos de costa a costa se ofrecían sin receta dos sustancias particularmente activas: por un lado, se servían zumos con morfina como sedantes y, por otro, se administraban cócteles con cocaína (como, al principio, el vino Mariani —un burdeos con extracto de coca— o la Coca-Cola)[*][3] para combatir el desánimo, como euforizante hedonista o como anestesia local. Pero esto solo fue el principio. Rápidamente, la naciente industria quiso diversificarse y tuvo que crear nuevos productos. El 10 de agosto de 1897, Felix Hoffmann, químico de la empresa Bayer, sintetizó el ácido acetilsalicílico a partir de un principio activo de la corteza de sauce. El producto se lanzó al mercado bajo el nombre comercial de Aspirin y conquistó el globo. Once días después, el mismo investigador inventó la que sería la primera droga de diseño, otra sustancia que también causaría furor en todo el mundo: la diacetilmorfina, un derivado de la morfina. Salió a la venta con el nombre de Heroin y comenzó su marcha triunfal. «La heroína es un bonito negocio», pronosticaron orgullosos los directores de Bayer, quienes comercializaron el medicamento para combatir el dolor de cabeza, el malestar e, incluso, como jarabe infantil contra la tos. También sostenían que hasta los lactantes podían tomarlo en caso de cólico intestinal o problemas de sueño.[4]

El negocio iba viento en popa no solo para Bayer. Otros bastiones de la farmacología moderna también se establecieron en el último tercio del siglo XIX a lo largo del Rin. Desde el punto de vista estructural, los astros se alinearon: por un lado, debido a la fragmentación territorial, en el imperio alemán no había suficiente capital bancario ni predisposición a correr grandes riesgos inversores. Por otro lado, esto era precisamente lo que al sector farmacéutico le interesaba, ya que, a diferencia de la industria pesada tradicional, los fármacos requerían muy poca maquinaria y materia prima. Es decir: invirtiendo poco también se podía ganar mucho. Lo más importante era la intuición y los conocimientos, y Alemania, país rico en

capital humano, disponía de un plantel prácticamente inagotable de químicos e ingenieros excelentemente formados que se alimentaba del entonces mejor sistema educativo del mundo. La red de universidades y escuelas técnicas superiores era modélica: la ciencia y la economía trabajaban mano a mano. Se investigaba a toda marcha y se desarrollaba un sinnúmero de patentes. Antes del cambio de siglo, Alemania ya se había convertido, como industria química, en «el laboratorio del mundo», y el sello *Made in Germany*, en un distintivo de calidad en lo relativo a las drogas.

ALEMANIA, PAÍS DE DROGAS

La situación tampoco cambió después de la primera guerra mundial. Mientras Francia y el Reino Unido podían proveerse de estimulantes como el café, el té, la vainilla o la pimienta y otros remedios naturales gracias a sus colonias de ultramar, Alemania, que había perdido sus posesiones extraterritoriales —comparativamente escasas— en virtud del tratado de Versalles, tuvo que encontrar otros caminos o, mejor dicho, producirlos artificialmente. Y es que el país necesitaba excitantes: la derrota en la Gran Guerra había dejado heridas profundas y causado todo tipo de daños, tanto físicos como psicológicos. En la década de 1920, las drogas fueron ganando cada vez más importancia para la afligida población que habitaba Alemania desde el mar Báltico a los Alpes. Y el *know how* necesario para producirlas estaba disponible.

El rumbo hacia una industria farmacéutica moderna estaba, pues, marcado. Muchas de las sustancias químicas que hoy conocemos se desarrollaron y patentaron en un breve lapso de tiempo. Las empresas alemanas que copaban los primeros puestos del mercado mundial no solo producían la mayoría de medicamentos, sino que también suministraban a todos los rincones del mundo la mayor parte de los ingredientes químicos necesarios para su elaboración. Nacía una *new economy*, un *chemical valley* entre Oberursel y la Selva de Oden. De la noche a la mañana, pequeños negocios que nadie conocía prosperaron y se convirtieron en empresas influyentes. En 1925, las grandes fábricas químicas se fusionaron en el conglomerado IG Farben y crearon, de golpe, uno de los consorcios más poderosos del mundo con sede en Fráncfort. Sobre todo los opiáceos seguían siendo una especialidad alemana. En 1926, el país encabezaba la

lista de estados productores de morfina y era líder mundial en exportación de heroína: el 98 % de la producción iba al extranjero.[5] Entre 1925 y 1930 se fabricaron 91 toneladas de morfina, un 40 % de la producción mundial.[6] En 1925, Alemania firmó, con reticencias y obligada por el tratado de Versalles, un acuerdo internacional de la Sociedad de Naciones sobre el control del opio destinado a regular el tráfico de la sustancia. Su ratificación en Berlín no se produjo hasta 1929. Antes, en 1928, la industria de alcaloides alemana todavía refinaría doscientas toneladas de opio.[7]

Los alemanes también fueron líderes en otra sustancia: las empresas Merck, Boehringer y Knoll dominaron el 80 % del mercado mundial de la cocaína. La que se elaboraba en los laboratorios Merck de Darmstadt era considerada la mejor en todo el planeta; hasta los chinos piratearon el producto e imitaron las etiquetas.[8] Hamburgo era el principal centro europeo de distribución de cocaína bruta: cada año se importaban legalmente miles de kilos a través de su puerto. Así, por ejemplo, Perú transportaba a Alemania la práctica totalidad de su producción anual de cocaína bruta (más de cinco toneladas) para procesarla. El influyente Comité del Opio y la Cocaína, en el cual se habían agrupado los fabricantes de drogas alemanes para representar los intereses del sector, trabajó incansablemente para estrechar lazos entre el gobierno y la industria química. Dos cárteles formados por sendos puñados de empresas se repartieron, en virtud de otro acuerdo de cártel, el lucrativo mercado «en todo el mundo»:[9] eran la Convención de la Cocaína y la Convención del Opio. Merck ocupaba puestos ejecutivos en ambas organizaciones.[10] La joven República, bañada en sustancias estupefacientes y alteradoras de la conciencia, suministraba heroína y cocaína a todos los rincones de la Tierra y se erigía en camello global.

Los químicos años veinte

Este desarrollo científico y económico también se reflejó en el espíritu de la época. Los paraísos artificiales estaban en boga en la República de Weimar. La gente prefería evadirse a mundos ficticios en vez de encarar una realidad a menudo muy poco halagüeña, un fenómeno que definía a la perfección, tanto política como culturalmente, la primera democracia creada en suelo alemán. La población no quiso reconocer los verdaderos motivos de la derrota en la primera guerra mundial y suprimió de sus conciencias la corresponsabilidad del *establishment* nacional-imperial en el fiasco bélico. Se había extendido la dañina leyenda de lo que entonces se llamó «la puñalada por la espalda», es decir, la creencia de que el ejército alemán cayó derrotado única y exclusivamente porque había sido saboteado desde el propio país, concretamente, por las izquierdas.[11]

Estas tendencias de huida de la realidad se traducían con frecuencia en odio puro y exceso cultural. La novela *Berlín-Alexanderplatz* de Alfred Döblin no fue la única obra literaria que retrató la capital alemana de posguerra como la Ramera de Babilonia, con un inframundo, el más miserable de todas las ciudades, buscando la redención en las peores formas de desenfreno imaginables, incluidos, por supuesto, los estupefacientes. «¡La vida nocturna berlinesa, chico-chico, el mundo no ha visto nada igual! Una vez tuvimos un ejército estupendo. ¡Ahora tenemos perversiones estupendas!», escribió Klaus Mann.[12] La ciudad del río Spree se convirtió en sinónimo de depravación. Cuando el marco cayó en picado debido a la gigantesca ampliación monetaria destinada a saldar la deuda del país y, en el otoño de 1923, se cotizó al inconcebible tipo de cambio de 4,2 billones

por dólar estadounidense, todos los valores morales se hundieron junto con la moneda.

El delirio toxicológico lo impregnaba todo. La actriz y bailarina Anita Berber, un icono de la época, bañaba pétalos de rosa blanca en cloroformo y éter y los chupaba a la hora del desayuno: *wake and bake*. En los cines se proyectaban películas sobre la cocaína o la morfina y en las esquinas se podía conseguir cualquier droga sin necesidad de receta. Al parecer, el 40 % de los médicos berlineses eran morfinómanos.[13] En el barrio de Friedrichstadt, comerciantes chinos procedentes de la antigua concesión colonial de Kiau Chau regentaban fumaderos de opio y en las trastiendas del distrito de Berlín-Mitte se abrían locales nocturnos. Traficantes repartían octavillas cerca de la estación de Anhalt para informar de las fiestas ilegales y las llamadas «noches de la belleza». Clubes de grandes dimensiones, como el famoso Haus Vaterland de la Potsdamer Platz o el salón de baile Resi de la Blumenstrasse —célebre por la promiscuidad desenfrenada que encerraban sus paredes— y otros establecimientos de menor aforo, como el Kakadu-Bar o el Weisse Maus, en cuya entrada se repartían máscaras para asegurar el anonimato de los clientes, atraían a las masas ávidas de diversión. Una forma precursora de turismo de ocio y drogas procedente de los países occidentales vecinos y Estados Unidos se instauró en Berlín porque allí era todo tan excitante como asequible.

Perdida la guerra mundial, todo estaba permitido, y la metrópolis se transformó en la capital europea de la experimentación. Carteles pegados en los muros de los edificios advertían llamativamente con letra expresionista: «Berlín, detente. ¡Recuerda que estás bailando con la muerte!». La policía dejó de perseguir. La alteración del orden fue, al principio, esporádica y, después, crónica. La cultura de la diversión llenaba el vacío tan bien como podía, como refleja esta canción popular de la época:

Antes, por momentos, el alcohol,
ese néctar despiadado,
a un placer caníbal nos llevó,
pero ahora sale caro.
Y por eso en Berlín nos pirra
la cocaína y la morfina

aunque afuera truene y caigan rayos,
¡esnifamos y nos chutamos! ...
En el restaurante, el camarero
sirve frasquitos de coca,
y a un mundo más ameno
te trasladas unas horas;
la morfina surte efecto (subcutánea)
en el órgano central, instantánea,
para encender los ánimos
¡esnifamos y nos chutamos!
Los fármacos están prohibidos
por la ley de los de arriba,
pero lo que el gobierno ha abolido,
es con lo que hoy se trafica.
Así la euforia fácilmente surge
y aunque el Mal nos desplume
con los ojos cerrados
¡nos chutamos y esnifamos!
Y se chutan en el manicomio
y esnifan hasta morir.
¡Oh, Dios mío, qué peor encomio
en este mundo vivir!
Pues una gran casa de locos
es Europa de todos modos,
y en el Paraíso gusta hacer parada
¡a base de chutes y esnifadas![*][14]

En 1928, solamente en Berlín se vendieron legalmente con receta 73 kilos de morfina y heroína en las farmacias.[15] Quien se lo podía permitir, consumía cocaína, el arma definitiva de intensificación del presente. Era esnifar y notar lo que Goethe había puesto en boca de Fausto para referirse al momento: «¡Detente! ¡Eres tan bello!». La coca se extendió por todas partes y se erigió en símbolo de una época de desenfreno. Compitiendo por hacerse con el poder en las calles, comunistas y nazis, en la misma medida, la estigmatizaron como el «veneno de la degeneración». Las reacciones a la oleada de desinhibición se multiplicaron. La ultraderecha nacionalista decía pestes de la «decadencia moral», pero también del bando conservador salían ataques similares. Incluso cuando se aceptó con orgullo el ascenso de Berlín a la categoría de metrópolis cultural, hasta la burguesía, que en los años

veinte perdía categoría social, mostraba su desconcierto condenando radicalmente la cultura de diversión y masas, a la que tachaba de decadentemente occidental.

Pero la peor campaña en contra de la búsqueda de salvación farmacológica durante la época de Weimar llegó del bando nacionalsocialista. Su indisimulado alejamiento del sistema parlamentario, de la despreciada democracia *per se*, así como de la cultura urbana de una sociedad en proceso de apertura, halló una vía de expresión en la verborrea identitaria en contra de la coyuntura de supuesto envilecimiento en la que se hallaba la odiada «república judía».

Los nazis tenían a punto su propia receta para la sanación del pueblo y prometían curación ideológica. Para ellos, el único éxtasis legítimo que podía haber era el nacionalsocialista, porque el nazismo también aspiraba a una coyuntura trascendente: el mundo imaginario nazi al que había que atraer a los alemanes utilizó desde el principio técnicas enajenadoras para movilizar a las masas. Como ya se apuntaba en el incendiario escrito de Hitler *Mi lucha*, las decisiones cruciales para la historia universal debían imponerse en una coyuntura de entusiasmo extático o, en caso necesario, de histeria. El NSDAP, el partido de los nacionalsocialistas, persuadía, por un lado, utilizando argumentos populistas y, por otro, organizando desfiles de antorchas, consagraciones de banderas, manifestaciones exaltadoras y discursos públicos destinados a generar un estado de éxtasis colectivo. A estos se añadieron los «delirios de violencia» de las SA (la sección de asalto del NSDAP) durante el *Kampfzeit* (el «período de lucha» o ascenso al poder de los nazis), con frecuencia alimentados por el consumo abusivo de alcohol.[*] El nacionalsocialismo rechazaba la *Realpolitik* como simple política de regateo carente de heroicidad y llamaba a sustituirla por una especie de estado de éxtasis social.[16] Si, desde un análisis psicohistórico, se puede considerar la República de Weimar como una sociedad de suplantadores de la anterior monarquía, entonces sus supuestos antagonistas, los nacionalsocialistas, fueron la punta de lanza de esta corriente. Odiaban las drogas porque querían producir el mismo efecto que ellas.

CAMBIO DE PODER, CAMBIO DE SUSTANCIAS

... mientras el abstinente Führer calla.[17]

Günter Grass

El círculo más próximo a Hitler consiguió que, ya en la época de Weimar, arraigara la idea del trabajador incesante que ponía su existencia completamente al servicio de «su» pueblo. Un líder intocable con la única y exclusiva tarea hercúlea de atajar los problemas y contradicciones sociales y suavizar las consecuencias negativas de una guerra mundial perdida. Un compañero de armas de Hitler lo explicó así en 1930: «Se entrega en cuerpo y alma, y disciplina tanto su cuerpo que no podemos quejarnos. No fuma ni bebe, come casi exclusivamente verdura fresca y no se acerca a ninguna mujer».[18] Según este retrato, Hitler no tomaba café, lanzó su último paquete de cigarrillos al Danubio a su paso por Linz al finalizar la primera guerra mundial y, desde entonces, ningún otro veneno entró en su cuerpo.

«Nosotros, los abstinentes, tenemos, dicho sea de paso, un motivo especial para estar agradecidos a nuestro Führer si pensamos en lo modélica que puede ser para todos su conducta personal y su opinión con respecto a las drogas», decía un comunicado de una asociación de abstinentes.[19] El canciller imperial era, al parecer, una persona pura, enemiga de los placeres mundanos y sin vida privada. Una existencia marcada por una supuesta renuncia y un sacrificio constante. Todo un modelo de vida sana. La leyenda del Hitler abstinente y enemigo de las drogas que aplaza sus

necesidades personales fue un elemento esencial de la ideología nacionalsocialista y no dejó de escenificarse en los medios de comunicación de masas. Se creó un mito que arraigó no solo en la opinión pública, sino también en los pensadores críticos, y que hoy todavía resuena. Un mito que hay que deconstruir.

Tras la toma del poder el 30 de enero de 1933, los nacionalsocialistas asfixiaron en poco tiempo la exaltada cultura del ocio de la República de Weimar con todas sus luces y sombras. Las drogas se prohibieron porque permitían experimentar irrealidades distintas de las nacionalsocialistas, y tales «venenos seductores»[20] no podían tener cabida en un sistema donde solo el Führer estaba llamado a seducir. El camino tomado por los gobernantes en su lucha —por llamarla de algún modo— contra las drogas no fue tanto endurecer una Ley del Opio heredada de la época de Weimar,[21] sino crear varias disposiciones de nuevo cuño al servicio de la idea fundamental nacionalsocialista de «higiene racial». Al concepto «droga», que en su tiempo había tenido el significado totalmente neutro de ‘planta seca’,[*] se le atribuyeron valores negativos. El consumo fue estigmatizado y —con la ayuda de departamentos de policía criminal oportunamente creados a toda prisa— castigado de la forma más severa posible.

Este nuevo acento cuajó ya en noviembre de 1933, cuando el Reichstag nazificado aprobó una ley que permitía internar forzosamente a personas adictas en un establecimiento cerrado por un período de hasta dos años, con la posibilidad de prolongar la estancia de manera ilimitada por decisión judicial.[22] Otras medidas preveían que los médicos que consumieran estupefacientes fueran sancionados con una inhabilitación de hasta cinco años. Por otro lado, la obligación del secreto profesional médico fue revocada para poder llevar un registro de consumidores de sustancias ilegales. El presidente del Colegio de Médicos de Berlín dispuso que los profesionales debían dar un «aviso de drogas» cada vez que administrasen narcóticos a un paciente durante más de tres semanas, aduciendo que «la seguridad pública está amenazada por prácticamente cada caso de abuso crónico de alcaloides».[23] Cuando llegaba un aviso de este tipo, dos peritos evaluaban al afectado. Si la valoración de su disposición genética era «correcta», se le sometía bruscamente a una desintoxicación forzosa.

Mientras en la República de Weimar se habían preferido períodos de desenganche más lentos o suaves, en el III Reich se optó por escarmentar al adicto y no ahorrarle el sufrimiento del síndrome de abstinencia.[24] Y si los resultados del examen de disposición genética eran negativos, un tribunal podía ordenar el ingreso por tiempo indefinido. Los consumidores de drogas también solían acabar en campos de concentración.[25]

Además se exhortó a todos los alemanes a «comunicar observaciones sobre familiares y conocidos que padezcan alguna drogadicción para poner remedio inmediato»[26] y se crearon ficheros de personas para poder llevar un registro completo. Así, los nazis no tardaron en hacer de su particular lucha contra los estupefacientes un instrumento para construir un estado espía. En cada rincón del Reich, la dictadura puso en práctica lo que ella misma denominó «gestión sanitaria». En cada región administrativa del NSDAP había un Grupo de Trabajo para la Lucha Antidroga en el que, formando un amplio entramado, trabajaban médicos, farmacéuticos, miembros de la Seguridad Social, la justicia, las fuerzas armadas y la policía, así como de la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista. Los hilos de esta extensa red confluían en el Servicio de Salud del Reich en Berlín, en el Departamento Principal 2.º del Comité del Reich para la Salud Popular. Desde allí se postuló un «deber sanitario» destinado a la «contención total de todos los daños detectables de índole corporal, mental y social que pudieran originarse a través del abuso tanto de sustancias tóxicas ajenas a la especie como del tabaco y el alcohol». La publicidad de cigarrillos se limitó considerablemente y el consumo de drogas se prohibió para «erradicar los últimos resquicios de ideal de vida internacional existentes en nuestro pueblo».[28]

– Zentralkartei –

Nummernreiter bedeuten:

1 Händler [inländische]	10 Betrüger u. Etikettfälscher	19 Händler [internationale]
2 Verbraucher	11 Suchtgefährdete	20 Dicodidsüchtige
3 Kokainsüchtige	12 Ärzte [allgemein]	21 Kriegsbeschädigte
4 Sonstige Süchtige	13 Apotheker [allgemein]	22 Künstler
5 Rezeptfälscher	14 Apotheker [Verstöße gegen d. VVO]	23 Heil-u. Pflegepersonal
6 Rezeptdiebe	15 Dolantinsüchtige	24
7 Btm.-Diebe u. Einbrecher	16 Pervitinsüchtige	25 Berufsuntersagung
8 Pantoponsüchtige	17 Opiumsüchtige	26 Eukodalsüchtige
9 Ärzte [Vielverschreiber]	18 Morphiumsüchtige	27
		28 Selbstmörder

Farbige Reiter bedeuten:

Lila: Juden
Rot: Zur Entziehungskur Untergebrachte
Gelb: Berliner Täter aus den Jahren 1927–36
Grün: Nach 1931 Süchtiggewordene
Schwarz: In polizeiliche Vorbeugungshaft genommene Täter
Blau:

Una ficha de registro de la Central del Reich para la Lucha contra los Delitos por Estupefacientes podía decidir entre la vida y la muerte.[27]

(© Bundesarchiv Berlin.)

En el otoño de 1935, en virtud de la Ley de Salud Matrimonial, se prohibieron las bodas en las que uno de los contrayentes padeciera un «trastorno mental». Los adictos a narcóticos fueron automáticamente incluidos en esta categoría y estigmatizados como «personalidades psicópatas». Esta prohibición de contraer matrimonio tenía como objetivo impedir el «contagio del cónyuge, así como el potencial adictivo hereditariamente condicionado» en los hijos, ya que se había encontrado «una elevada cantidad de desviaciones mentales en descendientes de drogadictos».[29] La Ley de Prevención de la Descendencia con Enfermedades Hereditarias acarreó la brutal consecuencia de la

esterilización forzosa: «Por motivos de higiene racial, debemos velar por apartar de la reproducción a los adictos de alto grado».[30]

Pero lo peor estaba por llegar. Haciendo un uso propagandístico del concepto de eutanasia, en los primeros años de la segunda guerra mundial fueron asesinados «enfermos mentales criminales» entre los que se incluyó también a personas consumidoras de drogas. La cifra de muertes por este motivo no se ha podido calcular,[31] pero sí se sabe que un factor que determinaba el destino de un evaluado era el dictamen reflejado en las fichas de registro: un signo más (+) significaba inyección letal o cámara de gas; un signo menos (-), aplazamiento. Si la eliminación se efectuaba por sobredosis de morfina, esta procedía en ocasiones de la Central del Reich para la Lucha contra los Delitos por Estupefacientes, la primera autoridad policial antidroga de ámbito nacional, creada en 1936 a partir de la Brigada Antivicio de Berlín. Según se cuenta, entre los médicos encargados de seleccionar a las víctimas reinaba una «solemnidad embriagadora».[32] Así, la política antidroga sirvió de vehículo de exclusión, represión e, incluso, exterminio de grupos marginales y minorías.

UNA POLÍTICA ANTIDROGA Y ANTISEMITA

El judío ha intentado, por los medios más astutos, intoxicar la mente y el espíritu del ser humano alemán y dirigir el pensamiento por unos derroteros agermánicos que solo conducen a la perdición … Esta infección judía podría causar una enfermedad nacional y provocar la muerte nacional. Eliminarla por completo del cuerpo de la nación también es un deber de la gestión sanitaria.[33]

Ärzteblatt für Niedersachsen (Boletín médico de la Baja Sajonia), 1939

La terminología racista del nacionalsocialismo estuvo marcada desde el principio por el tópico del tóxico y las metáforas de la infección y el veneno. Se comparaba a judíos con bacilos o gérmenes patógenos y se decía de ellos que eran sustancias extrañas que envenenaban el Reich y enfermaban el organismo social sano, y que por ello había que apartarlos o eliminarlos. Hitler lo anunció así: «Ya no hay más compromiso porque sería veneno para nosotros mismos».[34]

El veneno estuvo realmente en el lenguaje que deshumanizó a los judíos como fase previa a su posterior asesinato. Las leyes raciales de Núremberg de 1935 y la introducción del pasaporte genealógico ario pusieron de manifiesto la reivindicación de la pureza de una sangre que, para los nacionalsocialistas, era el bien más preciado y necesitado de protección que poseía el pueblo. Así, entre el acoso antisemita y la política antidroga surgió un espacio intermedio donde no era la dosis lo que determinaba el veneno, sino su condición foránea, tal como evidencia una frase, tan acientífica como fundamental, del libro *Magische Gifte* («Venenos mágicos»),

utilizado entonces con frecuencia como obra de referencia: «El mayor efecto tóxico siempre lo despliegan las sustancias embriagadoras ajenas al país y la raza».[35] Judíos y drogas se fundieron en una unidad tóxica e infecciosa que amenazaba a Alemania: «Durante décadas ha estado el bando judeomarxista intentando convencer a nuestro pueblo de que “tu cuerpo te pertenece”, dando a entender que en las reuniones de hombres entre sí, o entre hombres y mujeres, es posible beber cualquier cantidad de alcohol, incluso a costa de la salud del cuerpo. Esta concepción judeomarxista es incompatible con la germánico-alemana, según la cual nosotros somos los portadores del eterno patrimonio hereditario de los ancestros y, por consiguiente, nuestro cuerpo pertenece a la estirpe y al pueblo».[36]

El inspector de policía y capitán de las SS Erwin Kosmehl, director de la Central del Reich para la Lucha contra los Delitos por Estupefacientes a partir de 1941, siguió esta misma línea argumental cuando sostuvo que «los judíos ocupan un lugar destacado» en el mercado mundial de las drogas y que su labor policial consistía en «neutralizar a los criminales internacionales, cuyas raíces se remontan no pocas veces al judaísmo».[37] La Oficina de Política Racial del NSDAP afirmó que el carácter judío era drogadicto *per se* y que el judío intelectual de la gran ciudad prefería la cocaína o la morfina para calmar sus siempre «excitados nervios» y procurarse una sensación de paz y seguridad interior. De los médicos judíos se pregonaba que entre ellos «prolifera extraordinariamente el morfinismo».[38]

En el libro infantil antisemita *Der Giftpilz* («La seta venenosa»),[39] los nacionalsocialistas mezclaron judíos y drogas —sus prototipos del enemigo— en una obra de propaganda de la higiene racial que fue muy leída en escuelas y dormitorios infantiles a lo largo y ancho del Reich. La historia era ejemplarizante y el mensaje no dejaba lugar a dudas: había que deshacerse de las peligrosas setas venenosas.

Las estrategias selectivas de la lucha antidroga iban dirigidas contra un extraño percibido como amenazador con el fin de excluir a todos los que no se ajustaran al ideal social. Precisamente por ello, estas estrategias tenían automáticamente una connotación antisemita en el nacionalsocialismo.

Cualquiera que consumiera drogas padecía una «peste extranjera».[40] Los vendedores de estupefacientes eran tachados de faltos de escrúpulos, codiciosos o carentes de sangre alemana; el consumo de drogas se veía como un acto «racialmente inferior» y la criminalidad vinculada al mismo se consideraba una de las mayores amenazas para la sociedad.



„Wie die Giftpilze oft schwer von den guten Pilzen zu unterscheiden sind,
so ist es oft sehr schwer, die Juden als Gauner und Verbrecher zu erkennen ..."

En los libros infantiles también se mezclaba lucha antidroga y antisemitismo. (Texto de la

En los libros infantiles también se mezclaba lucha antidroga y antisemitismo. (Texto de la imagen: «Tan difícil es diferenciar las setas comestibles de las venenosas, como distinguir si un judío es un estafador o un criminal»).

(© De Hiemer, Ernst, *Der Giftpilz: ein Stürmerbuch für Jung und Alt*, Núremberg, 1938.)

Espanta lo familiares que resultan, todavía hoy, algunos de estos conceptos. Hemos conseguido acabar con otras monstruosidades léxicas del nacionalsocialismo, pero seguimos teniendo íntimamente interiorizada la terminología de la lucha antidroga. Hoy ya no se habla de judíos contra alemanes, pero sí de peligrosos camellos que vienen de otras culturas. Y la cuestión sumamente política de si nuestro cuerpo nos pertenece a nosotros o a un entramado jurídico-social de intereses político-sociosanitarios sigue siendo virulenta.

EL MÉDICO DE LOS FAMOSOS

«JUDÍO», pintó alguien una noche de 1933 sobre la placa de un consultorio médico en la Bayreuther Strasse del barrio berlinés de Charlottenburg. A la mañana siguiente, el nombre del facultativo, un especialista en enfermedades cutáneas y venéreas, ya no figuraba en la placa, sino solamente el horario de consulta: «Laborables de 11 a 1 y de 5 a 7, excepto jueves por la tarde». El rollizo y calvo doctor Theodor Morell reaccionó al ataque contra su consultorio de una forma tan miserable como habitual:[41] ingresando a toda prisa en las filas del NSDAP para evitar agresiones parecidas en el futuro. Morell no era judío, pero su tez oscura había levantado sospechas equivocadas entre los miembros de las SA.

Poco después de inscribirse como camarada del partido, el consultorio funcionó mejor que nunca. Pronto necesitó más espacio y se mudó a las imponentes estancias de un suntuoso edificio de estilo *Gründerzeit*, la época de los fundadores de empresas del siglo XIX, situado en la esquina de la lujosa avenida Kurfürstendamm con la Fassanenstrasse. Morell tuvo claro hasta el final que para ganar había que participar. Entretanto, al orondo galeno natural de Hesse la política le traía sin cuidado. Su existencia cobraba sentido con la satisfacción de ver a un paciente sintiéndose mejor después de un tratamiento, pagando religiosamente la minuta y volviendo al consultorio lo antes posible. Para asegurarse de que así fuera, Morell había desarrollado una serie de estrategias que le permitían aventajar al resto de médicos de la Ku'damm con los que competía para atraer clientela. De hecho, su consultorio privado no tardó mucho en convertirse en uno de los más lucrativos de la mitad oeste de la ciudad. Equipado con diatermia, baño hidroeléctrico, máquinas de radiación y el aparato de rayos X de alta

frecuencia más avanzado del momento —todo ello adquirido al principio con el patrimonio de su esposa Hanni—, la consulta de este ex médico naval destinado en el trópico, reconvertido con el tiempo en toda una celebridad en la capital del Reich, era un continuo ir y venir de famosos. Desde el boxeador Max Schmeling o la compañera sentimental del actor y cantante Hans Albers hasta la actriz Marianne Hoppe, pasando por varios condes y embajadores, deportistas de éxito, peces gordos de las finanzas, eminencias científicas, políticos y medio mundo de la farándula, todos acudían en peregrinación al doctor Morell, especialista en métodos de tratamiento innovadores o —como decían las malas lenguas— en el tratamiento de enfermedades inexistentes.

Precisamente ahí había un campo en el que el egocéntrico y taimado médico de moda fue pionero: las vitaminas. Entonces todavía no se sabía mucho de esta ayuda invisible que el cuerpo no puede producir, pero que necesita desesperadamente en determinados procesos metabólicos. En casos de estado carencial, los complejos vitamínicos inyectados directamente en la sangre tienen un efecto milagroso. Precisamente en esto se basaba la estrategia de Morell para no dejar a sus pacientes en la estacada. Y cuando las vitaminas no bastaban, añadía algún estimulante circulatorio en el combinado inyectable, para los varones quizá algo de testosterona con efecto anabolizante que aumentara la estructura muscular y la potencia, y para las damas un pequeño aporte energético a base de extracto de belladona que realzara el hipnotismo de una bella mirada. Cuando una actriz de teatro acudía melancólica a su consulta para que le quitara el miedo escénico antes de un estreno en el Admiralspalast, Morell no dudaba un segundo y empuñaba la aguja con sus velludas manos. Por lo visto, dominaba el arte de la inyección como nadie. Corría incluso el rumor de que era *imposible* notar sus pinchazos a pesar del tamaño del instrumental de la época.

El éxito de Morell traspasó los límites de la ciudad y, en la primavera de 1936, sonó el teléfono de la sala de consulta a pesar de que sus ayudantes tenían terminantemente prohibido molestarle durante las visitas. Pero no se trataba de una llamada cualquiera. Era de la Casa Marrón, la central del Partido Nazi en Múnich. Un tal Schaub al otro lado de la línea se presentó

como el edecán de Hitler e hizo saber a Morell que Heinrich Hoffmann, el «reportero gráfico del NSDAP para el Reich», padecía una enfermedad delicada. Le dijo que el partido quería que él se encargara del asunto como prominente y discreto especialista en enfermedades venéreas y que, por prudencia, preferían no consultar a ningún médico muniqués. Fatídico, Schaub añadió que el propio Hitler en persona había dispuesto un avión en el aeródromo de Gatow.

Morell no soportaba las sorpresas, pero tampoco podía rechazar aquella invitación. Al llegar a Múnich se hospedó en el lujoso hotel Regina Palast a costa del erario público, curó a Hoffmann de una inflamación de pelvis renal causada por una gonorrea —coloquialmente también conocida como «purgaciones»— y fue invitado por su influyente paciente a pasar la convalecencia con su mujer en Venecia.

De vuelta a Múnich, los Hoffmann dieron una cena en su palacete del distinguido barrio de Bogenhausen. Había espaguetis con nuez moscada, salsa de tomate aparte, y ensalada verde, el plato favorito de Adolf Hitler. El Führer era un invitado habitual en casa de Hoffmann, con quien le unía una estrecha relación que se remontaba a la década de 1920, cuando el fotógrafo había contribuido con sus puestas en escena al culto a la figura del dictador y al ascenso del nacionalsocialismo. Hoffmann poseía los derechos de autor de importantes negativos de Hitler que utilizó para publicar numerosos libros de fotografías con títulos como *Hitler, wie ihn keiner kennt* («El Hitler más desconocido») o *Ein Volk ehrt seinen Führer* («Un pueblo honra a su líder»), de los cuales llegó a hacer tiradas millonarias. Había además otra cuestión, más personal, que unía a ambos hombres: la amante de Hitler, Eva Braun, había trabajado al principio como ayudante de Hoffmann y este se la había presentado al líder nacionalsocialista en 1929 en su estudio fotográfico de Múnich.

Antes de cenar, Hitler, a quien Hoffmann le había hablado muy bien del jovial Morell, se mostró agradecido por la curación de su antiguo camarada y lamentó no haber conocido antes al doctor, porque, de haber sido así, quizá, su chófer Julius Schreck, fallecido unos meses antes a causa de una meningitis, todavía seguiría vivo. El cumplido puso tan nervioso a Morell que ya no se enteró de lo que se habló durante los espaguetis. El doctor

sabía que, debido a su cara mofletuda, sus gafas de concha redondas apoyadas en una nariz de patata y su sudor constante, no era una persona socialmente aceptable en los círculos más distinguidos. Su única posibilidad de obtener reconocimiento eran las inyecciones que ponía. Por ello, aguzó los oídos cuando, en el transcurso de la velada, Hitler se refirió casualmente a unos fuertes dolores de estómago e intestino que lo aquejaban desde hacía años. Raudo, Morell habló de una cura poco común que podría resultar beneficiosa. Hitler le lanzó una mirada escrutadora… Y le invitó a que fuera con su mujer a pasarle consulta al Berghof, la residencia de descanso del Führer situada en la localidad alpina bávara de Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden.

Estando allí, a los pocos días, el dictador confesó abiertamente y en privado a Morell que estaba tan bajo de salud que apenas podía trabajar. Según le dijo, su estado se debía a los tratamientos erróneos que sus ex médicos le habían impuesto y a quienes no se les ocurría otra cosa que ponerle a dieta. Y cuando tenía que comer porque en el orden del día había una comida copiosa, lo cual ocurría con frecuencia, sufría inmediatamente unas flatulencias atroces acompañadas de eccemas en ambas piernas que le provocaban picores, de manera que tenía que ir con vendas y no podía llevar botas.

Morell creyó reconocer enseguida la causa de las molestias de Hitler y le diagnosticó una flora bacteriana anormal como origen de las malas digestiones. Le recomendó el preparado Mutaflor, elaborado por un médico y bacteriólogo de Friburgo amigo suyo, Alfred Nissle. Eran unas cepas bacterianas extraídas en 1917 de la flora intestinal de un suboficial que, a diferencia de muchos de sus compañeros, había sobrevivido a la guerra en los Balcanes sin sufrir trastornos gástricos. Las bacterias son organismos vivos que se asientan en forma de cápsulas en el intestino, lo cubren por completo y sustituyen allí cualquier otra cepa que pueda causar molestias.[42] Este concepto tan eficaz fue concluyente para Hitler, quien, aparentemente, hasta en los procesos fisiológicos internos veía una lucha por el *Lebensraum*, el «espacio vital» necesario para la expansión germánica. Exultante, prometió a Morell que le regalaría una casa si el

Mutaflor conseguía curarle y nombró al orondo doctor su médico de cabecera.

Hanni se mostró poco entusiasmada cuando su marido le dio la noticia de su nuevo cargo. Con el comentario de que aquello no les hacía ninguna falta, la esposa estaba pensando en lo bien que les iba el consultorio de la Kurfürstendamm. Posiblemente presentía que en el futuro vería muy poco a su marido. Y no se equivocaba, porque entre Hitler y su médico de cabecera comenzaba una relación muy particular.

CÓCTEL INTRAVENOSO PARA EL PACIENTE A

Él, y nadie más, representa lo inexplicable, el misterio y el mito de nuestro pueblo.[43]

Joseph Goebbels

Al dictador le repugnaba que lo tocaran y, por principio, no aceptaba que ningún médico lo sometiera a un tratamiento que indagara en las causas de sus dolencias. Nunca fue capaz de confiar en un especialista que supiera de él más que él mismo. En cambio, el afable médico de cabecera Morell, con su aire bonachón e inofensivo, le transmitió seguridad desde el principio. Morell no tenía la más mínima intención de importunar al Führer escudriñando su interior para detectar una eventual causa oculta de sus problemas de salud. Le bastaba la aguja para sustituir el circunspecto obrar médico. Así, cuando el jefe de Estado debía estar operativo y exigía una analgesia rápida e instantánea para cualquier tipo de afección, Morell dudaba con Hitler lo mismo que con una actriz de revista del Metropol-Theater berlinés y le preparaba una solución de glucosa al 20 % de los laboratorios Merck o una inyección de vitaminas. La consigna era eliminar inmediatamente los síntomas, y eso gustaba tanto a la bohemia de Berlín como al «paciente A», que era como llamaba Morell a su nuevo cliente.

Hitler se activaba a la velocidad con que se producía una mejora de su estado de salud o, como mínimo, mientras tenía la aguja en la vena. El argumento de su médico de cabecera era convincente: por sus muchas y variadas obligaciones, el Führer gastaba tantas energías que no era prudente

esperar a que una sustancia administrada por vía oral le llegara a la sangre a través del tracto digestivo (de todos modos perjudicado). Hitler lo había comprendido: «Hoy, de nuevo, Morell quiere ponerme una inyección potente de yodo, y otra para el corazón, el hígado, los huesos y una de vitaminas. En el trópico aprendió que los medicamentos deben entrar por las venas».[44]

El ajetreado gobernante temía en todo momento ver limitada su capacidad operativa y no poder hacerlo todo. No podía permitirse causar baja por enfermedad porque, según él, nadie más estaba capacitado para asumir sus obligaciones. Debido a ello, los tratamientos no convencionales ganaron rápidamente importancia a partir de 1937. Pronto se hicieron habituales varias inyecciones al día. Hitler se habituó al pinchazo reiterado y al posterior fluir misterioso de una sustancia supuestamente potente por sus venas. Tras cada inyección, se sentía momentáneamente mejor. La delgada aguja de acero fino que le penetraba la piel y le conducía a un estado de «restablecimiento inmediato» era el reflejo de su talante: la situación requería, a todas horas, frescura intelectual, vitalidad corporal y energía resolutiva. Las inhibiciones neuróticas o de otra raíz psicológica debían anularse al instante y él mismo tenía que estar en forma en todo momento.

Muy pronto, el nuevo médico de cabecera ya no pudo dejar a su paciente ni a sol ni a sombra y los temores de Hanni Morell se confirmaron: su marido dejó de tener tiempo para dedicarse al consultorio berlinés de la Kurfürstendamm y tuvo que poner allí a un sustituto. Más tarde, Morell diría, entre orgulloso y fatalista, que había sido la única persona que, desde 1936, había visto a Hitler a diario o, como mínimo, cada dos días.

Antes de un discurso importante, el canciller del Reich se obsequiaba con una «inyección de fuerzas» para funcionar en óptimas condiciones. Los posibles resfriados que pudieran impedir una aparición pública se evitaban por adelantado a base de aportes vitamínicos intravenosos. Para poder mantener el brazo en alto el máximo tiempo posible durante el «saludo alemán», Hitler combinaba gimnasia extensora y tentempiés de glucosa y vitaminas. La glucosa administrada por vía intravenosa aportaba energía al cerebro en veinte segundos y el complejo vitamínico permitía a Hitler,

incluso en los días más fríos, pasar revista con el fino uniforme de las SA sin dar signos externos de debilidad ante las tropas o el pueblo. Por ejemplo, en 1938, cuando le subió la temperatura antes de pronunciar un discurso en Innsbruck, Morell remedió el problema con una inyección.

Las indigestiones también remitieron al principio, así que el médico de cabecera recibió la casa prometida, nada menos que una mansión en la exclusiva isla de Schwanenwerder, en el río Havel de Berlín, con el ministro de Propaganda Goebbels de vecino. Hay que decir que la impresionante residencia no fue estrictamente un regalo. Los Morell tuvieron que comprar la propiedad —situada en los números 24 y 26 de la Inselstrasse y rodeada por una cerca de hierro de forja artesanal—[*] por 338.000 marcos del Reich, si bien recibieron de Hitler un préstamo sin intereses de más de 200.000 marcos que se liquidó posteriormente en concepto de honorarios profesionales. Para el médico de los famosos recién ascendido a la primera división de la política, el nuevo hogar no era todo ventajas: Morell tuvo que contratar empleados domésticos y un jardinero. Así, sus gastos fijos se dispararon sin que ganara más que antes. Pero ya no podía dar marcha atrás. Aquel nuevo estilo de vida y la indisimulada cercanía con el poder le gustaban demasiado.

También Hitler se había más que acostumbrado a su doctor. Sin embargo, la continua presencia del obeso personaje empezó a resultar repulsiva entre el reñidísimo entorno del Führer, por lo que el canciller acalló las críticas de un plumazo: Morell no estaba allí para husmear, sino para cuidar de su salud. En 1938, haciendo uso de sus competencias y para dar un aire de seriedad al ex médico de los famosos, Hitler lo nombró catedrático sin estar oficialmente habilitado para serlo.

UN PUEBLO COLOCADO CON LA DROGA DEL PUEBLO

Los primeros años de tratamiento con el doctor Morell fueron un período extraordinariamente exitoso para Hitler: estaba ágil, rebosante de salud, trufado de vitaminas y curado de sus retortijones. Además, su popularidad no dejaba de aumentar gracias, sobre todo, al auge que vivía la economía alemana. La autarquía económica se convirtió en una referencia política, ya que había que garantizar a través de ella un nivel de vida alto, pero también la futura capacidad bélica. Los planes de expansión ya estaban en la agenda.

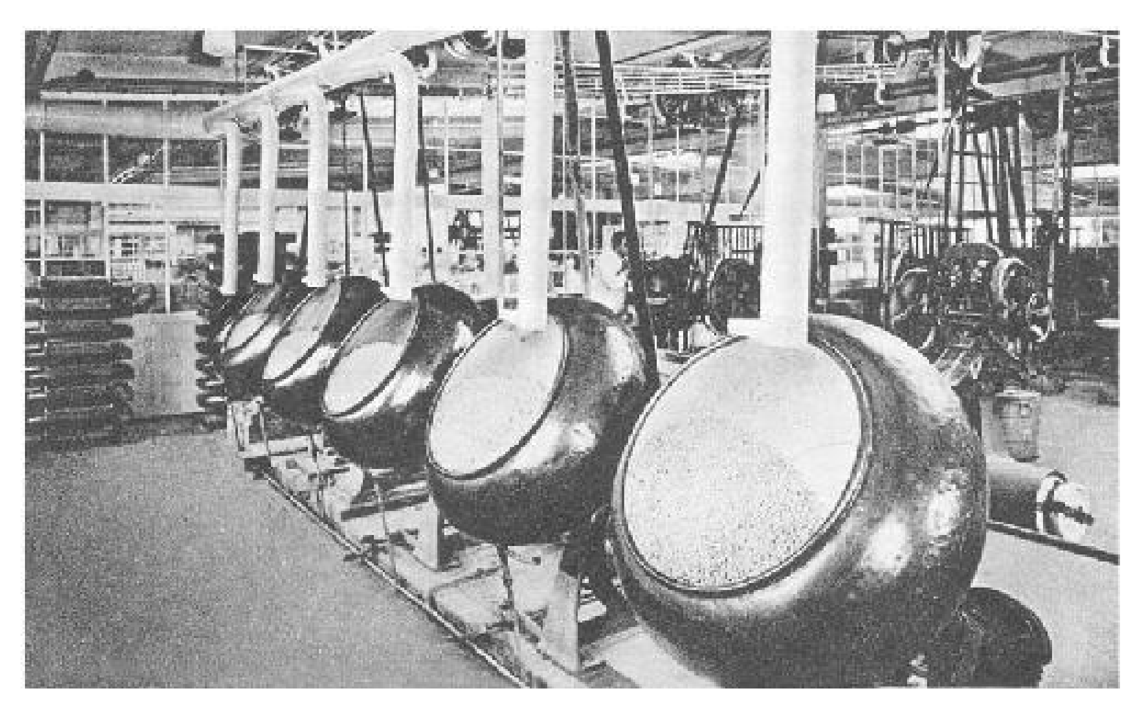
La primera guerra mundial había dejado claro que Alemania no disponía de suficientes materias primas naturales para asumir un enfrentamiento armado con sus vecinos, así que tuvo que crear recursos artificiales. En este sentido, la gasolina sucedánea obtenida a partir del carbón, junto con el Buna (nombre comercial del caucho sintético), ocuparon un lugar destacado en el crecimiento del consorcio químico IG Farben, cuyas cuotas de poder siguieron aumentando bajo el estado nacionalsocialista y lo consolidaron como actor global.[45] Su junta directiva se refería a sí misma como «el consejo de los dioses». Bajo la égida de Hermann Göring, la economía nacional fue regulada a partir de planes cuatrienales para hacer que el Reich no dependiera de materias primas extranjeras que pudieran producirse en Alemania. Naturalmente, ello incluía también las drogas, porque en lo que a su producción se refería, los alemanes seguían siendo los mejores. Así, a pesar de que las medidas de la lucha antidroga nazi hicieron descender claramente el consumo de morfina y cocaína, se intensificó el desarrollo de estimulantes sintéticos, lo cual condujo a un renovado florecimiento de las

empresas farmacéuticas. Las plantillas de Merck en Darmstadt, Bayer en el Rheinland o Boehringer en Ingelheim crecieron y los sueldos aumentaron.

La época también fue propicia para la expansión de los laboratorios Temmler. Su director químico, el doctor Fritz Hauschild,[*] había oído hablar de los éxitos que en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 había cosechado una sustancia llamada bencedrina, una eficaz anfetamina estadounidense y sustancia dopante todavía legal en la época. En Temmler, todos los recursos para la investigación se concentraron en este tipo de productos, ya que estaban convencidos de que una sustancia potenciadora del rendimiento encajaba perfectamente en una época en la que todo apuntaba a un resurgir. Para ello, Hauschild recurrió al trabajo de unos investigadores japoneses que, ya en 1887, habían sintetizado por primera vez una molécula extremadamente excitante llamada N-metilanfetamina y cristalizado en estado puro en 1919.[*] El estimulante se había desarrollado a partir de la efedrina, una sustancia natural empleada para ensanchar los bronquios, estimular el corazón y quitar el apetito. En la medicina popular europea, americana y asiática, la efedrina se conocía desde hacía mucho tiempo como componente de las plantas del género de la efedra y se empleaba para elaborar el llamado «té de los mormones».

Hauschild perfeccionó el producto y, en el otoño de 1937, halló un nuevo procedimiento para sintetizar la metanfetamina.[46] Poco después, el 31 de octubre de 1937, los laboratorios Temmler inscribieron en la Oficina de Patentes del Reich en Berlín la primera metilanfetamina alemana, una variante de los medicamentos revitalizantes con una potencia que dejaba en la sombra a la bencedrina estadounidense. Nombre comercial: Pervitin.[47]

La estructura molecular de la metanfetamina es prácticamente igual que la de la adrenalina, lo cual le permite pasar sin problemas la llamada barrera hematoencefálica. Pero la metanfetamina, a diferencia de la adrenalina, no hace aumentar bruscamente la presión sanguínea, sino que actúa de forma más suave y prolongada. Su efecto se produce porque extrae los neurotransmisores dopamina y noradrenalina de las neuronas y los vierte en las hendiduras sinápticas. Entonces, las células del cerebro establecen una comunicación agitada entre ellas, se desata una especie de reacción en cadena en la cabeza. Una pirotecnia neuronal, una ametralladora bioquímica empieza a disparar ideas sin cesar. El consumidor se siente bruscamente despabilado y más fuerte, con los sentidos agudizados al máximo. Cree estar más vivo, lleno de energía hasta las puntas de cada dedo y cada pelo. Con la autoestima en alza, se produce una aceleración subjetiva de los procesos mentales, una generación de euforia, de sensación de ligereza y frescura. Se declara un estado de excepción, como cuando surge un peligro repentino y el organismo moviliza todas sus fuerzas, pero sin que exista tal peligro. Un chute artificial.

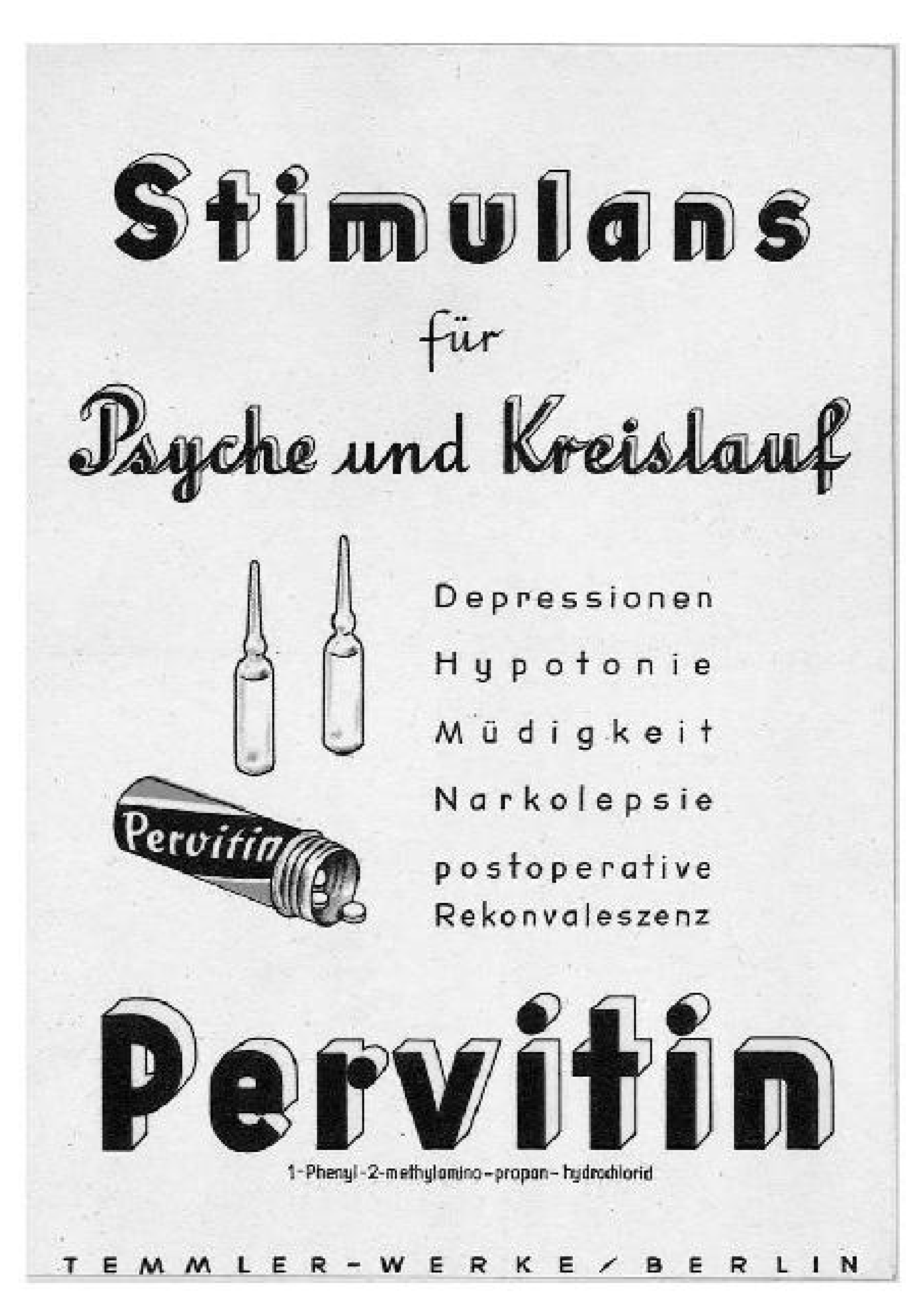


La zona de grageado de los laboratorios Temmler.
(© Temmler Pharma GmbH & Co KG, Marburgo.)

Pero la metanfetamina no solo vierte los neurotransmisores en las hendiduras sinápticas, sino que, además, bloquea su reposición. Debido a ello, el efecto dura mucho tiempo, a menudo hasta más de doce horas, lo cual, en caso de dosis elevadas, pone a prueba la resistencia de las neuronas hasta dañarlas, ya que el suministro de energía intracelular se ve afectado. Las neuronas se aceleran y la verborrea mental no cesa, como una radio que no se puede apagar. Entonces, claudican y mueren irrevocablemente. Ello puede desembocar en trastornos del lenguaje, déficit de atención y falta de concentración, es decir, una descomposición cerebral generalizada que afecta a la memoria, los sentidos y el sistema mesolímbico de recompensa. Cuando, al cesar el efecto, el consumidor nota la falta del estímulo artificial, significa que el almacén hormonal está vacío y que todavía pasarán algunas semanas hasta su completa reposición. Mientras tanto, hay pocos neurotransmisores disponibles, y ello se traduce en pérdida de estímulos, depresión, falta de entusiasmo y trastornos cognitivos.

Actualmente se conocen los posibles efectos secundarios de la metanfetamina, pero en Temmler, donde todos estaban muy orgullosos del nuevo producto, la investigación de sus consecuencias no se consideraba prioritaria. Lo que sí se olió la empresa fue el negocio del siglo y encargó a Mathes & Sohn, una de las mejores agencias publicitarias de Berlín, una campaña de dimensiones nunca antes vistas en Alemania. La fuente de inspiración fue nada menos que la Coca-Cola Company, que también comercializaba un producto estimulante en forma de gaseosa marrón y cosechaba un éxito descomunal gracias a una estrategia publicitaria en torno al eslogan «¡Bien fría!».

En las primeras semanas y meses del año 1938, cuando la pervitina comenzó su marcha triunfal, aparecieron carteles anunciando el producto en columnas publicitarias, laterales de tranvías y autobuses y en todas las líneas de metro de Berlín. Con un diseño moderno y minimalista, los anuncios se limitaban a citar el nombre comercial y las indicaciones médicas: insuficiencia circulatoria, abulia, depresión. También se reproducía en ellos la característica imagen del envase, un tubito de color naranja y azul con el nombre del producto impreso en letras dinámicas. Simultáneamente, recurriendo a otra práctica típica del sector, todos los médicos de Berlín recibieron una carta de los laboratorios Temmler en la que se decía sin ambages que el objetivo de la empresa era convencer personalmente a los facultativos y que lo mejor para recetar un medicamento a sus pacientes era probarlo antes. Para ello, el sobre incluía pastillas de muestra con tres miligramos de sustancia activa, así como una postal franqueada con el siguiente texto: «Apreciado Sr. Doctor: Su experiencia con Pervitin, favorable o no, es muy valiosa para delimitar su ámbito de indicación. Le agradeceríamos que nos comunicara su opinión a través de esta tarjeta».[48] Era una droga en fase de pruebas, y para darla a conocer se recurrió al viejo truco del camello: la primera dosis es gratis.



Anuncio publicitario de la supuesta panacea. (Texto de la imagen: «Estimulante para la mente y el sistema circulatorio. Drepresiones, hipotonía, cansancio, narcolepsia,

convalescencia postoperatoria».)
(© Landesarchiv Berlin.)

Representantes farmacéuticos de Temmler visitaron grandes consultorios, hospitales y clínicas universitarias de todo el país, pronunciaron conferencias y repartieron la droga de la autoestima, la sustancia reanimante que auguraba estados de lucidez. La empresa se presentaba asegurando que «la renovada alegría de vivir en personas resignadas» que se conseguía con la pervitina era «uno de los obsequios más preciados que el nuevo medicamento puede dar a un enfermo». Incluso «la frigidez femenina puede tratarse fácilmente con Pervitin. El tratamiento es sumamente sencillo: cuatro medias pastillas al día antes del anochecer, diez días al mes durante tres meses. Los buenos resultados llegan con el aumento de la libido y la energía sexual de la mujer».[49] Además, en el prospecto se decía que el medicamento neutralizaba los síntomas de la abstinencia del alcohol, la cocaína e, incluso, los opiáceos. Era, pues, una especie de antidroga llamada a sustituir a todas las sustancias tóxicas, especialmente las ilegales. El consumo de *esta* sustancia en concreto no estaba sancionado, todo lo contrario: la metanfetamina fue equivocadamente considerada como una especie de panacea.

Al medicamento también se le atribuía un componente estabilizador del sistema: «Vivimos una era ávida de energía que nos exige rendir al máximo y nos impone unos compromisos como ninguna época antes lo había hecho», escribió el jefe médico de un hospital. Según él, la pastilla fabricada en condiciones de laboratorio industrial con una calidad pura y estable debía ayudar a contrarrestar la denegación del rendimiento e integrar a «fingidores, vagos, derrotistas y criticones» en los procesos productivos.[50] El farmacólogo de Tubinga, Felix Haffner, llegó a proponer que se recetara la pervitina incluso por «mandato supremo» en caso de que hubiera que «apostar definitivamente al todo o nada»: una especie de «orden química».[51]

Sin embargo, no hizo falta obligar a los alemanes a tomar el medicamento euforizante, ya que el hambre de alimento cerebral potente existía de todos modos. Su consumo no se ordenó, por ejemplo, desde arriba, es decir, no siguió un patrón *top-down*, como habría podido esperarse de una dictadura, sino *bottom-up*, de abajo arriba.[52] La denominada «amina despertadora» cayó como una bomba, se propagó

como un virus, se vendió como churros y pronto fue tan habitual como una taza de café. «La pervitina se convirtió en una sensación —explicaba un psicólogo—: se introdujo rápidamente en los círculos más amplios; los estudiantes la tomaban para vencer la fatiga de los exámenes; las telefonistas y enfermeras, para aguantar en vela los turnos de noche; los trabajadores físicos o intelectuales, para rendir al máximo.»[53]

La pervitina llegó a todas las capas sociales: desde secretarias que lo usaban para mecanografiar más rápido o actores para ponerse a tono antes de la función, a escritores que empleaban la acción estimulante de la metanfetamina para pasar noches lúcidas frente al escritorio, u obreros en las cadenas de montaje de las grandes fábricas que se dopaban para aumentar la producción. Los mozos de mudanzas cargaban más muebles, los bomberos apagaban más fuegos, los peluqueros cortaban el pelo más rápido, los vigilantes nocturnos ya no se quedaban dormidos, los maquinistas de tren conducían sus locomotoras sin rechistar y los camioneros iban a toda pastilla sin parar a descansar por unas flamantes autopistas construidas en tiempo récord. La cabezadita de después comer se abandonó colectivamente. Los médicos usaban pervitina para autocurarse y los hombres de negocios para animarse antes de enfrentarse a una apretada agenda de reuniones de trabajo. La gente del NSDAP también se apuntó al carro, lo mismo que los de las SS.[54] El estrés se vencía, el apetito sexual se alimentaba y la motivación aumentaba, todo ello artificialmente.



Las labores domésticas, con alegría: surtido de bombones con metanfetamina. (Texto de la imagen: «Los bombones Hildebrand alegran siempre».)

imagen: «Los bombones Hildebrand alegran siempre».)

Un médico escribió lo siguiente: «En la prueba que he realizado sobre mi persona también he observado que, física y mentalmente, cabe destacar un agradable incremento de fuerzas que me ha llevado, desde hace medio año, a recomendar la pervitina a compañeros de profesión, trabajadores manuales e intelectuales, camaradas nacionales excesivamente tensos a ratos, así como a oradores, cantantes (para superar el miedo escénico), candidatos a exámenes … Una señora dice que le gusta consumir el medicamento (2 Î 2 pastillas aprox.) cuando sale a divertirse; otra lo hace para afrontar eficazmente las agotadoras jornadas laborales (hasta 3 Î 2 pastillas diarias)».[55]

La pervitina era el síntoma de una meritocracia en progreso. Incluso salió al mercado un surtido de bombones aderezados con metanfetamina. Cada chocolatina incluía nada menos que catorce miligramos de la sustancia, casi el quíntuple de la dosis de una pastilla. «Los pralinés Hildebrand siempre animan», rezaba el eslogan de la potente golosina: *Mother's little helper*. El fabricante recomendaba encarecidamente tomar de tres a nueve piezas, con la observación de que, a diferencia del café, eran inocuas.[56] También aseguraba que su extraordinaria chocolatina haría más llevaderas las tareas del hogar e, incluso, ayudaría a mantener la línea, ya que la pervitina reprimía las ganas de comer que pudieran quedar.

A esta eficaz campaña se sumó un artículo escrito por el doctor Fritz Hauschild en el prestigioso *Klinische Wochenschrift* («Semanario clínico»). En él, y tres meses después en otro artículo de la misma revista titulado «Neue Spezialitäten» («Nuevas especialidades»),[57] el autor hablaba del efecto estimulante y extraordinariamente excitante de la pervitina, así como del aumento de la energía, la mejora de la confianza y el incremento de la capacidad de decisión que provocaba el producto. Las asociaciones mentales se sucedían más rápidamente y los trabajos físicos se realizaban más fácilmente. Las múltiples posibilidades de uso de la sustancia en medicina interna y general, así como en cirugía y psiquiatría, parecían asegurar amplias áreas de indicación y, a la vez, estimulaban la formulación de nuevos planteamientos científicos.

En estos planteamientos se volcaron, una detrás de otra, las universidades de todo el Reich. Empezó el profesor Schoen de la Policlínica

de Leipzig, quien informó de una «estimulación psíquica prolongada durante horas, desaparición del cansancio y de la necesidad de dormir y, en su lugar, actividad, fluidez verbal, euforia».[58] La pervitina se puso de moda entre los investigadores, quizá también porque al principio era un verdadero placer tomarla uno mismo. De hecho, la autoexperimentación estaba muy bien vista: «En primer lugar informaremos de las experiencias personales en las pruebas de autoexperimentación tras la toma repetida de 3 a 5 pastillas (9-15 mg) de pervitina, las cuales han sido indispensables para poder orientarnos sobre los efectos psicológicos».[*][59] Cada día se descubrían más ventajas, pero los eventuales efectos secundarios quedaban siempre en un segundo plano. Los profesores Lemmel y Hartwig de la Universidad de Königsberg apuntaron a un aumento de la capacidad de atención y concentración e hicieron la siguiente recomendación: «En esta convulsa era de conflicto y expansión, uno de los mayores deberes del médico es mantener la capacidad de rendimiento del individuo y, a ser posible, aumentarla».[60] Un estudio de dos neurocientíficos de Tubinga afirmaba haber demostrado la aceleración de los procesos mentales con la ayuda de la pervitina, así como un aumento energético general. Según el trabajo, se habían detectado mejoras en casos de inhibición de la capacidad de decisión, inhibiciones de carácter general y depresiones, y una prueba de inteligencia había revelado un claro aumento del nivel intelectual. Desde Múnich, de la mano del profesor Püllen, llegaron datos de «muchos cientos de casos» que apoyaban estas tesis. El citado profesor informó de un efecto completamente estimulante en el cerebro y en los sistemas circulatorio y neurovegetativo. También añadió que había detectado «una clara reducción del miedo con una toma única elevada de 20 miligramos».[61] No es de extrañar que la firma Temmler abasteciera por correo postal a médicos con resultados tan positivos y los mantuviera al corriente de las últimas novedades.

La pervitina y el espíritu de la época iban de la mano. Cuando el medicamento conquistó el mercado, parecía que había motivos reales para pensar que la depresión era cosa del pasado. Por lo menos así fue para aquellos alemanes que se aprovecharon económicamente de la dictadura nacionalsocialista, los cuales fueron mayoría. A pesar de que en 1933

muchos pensaron que el recién nombrado canciller Adolf Hitler duraría poco y depositaron escasa confianza en él, unos años después la situación cambió diametralmente. Dos milagros se habían producido, uno militar y otro económico, que habían servido para eliminar las dos problemáticas más perentorias de la sociedad alemana de los años treinta: cuando los nazis tomaron el poder había seis millones de parados y apenas cien mil soldados mal armados, mientras que en 1936 ya se había alcanzado la plena ocupación a pesar de la crisis mundial y la Wehrmacht era una de las fuerzas armadas más combativas de Europa.[62]

Los éxitos en materia de política exterior se sucedieron, ya fuera remilitarizando el Rheinland, anexionando Austria o «llevando a los alemanes de los Sudetes de vuelta a su hogar en el Reich», es decir, desmantelando Checoslovaquia. Las potencias occidentales, lejos de sancionar estas vulneraciones del tratado de Versalles, hicieron cada vez más concesiones porque esperaban que así podrían evitar otra guerra en Europa. Pero los éxitos diplomáticos no apaciguaron al Führer. «Igual que el morfinómano no puede dejar su droga, Hitler tampoco podía abandonar sus planes de tomas de poder, ataques por sorpresa, órdenes secretas de envío de tropas y desfiles fastuosos», escribe el historiador y escritor Golo Mann al retratar el carácter del «emperador de Braunau».[63] Los Aliados lo habían subestimado: Hitler *nunca* tenía suficiente. Traspasar límites, sobre todo si eran fronterizos, se había convertido en una necesidad. Del imperio alemán al Gran Imperio Alemán y, de este, al Imperio Pangermánico Mundial: el necesario y permanente aumento de la dosis estaba en la naturaleza de la cosa nacionalsocialista, y ello incluía también, en primer lugar, el hambre de nuevos territorios, como bien resumían las consignas políticas de «Retorno al Reich» y «Pueblo sin espacio» (*Heim ins Reich, Volk ohne Raum*).

En el episodio del desmantelamiento de Checoslovaquia, el doctor Morell llegó incluso a estar directamente implicado. La noche del 14 al 15 de marzo de 1935, el presidente checoslovaco Emil Hácha se hallaba, algo perjudicado de salud, de visita de estado obligada en la nueva Cancillería del Reich. No quería firmar un papel que le habían enseñado los alemanes y que suponía la capitulación *de facto* de sus tropas ante la Wehrmacht.

Entonces, sufrió un colapso y perdió el conocimiento. Hitler mandó llamar urgentemente a Morell, quien llegó con el maletín y las jeringuillas e inyectó al inconsciente invitado de estado un medicamento tan excitante que le hizo resucitar de los muertos en cuestión de segundos. Hácha firmó el documento que sellaba el final interino de su estado y, a la mañana siguiente, Hitler entró en Praga sin encontrar resistencia. Hácha siguió siendo fiel paciente de Morell durante los años en los que presidió el Protectorado de Bohemia y Moravia al que había sido reducido su país con la anexión alemana de los Sudetes. La farmacología como continuación de la política con otros medios —sustancias, en este caso.

En el primer semestre de 1939 —los últimos meses de paz—, la popularidad de Hitler alcanzó un clímax momentáneo. «¿Todo lo ha hecho este hombre?», se decía entonces, y muchos camaradas nacionales también quisieron poner a prueba su capacidad de rendimiento. Era una época en la que parecía que el esfuerzo volvía a merecer la pena, pero también una época de exigencias sociales: *había que* subirse al carro y *había que* triunfar —aunque solo fuera para no generar desconfianzas—. Al mismo tiempo, el auge generalizado alimentaba la preocupación de no poder mantener un ritmo tan acelerado, mientras que la creciente esquematización del trabajo también planteaba nuevas exigencias al individuo, convertido ahora en un engranaje necesario para el buen funcionamiento del motor. Cualquier ayuda — incluida la química— era bien recibida para animarse.

Por consiguiente, la pervitina hizo más fácil para el individuo acceder al estado de enorme excitación y a la publicitada «autocuración» que supuestamente habían cautivado al pueblo alemán. La potente droga se convirtió en un *producto de primera necesidad* cuyo fabricante tampoco quería ver limitado al sector médico. «¡Despierta, Alemania!», habían exigido los nazis a través de una canción de su partido («Deutschland erwache!»). La metanfetamina se encargó de mantener despierto al país. Enfervorizada por un funesto y embriagador cóctel de propaganda y principio farmacológico activo, la gente cayó en un estado de dependencia cada vez mayor.

La idea utópica de una comunidad basada en convicciones y que vive en armonía social, tal como le gustaba propagar al nacionalsocialismo, resultó

ser un espejismo a la vista de la competencia real entre intereses económicos individuales en una meritocracia moderna. La metanfetamina salvó las fracturas generadas y la mentalidad del dopaje se extendió por todos los rincones del país. La pervitina permitió al individuo funcionar en la dictadura. Nacionalsocialismo en pastillas.

Parte II

Sieg «High»: guerra relámpago con metanfetamina (1939-1941)



A veces hallo un gran consuelo en la música (sin olvidar la pervitina, la cual, sobre todo en las noches de alarma, hace un trabajo fenomenal).[1]

Quien escribe estas líneas a sus padres desde el frente ganó después el premio Nobel de Literatura y, ni siquiera después de la guerra, cuando se sentaba para escribir sus libros, consiguió renunciar al «trabajo fenomenal» de la metanfetamina. Se hizo adicto de soldado, para mantenerse operativo y soportar los estragos de la guerra: «Por favor, la próxima vez no os olvidéis de enviarme pervitina, a ser posible en un sobre. Que lo pague padre de su apuesta perdida»,[2] dice en otra carta enviada desde el frente.

La naturalidad con la que el escritor Heinrich Böll habla del consumo de pervitina permite deducir que estaba familiarizado con sus efectos, pero también que desconocía sus peligros: «Me conformo con que la semana que viene pase tan rápido como la última. Pero, si podéis, enviadme más pervitina, que me va muy bien para pasar las numerosas guardias; y también algo de tocino para freír patatas».[3] Sus alusiones, tan lapidarias como frecuentes, al medicamento estimulante apuntan a que también su familia estaba familiarizada con el producto y no desaprobaba en absoluto su consumo: «¡Queridos padres y hermanos! Aprovecho para escribiros ahora que tengo tiempo y, sobre todo, reina la calma suficiente para hacerlo. Estoy molido, y es normal, porque anoche solo dormí dos horas, esta noche no podré descansar más de tres y ahora mismo también tengo que mantenerme despierto. A propósito, la pervitina empezará a hacer efecto muy pronto y me ayudará a superar este cansancio. Afuera, la luna brilla como nunca, el cielo está completamente estrellado y hace mucho frío».[4] Parece como si el principal adversario de Böll fuera, en todo momento, el sueño: «Estoy agotadísimo y ya quiero acabar. Enviadme cuando podáis algo de pervitina y cigarrillos Hillhall o Kamil».[5] En otro momento escribe: «Los turnos son muy rigurosos y tenéis que entender que solo pueda enviaros una carta cada

dos o cuatro días. ¡Hoy os escribo principalmente para pediros pervitina!». [6]

Osnabrück, den 9.11.39,
7 Uhr abends

Liebe Eltern und Geschwister!

Eure beiden Briefe und Vaters Karte habe ich heute erhalten. Recht herzlichen Dank dafür. Ich bin immer sehr froh, wenn ich von zu Hause etwas hör. Besuche haben vorläufig keinen Sinn, denn wir kommen aus der Kaserne nicht raus (wahrscheinlich die ersten vier Wochen) und Zivilisten dürfen natürlich nicht rein. Ich möchte aber auch – vorläufig sogar sehr – keinen Besuch hier empfangen, denn wenn man einmal wieder die Atmosphäre der Heimat gespürt hat, wird's schwer, und so habe ich mich schon fast gewöhnt. Der Dienst ist schwer, und ihr müßt verstehen, wenn ich späterhin nur alle 3–4 Tage schreibe. Heute schreibe ich hauptsächlich um

Pervitin!

Wir haben einen sehr anständigen, wirklich vernünftigen und menschlichen Hauptmann, der grundsätzlich gegen

Una de las muchas cartas sobre la pervitina que envió el futuro ganador del premio Nobel de Literatura.

¿Fue el soldado raso Böll una excepción? ¿O también en las fuerzas armadas, al igual que en la sociedad civil, se abusó masivamente de la metanfetamina y cientos de miles, acaso millones, de soldados alemanes se hallaron bajo sus efectos durante las campañas de conquista? ¿Pudo esta sustancia adictiva, con su promesa de aporte energético, tener alguna influencia en el desarrollo de la segunda guerra mundial? Empieza un viaje por las profundidades de los archivos.

BÚSQUEDA DE PRUEBAS EN EL ARCHIVO MILITAR FEDERAL DE FRIBURGO

Rodeado por una valla de seguridad con alambre de espino y vigilado por un portero con acento sajón, se halla en Friburgo de Brisgovia el Archivo Militar Federal de Alemania, cuyas puertas de acero se abren por sensor fotoeléctrico a toda persona autorizada a satisfacer allí sus intereses investigadores. El archivo absorbe al visitante con unos espacios de trabajo exquisitamente pulcros, provistos de ventanas de celosías que reducen automáticamente la luz exterior cuando hace mucho sol. Unos ordenadores facilitan el acceso a unos depósitos documentales repletos de clasificadores hasta los techos. Millones de muertos dejaron tras de sí millones de dosieres. Este archivo permite investigar el drama de las guerras alemanas.

Al menos en teoría, porque a pesar de que, efectivamente, hay mucho material conservado, no es fácil clasificar el caos de manera eficiente y encontrar información relevante en el *big data* del celoso coleccionismo burocrático. El sistema de indización que ofrecen los ordenadores y que permite rastrearlo todo solo entresaca algunos aspectos de cada dosier. Por si esto fuera poco, las palabras clave para las búsquedas se crearon hace décadas, cuando las investigaciones se centraban en otros aspectos. En los años de la posguerra, por ejemplo, se daba menos importancia a los detalles médicos que en la actualidad. Además, la inclusión de testimonios subjetivos o imágenes que reflejaran estados de ánimo también se relegó a un segundo plano en favor de los acontecimientos oficiales. Así, esta forma de acceder al pasado, aun estando respaldada por las más modernas tecnologías, se basa en una concepción obsoleta de la historia.

EL EJÉRCITO ALEMÁN DESCUBRE UNA DROGA ALEMANA

La carrera de la metanfetamina en la Wehrmacht está estrechamente vinculada a un comandante médico de aspecto austero, rostro delgado y ojos marrón oscuro de mirada, a juzgar por las pocas fotografías que de él se conservan, exageradamente penetrante. El catedrático doctor Otto F. Ranke tenía 38 años cuando fue nombrado director del Instituto de Fisiología General y de Defensa, un puesto clave, aunque nadie lo sospechara todavía.

La fisiología era una disciplina marginal en la medicina de la época. Se ocupa de la interacción entre los procesos físicos y bioquímicos de células, tejidos y órganos, es decir, ofrece una especie de visión general o enfoque integral para comprender el funcionamiento de un organismo. La fisiología de defensa, por el contrario, se ocupa del estrés específico de los soldados con el objetivo de optimizar el rendimiento de las tropas desde el punto de vista médico y evitar daños causados por situaciones de elevada exigencia o factores externos. En una época en la que las fuerzas armadas empezaban a ser vistas como una organización moderna y los soldados eran considerados «motores con alma»,[7] la tarea de Ranke consistía en impedir el deterioro de la tropa, es decir, evitar las bajas por incapacidad. Su misión era lubricar los distintos engranajes para que la máquina funcionara a la perfección. Era una especie de entrenador personal para el Heer, el Ejército de Tierra alemán. Además, también inventaba artilugios. Con el paso de los años, Ranke desarrolló *gadgets* tan dispares como un visualizador para detectar el color verde artificial (el de los uniformes de camuflaje, por ejemplo, en el bosque), unas gafas de motorista para protegerse del polvo, un casco

tropical antibalas y transpirable para el Afrikakorps o un micrófono espía direccional para mejorar la audición en tareas defensivas.

El Instituto de Fisiología de Defensa de Ranke era un departamento perteneciente a la Academia de Medicina Militar, la cual ocupaba el inmenso edificio de estilo neobarroco federiciano de la Invalidenstrasse berlinesa que actualmente aloja las dependencias del Ministerio de Economía y Energía. En un relieve situado en el tejado de mansardas, encima de la puerta principal, figuraba en letras doradas ondulantes el lema *SCIENTIAE HUMANITATI PATRIAE*: «Por la Ciencia, la Humanidad y la Patria». Esta institución elitista, de marcado carácter prusiano y conocida por la abreviatura MA, de Militärärztliche Akademie, albergaba la biblioteca médico-científica más grande de Europa, poseía una extraordinaria colección de instrumental en un edificio científico de dos pisos equipado con la tecnología más moderna y disponía de varios auditorios, aulas y espacios públicos, así como un salón de honor con los bustos de Virchow, Von Helmholtz, Von Behring y otros médicos e investigadores que habían prestado allí, como se solía decir, «eternos servicios a la ciencia». El complejo también estaba dotado de gimnasio y piscina, así como de un ala residencial de cinco pisos con confortables habitaciones dobles para los ochocientos candidatos a oficiales sanitarios, llamados *Pfeifhähne* (gallos inútiles), un malapropismo en dialecto berlinés de la palabra francesa *pépin* (semilla), de donde venía *Pépinière* (plantel, criadero), nombre que había tenido el antiguo establecimiento de formación de médicos militares bajo el reinado de los monarcas prusianos y de donde había salido la flor y nata de la ciencia médica alemana del siglo XIX. Llamados a sucederla se veían los altivos alumnos de la MA, compuestos en sus elegantes uniformes adornados con águilas imperiales y esvásticas. La Academia de Medicina Militar también tenía una caballeriza con noventa caballos, varios picaderos, cuadras con oficiales veterinarios y herrería propia.

En la enorme ala que delimitaba el patio interior por la parte trasera estaban los departamentos científicos: el Instituto de Farmacología y Toxicología de Defensa, el Laboratorio de Conservación Sérica, el Instituto de Investigación de Medicina Aeronáutica dirigido por el catedrático Hubertus Strughold (quien después de la guerra permitió, junto con

Wernher von Braun, que Estados Unidos viajara al espacio) y el Instituto de Fisiología de Defensa de Otto Ranke, que en 1938 apenas contaba con un médico ayudante, tres practicantes y algunos mecanógrafos civiles. Pero, a pesar de ello, el ambicioso Ranke tenía previsto ampliar su departamento a buen paso, y para ello contaba con la ayuda de una pequeña molécula que él mismo puso al alcance de la Wehrmacht y que hizo una fulgurante carrera militar.

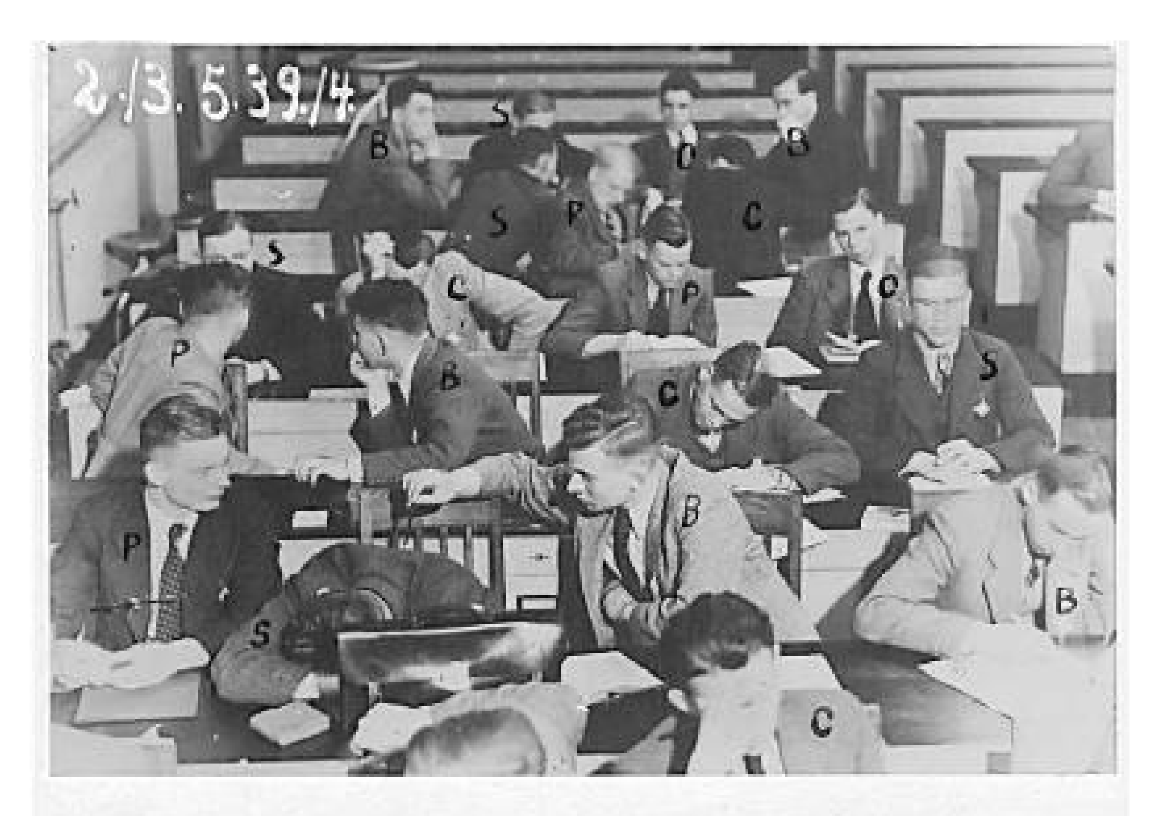
PAN INTEGRAL O COMIDA PARA EL CEREBRO

Como más alto responsable de la Fisiología de Defensa del III Reich, Ranke tenía un enemigo principal que no eran ni los rusos en el este ni los franceses o británicos en el oeste. El adversario que Ranke tenía en el punto de mira era el cansancio, un contrincante amenazador y difícil de apresar que anulaba a los combatientes, los postraba y obligaba a descansar. Y un soldado que se duerme es un soldado inútil, incapaz de rendir y, sobre todo, expuesto al peligro, porque el enemigo nunca duerme. Cansado se apunta mal, se dispara al azar y se conduce peor una motocicleta, un camión o un tanque. En palabras de Ranke: «El relajamiento en un día de lucha puede decidir la batalla … Resistir el último cuarto de hora de combate puede ser determinante».[8]

Convencido de que la lucha contra el cansancio era prioritaria, Ranke quedó gratamente sorprendido cuando, en la primavera de 1938 —un año y medio antes de estallar la guerra—, leyó en el *Klinische Wochenschrift* el panegírico que Hauschild, el químico de los laboratorios Temmler e inventor de la pervitina, había escrito sobre su medicamento estimulante. Al enterarse de que la sustancia podía elevar el volumen respiratorio hasta un 20 % y aumentar la admisión de oxígeno en el organismo (ambas magnitudes se utilizaban en la época para medir la mejora del rendimiento), el director de la Academia de Medicina Militar decidió profundizar en el asunto y organizó una serie de ensayos voluntarios a ciegas, primero con noventa oficiales sanitarios noveles y, después, con ciento cincuenta, a quienes administró pervitina (P), cafeína (C) o un placebo (S). Entonces, les hizo pasar una noche entera (en el segundo ensayo, de las ocho de la noche a las cuatro de la tarde del día siguiente) resolviendo ejercicios matemáticos

y realizando otras pruebas. Los resultados parecían inequívocos: al alba, los «individuos S» amanecieron con la cabeza apoyada en el pupitre, mientras que los «pervitinados» seguían maniáticamente centrados en las tareas, «despabilados … física y mentalmente ágiles», tal como consta en el acta del experimento. Incluso después de más de diez horas de concentración permanente, los voluntarios todavía se sentían «como si quisieran salir a divertirse».[9]

Sin embargo, después de evaluar los ensayos, Ranke no solo constató aspectos positivos. Los consumidores de pervitina no habían realizado especialmente bien las tareas que requerían un mayor esfuerzo de abstracción por parte del cerebro. En cuanto al cálculo, era más rápido, pero también erróneo. Además, la capacidad de concentración y retención no había mejorado en las preguntas más complejas y solo lo había hecho levemente en las tareas más absurdas. La pervitina combatía el cansancio, sin duda, pero no hacía más listo. Ideal, pues, para los soldados, según se deduce de la nada cínica conclusión que se extrajo de los —probablemente — primeros experimentos sistemáticos con drogas de la historia militar: «Un medicamento excelente para animar de golpe a una tropa fatigada … Cabe suponer lo extraordinariamente importante que sería, desde el punto de vista militar, conseguir eliminar temporalmente el cansancio por vías médicas el día de la entrada en acción de una tropa … Una sustancia militarmente valiosa».[*][10]



4^{00}Uhr 3.5.39. Müdigkeit der S-Leute.



4^{15} Uhr Krampfhaftes Wachhalten der S-Leute.

S: placebo, B: bencedrina, C: cafeína, P: pervitina…
(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)





los primeros experimentos sistemáticos con drogas de la historia militar

… los primeros experimentos sistemáticos con drogas de la historia militar. (© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

Animado por los buenos resultados, Ranke propuso la realización de pruebas de mayor envergadura en unidades militares regulares,[11] pero, para su sorpresa, la petición no fue atendida. En el edificio Bendlerblock, sede de la Oficina General del Ejército de Tierra (actual Ministerio de Defensa), no reconocieron la fuerza explosiva de la droga —ni sus posibilidades, ni sus peligros—. Así, mientras el ambicioso científico Ranke ya imaginaba al soldado del futuro con alcaloides sintéticos en su equipamiento para atacar directamente al cerebro de una forma hasta entonces desconocida,[12] sus superiores, los burócratas militares de Inspección Sanitaria, todavía no habían llegado tan lejos. Mientras estos seguían discurriendo sobre qué pan, si el integral o el blanco, era el mejor alimento para sus tropas, Ranke ya había llegado al *brain food*. Se había adelantado a lo que el médico y escritor berlinés Gottfried Benn, formado en tiempos del káiser en la institución predecesora de la Academia de Medicina Militar, formularía pocos años después en unos teoremas programáticos que describen al ser humano como moderno *per se*: «Pero los cerebros potentes no se fortalecen con leche, sino con alcaloides. Un órgano tan pequeño y de semejante fragilidad, capaz no solo de acometer pirámides y rayos gamma, leones e icebergs, sino también de crearlos y pensarlos, no se puede regar con agua subterránea como un nomeolvides. Ya hay suficiente agua estancada».[13] Así lo describe Benn en el ensayo *Provoziertes Leben* («Vida provocada»), y las provocaciones a las que se refiere son los cambios en las corrientes neuronales, los nuevos pensamientos, las ideas frescas alentadas por una alimentación para el cerebro muy poco convencional.

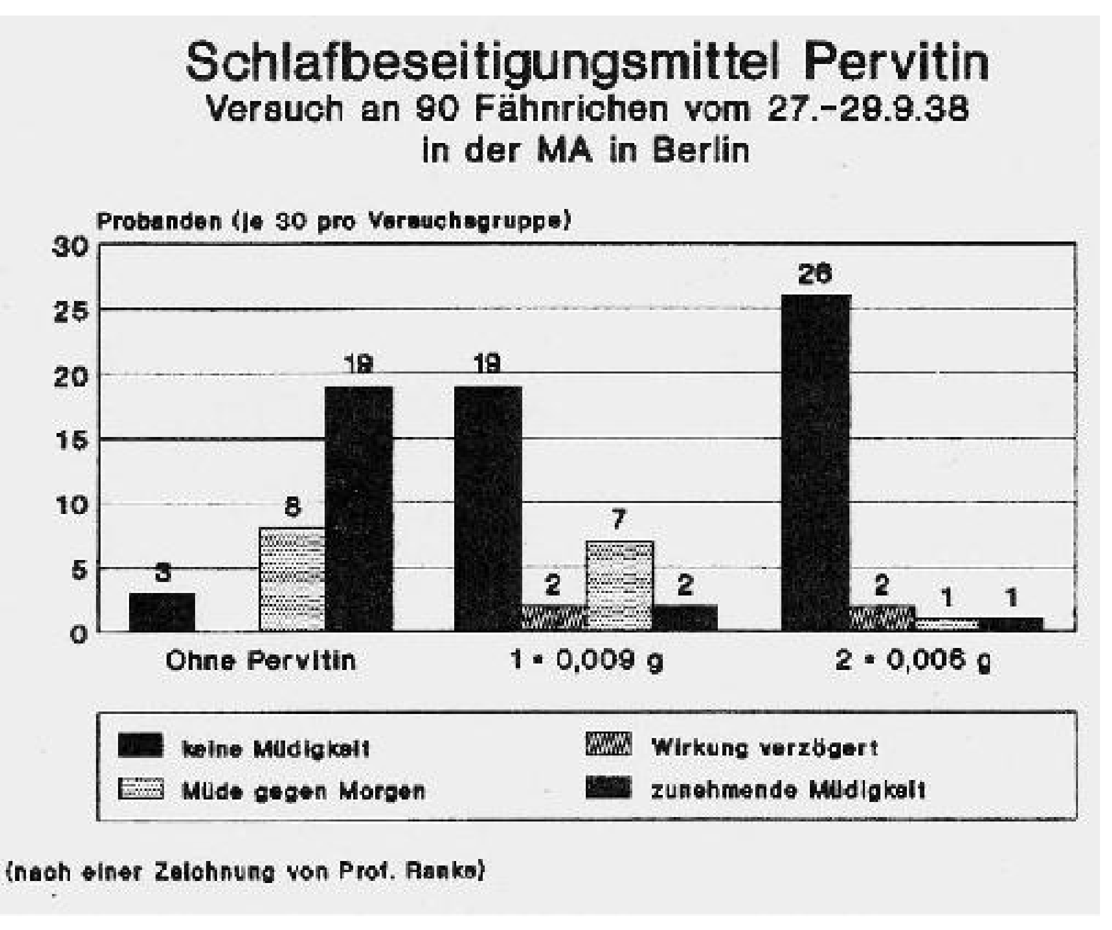


Gráfico que ilustra la estadística de los estados de cansancio en los sujetos de experimentación.

(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

No es de extrañar que la noticia de una amina despertadora de efectos tan sorprendentes corriera como la pólvora entre los jóvenes aspirantes a oficial sanitario. Sometidos al estrés propio de una carrera de Medicina, depositaron su confianza en los efectos milagrosos de la sustancia supuestamente potenciadora del rendimiento y no dejaron de tomarla. Fueron los precursores de los actuales estudiantes en universidades de todo el mundo en cuyos campus circulan pastillas revitalizantes como la ritalina y otros derivados anfetamínicos. Cuando la moda que el propio Ranke había desatado llegó a sus oídos y se enteró de que en la Universidad de Múnich había incluso una sala habilitada para que los alumnos con sobredosis, llamados «cadáveres de pervitina», durmieran la mona, el

director de la MA fue consciente del problema. Ranke debió de constatar que el consumo de dosis elevadas en su centro ya era habitual antes de los exámenes. Las calificaciones obtenidas dejaron mucho que desear y un colega, preocupado, escribió: «En los casos en los que hubo confesión, el resultado del examen fue extraordinariamente malo, así que hubo que suponer que uno normal no podría decir tantas tonterías».[14]

Ranke canceló a toda prisa otra prueba prevista para 1939 y redactó un escrito dirigido al resto de directores de instituto de su academia para advertirles del posible peligro de adicción e instarles a prohibir la pervitina en toda la institución.[15] Pero ni Ranke ni, con él, la Wehrmacht consiguieron ahuyentar los espíritus que el primero había invocado: la metanfetamina se propagó frenéticamente y en las siguientes semanas y meses no se detendría ante las puertas de ningún cuartel.

Los últimos días de paz transcurrían en el país. Los oficiales sanitarios se preparaban para el inminente ataque a Polonia y hacían grandes pedidos directamente a las farmacias, ya que la Wehrmacht, de momento, no suministraba oficialmente la pervitina. Ranke solo podía limitarse a mirar. Menos de una semana antes del inicio de la guerra escribió a un general médico del Estado Mayor: «Entregar a la tropa un medicamento diferente cuyo uso no esté limitado a casos de urgencia constituye, naturalmente, un arma de doble filo».[16] Las advertencias llegaban ahora demasiado tarde. Un experimento incontrolado de dimensiones gigantescas estaba en ciernes: sin instrucciones sobre cómo había que dosificar el estimulante, pero provista masivamente de él, la Wehrmacht asaltó al desprevenido y no dopado vecino del este.

ROBOTS

Soy maquinista de un tren hospital del Ejército y estoy sometido a situaciones extenuantes, en las cuales sus pastillas han demostrado plenamente su eficacia, tanto para mí como para el personal. - Las dificultades parecen más fácilmente superables. - Ahora vuelvo a sentirme como nuevo.[17]

Los informes de los servicios sanitarios sobre el uso de metanfetamina durante el ataque a Polonia iniciado el 1 de septiembre de 1939 y que supuso el inicio de la segunda guerra mundial llenan un clasificador entero en el Archivo Militar de Friburgo. Se trata de descripciones de todo tipo, acumuladas sin orden ni concierto y sin pretensión alguna de integridad ni representatividad. Tampoco dispuso de mucha más información el funcionario responsable Ranke, el cual había sido nombrado fisiólogo consultor de Defensa del cuerpo de Inspección Sanitaria del Ejército de Tierra al comenzar la contienda. No hubo ningún estudio sistemático porque tampoco se hizo un uso sistemático de la sustancia; al contrario, su consumo era arbitrario, al gusto de cada comandante, oficial sanitario o soldado.

Por ejemplo, la 3.ª División blindada, que cruzó el Vístula en Grudziazd, giró en dirección a Prusia Oriental y, de allí, avanzó hacia Brest-Litovsk, informó de lo siguiente: «Euforia, aumento de la capacidad de atención, evidente mejora del rendimiento. Trabajo realizado sin problemas, manifiesto efecto estimulante y sensación de frescura. Todo el día de

servicio sin descansar, ausencia de depresión y retorno al estado de ánimo normal».[18]

Considerando la guerra como una obligación que había que cumplir, la droga parecía que ayudaba a los tanquistas a no preocuparse demasiado sobre qué habían ido a hacer a aquel país extranjero y permitirles, simplemente, hacer su trabajo, aunque este incluyera matar a seres humanos: «Todos frescos y despabilados, máxima disciplina. Leve euforia y gran dinamismo. Ánimos levantados, mucha excitación. Ningún accidente. Efectos prolongados. Visión doble y cromática tras la toma de la cuarta pastilla».[19] Hasta leves alucinaciones, aparentemente placenteras, acompañaron a los hombres, ya ebrios de victoria, en un ataque contrario al derecho internacional que, como resultado, posibilitaría la comisión de los posteriores crímenes del nacionalsocialismo en Polonia. «Remite la sensación de hambre. Especialmente favorable es también la aparición de un intenso impulso trabajador. El efecto es tan inequívoco que no puede ser fruto de la imaginación.»

Un teniente coronel informó de su propia buena experiencia con la sustancia: «Ningún efecto secundario, ningún dolor de cabeza, mente totalmente despierta». Durante tres días y tres noches, el mismo militar mantuvo negociaciones de muy buen ánimo con los rusos en Brest-Litovsk sobre el reparto del territorio conquistado. Cuando, en el camino de vuelta, se topó con un grupo de defensores polacos, la metanfetamina le permitió «estar enchufado».[20] Se desconoce cuántas personas perdieron la vida en este episodio.

A muchos la droga les parecía el compañero ideal para el campo de batalla. Su efecto desinhibidor hacía que esforzarse resultara más fácil, ya fuera haciendo marchas nocturnas —antes de las cuales «todos los tanquistas y conductores» consumían «siempre a medianoche con el objetivo de aumentar la atención»—, empujando tanques atascados, disparando o llevando a cabo otros «movimientos manuales automatizados».[21]

En todos los aspectos del ataque que costó la vida a 100.000 soldados polacos y 60.000 civiles al acabar el año, el estimulante ayudó a funcionar «sin síntomas de agotamiento hasta la conclusión de la misión». La

sustancia aportaba el suplemento energético necesario para hacer que todo fluyera más fácilmente. Un oficial sanitario del 9.º Cuerpo de Ejército redactó exultante el siguiente comunicado: «Estoy convencido de que cuando hay que hacer grandes esfuerzos y es necesario tener a punto hasta el último miembro del equipo, una tropa provista de pervitina es superior a cualquier otra. Por ello, el médico de tropa abajo firmante ya ha solicitado la inclusión de reservas de pervitina en el TSA [botiquín de campaña]».[22]

Sanitätskompanie 2/59 O.U., den 3o.12.1939

Bezug: Div.-Arzt 8.Pz.-Div. v.28.12.39
Betr.: Verwendung von Pervitin als Stärkungsmittel.

Dem
Div.-Arzt der 8. Panzer-Division
B i e l e f e l d

Eigene Erfahrungen sehr günstig. Wirkung bei allgemeiner Unlust, deprimierter Stimmung ausgezeichnet.

Bei der Kompanie wurde Pervitin mehrmals an Einzelpersonen ausgegeben. Truppenversuch fand nicht statt. Die gemachten Erfahrungen sind sehr günstig. 1 Tablette hält von dem Fahrer Ermüdungserscheinungen fern. Selbstbeobachtung bei Ärzten ergab Verschwinden von deprimierter Stimmung und Auftreten eines subjektiven Frischegefühls. Überdosierungserscheinungen (Herzklopfen) treten erst bei Einnahme von 2 Tabletten auf.

gez. Dr. Wirth
Stabsarzt

«Anulación del estado de ánimo depresivo»: informe sobre la pervitina desde el frente. (© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

Otro informe dice lo siguiente: «La mejora del rendimiento también se hizo evidente en los tanquistas y oficiales del cuerpo blindado durante los prolongados combates del 1 al 4 de septiembre de 1939, así como en la unidad de reconocimiento que empleó con total éxito esta sustancia durante los largos y agotadores desplazamientos nocturnos para mantener y mejorar la capacidad de atención en los patrullajes … Una mención especial merece

el excelente efecto sobre la capacidad de trabajo y el ánimo de los oficiales de división sometidos a estrés, quienes reconocieron sin excepciones el aumento, tanto objetivo y como subjetivo, del rendimiento que aporta la pervitina».

No solo a los tanquistas les iba bien un «aumento de la capacidad de atención». Un comandante médico explicó lo siguiente: «Especialmente a los motoristas se les exigían enormes esfuerzos cuando tenían que realizar trayectos largos por carreteras en malas condiciones, con polvo y calor, en viajes que, a veces, duraban de primera hora de la mañana a última de la tarde y cubrían el trayecto de Silesia a Leópolis, en Polonia, pasando por Bohemia-Moravia y Eslovaquia. Las pastillas se repartían sin decir para qué servían, pero, por su efecto fulminante, las tropas lo tenían claro al momento».[23]*Easy riders* teutones con las drogas de los laboratorios Temmler y las modernas gafas antipolvo de Ranke.

Sin embargo, también había voces críticas. El médico militar del 6.º Ejército (el mismo que caería derrotado en Stalingrado) recopiló varios partes de sus oficiales sanitarios subalternos y escribió a Ranke:[24] «Los informes contradictorios revelan sin lugar a dudas que la pervitina no es un medicamento totalmente neutro. No es en absoluto conveniente confiar a las tropas el uso discrecional de la pervitina».[25] Por lo visto, nadie estaba todavía muy versado en el uso del estimulante, pero el interés por el mismo ya se había despertado en todas partes. A este respecto, la frase final del informe del 4.º Cuerpo de Ejército resulta reveladora: «Para proseguir con los ensayos … se ha solicitado una cantidad mayor de pastillas de pervitina».[26]

BURNOUT

Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939 como respuesta al ataque por sorpresa a Polonia. Sin embargo, al principio, en el Frente Occidental no se escuchó ni un solo disparo. En la llamada *Sitzkrieg* («guerra sentada»), los contendientes permanecieron inmóviles, cara a cara, durante meses. Nadie quería pelea. El *shock* de la primera guerra mundial, donde en cuatro años no cambió casi nada pero murieron millones de soldados, había calado hondo. «No dispararemos si no disparáis», avisaban los alemanes a los franceses mediante pancartas.[27] A diferencia de 1914, ningún bando quería apelar al ardor guerrero ni al orgullo nacionalista. «Los alemanes comenzaron la guerra —escribe Golo Mann—, pero nadie tenía ganas de pelear, ni los civiles, ni los soldados, ni mucho menos los generales.»[28]

Pero uno de ellos veía las cosas de otro modo. Hitler quería atacar Francia cuanto antes, a ser posible en el otoño de 1939. Sin embargo, había un problema: los países aliados del oeste aventajaban claramente a Alemania en armamento y efectivos. A diferencia de lo que publicitaba la propaganda nazi de puertas afuera, el ejército alemán no era superior. Al contrario, tras la campaña de Polonia tuvo que renovar los equipos con urgencia. La mayoría de las divisiones tenían dotaciones deficientes y apenas la mitad eran operativas.[29] La fuerza armada francesa, en cambio, era considerada una de las más potentes del mundo, y el Reino Unido, gracias a su imperio mundial, disponía de recursos prácticamente ilimitados para la economía de guerra.

Las cifras eran elocuentes: el bando alemán apenas llegaba a los tres millones de soldados, mientras que los Aliados sumaban un millón más. 135

divisiones de la Wehrmacht tenían que medirse con 151 del oeste, y 7.378 cañones de artillería debían competir con aproximadamente 14.000. En cuestión de tanques tampoco había color: 2.439 alemanes contra 4.204 de los Aliados, y, encima, estos últimos disponían de un blindaje doblemente reforzado: los de la Wehrmacht tenían un espesor de 30 milímetros de acero, mientras que los blindados franceses tenían un grosor de 60 milímetros y los británicos llegaban incluso a los 80. En cuanto a la fuerza aérea, la Luftwaffe podía emplear 3.578 aviones y los Aliados disponían de 4.469 aparatos.[30]

Según una máxima castrense, el agresor debe ser tres veces superior para poder invadir con éxito. No es de extrañar, pues, que al alto mando de la Wehrmacht no se le ocurriera ninguna estrategia alentadora. Sin embargo, Hitler, dando la espalda a la realidad, estaba convencido de que el espíritu combativo ario podría hallar alguna solución y, erróneamente inspirado por el rendimiento dopado en la campaña polaca, no dejaba de referirse a la «milagrosa valentía de los soldados alemanes».[31]

En realidad, el dictador tampoco sabía qué hacer. Las declaraciones de guerra francesa y británica lo cogieron desprevenido, ya que hasta el último momento había esperado que Europa occidental reaccionara a la invasión de Polonia con la misma mansedumbre que había demostrado ante el desmantelamiento de Checoslovaquia. Pero no fue así y Alemania tuvo que entrar en guerra contra media Europa sin estar suficientemente armada ni preparada. Hitler había llevado al Reich a un callejón sin salida y él mismo se encontró entre la espada y la pared. Halder, su jefe del Estado Mayor, lo había advertido: «El tiempo irá en nuestra contra si no sabemos aprovecharlo. Los recursos económicos del otro bando son superiores».[32] ¿Qué había que hacer? Lo único que se lo ocurrió a Hitler fue una huida desesperada hacia delante, pero el alto mando de la Wehrmacht, realista y metódico, se mostró horrorizado ante semejante afán. De hecho, el «cabo de Bohemia» no gozaba de mucho prestigio entre los oficiales prusianos del Estado Mayor, quienes, cansados de sus erráticas ocurrencias e intuiciones repentinas, lo consideraban un diletante de la guerra. Un ataque mal preparado solo podía desembocar en una nueva derrota, como había sucedido en la primera guerra mundial. Por ello, se llegó incluso a urdir un

golpe de estado. El comandante en jefe Von Brauchitsch y su jefe de gabinete Halder tenían la intención de arrestar a Hitler si este daba la orden de ataque, pero el plan fue abandonado después del intento de atentado sobre el canciller del Reich cometido por Georg Elser el 8 de noviembre de 1939 en la cervecería Bürgerbräukeller de Múnich.

En aquellos días de otoño de 1939 tuvo lugar en Coblenza un encuentro decisivo entre dos altos oficiales que desarrollaron codo con codo un osado proyecto. Erich von Manstein, de 52 años, general berlinés de carácter colérico y mejillas permanentemente encendidas, conversaba con Heinz Guderian, general de división blindada de origen prusiano oriental y solo un año más joven que él. Ambos pensaban que la única opción que tenía la Wehrmacht era avanzar por sorpresa con un ejército de tanques a través de la supuestamente infranqueable cordillera belga de las Ardenas para, a los pocos días, alcanzar la ciudad fronteriza francesa de Sedán e, inmediatamente después, precipitarse hacia la costa atlántica. Los Aliados, creyendo que el ataque se produciría en el norte, habían concentrado allí sus fuerzas. Por consiguiente, se podría sorprender y acorralar al grueso de la defensa en una especie de «golpe de hoz» —así se llamó también la Operación Manstein—. De este modo, el Reich se ahorraría una guerra de trincheras y desgaste imposible de ganar, como la de la primera guerra mundial, y las aplastantes potencias aliadas quedarían por sorpresa separadas de su territorio interior y se verían obligadas a capitular. Así de fácil.

La audaz empresa solo generó desconfianza en el Estado Mayor. Allí, los tanques todavía se veían como torpes mastodontes que solo servían de apoyo a otro tipo de armamento, pero no para dirigir una ofensiva dinámica a través de un territorio montañoso e impracticable con unidades autónomas. El alto mando consideró que el plan de invasión esbozado era, sencillamente, disparatado, y para bajar los humos al imprudente Von Manstein, sus superiores lo destinaron al puerto báltico de Szczecin, lejos del futuro teatro de operaciones. En cuanto al permanente anhelo de Hitler de iniciar el ataque, los oficiales del Estado Mayor siguieron respondiendo con evasivas. El mal tiempo les sirvió en docenas de ocasiones como pretexto para no tener que atacar. En aquellos días se llegó a decir que la

Wehrmacht solo tenía armamento para días soleados y que la efectividad de su fuerza aérea dependía de la ausencia de nubes en el cielo.

El Frente Occidental era, pues, un remanso de paz. Cuando, en octubre de 1939, el doctor Ranke visitó la villa barroca de Zweibrücken, cercana a la frontera del Palatinado con la Lorena francesa, los dientes de dragón antitanques apuntaban al cielo, pero los soldados pasaban la mayoría del tiempo echando partidas de cartas, fumando lo que les permitía su ración de tabaco —siete cigarrillos al día—, jugando al fútbol o ayudando en la cosecha de la patata. De hecho, con su placidez estaban arrullando a los franceses, situados a unos pocos kilómetros de allí.

Pero ello no significaba que los alemanes no estuvieran en todo momento preparados para cambiar de humor en un abrir y cerrar de ojos, ya que en el bolsillo del pantalón siempre tenían a mano el medicamento despertador. Ranke constató rápidamente que «una buena parte de los oficiales lleva pervitina … Sus efectos favorables han sido confirmados por todos los encuestados, tanto entre las tropas motorizadas como en otras unidades».[33] A pesar de la calma sepulcral reinante, todos sabían que la cosa podía empezar en cualquier momento. Y si la cosa empezaba, había que estar rebosantes de salud y frescos como una rosa a la velocidad del rayo. Por ello, el consumo ya se había convertido en una práctica habitual.

Alarmado por este uso profiláctico, Ranke escribió: «El problema no es si hay que introducir o no la pervitina, sino cómo debe ser consumida. La pervitina se utiliza masivamente, sin control médico». Insistió enérgicamente en la elaboración de una pauta, un prospecto, para regular el uso y «hacer que las experiencias en el este (la campaña de Polonia) den sus frutos en el oeste».[34] Sin embargo, nunca se tomó ninguna medida al respecto.

Un síntoma de que la pervitina era moneda corriente es el hecho de que el propio Ranke la tomaba con regularidad y daba cuenta de ello abiertamente, tanto en sus cartas como en su diario de guerra. Dos pastillas de los laboratorios Temmler le servían, en una jornada de trabajo normal, para vencer el estrés de sus obligaciones y levantar el ánimo. Aunque era consciente de los peligros de la dependencia, el autodesignado experto en pervitina no llegó a ninguna conclusión sobre su persona. Para él, la droga

seguía siendo un medicamento que él mismo se permitía en las cantidades que consideraba adecuadas. Si padecía efectos secundarios, no los reconocía como tales, sino que recurría al autoengaño: «A pesar de la pervitina, a partir de las 11 tengo más cefalea y trastornos digestivos». Sin rodeos, escribió lo siguiente a uno de sus colegas: «Facilita … claramente la concentración y provoca sensación de desahogo a la hora de acometer tareas difíciles. Por consiguiente, no solo es una sustancia despertadora, sino que también tiene un efecto claramente antidepresivo. No se observan daños permanentes incluso con sobredosis elevadas … Con la pervitina se puede trabajar perfectamente de 36 a 40 horas seguidas sin notar cansancio alguno».[35]

Pasar dos días y dos noches seguidas sin dormir se convirtió en algo habitual para el fisiólogo de Defensa. Durante los primeros meses de guerra no dejó de trabajar a toda máquina. Entre el frente, donde pronunciaba conferencias sobre la pervitina, y la capital del Reich, donde ampliaba su instituto, Ranke no tenía ni un minuto de descanso. Cada vez se exigía más y tomaba la droga con más regularidad para no bajar el rendimiento, hasta que sufrió el clásico síndrome de *burnout* —entonces el concepto todavía no existía—. En su diario afirmaba valientemente: «Personal: mi depresión ha desaparecido. Desde el 8 de noviembre al mediodía vuelvo a estar en condiciones de trabajar».[36] Pero solía acostarse tarde y pasaba «una buena parte de la noche en vela», y al día siguiente se quejaba de estar «al borde del colapso». Este ejemplo de paulatino descenso al pozo de la dependencia es de manual. Ranke intentaba forzar sus límites ayudándose de la química, incluso cuando ya no podía más, pero no siempre lo conseguía: «19-11-39. Incapacidad laboral total debido a la presión por la reunión e inspección inminentes».[37] Y no era el único al que se le agotaban las pilas por los esfuerzos de la guerra y el consumo de pervitina. La correspondencia que mantuvo en aquellos días muestra que una cantidad creciente de oficiales tomaba la sustancia para poder cumplir con sus obligaciones.

La adicción se propagó también fuera del ámbito militar. En 1939, la fiebre de la pervitina recorrió el III Reich y se ensañó, por ejemplo, con las amas de casa que, en plena menopausia, «engullían pastillas como si fueran bombones»,[38] las madres primerizas que, durante el período puerperal,

tomaban metanfetamina para combatir la depresión posparto antes de dar el pecho, o las viudas exigentes que buscaban a su postrera media naranja en las agencias matrimoniales y se desinhibían en la primera cita con elevadas dosis. El ámbito de indicación del medicamento ya no conocía límites. Partos, mareos, vértigos, alergias, esquizofrenia, neurosis de ansiedad, depresiones, abulia, trastornos cerebrales… Daba igual: doliera lo que les doliera, los alemanes siempre echaban mano del tubito azul, blanco y rojo de Pervitin.[39]

Como, desde el inicio de la guerra, hasta el café era difícil de conseguir, la metanfetamina solía sustituirlo en los desayunos para alegrar un poco la moca aguada. Esta época de carencias fue descrita por Gottfried Benn, también en clave química, con las siguientes palabras: «En vez de para atiborrar a pilotos de bombarderos o zapadores de trincheras, la pervitina debería emplearse con determinación en las escuelas superiores para las oscilaciones cerebrales … Llámese ritmo, droga o entrenamiento autógeno moderno: se trata del secular anhelo humano de superar las tensiones que se han vuelto insoportables».[40]

A finales del otoño de 1939, el Servicio de Salud del Reich reaccionó a la ya innegable tendencia. El secretario de Estado Leo Conti, «líder de la Salud del Reich» —una especie de ministro de Sanidad—, intentó impedir, si bien con algo de retraso, que «todo un pueblo sucumba al estupefaciente».[41] Conti observó que «las molestas reacciones concomitantes neutralizan por completo el efecto favorable alcanzado tras la aplicación» y, con el objetivo de endurecer el marco legal, se dirigió al Ministerio de Justicia para expresar su «preocupación sobre el hecho de que, si se instaura la tolerancia hacia la pervitina, una buena parte de la población podría quedar incapacitada … Quien quiera eliminar el cansancio con pervitina, debe saber que esta conduce irremisiblemente a una lenta desintegración de las reservas físicas y psíquicas necesarias para rendir y, con ello, al colapso».

En un llamamiento personal formulado a la manera nacionalsocialista, Conti apeló también a la participación de los colaboradores voluntarios de la lucha antidroga: «La gravedad del momento debería vetar a todo hombre alemán y mujer alemana la entrega a placeres dudosos. El ejemplo personal

del repudio a los estupefacientes es, en nuestros días, más necesario y conveniente que nunca … Colaboren también ustedes con su trabajo a proteger y fortalecer la vida familiar alemana cuando esta se vea amenazada por el consumo de estupefacientes. De esta manera contribuirán a aumentar la capacidad de resistencia de nuestro pueblo».[42]

En noviembre de 1939, Conti ordenó que la pervitina se dispensara «exclusivamente con receta médica»[43] y, pocas semanas después, pronunció un discurso en el ayuntamiento de Berlín ante miembros del Colegio Alemán Nacionalsocialista de Médicos para advertir del «nuevo y gran peligro que, con todos los efectos secundarios de la adicción, seguramente no podremos evitar».[44] Sin embargo, sus palabras no debieron tomarse muy en serio, porque el consumo siguió aumentando. Muchos farmacéuticos tenían manga ancha ante la nueva norma e incluso servían a sus clientes envases con contenido de uso clínico sin necesidad de receta. Cada vez era menos problemático conseguir hasta varias ampollas de pervitina inyectable al día o adquirir de golpe varios cientos de pastillas en las farmacias.[45]

Entre los soldados tampoco cambiaron las cosas, ya que la obligación de presentar receta médica estaba limitada a la población civil. Pero Conti no se dio por vencido. Con el trasfondo del conflicto bélico real, el líder de la Salud del Reich declaró una guerra en toda regla contra las drogas al instar a la Wehrmacht a pronunciarse sobre el «uso, abuso y los eventuales daños», ya que había observado «que nuestros jóvenes soldados ofrecen un aspecto penoso, a menudo parecen extremadamente decaídos y envejecidos». Pero el Servicio de Salud del Reich de Conti era un organismo civil, así que los militares protestaron de inmediato contra tal injerencia: «La Wehrmacht no puede renunciar a provocar, también mediante el uso de medicamentos … un aumento temporal del rendimiento o un cese del agotamiento», respondió, tan frío como impasible, el inspector sanitario del Ejército de Tierra, Waldmann.[46]

El 17 de febrero de 1940 —el mismo día en que Conti había enviado su escrito de protesta a la Jefatura Sanitaria del Heer—, se celebró en la Cancillería del Reich una reunión trascendental entre Hitler, el general Von Manstein y el recién nombrado comandante de división blindada Erwin

Rommel. Von Manstein, con las manos como siempre metidas hasta el fondo de sus bolsillos, tenía permiso para explicar con todo detalle el arriesgado plan de ataque del que ningún miembro del alto mando quería oír hablar. En cambio, Hitler — quien, por lo demás, siempre interrumpía a sus generales— escuchaba fascinado mientras Von Manstein aleccionaba sobre cómo avanzaría a través de una cordillera prácticamente infranqueable para coger a franceses y británicos con el pie cambiado.[47] Aunque el Führer no soportara a aquel general que expresaba su pericia militar con indisimulada arrogancia —«seguramente un sujeto particularmente listo y de gran talento táctico, pero no me fío de él»,[48]— la estrategia basada en la sorpresa lo convenció inmediatamente. Sería el factor tiempo lo que decidiría sobre el éxito o el fracaso; la rapidez, la ocurrencia, y no solo el armamento, serían determinantes. De repente, la inferioridad material de los alemanes dejó de ser un impedimento para atacar. Hitler no dudó y se aferró a la idea como a un clavo ardiendo: «El Führer dio el consentimiento a las explicaciones. Poco después, se dictó la nueva y definitiva orden de despliegue», concluye la orgullosa nota de la conversación redactada por Von Manstein.[49]

Anlage 1

Anweisung für den Sanitätsoffizier über das Weckmittel Pervitin

1. Wirkungsweise.

Pervitin ist ein Arzneimittel, das durch zentrale Erregung das Schlafbedürfnis beseitigt. Eine Leistungssteigerung über die Wachleistung hinaus kann nicht erzielt werden. Bei richtiger Dosierung ist das Selbstgefühl deutlich gehoben, die Scheu vor Inangriffnahme auch schwieriger Arbeit gesenkt; damit sind Hemmungen beseitigt, ohne daß eine Herabsetzung der Sinnesleistungen wie bei Alkohol eintritt. Bei Überdosierung tritt hinzu Schwindelgefühl und Kopfschmerz sowie gesteigerter Blutdruck. Rund in $^1/_{10}$ der Fälle versagen die Weckmittel auch bei richtiger Dosierung.

2. Dosierung.

Zur Überwindung der Müdigkeit nach eingenommener Mahlzeit genügt gewöhnlich 1 Tablette mit 0,003 g Pervitin. Bei starkem Schlafbedürfnis nach Anstrengung besonders in der Zeit zwischen 0 Uhr und dem Morgengrauen sind vorbeugend 2 Tabletten kurz nacheinander und nötigenfalls weitere 1—2 Tabletten nach 3—4 Stunden einzunehmen. Weckmittel sind überflüssig, solange die Kampferregung anhält.

Werden 0,04 g — etwa 12 Tabletten und mehr auf einmal einverleibt, ist mit Vergiftung zu rechnen.

3. Anwendungsbereich.

Die Weckmittel dürfen nicht eingenommen werden, solange unvorhergesehene Rasten zum Schlaf ausgenutzt werden können. Die Anwendung verspricht in erster Linie Erfolg beim Kolonnenmarsch mot. Verbände bei Nacht sowie bei übermüdeten Personen nach Wegfall der Kampferregung. Nur in zwingenden Ausnahmefällen darf mehr als 24 Stunden lang der Schlaf durch Weckmittel verhindert werden.

4. Ausgabe.

Nur auf Anweisung eines San. Offiziers wird durch das San. Personal nur je eine Tagesmenge ausgegeben. Der Verbrauch ist zu kontrollieren.

5. Wirkungszeit.

Die volle Wirkung tritt bei leerem Magen 15 Minuten nach der Einnahme, bei vollem Magen nach etwa ½—1 Stunde ein. Die schnelle Aufnahme bei leerem Magen führt gelegentlich zu rasch vorübergehenden Überdosierungserscheinungen.

6. Darreichung.

Zweckmäßig in einem Schluck nicht zu heißen Getränkes gelöst, notfalls auch als trockene fast geschmacklose Tablette.

7. Wirkungsdauer.

Einmal 2 Tabletten beseitigen das Schlafbedürfnis für 3—8 Stunden, zweimal 2 Tabletten gewöhnlich für etwa 24 Stunden. Bei starker Übermüdung ist die Wirkung verkürzt und vermindert.

8. Gegenanzeige.

Bei Nervösen und Vagotonikern (langsamer Ruhepuls) können die Weckmittel zu harmlosen aber leistungsmindernden Erregungszuständen mit Kopfschmerzen und Herzklopfen führen. Wer einmal so auf diese Weckmittel anspricht, soll keine Weckmittel mehr nehmen. Bei Anlage zu Nierenkrank-

El «Decreto sobre sustancias despertadoras» del 17 de abril de 1940: un prospecto para el consumo de drogas en la Wehrmacht.
(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

Pero no estaba del todo claro que un avance rápido por las Ardenas fuera realmente factible. La inaccesibilidad del terreno podría paralizar las tropas y el enemigo, incluso estando débilmente apostado, podría contenerlas. Si así ocurriera, los Aliados tendrían tiempo suficiente para acudir con refuerzos desde el norte y el sur y someter a los alemanes. Por consiguiente, el «golpe de hoz» solo tendría éxito si se conseguía avanzar día y noche sin parar y, sobre todo, sin dormir. Hitler disipó cualquier duda entre los presentes: por supuesto que un soldado alemán, gracias a su fuerza de voluntad, podría pasar noches y días en plena disposición para combatir si la situación lo requería. Exactamente como él había hecho cuando era mensajero en las trincheras de Flandes durante la primera guerra mundial.

En realidad, los soldados no tendrían que poner a prueba su enorme fuerza de voluntad. ¿Para qué, si no, estaba la pervitina? Los preparativos para la nueva orden de despliegue eran febriles en el alto mando del Ejército de Tierra. Como también había que planificar los servicios sanitarios, alguien se acordó de las pruebas de la Academia de Medicina Militar. El 13 de abril de 1940, más de tres semanas antes del ataque, el inspector sanitario del Ejército de Tierra Waldmann informó ante el coronel general Von Brauchitsch, comandante en jefe del Heer. Tema: «Pervitina. Decreto sobre el uso prudente pero necesario en situaciones especiales».[50] Ranke fue llamado a conversaciones y realizó varias veces en Berlín el trayecto que separaba la MA en la Invalidenstrasse del edificio Bendlerblock junto al Landwehrkanal. El director de la Academia de Medicina Militar tuvo que preparar a toda prisa una conferencia que debía pronunciar ante el Estado Mayor y redactar un folleto explicativo sobre la pervitina, un prospecto a medida de la Wehrmacht.[51]

El 15 de abril, Ranke recibió una carta del oficial médico de la división blindada Von Kleist, la cual debía encabezar el avance por las Ardenas. En dicha unidad, el consumo de drogas era habitual: «La pervitina como sustancia despertadora parece adecuada para contrarrestar los síntomas de agotamiento después de grandes esfuerzos físicos y mentales, sobre todo también en soldados y trabajadores intelectuales … a los que se les exige una especial frescura psicológica, receptividad, concentración y discernimiento, así como para reducir la necesidad de dormir. Las

observaciones … se han efectuado en parte en la campaña de Polonia, en parte en ejercicios de marcha y conducción con tropas, así como en la autoexperimentación por parte de numerosos oficiales sanitarios y de tropa».[52] No era momento de dudar: la cuenta atrás comenzaba y Ranke pidió a los laboratorios Temmler que aumentaran de inmediato la producción. Dos días después, el 17 de abril de 1940, circulaba por la Wehrmacht un documento sin parangón en la historia militar.

El llamado «Decreto sobre sustancias despertadoras» se distribuyó entre un millar de médicos de tropa, varios centenares de oficiales médicos de división, oficiales sanitarios superiores y cargos competentes de las Waffen-SS, el brazo militar de las SS. El primer párrafo era tan lacónico como explosivo: «La experiencia en la campaña de Polonia ha demostrado que, en determinadas situaciones, la superación del cansancio de una tropa sometida a grandes esfuerzos puede influir de manera decisiva en el éxito militar. Si con el sueño se pone el peligro dicho éxito, superarlo en situaciones especiales puede ser más importante que cualquier consideración relacionada con los posibles daños asociados. Para vencer el sueño … están disponibles las sustancias despertadoras. La pervitina se ha introducido sistemáticamente en el equipo sanitario».[53]

El texto era de puño y letra de Ranke y lo había firmado el comandante en jefe del Ejército de Tierra, Von Brauchitsch. La dosis establecida era de una pastilla al día y, por la noche, «para prevenir, dos pastillas seguidas y, en caso necesario, una o dos más cada tres o cuatro horas». En casos excepcionales estaba permitido «impedir el sueño durante más de 24 horas» —¿y qué era una invasión sino un caso excepcional?—. Como posible síntoma de intoxicación, el decreto hablaba de un «estado de ánimo beligerante» —¿era una advertencia o un estímulo?—. El decreto añadía: «Una dosis correcta aumenta claramente la autoestima y reduce las objeciones antes de acometer cualquier trabajo duro; así se eliminan las inhibiciones sin que disminuyan las capacidades sensoriales, como sucede con el alcohol».[54]

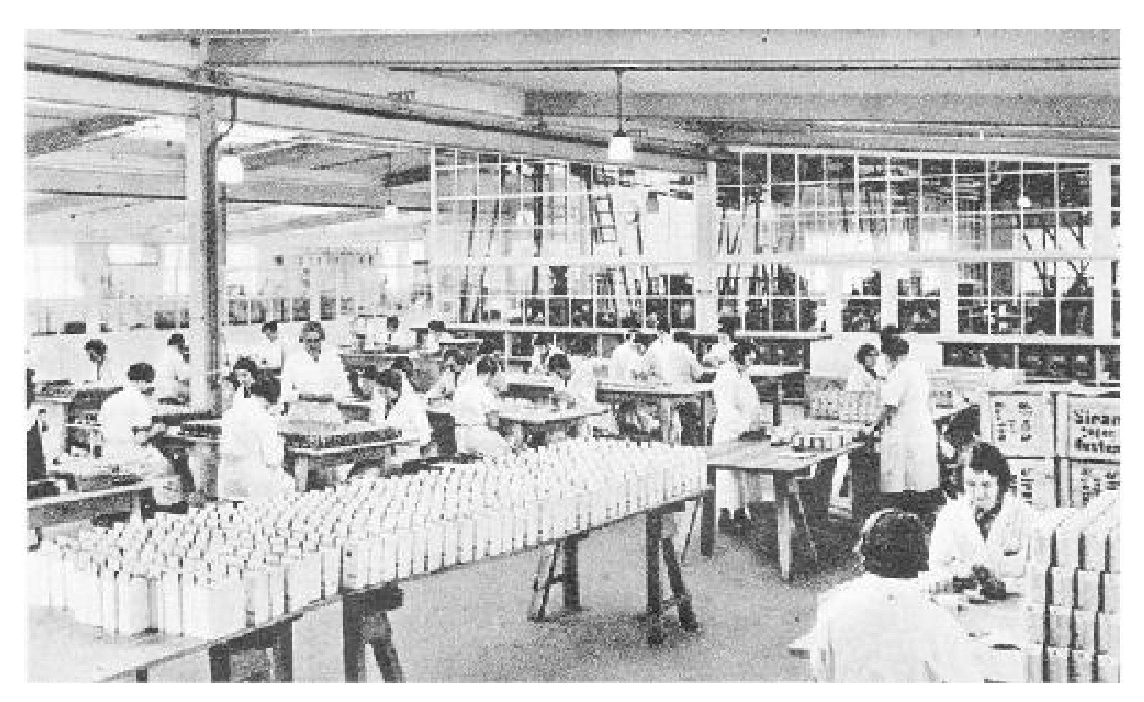
Por consiguiente, la Wehrmacht fue la primera fuerza armada del mundo que apostó por una droga química. Y Ranke, el fisiólogo del Ejército de

Tierra adicto a la pervitina, asumió la responsabilidad del uso regulado de la sustancia. Empezaba una forma nueva de hacer la guerra.

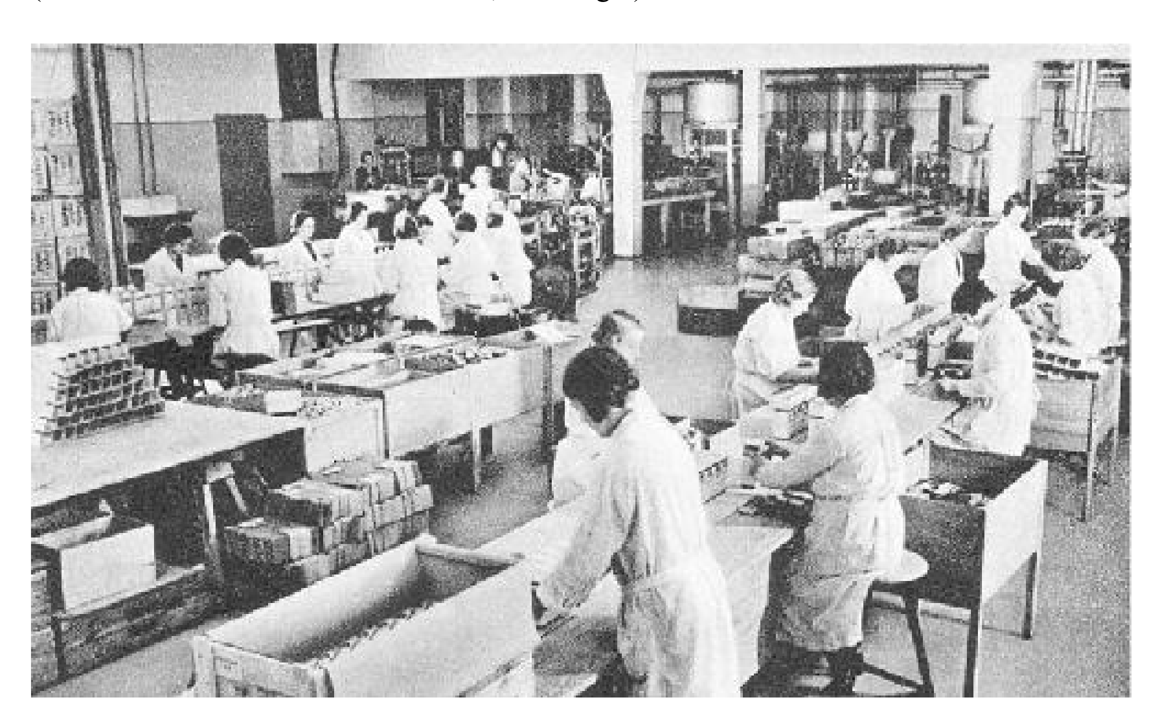
TIEMPOS MODERNOS

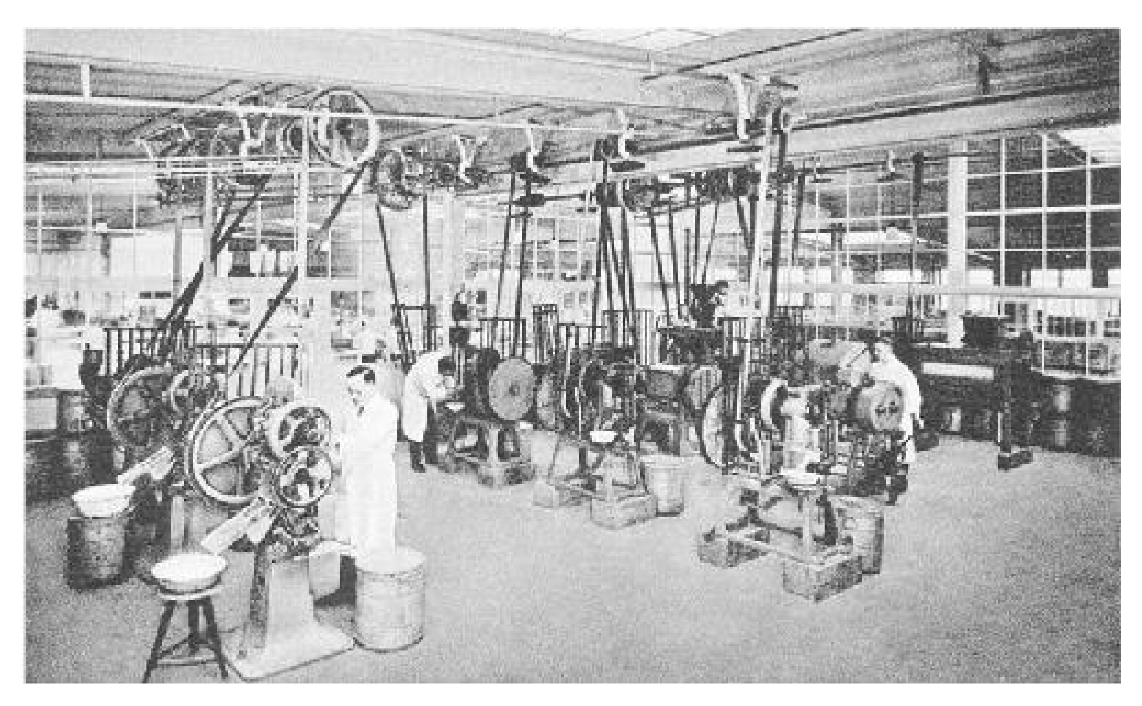
En la cadena de producción de Temmler, docenas de trabajadoras vestidas con bata blanca manipulaban unas máquinas circulares con forma de tarta mecánica. Unas palas de acero empujaban el tráfico incesante, a millares, de pastillas terminadas hacia las cintas transportadoras, donde, a base de sacudidas, empezaban a bailotear, listas para la inspección manual. Los dedos de las mujeres, enfundados en guantes claros, se deslizaban como antenas de abeja por el níveo esplendor pastillero y hacían el reparto: las malas al buche y las buenas a los envases especiales para los zurrones de los soldados; estos envases, a las cajas de cartón de la Wehrmacht y, estas, a los cajones de madera con el águila imperial grabada. Todo el mundo hacía horas extras porque la Academia de Medicina Militar metía prisa: el pedido tenía que estar en manos del cliente lo antes posible.

En un día se podían prensar 833.000 pastillas. Había que hacerlo, porque la Wehrmacht había solicitado la cantidad descomunal de 35 millones de unidades para los e jércitos de Tierra y Aire.[55] Heinrich Böll ya no tendría que pedir avituallamiento a sus padres nunca más.

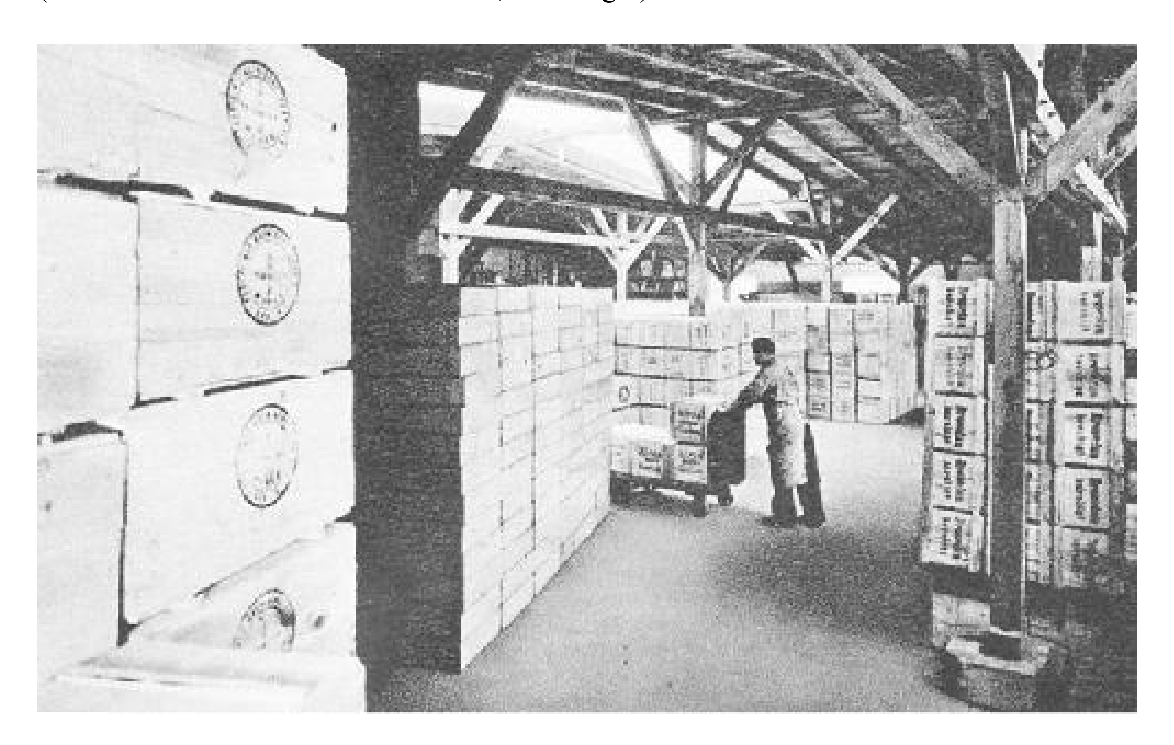


Preparando un pedido al por mayor en Temmler…
(© Temmler Pharma GmbH & Co KG, Marburgo.)





… 35 millones de dosis de metanfetamina para el Heer y la Luftwaffe.
(© Temmler Pharma GmbH & Co KG, Marburgo.)



El tiempo es guerra

El éxito radica en la rapidez. Todo depende de sorprender continuamente al adversario.[56]

De la orden de ataque del grupo blindado Von Kleist

Unas franjas fosforescentes trazadas a media altura en los troncos de los robles indicaban el camino recién abierto entre la maleza hacia un pequeño promontorio del bosque. Allí estaba la sala de mapas, un barracón de madera de apenas una brazada de anchura. Colgado en la pared había un relieve de Flandes que parecía tanto más tridimensional si se miraba desde la ventana hacia las colinas del Eifel y, detrás, las Ardenas. Hoffmann, el reportero gráfico del Reich y amigo íntimo del doctor Morell, se había apostado afuera y hacía fotos como un poseso.

El Felsennest («Nido en la Roca»), el cuartel general del Führer, se hallaba cerca de Rodert, un pueblecito de pistas de arena y casas de entramado en Bad Münstereifel. El 10 de mayo de 1940, a las siete de la mañana, el general de división Jodl informaba de la situación militar. En el norte de Bélgica, paracaidistas alemanes procedentes de Colonia habían tomado por la noche el enclave estratégico del fuerte Eben-Emael. Era un simulacro destinado a reforzar en los Aliados el convencimiento de que los alemanes atacarían por el norte. En realidad, el grueso de la Wehrmacht estaba dispuesto en un lugar muy distinto, mucho más al sur, en las proximidades de la frontera luxemburguesa. Allí rugían sin cesar los motores de los tanques en formación. Ligeramente avanzado, con su

llamativa estructura de antenas, se hallaba el vehículo semioruga de radiocomunicación del general Guderian. Sin embargo, la moral de la tropa todavía estaba lejos de ser belicosa. «Dondequiera que llegábamos reinaba una calma triste, por no decir una profunda sensación de frustración», informó un oficial.[57]

La sensación de inseguridad y confusión reinante entre los agresores se debía a que el tan ambicionado despliegue alemán se encontró en medio de un atasco casi interminable nada más empezar. En vez de iniciar la marcha a buen ritmo y aprovechar aquel factor sorpresa tan decisivo, se produjo un caos terrible y un colapso de tráfico inmenso sin haber salido todavía de suelo alemán. El motivo no fue ninguna sorpresa: los carros de caballos de infantería se fueron agolpando en las carreteras más anchas, reservadas en realidad a los tanques, y pronto ya nada fluyó como debía. Los vehículos del grupo blindado Von Kleist, la mayor unidad motorizada nunca antes movilizada en la historia militar —41.140 máquinas, de las cuales 1.222 carros de combate—, quedaron pegados uno a otro, parachoques con parachoques. El alud de chapa y acero quedó atascado a lo largo de más de doscientos cincuenta kilómetros, formando una cola que se prolongaba hasta la ribera del Rin. Fue el embotellamiento de tráfico más largo de la historia de Europa. Expuesta a la vista de todos, maniobrando torpemente de un lado a otro y sin poder avanzar, la potencia militar alemana podría haber sido pasto de los ataques aéreos y los Aliados habrían podido sofocar la invasión en su origen. Sin embargo, como nadie esperaba un ataque por semejante ojo de ajuga, el gigantesco aparcamiento de tanques pasó totalmente inadvertido. Los servicios de información franceses no vieron lo que se estaba fraguando y fueron incapaces de sacar provecho alguno de aquel caos organizado por la Wehrmacht.

La causa de la confusión en el lado alemán se debía a que en el alto mando seguían sin creer que los tanques fueran capaces de encabezar la invasión y, por ello, se les habían asignado muy pocas carreteras y ningún sector de combate propio. Todavía no se podía hablar de *blitzkrieg* o guerra relámpago, ya que nadie entendía o había interiorizado el concepto. Las únicas excepciones fueron unos pocos generales, con Guderian a la cabeza, quien, por radio, intentó desesperadamente que la infantería despejara las

veredas, pero esta consideraba rivales a los tanques y quiso, como siempre había hecho, capitanear el avance. Así, sus camionetas, carros de caballos y soldados de a pie —muchos de los cuales todavía iban armados con los mismos fusiles que se habían echado al hombro sus padres en la primera guerra mundial— siguieron taponando los caminos. Finalmente, después de eternas maniobras hacia delante y hacia atrás, los tanques consiguieron salir del caos e iniciaron el avance por las empinadas y sinuosas carreteras que recorrían los angostos valles de la cordillera. Recuperado el tiempo perdido, podrían demostrar de lo que eran capaces. Ya nada les podría detener hasta el canal de la Mancha. O casi nada.

«A LO GRANDE Y SIN CONTEMPLACIONES»[58]

Francia murió posiblemente en 1940: la derrota ante los alemanes se produjo en once días y el país ya no se recuperó de semejante humillación.[59]

Frédéric Beigbeder

«La tarea encomendada al Ejército de Tierra es muy difícil —anotó en su diario el general Halder, jefe del Estado Mayor del Heer—. No se puede realizar ni en este territorio (la zona del río Mosa) ni con esta relación de fuerzas enfrentadas, sobre todo en términos de artillería … Tenemos que recurrir a medios extraordinarios y asumir el riesgo que ello implique.»[60] La metanfetamina era uno de estos medios extraordinarios y los soldados necesitaban tomarla urgentemente cuando el general Guderian les ordenó: «Os pido que no durmáis durante tres días y tres noches si es necesario».[61] Y era necesario, porque si en ese tiempo llegaban a la ciudad fronteriza francesa de Sedán y atravesaban el Mosa, los alemanes se plantarían en el norte de Francia antes que el grueso del ejército galo, que todavía se hallaba en el norte de Bélgica y avanzado en el sur junto a la Línea Maginot.

En cuanto al suministro, la Wehrmacht lo tenía todo preparado. Los jefes de intendencia habían solicitado las pastillas con tiempo. Por ejemplo, el general Graf von Kielmansegg (quien en la década de 1960 fue comandante en jefe de las fuerzas aliadas terrestres de la OTAN en Centroeuropa) había hecho un pedido de 20.000 unidades para su 1.ª División blindada.[62] La noche del 10 al 11 de mayo se produjo la toma

masiva. Miles de soldados cogieron el medicamento del dobladillo de la gorra de campaña[63] o lo recibieron de sus oficiales sanitarios, se lo metieron en la boca y lo tragaron con ayuda de un poco de agua.

Veinte minutos después, todo empezó. Las neuronas empezaron a liberar neurotransmisores en los cerebros. De golpe, la dopamina y la adrenalina aumentaron la capacidad perceptiva sensorial y sumieron el organismo de los soldados en un estado de alerta absoluta. La noche se iluminó: ya nadie dormiría. El camino se aclaró y el gigantesco dragón de la Wehrmacht avanzó sin detenerse en dirección a Bélgica. La desgana y la frustración iniciales hicieron sitio a otro tipo de sensaciones más extrañas. Comenzaba algo que más tarde nadie supo explicar en un primer momento. Una helada inquietante invadía cada poro capilar, un frío ardiente dominaba a todos desde dentro. No eran las «tempestades de acero» narradas por Ernst Jünger en sus memorias sobre la primera guerra mundial, sino verdaderas tormentas químicas mezcladas con lluvias de ideas eufóricas que aumentaban al máximo el nivel de actividad. Los conductores conducían. Los radiotelegrafistas, equipados con encriptadoras que recordaban a máquinas de escribir futuristas, radiotelegrafiaban. Los soldados rasos, con pantalón de campaña negro y camisa gris oscura, avanzaban en cuclillas en posición de disparo con el ojo puesto en la mirilla del fusil. Ya no hubo pausas. Se había iniciado un asalto químico al cerebro. El organismo liberaba grandes cantidades de nutrientes y aumentaba la producción de azúcar para que el motor funcionara a la máxima potencia. Los émbolos subían y bajaban cada vez más rápido. La presión arterial media ascendió hasta un 25 % más. Los corazones latían como tambores en la caja de cilindros del pecho.

A la mañana siguiente tuvo lugar el primer combate. Los defensores belgas se habían hecho fuertes en búnkeres sobre una colina cercana al pequeño municipio fronterizo de Martelange. Delante tenían un repecho de varios centenares de metros que los hacía inexpugnables. Solo un ataque frontal podría vencerlos, pero les parecía un suicidio. Exactamente eso hicieron los drogados infantes de la Wehrmacht, quienes avanzaron corriendo a través de la zona letal. Los belgas, sorprendidos por aquel temerario avance, decidieron que lo mejor era retroceder. Los atacantes,

totalmente desinhibidos, en vez de asegurar el enclave —tal como se había hecho en toda la historia militar precedente—, fueron al acecho del enemigo y lo obligaron a emprender la huida definitiva. Este primer enfrentamiento fue sintomático.

Tres días después, el comandante de división informó de la llegada a la frontera francesa. Sedán estaba enfrente. Muchos soldados no habían pegado ojo desde el inicio de la campaña, pero no había tiempo que perder: a las 16.00 horas en punto estaba previsto que comenzara el fuego de la artillería alemana. El bombardeo masivo desde el cielo ya estaba teniendo lugar. Cada vez que los aviones de la Luftwaffe emprendían el temerario vuelo en picado y se abalanzaban a velocidad de vértigo sobre las posiciones francesas hasta casi tocar el suelo, los pilotos hacían sonar unas sirenas estridentes —conocidas como «trompetas de Jericó»— y soltaban las bombas. Todos los cristales vibraban por la onda expansiva y los edificios de la ciudad fronteriza temblaban. Descarga tras descarga, la *meta* se encendía en los cerebros, los neurotransmisores arremetían como proyectiles, retumbaban en las hendiduras sinápticas, reventaban y derramaban su cargamento explosivo: las vías nerviosas se convulsionaban, los huecos neuronales se encendían, solo se oían silbidos y zumbidos. Abajo, las tropas defensoras se acurrucaban y temblaban en sus búnkeres. El ruido de sirenas de los aviones en caída libre penetraba en los oídos y ponía los nervios de punta.[64]

En el transcurso de las horas siguientes, 60.000 hombres, 22.000 camiones y 850 tanques cruzaron el río: «Nos invadió una especie de euforia, un estado de excepción —explicó uno de los participantes—. Estábamos en los vehículos, cubiertos de polvo, extenuados y pasados de rosca».[65] Los alemanes tomaron la ciudad fronteriza en un estado de éxtasis sin precedentes. «El ardor guerrero nunca se extinguirá para abatir caballerosamente al enemigo», reza el informe oficial de la Wehrmacht.[66] En realidad, la droga contribuyó enormemente a trasladar a la tropa aquella exaltación bélica que en la primera guerra mundial había tenido una motivación principalmente nacionalista.

El ejército de reserva francés acudió a toda prisa, pero llegó con unas pocas y decisivas horas de retraso, y fue presa del pánico. Entonces los

alemanes ya habían cruzado el Mosa y la represa había sido destruida. Hasta su capitulación, los franceses ya no pudieron revertir esta dinámica. Nunca reaccionaron a tiempo, siempre fueron sorprendidos y arrollados y en ningún momento tomaron la iniciativa. Un informe de la Wehrmacht dice: «Cuando nuestros tanques aparecen de repente, los franceses están tan confundidos que su defensa solo puede reaccionar débilmente».[67]

El historiador francés Marc Bloch, que combatió por su país en mayo y junio de 1940, habla de una «derrota intelectual»: «Nuestros soldados fueron vencidos, se dejaron vencer con demasiada facilidad porque nuestro pensamiento iba rezagado». Es decir, porque en los cerebros franceses no reinaba el mismo estado de excepción teñido de euforia. «Te encontrabas alemanes por todas partes, viajaban sin rumbo fijo por toda la zona —explica Bloch para describir el terrible desconcierto que provocaban los atacantes—. Creían en la acción y lo inesperado. Nosotros nos instalábamos en el inmovilismo y lo conocido. Durante toda la campaña, los alemanes no abandonaron la terrible costumbre de aparecer por donde no debían: no respetaban las reglas del juego … Esto significa que determinadas carencias, imposibles de negar, se explican principalmente por el ritmo demasiado lento que teníamos inculcado en nuestros cerebros.»[68]

Las víctimas francesas ocasionadas por los bombardeos de aquel primer día en Sedán ascendieron a 57, una cifra relativamente baja. Lo que sí tuvo consecuencias devastadoras fueron los efectos psicológicos causados por el ataque de los desatados alemanes. Y esta campaña se decidió en las psiques. Con respecto al veloz paso alemán por el Mosa y el fracaso defensivo francés, un informe de investigación galo habla de «phénomène d’hallucination collective».[69]

EL TIEMPO ES DROGA

La guerra relámpago fue controlada con metanfetamina, por no decir que estuvo basada en la metanfetamina.[70]

Dr. Peter Steinkamp, historiador de la medicina

Las ventajas que ofrece un estimulante con respecto a una invasión son obvias: la guerra se desarrolla en el espacio-tiempo, por lo que la rapidez es decisiva. La primera guerra mundial sería una excepción, ya que en ella se invadió muy poco territorio a lo largo de cuatro años. En cambio, si Napoleón hubiera podido llevar sus tropas al frente de Waterloo dos horas antes, la batalla habría ido por otros derroteros.

En el informe de la Wehrmacht se describe el avance impregnado de metanfetamina llevado a cabo por Guderian: «En una decisión súbita, el general abandona solo con su vehículo todoterreno la margen meridional del Mosa y conduce en dirección a Donchery … forzando el motor, sin parar, día y noche, hasta donde el combustible lo permite».[71] La realidad es menos inocente de lo que estas líneas dejan entrever. Aquella fue una guerra de conquista en la que murieron miles de seres humanos y sirvió de banco de pruebas para posteriores campañas,[72] ya que se llevó a cabo de una manera innovadora y sin precedentes. Por mucho que Guderian, con su peculiar bigote gris y sus habituales prismáticos colgando del cuello, se refiriera a un milagro, lo cierto es que él inventó en aquellos días (y sobre todo noches) la guerra relámpago. En menos de cien horas, los alemanes ganaron más territorio que en los cuatro años de la primera guerra mundial.

En el plan de batalla se había otorgado al grupo blindado Von Kleist, que también estaba asignado a Guderian, plena libertad operativa siempre que se moviera con la suficiente rapidez e hiciera avanzar el frente. En cuanto los tanques dejaran de avanzar, la división Von Kleist se integraría en la unidad superior. Esta orden resultó ser una hábil programación psicológica, ya que la tropa blindada desarrolló la ambición necesaria para no detenerse ante nada ni tener que incorporarse a la unidad, sino todo lo contrario: después de partir ya no se dejó atrapar y siguió avanzando como punta de lanza.

Guderian, montado en su vehículo semioruga de radiocomunicación y flanqueado por los oficiales asistentes en motocicletas con sidecar, viajó poco más o menos que autárquicamente desde que salió de Sedán. Asegurar la posición y establecer una cabeza de puente, tal como mandaban los cánones, ya no entraba en sus cálculos. Después de tomar la ciudad fronteriza, el general siguió atacando a pesar de haber recibido la orden estricta de detenerse y, en el éxtasis de la batalla, llegó incluso a plantearse el desacato. ¿Cubrir flancos? Eso era antes. Ahora había que ir más rápido que cualquiera que lo atosigara por los costados. ¿Asegurar refuerzos? Para qué, si llevaba consigo todo lo que necesitaba su unidad. Un ingenioso sistema de bidones garantizaba el suministro de gasolina a las filas más avanzadas, mientras que de la pervitina se encargaba el Parque Sanitario Principal, la gran farmacia de la Wehrmacht.[73]

Cuatro días después, los Aliados seguían estupefactos por el avance de los alemanes. No sabían qué hacer ante aquel atacante imprevisible que no actuaba metódicamente, sino que únicamente tenía como objetivo llegar a la costa atlántica lo antes posible y cerrar el cerco. El camino hasta allí sería el resultado de una planificación *ad hoc* donde la metanfetamina desempeñó un papel fundamental.

«Conducimos sin parar, así de rápida marcha la columna. El general deja que sus hombres marquen el ritmo. En este día se cubren grandes distancias. Dos oficiales de una columna de refuerzo francesa son llevados ante el general: “Oh, los alemanes muy rápido — *très, très vite*—”. Están perplejos por su repentina captura. No tenían ni idea de dónde ni cuándo llegaríamos … El viaje prosigue hacia Montcornet. Los vehículos ruedan a

toda velocidad en este tramo. El general tiene que indicar nuevas rutas de marcha. Así de increíblemente rápido va todo»,[74] se explica en el informe sobre el avance de Guderian. Y prosigue: «En el mercado hay franceses que descienden de sus vehículos y nos acompañan un tramo en nuestra columna. Nadie se ha podido ocupar todavía del enclave. El general se detiene junto a la iglesia y dirige el tráfico ayudado por su edecán. Una división por la derecha, otra por la izquierda. Todos pasan como en una carrera».[75]

La *blitzkrieg* se había desvinculado y funcionaba sola. En aquellos agitados días primaverales de mayo de 1940, la guerra relámpago simbolizaba la modernidad en evolución, rompiendo todas las ataduras y superando todos los límites. En lo sucesivo, tampoco se podría imaginar sin drogas estimulantes.

EL ZORRO DEL CRISTAL

Erwin Rommel, el general alemán más conocido de todos los tiempos, no era precisamente un experto en tanques, sino que provenía de la Infantería, el pueblo llano del Ejército de Tierra. Pero fue precisamente su ignorancia con respecto a los colosos de acero y sus posibles movimientos lo que ayudó al general suabo a actuar sin convencionalismos en esta batalla. Dirigía su 7.ª División blindada intuitivamente, como si fuera un pelotón de asalto, y no esperaba a que los ingenieros montaran puentes portátiles, sino que metía sus vehículos de gran tonelaje en transbordadores para cruzar los ríos franceses. Y le funcionaba. Winston Churchill, nombrado primer ministro británico el mismo día del ataque alemán, se equivocó como pocas veces cuando trató de tranquilizar a su homólogo francés Reynaud: «La experiencia demuestra que las ofensivas se detienen pasado cierto tiempo … En cinco o seis días tendrán que parar para reaprovisionarse y, entonces, surgirá la posibilidad de una contraofensiva».[76]

Rommel no se detuvo. Demasiado ágil como para dejar flancos de ataque, el general avanzó inexorablemente. Al igual que Guderian, aprovechó la excelente logística alemana que, como un comodín letal, permitía a este tahúr imprevisible, incontrolable e irreprimible subir cada vez más la apuesta. En el cuartel general lo admiraban: «Ojalá me destinaran a la primera línea del frente, como el general Rommel. ¡Él sí que tiene agallas, siempre en el primer vehículo de su división!».[77] Hasta su superior, el general Hoth, dejó de darle órdenes, porque cuando estas llegaban por escrito al puesto de mando, Rommel ya hacía tiempo que había cruzado las montañas y perdido el contacto por radio. Ya no olía el peligro —un síntoma típico del consumo elevado de metanfetamina—. De noche

seguía arremetiendo y atacaba incluso posiciones muy bien consolidadas sin detener los tanques, abriendo fuego como un energúmeno con todos los cañones y cogiendo siempre al enemigo con el pie cambiado. Los franceses se desesperaban ante aquellos mastodontes de acero que se abalanzaban sobre sus baterías de defensa como caballos desbocados. ¿Cómo había que pararlos? No podían dar ninguna orden de defensa porque eran situaciones que nunca se habían practicado en las maniobras.

Hacia el final de esta primera semana de la batalla de Francia se produjo una fantasmagórica escena que arroja una luz esclarecedora sobre la manera de actuar de los alemanes. En la noche del 16 al 17 de mayo de 1940, Rommel, liberado desde hacía tiempo de la cadena de mando, recorría a toda velocidad la carretera de Solre-le-Château, en el norte de Francia, en dirección a Avesnes. La casualidad quiso que la 5.ª División de Infantería, parte de la 18.ª y la 1.ª División blindada alemanas hubieran plantado el campamento nocturno precisamente sobre esa ruta. Sin dudar ni un segundo, el general de división se abalanzó sobre ellas y aplastó todo lo que se le puso por delante. A lo largo de diez kilómetros, lanzando andanadas, arrambló y dejó en las cunetas a cientos de camiones y tanques sobre los cuales habían sido acomodados muertos y heridos, y siguió avanzando con las orugas de sus tanques cubiertas de sangre, erguido entre dos oficiales de su Estado Mayor en la torreta del tanque de mando, con la gorra inclinada hacia la nuca, animando el avance.[78]

La guerra relámpago de los alemanes, quienes ya no tuvieron que dormir más, excedió todos los límites. Se había sembrado la semilla para futuras orgías de violencia. Aquellos soldados parecían no detenerse ante nada ni nadie y, poco a poco, empezaron a creerse la superioridad que les atribuía la propaganda nazi; la metanfetamina, que también les hacía creerse superiores, alimentó esta idea errónea. Los primeros rumores de una «invencible Wehrmacht» empezaron a circular. En el palacio del Elíseo, el ministro de Guerra francés, Édouard Daladier, no quiso admitirlo y expresó a gritos su incredulidad cuando, el 15 de mayo de 1940 a las 20.30 horas, su comandante en jefe Gamelin le comunicó por teléfono la derrota: «¡No! ¡Lo que me está contando no es posible! ¡Se está equivocando! ¡Es imposible!».[79] Los *boches* (asnos, en francés) ya estaban a 150 kilómetros de París y

no quedaba ninguna reserva gala defendiendo la capital. Todo había ido muy rápido. «¿Me está diciendo que el Ejército francés está vencido?» Petrificado, Daladier se desplomó. «Me sentí como aturdido —anotó Churchill en sus memorias—. Confieso que aquello fue una de las mayores sorpresas de mi vida.»[80]

En unos pocos días, los alemanes habían ganado la guerra en Europa. O, como mínimo, les faltaba muy poco.

SIN EMBARGO, HITLER NO ENTIENDE LA *BLITZKRIEG*

De momento parece que estamos ante la mayor catástrofe militar de la historia.[81]

El general Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor británico, sobre la situación de los Aliados el 17 de mayo de 1940

Un día realmente aciago. El Führer está nerviosísimo. Tiene miedo del éxito propio, no quiere arriesgar y prefiere que nos detengamos.

Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, también el 17 de mayo de 1940

Está fuera de sí y berrea que estamos a punto de echar a perder la operación y exponernos a la amenaza de una derrota.[82]

Halder, al día siguiente

Los rapidísimos acontecimientos sorprendieron al conjunto del Estado Mayor alemán. Día y noche, los servicios militares trabajaban para recabar información telefónica de los distintos sectores y corregían a cada momento el trazado del frente sobre los mapas. A mediodía y por la noche, el general de división Jodl informaba de la situación en el Felsennest. Hitler, agitado e

inquieto, también se levantaba como un sonámbulo en mitad de la noche de su sofá en el puesto de mando, abandonaba su búnker provisto de paredes de hormigón de un metro y medio de ancho y, orientándose por las franjas fosforescentes y atravesando a tientas el oscuro robledal, llegaba a la sala de mapas, donde el edecán de Jodl ya había marcado con alfileres una nueva línea de combate más hacia el oeste. Entonces, Hitler se sentaba en una silla de mimbre hasta que apuntaba el día. La mandíbula en constante movimiento era lo único que delataba su estado de excitación interna y un humor paradójicamente malo.

Y es que el Führer ni siquiera dirigía la campaña, solo se limitaba a ir a la zaga de unos generales de división blindada que actuaban por su cuenta. A pesar de los triunfos cosechados, el dictador no soportaba que le robaran todo el protagonismo. Hitler ya no podía decir que aquella era «su» guerra: los señores del Ejército de Tierra, que durante tanto tiempo se habían opuesto al ataque, habían tomado la iniciativa y se precipitaban más rápido de lo que la planificación permitía en la mesa de mapas. El temor de Hitler a unas fuerzas armadas altamente especializadas donde todo el mundo estaba más cualificado que él, el soldado raso, se había instalado por completo. Veía problemas donde no los había y criticaba a los generales por estar sedientos de sangre, no cubrir los flancos y exponerse a los ataques: ¿y si los Aliados, desde Bélgica y el sur, realizaban un ataque en pinza contra un frente tan amplio? Esta posibilidad nunca se dio realmente debido a la enorme confusión reinante en el bando oponente. Pero Hitler no reconocía la realidad y se dejaba llevar por sus propios miedos, por su latente complejo de inferioridad.

Así, en la primavera de 1940, el desbordado y desesperado comandante en jefe supremo cometió un error gravísimo en el bosque del Eifel cuando decidió adormecer el acelerado y sobreexcitado cerebro de la Wehrmacht. Su decisión secreta fue la siguiente: costara lo que costara, acabaría con la jefatura del Ejército de Tierra como centro de control de aquella guerra, pero todavía no sabía cómo hacerlo. Había que demostrar a todo el mundo quién tenía la sartén por el mango, quién mandaba allí. En cualquier caso, estaba convencido de que solo la capacidad de resistencia física del hombre genial que él se consideraba ya lo capacitaba para vencer a sus adversarios.

Si todos perdían los nervios, sería finalmente él, y solo él, quien aguantaría. Físicamente se sentía fuerte como un toro y se veía capaz de medirse con el mundo entero. Entonces, ¿por qué no también con la propia jefatura del Ejército?

El médico personal de Hitler también vivió aquellos días de éxtasis victorioso, paradójicamente, como una relegación y una derrota personales. Estaba permanentemente disponible, pero sus servicios apenas eran requeridos. En una carta a su esposa escribió: «Hace unos días pregunté al Führer si tenía alguna queja. Me dijo que no. Se encuentra en un estado realmente estupendo. Está fresco y de buen humor. Desde el punto de vista médico, aquí prácticamente no hay nada que hacer».[83] En tanto que civil inútil, Morell seguía siendo un simple marginado en un puesto de mando en frenética actividad las veinticuatro horas del día. El gordo personaje era un estorbo para todos. Su presencia y su función provocaban en todo el mundo un rechazo visceral. Tampoco le beneficiaba mucho el hecho de que, para no tener que pasearse en ropa de civil, hubiera mandado confeccionar un uniforme de fantasía con varas de Esculapio doradas sobre galones de cuello verdigrises. La ridícula vestimenta solo consiguió cosechar burlas entre los generales. Cuando, para causar impresión, se puso una hebilla de las SS en el cinturón de cuero negro, fue inmediatamente advertido, ya que no era miembro de las Schutzstaffel, así que se la tuvo que quitar. Demostrando algo de torpeza, para sustituirla eligió una hebilla dorada de opereta. Miraba con envidia al cirujano de Hitler, su rival más directo, quien vestía sobriamente, como correspondía al rango que ocupaba en la Wehrmacht: «El doctor Brandt lleva desde hoy insignias de teniente coronel (del Ejército de Tierra)».[84] Morell, ejerciendo el intrusismo profesional, también intentó acceder a un rango de médico militar regular, pero sus peticiones fueron denegadas. Hitler tampoco le ayudó a satisfacer esta pretensión. Lo que el Führer valoraba de su médico personal era, precisamente, que siguiera siendo un luchador solitario, sin puesto en el partido, la Wehrmacht ni ninguna otra organización de masas, ya que solo así podría escapar fácilmente de las manipulaciones y no ser utilizado en las intrigas palaciegas. Morell era suyo, del Führer, y de nadie más.

Mientras los tanques arrollaban al enemigo, a Morell le asaltaban crisis existenciales cada vez más intensas en su aislamiento en el Felsennest. Había gente del área de influencia de Hitler, como el fotógrafo Hoffmann, que se aprovechaba enormemente de los éxitos del III Reich, y entre la camarilla de dirigentes se había instaurado una forma moderna de pillaje. Sin embargo, Morell solo cobraba un sueldo base de 3.000 marcos del Reich mensuales por los tratamientos del Führer, incluida la atención médica de los edecanes. «Como los otros caballeros siempre están ocupados, me paso el día a solas … Si no fuera por el Führer, hay veces que me gustaría estar en casa. Voy a cumplir 54 años», se lamentaba en una carta a su esposa, a la vez que se quejaba de que su mansión en «Schwanenwerder solo es asumible con unos ingresos elevados y constantes, así que, o gano mucho como médico (en detrimento de mi capacidad productiva) o me consigo un sueldo como químico-farmacéutico».[*] Finalmente se decantaría por lo segundo, con las enormes consecuencias que ello acarrearía, no solo para su paciente.

LA ORDEN DE DETENERSE EN DUNKERQUE (INTERPRETACIÓN FARMACOLÓGICA)

En los próximos días habremos perdido la práctica totalidad de nuestros soldados entrenados, a no ser que un milagro nos salve.[85]

General Ironside, jefe del Estado Mayor británico

El martes 20 de mayo de 1940, un avión correo del Ministerio de Propaganda aterrizó en el Felsennest y entregó una bobina recién editada —bajo la supervisión de Goebbels— del noticiario cinematográfico semanal *Wochenschau*. Hitler bajó a pie la ladera y se dirigió al Hack, el bar del pueblo. Allí se instaló en un salón contiguo, vio la cinta tres veces seguidas y ordenó algunos cambios. Después se duchó en la casa de baños de enfrente y se hizo llevar de vuelta a su puesto de mando.[86] Al día siguiente, el noticiario volvió a Berlín y el jueves a las diez de la mañana ya se proyectaba en todos los cines de estreno de la Kurfürstendamm. La edición del *Wochenschau* del 22 de mayo de 1940 no hablaba de estimulantes, por supuesto, sino de la «espada alemana que escribe una nueva página de la historia» y del «indomable espíritu combativo alemán».[87]

Entretanto, Guderian había ocupado Abbeville, la importante ciudad portuaria del canal de la Mancha. Con ello, todas las tropas francesas, británicas y belgas situadas al norte de la zona segada por el «golpe de hoz» quedaron cercadas por las unidades alemanas apostadas más al sur, de

manera que ya solo quedaba un último enclave abierto en el Atlántico, una última vía de escape: Dunkerque. Una vez más, Guderian actuó más rápido que el enemigo y llegó al enclave francés en cinco días. Necesitaría entonces unas pocas horas para bloquear la última vía de salida y acordonar a cerca de un millón de soldados aliados, ya que estos todavía estaban a más de cien kilómetros de allí, combatiendo contra el 6.º y 18.º Ejércitos de Tierra, con la retaguardia indefensa y expuesta a un peligro mortal. Tras solo diez días de lucha, el imperio británico estaba a las puertas del naufragio.

Göring estaba aquella mañana en el Felsennest invitado por Hitler. Debido a una herida en el estómago sufrida en Múnich durante el asalto a la Feldherrnhalle en 1923, el segundo hombre más importante del estado y comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas padecía una severa dependencia de la morfina.[88] Antes de salir del dormitorio, «Möring» —como lo llamaban a puerta cerrada por su adicción— sacó de su estuche de napa marrón claro una jeringuilla de vidrio soplado con ribete de oro, tiró del émbolo con un gesto experto, se subió como de costumbre la manga del batín verde, se comprimió el brazo con una ligadura y se metió un buen chute. A los pocos segundos, la morfina le hizo efecto en la sangre y el aparatoso broche de rubíes que le colgaba delante del pecho irisó con una luz formidable, como correspondía al cargo de mariscal del Reich. Los ojos de Göring miraban ahora radiantes y abiertos como platos, pero con unas pupilas diminutas que hacían su mirada más penetrante. Tenía el mundo a sus pies, como no podía ser de otro modo, y, dentro de su cráneo flotando feliz en el opiáceo, decidió que bajo ningún concepto había que dejar en manos de los arrogantes jefes del Heer la gloriosa victoria contra los Aliados. De ser así, temía Göring, los generales alemanes del Ejército de Tierra disfrutarían entre el pueblo de una reputación que podría socavar su propia posición y la de Hitler. Además, aquel parecía un trabajo a la medida de la Luftwaffe: acabar con las tropas enemigas desde arriba. Sus aviones solo necesitarían vía libre, es decir, que los tanques de la Wehrmacht retrocedieran un poco para no quedar en zona de peligro. Göring se afirmó en su genial ocurrencia asintiendo autocomplaciente con la cabeza, se cambió las pantuflas de pico por unas botas negras de caña alta y salió al

bosque con paso decidido mientras la indescriptible sensación de bienestar del colocón de morfina lo invadía cada vez más intensamente.

A la sombra de unos arces en flor, Hitler escuchó la idea del segundo hombre del III Reich desayunando sopa de avena, muesli y té de manzana. En aquellos días, los dos viejos compañeros de lucha todavía se profesaban una confianza ciega. Había química entre ellos —y en ellos—. A diferencia de con los generales «pervitinados» del Ejército de Tierra, Hitler se sentía con Möring en la misma onda. Para él, la «Luftwaffe nacionalsocialista» era ideológicamente superior al «Heer prusiano», así que aprobó la desacertada idea de su mariscal del Aire y aprovechó la oportunidad para eliminar, como tenía previsto, el alto mando del Ejército de Tierra e imponer así el *Führerprinzip*, su principio de autoridad suprema sobre el resto de dirigentes. Aquella misma mañana voló a Charleville y se dirigió al cuartel general del Grupo A del Ejército de Tierra. A la una menos cuarto se dictó desde allí una orden que todavía hoy sigue desconcertando a los historiadores militares: la funesta y racionalmente incomprensible orden de detenerse en Dunkerque.

Cuando los británicos vieron que los tanques alemanes se detenían de sopetón, no dieron crédito a su buena suerte e iniciaron un movimiento de evacuación inaudito en dirección a Dunkerque. En poco tiempo acudieron a su rescate decenas de miles de barcos, una armada indiscriminada e incesante, compuesta de destructores de la Royal Navy y otros navíos de guerra, barcazas, vapores, yates confiscados y gabarras del Támesis. Trepando por puentes provisionales hechos con tablones colocados encima de camiones, las tropas aliadas salieron por el coladero de Dunkerque hacia las arcas salvadoras.

Guderian solo podía mirar. A través de los binoculares de tijera observaba las evoluciones en la ciudad portuaria hacia la que huía una oleada de soldados británicos y franceses a los que ya no podría aniquilar. No tenía permiso para avanzar, ni siquiera cuando el autoritario plan de Göring de conseguir la victoria desde el aire demostró ser inútil desde el principio: de golpe, la debilidad material y, sobre todo, estratégica de la Luftwaffe se hizo patente. En su delirio morfínico, el mariscal del Reich se había sobrevalorado. Sus cazas de combate, los *Stukas*, hundieron más de

un millar de navíos de salvamento británicos, pero, a finales de mayo, las nubes llenaron el cielo e impidieron la visión. Además, la Royal Air Force, cuyas bases estaban mucho más próximas, se sacó un as de la manga: de repente, sus Spitfires invadieron el cielo y se hicieron con la soberanía aérea. En la sala de mapas del Felsennest, el comandante en jefe Von Brauchitsch, al borde de un ataque de nervios, rogó encarecidamente a Hitler que retomara el ataque terrestre para poder acabar definitivamente la batalla. Sin embargo, el dictador solo quería salirse con la suya y dar una lección al Ejército de Tierra. *Él* dirigiría aquella guerra, nadie más.

Más de 340.000 soldados británicos, franceses y belgas consiguieron ponerse a salvo en la isla. En el último segundo, los Aliados evitaron una derrota que Von Manstein, el inventor del «golpe de hoz», calificaría posteriormente de «victoria perdida» para los alemanes. Cuando, el 4 de junio de 1940, tras diez días de incomprensible espera, el general Guderian pudo entrar por fin en Dunkerque, solamente halló la totalidad del armamento británico: 63.000 vehículos, 22.000 motocicletas, 475 tanques, 2.400 cañones y una cantidad ingente de munición y armas de mano, así como 80.000 soldados franceses que no habían conseguido plaza en los barcos británicos. Y también la silueta bombardeada y humeante, el esqueleto carbonizado de una ciudad que parecía estar riéndose en su cara. Los británicos se habían salvado por los pelos.

La batalla por la conquista de Flandes había finalizado y la primera fase de la batalla de Francia, llamada «Caso Amarillo», se dio por concluida. Al contrario de lo que se diría después, esta batalla no fue conducida coherentemente hasta el final como una guerra relámpago, sino que, favorecida por el empleo masivo de pervitina por parte de los alemanes a partir de la irrupción en Sedán, había desarrollado una dinámica cinética propia que solo Hitler, que no comprendía la velocidad, se encargó de contrarrestar. No obstante, se apuntó la victoria como un triunfo exclusivamente personal. A pesar de su funesta orden de paralización, en el futuro sería considerado como infalible, y su entorno, tan entusiasmado como amedrentado, contribuyó a alimentar esta farsa. En la prensa alemana se presentó la campaña como «el episodio de la historia militar más sorprendente de todos los tiempos, porque se ha conseguido hacer posible

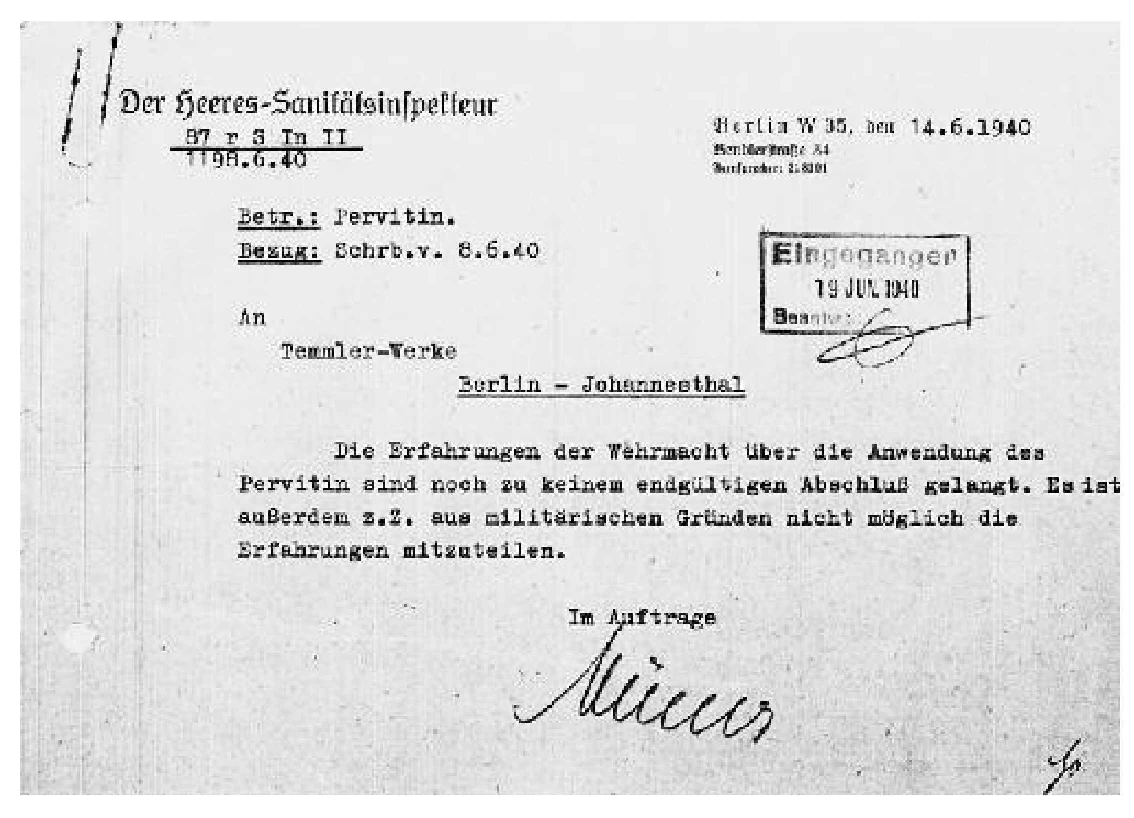
algo que, no sin razón, se consideraba imposible».[89] Después de «la victoria militar más grande de todos los tiempos»,[90] el jefe del alto mando de la Wehrmacht, Wilhelm Keitel, calificó a Hitler como «el comandante más grande de todos los tiempos» («Grösster Feldherr aller Zeiten»), un sobrenombre que, más tarde, cuando las escandalosas carencias de Hitler como comandante supremo ya fueron demasiado evidentes, derivó en el acrónimo guasón «Gröfaz».

EL CAMELLO DE LA WEHRMACHT

Os pedí que no durmierais durante 48 horas y habéis aguantado 17 días.[91]

Heinz Guderian

Berlín, 6 de junio de 1940. Una precipitación luminosa cortaba a tiras el cielo plomizo, rebotaba en las carrocerías de los coches, autobuses, calesas y gabardinas de los transeúntes y formaba gotas sobre gorras, sombreros y paraguas. La voz eufórica de un locutor de noticias atronaba desde el altavoz de una flamante autorradio, una Telefunken T655, anunciando que las tropas alemanas estaban a las puertas de París. El conductor del Horch negro cambió de emisora. «Ich bin wie ich bin» («Soy como soy»), de Arne Hülpers y su Orquesta, sonaba ahora en el interior del coche oficial mientras, afuera, las letras de neón de color verde claro que formaban el eslogan publicitario «Persil bleibt Persil» («Persil no cambia») fulguraban en los charcos constantemente animados por la lluvia.


Der Heeres-Sanitätsinspekteur

S7 r S In II
1198.6.40

Berlin W 35, den 14.6.1940

Betr.: Pervitin.
Bezug: Schrb.v. 8.6.40

Eingegangen
19 JUN 1940
Beamter:

An
Temmler-Werke
Berlin - Johannesthal

Die Erfahrungen der Wehrmacht über die Anwendung des Pervitin sind noch zu keinem endgültigen Abschluß gelangt. Es ist außerdem z.Z. aus militärischen Gründen nicht möglich die Erfahrungen mitzuteilen.

Im Auftrage

Secretismo en la Wehrmacht: no hay información sobre el dopaje en masa. (© Landesarchiv Berlin.)

El tren de Ranke salía a las 22.52 de la estación de Anhalt hacia el oeste. El fisiólogo de Defensa había decidido ir al frente para investigar el uso de la pervitina y llevar provisiones. Su diario de guerra de las semanas siguientes, conservado en el Archivo Militar de Friburgo, ofrece una cruda visión de la segunda fase de la campaña de ocupación del feudo francés, llamada Operación Caso Rojo. Muchas de sus frases están incompletas y las descripciones, plagadas de abreviaturas, parecen apresuradas. Y constantemente se habla de metanfetamina: «14-6-40. Viernes, 9.00 horas: Reunión con teniente coronel Kretschmar; situación. Presentación. Bien informado, él mismo toma 2 past. cada 2 días aprox., lo encuentra fabuloso, después se siente en forma y descansado, rendimiento intelectual sin disminución bajo pervitina confirmado explícitamente a pregunta mía».[92]

El *doping* tuvo un papel decisivo en el particular *Tour de France* de Ranke, durante el cual el fisiólogo recorrió el país de arriba abajo a lo largo

de 4.000 kilómetros, atravesando costas, ciudades y montañas. También es revelador que acompañara a la punta de lanza del Ejército de Tierra, los generales del grupo blindado Von Kleist e inventores de la guerra relámpago Guderian y el chiflado de Rommel. El ubicuo Ranke siempre estaba allí donde se tomara más metanfetamina, donde todos estuvieran colocados y requirieran sus servicios, ya que llevaba encima un buen cargamento de drogas duras que distribuía de buen grado:

«16-6-40. Domingo: Poco antes de la salida prevista llega a las 10 horas mi coche con el chófer Holt, quien nos había estado buscando toda la noche. Hurra. 40.000 pervitinas en el maletero. Salida a las 11 hacia el 14.º Cuerpo de Ejército, primera chocolatina (yo al volante), una taza de café en la plaza del mercado de Lormes, seguimos hasta Montesauche. En todo el día solo he comido un paquete de galletas.»[93]

Ranke siempre llevaba una cámara lista para disparar en sus expediciones. La temática de las fotografías sorprende a primera vista, ya que era gente dormida: soldados arrellanados sobre la hierba junto a un Kübelwagen (la versión militar del *escarabajo*), conductores amodorrados en sus vehículos, oficiales echando una cabezada sobre unas butacas o un sargento tendido en una tumbona bajo un árbol. Aquellas imágenes parecían querer demostrar que Morfeo, el enemigo acérrimo de Ranke, seguía haciendo de las suyas y había que mantenerlo a raya. Con pervitina, naturalmente.

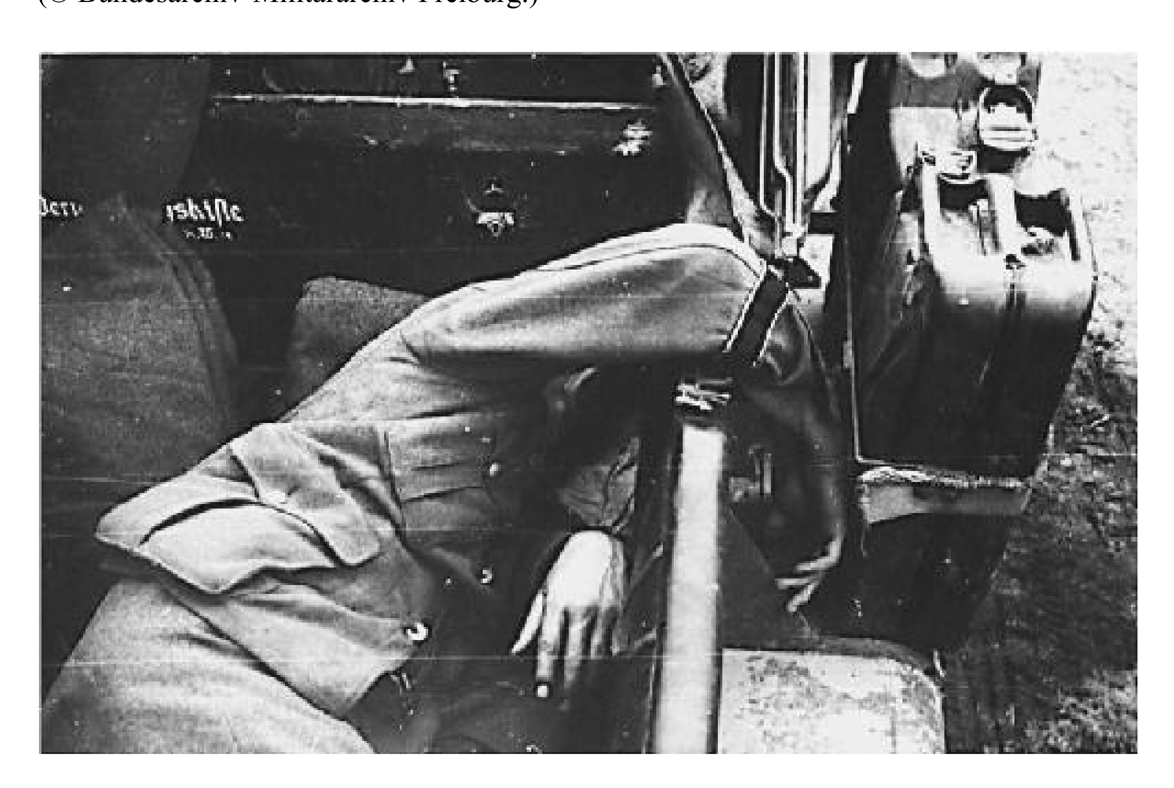
El enemigo exterior no ponía tantas dificultades: cuando, a mediados de junio, París cayó en manos de los alemanes, las fuerzas francesas apenas opusieron resistencia. La imagen que ofrecía Francia en aquellos días era aterradora: «Campos de ruinas, montones de vehículos y caballos carbonizados en grandes plazas rodeadas de árboles chamuscados. Depósitos calcinados y casas incendiadas. En las carreteras por donde se habían retirado británicos y franceses reinaba un caos de piezas de armamento, cañones abandonados, tanques averiados, etc., y a ambos lados de la carretera, los refugiados volvían a sus hogares, mayormente en bicicleta, cargados con lo mínimo necesario».[94]

Waldmann, inspector sanitario del Ejército de Tierra y superior de Ranke, también recorrió en aquellos días la zona de guerra y elogió la

pervitina desde su punto de vista más cualificado, pero sin llamarla por su nombre: «Línea Maginot atravesada. Rendimiento de marcha extraordinario: ¡60-80 km! Suministro, aumento del rendimiento, evacuación. ¡Mucho mejor que en 1918!».[95] Esta vez, las tropas alemanas no sufrieron ningún atasco, sino que avanzaron a toda velocidad por el paisaje estival. Rommel, que evitaba las carreteras para no toparse con las últimas posiciones de defensa francesas, también avanzaba a campo traviesa y, el 17 de junio de 1940, estableció una especie de «récord del mundo militar», con 240 kilómetros recorridos. El jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe anotó: «Los rendimientos de marcha son colosales».[96]



Diecisiete días sin dormir: el descanso después de la guerra relámpago.
(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)



A mediados de junio, Guderian alcanzó la frontera suiza por Pontarlier. El medio millón de soldados franceses que había quedado estaba ahora sitiado en la Línea Maginot. La victoria del imperio alemán sobre su vecino era definitiva, pero Hitler seguía sin comprender la velocidad a la que todo había ocurrido: «Su información es errónea —telegrafió a su general—. Supongo que se refiere a Pontailler-sur-Saône». Guderian tuvo que aclarar el lío: «Ningún error. Estoy en Pontarlier junto a la frontera suiza».[97] La rapidez con la que se produjo el avance queda reflejada, al más puro estilo soldadesco, en un artículo de un periodista de guerra alemán: «Ininterrumpidamente marchan los tanques, la artillería, los cañones antiaéreos, la columnas de refuerzo. Avanzamos sin recesos. De noche vamos a tientas por la carretera. Nadie piensa en dormir. Un trocito de chocolate sustituye la comida del mediodía. ¡No paramos! Hemos conducido ya 300 kilómetros, en parte atravesando maizales, prados y campiñas. Solo los que van al volante pueden decir lo que esto significa. Efectivamente, nuestros conductores han rendido lo imposible en los últimos días. Íbamos tan veloces que la población francesa no tenía tiempo ni de huir. "Los alemanes cruzáis el país como un torbellino —decía un civil—: hace unos días estabais en Calais y ya habéis llegado al sur de Francia." Solo podía sacudir la cabeza del asombro».[98]

Pero no era solo el chocolate —como aseguraba el periodista del *Berliner Lokal-Anzeiger*— lo que sustituía la comida del mediodía, sino las pastillitas redondas de los laboratorios Temmler, porque también quitaban las ganas de comer. Estando Guderian en ruta, con más de 500 kilómetros recorridos en apenas tres días, un oficial sanitario de la tropa blindada confirmó a Ranke que, durante las misiones, cada conductor consumía entre dos y cinco pastillas de pervitina al día. Cuando, después, la propaganda alemana intentó presentar la victoria sorprendentemente rápida como una muestra de la hipotética moral combativa nacionalsocialista, estaba faltando a la realidad. El diario médico de guerra de Ranke es la prueba de que allí participó otro tipo de fuerza, concretamente, la química: «El comandante médico de tropa Krummacher ha experimentado con la pervitina. Me lo presenta el coronel Stockhausen … Aviso de cancelación al teniente coronel Kretschmar, quien pregunta extensamente y, después, solicita pervitina …

Desde el inicio de la campaña ha consumido hasta 6 pastillas de un tubo de 30».[99]

Sobre Kretschmar, jefe de intendencia responsable del avituallamiento del grupo blindado Von Kleist, Ranke escribió que «ha utilizado pervitina en distintas ocasiones para seguir trabajando a pesar del cansancio. Subraya los efectos favorables sobre el estado de ánimo y, además, destaca que, bajo el efecto de la pervitina, siempre ha conseguido realizar tareas difíciles que requieren un alto nivel de concentración».

Por lo demás, eran sobre todo los «oficiales del Estado Mayor … los que conocían la pervitina, la valoraban positivamente y me la pedían». Ranke mantuvo una «larga y satisfactoria conversación sobre pervitina y ciencia» con el oficial sanitario jefe de Rommel, el coronel médico Baumeister. Las Waffen-SS, muy propensas a jactarse de su fuerza combativa, tampoco quisieron renunciar a la sustancia: «Salida a las 10 horas por la ruta de marcha de la 10.ª División blindada. Fotografías con los disciplinados miembros de las SS a pesar del largo trayecto y entrega de 2.000 pervitinas al médico de tropa».

Pero la gran misión farmacológica también tuvo consecuencias negativas en forma de efectos secundarios destacables. Sin embargo, Ranke no tuvo noticia de ellos o, simplemente, los omitió en sus anotaciones. Precisamente los oficiales más mayores, los de más de cuarenta años, fueron quienes notaron en el corazón el consumo forzado de la *meta*. Un coronel de la 12.ª División blindada de quien se sabía que «toma mucha pervitina»[100] murió de un paro cardíaco mientras se bañaba en el Atlántico. Un capitán también sufrió un infarto durante una velada con compañeros tras consumir pervitina. Un teniente general que se quejaba de agotamiento por los continuos combates tomó pervitina por este motivo antes de dirigirse al frente con la infantería desoyendo el consejo médico. Allí sufrió un colapso. Un teniente coronel de la 1.ª Unidad de repuesto, que durante las maniobras había «tomado pervitina durante cuatro semanas, dos comprimidos dos veces al día»,[101] se quejaba de un dolor cardíaco y señaló en su comentario que su «circulación sanguínea *antes* de consumir pervitina (había sido) completamente normal». Así criticó el dopaje en masa decretado: «La pervitina se entregó oficialmente antes de iniciar la

operación y se distribuyó entre los oficiales, hasta el último jefe de compañía, para consumo propio y para que la pasaran a los miembros de las tropas a su mando, con la clara instrucción de que debían utilizarla a toda costa para mantenerse despiertos ante la inminente entrada en acción. Por consiguiente, existía la orden clara de que la tropa blindada tenía que tomar pervitina».

De otro oficial de operaciones se supo que, en un período de un mes y medio, había tomado cuatro comprimidos de pervitina al día en los 33 que estuvo en combate. Quedó incapacitado para el servicio debido a una «presión altísima».[102] También se dieron casos de dependencia. Cada vez más soldados luchaban contra los efectos secundarios de la sustancia consuntiva y padecían de apatía y depresión: tan pronto como el efecto de la droga cesaba, se inquietaban y se encontraban mal. Cuanta más *meta* tomaban, menos dopamina y serotonina se liberaba en su cerebro, es decir, peor se sentían y más consumían para compensarlo. El círculo vicioso de la adicción.

Quizá porque no consideró oportuno mezclar trabajo con placer —o guerra con metanfetamina—, Ranke ocultó esta realidad. El incorruptible director del Instituto de Fisiología de Defensa de la Academia de Medicina Militar maquilló los resultados destinados a Berlín relativos a la sustancia despertadora y, al hacerlo, quedaba patente su propia y muy personal ineptitud: conocía la droga como nadie en el Ejército y sabía de sus peligros, pero como se había hecho adicto a ella, restó importancia a los efectos negativos, tanto para sí mismo como para el exterior. El típico caso del camello enganchado, pero con la insólita diferencia de que el abuso de sustancias de Ranke repercutió en los destinos de incontables soldados y civiles.

Guerra y vitaminas

En el éxtasis de la victoria militar, Morell recordó su pasado como pionero de las vitaminas y se puso a fabricar y comercializar en Europa un preparado mixto llamado Vitamultin. Su estrategia de venta era tan simple como persuasiva: solo tenía que conseguir que su paciente principal pusiera la mano en el fuego por el producto. Si lo conseguía, los demás lo seguirían a pies juntillas. Para que Hitler se sintiera atraído, Morell mandó a la firma hamburguesa Nordmark, de la cual era propietario al 50 %, que elaborara las llamadas «Nobel-Vitamultinas». Tenían un único destinatario e iban envueltas en reluciente papel dorado con el sello SF (*Sonderanfertigung Führer*, «elaboración especial para el Führer»). El contenido era algo menos elegante, ya que se trataba de polvo de escaramujo, limón deshidratado, extracto de levadura, leche desnatada y azúcar refinado.[103]

A pesar de que a Hitler no le faltaban vitaminas, ya que apenas se alimentaba de otra cosa que no fueran frutas, verduras y ensaladas, se lanzaba sobre aquellas tabletas como si fueran manzanas del Jardín de las Hespérides. Al fin y al cabo, unas vitaminas de más no le harían ningún daño. Al poco tiempo ya ingería varias de aquellas dosis doradas al día, por lo que Morell encargó a la farmacia Engel, situada cerca de la Cancillería del Reich, que tuviera «siempre almacenada una pequeña reserva de entre 500 y 1.000 Vitamultin-F. … Hay que asegurar un *stock* permanente».[104] Morell guardó la fórmula bajo llave y ordenó al farmacéutico que solo sirviera el producto a él personalmente o al asistente de Hitler.

Entonces comenzó la segunda fase de la estrategia comercial de Morell. El astuto doctor creó otra confección especial para los jerarcas de la Wehrmacht y miembros relevantes del Estado Mayor, pero esta vez no con

envoltorio dorado, sino plateado, y con el distintivo SRK (*Sonderanfertigung Reichskanzlei*), o sea, para la Cancillería del Reich. Las insípidas golosinas se convirtieron pronto en objeto de deseo entre los altos oficiales y se degustaban con fruición en las reuniones informativas. Satisfecho, Morell escribió a su esposa desde el cuartel general del Führer: «La vitamultina está teniendo muy buena acogida. Todos los mandos dicen maravillas de ella y la recomiendan a sus familias».[105]

Este éxito sentó las bases para negocios de gran envergadura con las organizaciones más importantes del III Reich. Aprovechándose impúdicamente de su influencia como médico de cabecera, Morell logró que la organización sindical nazi Frente Alemán del Trabajo (DAF) se interesara por varias «promociones de Vitamultin» y ordenara pedidos descomunales: uno de 260 millones de unidades y, después, otro de 390. En total, el DAF adquirió cerca de mil millones de vitamultinas. El objetivo era aumentar el rendimiento de los trabajadores de la industria armamentística y elevar su capacidad de resistencia contra enfermedades infecciosas. El doctor también cortejó a las SS. Empezó ofreciendo 100.000 tabletas gratuitas como «muestra de afecto» para que el Cuerpo de Montaña en Noruega se colocara. En una entrevista con Himmler, el jefe de las SS, Morell le vendió la idoneidad de la vitamultina en Escandinavia: según se había demostrado, la ingestión de una dosis elevada de vitamina C mejoraba la visión nocturna, y allí, tan al norte, había épocas de mucha oscuridad.[106] La Schutzstaffel quedó satisfecha con el resultado y repitió varias veces; en total, encargó varios cientos de millones de unidades. Incluso se desarrolló un *branding* propio para el producto con la marca SS Vitamultin.[107]

El galeno mercantil también tuvo a las tropas terrestres en el punto de mira: «¿Debería presentar una petición al Heer para la vitamultina?», escribió en una carta.[108] Sin embargo, Otto Ranke, el camello de la Wehrmacht, era un hueso duro de roer. Habituado desde hacía tiempo a una mercancía más dura, el fisiólogo consultor de Defensa no se dejó impresionar por el preparado vitamínico y rehusó incluir las tabletas en el equipo de tropa.

Pero el negocio de la vitamultina no necesitaba al Ejército de Tierra para ir como una seda. Morell pudo incluso asumir una negativa de las Fuerzas Aéreas cuando, después de tomarla como un ataque personal, intrigó contra el coronel médico Hippke, jefe del Servicio de Sanidad de la Luftwaffe: «Utilizando datos falsos, el señor comandante médico doctor Hippke intenta desacreditar un preparado de primera calidad y ha hecho circular un escrito con la intención de desprestigiarme —escribió Morell al superior de Hippke, el ministro de Aviación del Reich, Hermann Göring—. Actuaciones como esta no son aceptables en el ámbito del Ministerio; si me hubiese sucedido en la vida privada, ya habría interpuesto una demanda. Por ello, distinguido mariscal del Reich, le ruego que tenga a bien emitir un veredicto justo. Desde el más profundo respeto, quedo a su disposición, *Herr Reichsmarschall. Heil Hitler!*».[109] Göring reaccionó, Hippke tuvo que irse y el médico de cabecera se apuntó un triunfo. Su ascenso social como empresario farmacéutico con negocios en toda Europa seguía su curso.

FLYING HIGH

Tras el fiasco que había provocado en Dunkerque, «el Gordo» — como también llamaban al corpulento Göring— intentó estar de nuevo a la altura del radiante miembro de la raza superior en el que se reconocía desde su éxtasis morfínico. Se estaba preparando la Operación León Marino, es decir, la invasión de Gran Bretaña con tropas terrestres. Previamente, había que hacerse con la soberanía aérea de la zona para no poner en peligro a los cien mil soldados que debían atravesar el canal de la Mancha en un delicado desplazamiento marítimo: un trabajo para Göring y, también, su oportunidad de oro para impresionar a Hitler y justificar en el futuro sus enormes cotas de poder y su vida llena de excesos.[110]

Para someter a los ingleses desde el aire, Göring mandó bombardear primero una serie de objetivos logísticos de la Royal Air Force: aeródromos, hangares, pistas de aterrizaje, aviones. Fue el comienzo de la batalla de Inglaterra, pero la eficaz estrategia se alteró después de que, el 20 de agosto de 1940, los británicos bombardearan en un ataque nocturno los distritos berlineses de Kreuzberg y Wedding. Hitler ordenó una ofensiva sobre Londres para el 4 de septiembre destinada a desmoralizar a la población local: un grave error táctico, porque los campos de aviación enemigos quedarían a salvo y los ingleses reforzarían su defensa.

La capital y otras localidades británicas fueron pasto de las bombas. Más de 40.000 civiles perdieron la vida hasta el final del año en los primeros ataques terroristas sistemáticos de la guerra. A pesar de ello, la población isleña comentaba enfurecida: «London can take it».[111] La Royal Air Force no se doblegó y devolvió el golpe. Un sinnúmero de aviones alemanes cayó derribado en la isla, y los británicos, por su parte, realizaron

ataques de represalia contra ciudades alemanas. Las hostilidades se recrudecieron y pronto resultó demasiado difícil para la Luftwaffe actuar de día. Un piloto de bombardero describe la situación: «Salíamos muy tarde, a las diez o las once, y sobrevolábamos Londres o cualquier otra ciudad inglesa aproximadamente entre la una y las dos de la mañana. Llegábamos fatigados, claro, pero como no podíamos permitírnoslo, cuando notábamos algo de cansancio, tragábamos una o dos pastillas de pervitina, y como nuevos … Participé en muchas misiones nocturnas y, como un comandante siempre tiene que estar alerta, también tomaba pervitina para prevenir. Imagínese a un comandante cansado en pleno combate; se lo aseguro, eso no puede ser … Uno no renuncia a la pervitina porque piense que sea perjudicial para la salud. ¡Y menos todavía si sabes que seguro que te abatirán pronto!».[112]

Seguramente, no fue un caso único. No existen estadísticas sobre el consumo de pervitina en la Luftwaffe y, por criterios historiográficos, falta la prueba que demuestre el uso masivo de la amina despertadora entre los pilotos —exceptuando el pedido inicial de Ranke de 35 millones de dosis destinadas a los ejércitos de Tierra y Aire.

Lo que es seguro es que una guerra la gana quien conquista el cielo, y para ello se necesita el material adecuado, tanto el fabricado con acero como el de carne y sangre, y ambos deben funcionar impecablemente bien y resistir más que el del enemigo. Los cazas Messerschmitt alemanes eran técnicamente inferiores a los Spitfires británicos, pero la Luftwaffe superaba con creces a la Royal Air Force en cuestión de drogas. La pervitina tenía hasta apodos: la «sal del piloto», la «pastilla *stuka*» o la «píldora *göring*». Un comandante piloto destinado en el Mediterráneo relata su experiencia: «El bolsillo lateral del pantalón tiene, al alcance de la mano, una tira de lino cubierta de celofán con cinco o seis tabletas blancas pegadas, grandes como una barra de chocolate. Sobre la tira hay pervitina. Tabletas contra el cansancio, dice el Dr. Sperrling. Abro el bolsillo y despego de la base primero dos, después tres de estas plaquitas, me separo un poco la máscara de respiración de la cara y empiezo a masticar las tabletas a conciencia. Son terriblemente amargas y tienen una textura harinosa, pero no tengo nada con qué enjuagarme la boca».[113]

Pasado un rato, el efecto se empieza a notar: «El motor va como una seda. Estoy desvelado, el ritmo cardíaco retumba en mis oídos. ¿Por qué se ha aclarado el cielo de repente? Me duelen los ojos de tanta luz. Apenas puedo soportar tanta claridad; estoy mejor si mantengo la mano alzada para protegerme la vista. Ahora, el motor emite un zumbido constante, sin vibraciones, que escucho lejano, muy lejano. Reina un silencio casi absoluto. Todo se vuelve insignificante y abstracto. Me siento extasiado, como si volara por encima de mi avión».

Después de aterrizar, el piloto, que iba colocado, percibía la realidad como si fuera otro mundo: «A pesar del estado de indiferencia eufórica y de una especie de ingravidez, he mantenido bien el rumbo. Al aterrizar, encuentro el lugar en un estado de completo estupor. Todo está inmóvil, no hay nadie, las ruinas de los hangares se elevan como abandonadas … entre los cráteres de las bombas. Al entrar en la terminal del cuartel general del escuadrón, revienta la rueda derecha. Por lo visto, he pisado metralla. Después me encuentro con el doctor Sperrling y aprovecho para preguntarle qué “basura” es esta pervitina y si no habría que advertir a los pilotos antes de tomarla. Cuando le digo que me he tomado tres tabletas, casi se desmaya y me prohíbe que me acerque a un avión durante el resto del día».

Pero por muy colocados que fueran los pilotos alemanes en sus aviones, aquello no cambiaba su inferioridad con respecto a una Royal Air Force mejor capitaneada. La batalla de Inglaterra se perdió y supuso la primera derrota germana en la guerra. Hitler tuvo que suspender la Operación León Marino y, con ella, la invasión de las islas Británicas. Y buscó otro escenario para su guerra.

No se extrajo ninguna consecuencia de este nuevo fracaso de Göring, quien siguió residiendo en el gigantesco edificio de piedra blanca del Ministerio del Aire de la Wilhelmstrasse berlinesa, sobre el cual las rojas banderas imperiales de guerra con la esvástica en el centro ondeaban altivas, como si quisieran dejar rotundamente claro que hasta el viento y el inabarcable cielo sucumbían a la esfera de influencia de este organismo y, sobre todo, del mariscal del Reich. Sin embargo, quien entraba por su gran puerta de hierro forjado y atravesaba la explanada flanqueada por una enorme verja, accedía a un imperio del caos, del consumo desenfrenado de

alcohol y drogas, de intrigas y de desgobierno generalizado. Y no era de extrañar, porque las circunstancias reinantes en la fortaleza de 3.000 habitaciones de Göring (actualmente alberga el Ministerio de Finanzas de la República Federal) eran el síntoma directo de la pérdida de la noción de realidad política del régimen, así como del mal camino que había tomado Alemania.

Así describe un oficial una entrada en escena del mariscal del Reich: «A duras penas podíamos guardar la compostura. Llevaba una camisa de seda blanca, parecida a una blusa, con mangas ondulantes, y, encima, un chaleco de ante forrado de piel. Además, iba con pantalón bombacho largo, como el de los antiguos lansquenetes, y alrededor de la riñonada llevaba un cinturón ancho de piel con ribetes dorados del que colgaba una pequeña espada celta. Unos calcetines de seda largos y sandalias de tafilete completaban la estampa».[114]

A veces, el todopoderoso ministro también llevaba el rostro maquillado y las uñas pintadas de rojo. En algunas reuniones sucedió que Göring, cuando el contenido opiáceo de su sangre disminuía, se encontraba tan aturdido que tenía que abandonar la sala bruscamente y sin dar explicaciones para, al cabo de unos minutos, reaparecer en un estado mucho más lozano. Un general describe esta sorprendente metamorfosis: «Göring actuaba como si hubiera vuelto a nacer, con un aspecto magnífico, y fijaba su mirada azul brillante sobre nosotros. La diferencia de su forma de actuar entre la primera y la segunda parte de la reunión era chocante. Para mí estaba claro que había tomado algún tipo de estimulante».[115]

Las frecuentes huidas de la realidad de Göring no hacían ningún bien al ejercicio de sus funciones. Muy pronto, el requisito para poder desempeñar un alto cargo en su Ministerio ya no fue tanto la aptitud para el puesto, sino la capacidad de entretenimiento de la persona en cuestión.[116] Uno de sus más estrechos colaboradores, Bruno Loerzer, de quien el propio Göring decía que era uno de sus generales más holgazanes, fue objeto de unas críticas que el propio ministro disipó con el siguiente comentario: «Necesito a alguien con quien poder beber una botella de buen burdeos al finalizar la jornada».[117] Algo parecido debió de pasar también con el nombramiento de Ernst Udet como inspector general del Aire y, con ello, una de las

personas más influyentes del III Reich. Udet era un personaje muy querido entre los alemanes por ser, después del francés René Fonck, uno de los pilotos de combate vivos más prestigiosos de todas las naciones participantes en la primera guerra mundial. Sin embargo, el celebre aviador y vividor nunca sirvió para sentarse delante de un escritorio en el más alto nivel gubernamental; prefería prodigarse como artista invitado en las películas de Leni Riefenstahl. Esto, que para Göring era lo de menos, demuestra lo impresionantemente antojadizo que era el mariscal del Reich dirigiendo un Ministerio donde se desconocía el significado de la palabra supervisión.



Mucho alcohol y más pervitina: el inspector general del Aire, Ernst Udet (centro). (© Peter Steinkamp.)

Cuando el ministro del Aire del Reich y su inspector general se reunían, les gustaba sobre todo recordar los viejos tiempos de la primera guerra mundial, cuando habían salido airosos de batallas aéreas bajo el efecto estimulante de la cocaína.[118] En cambio, no hablaban mucho de los problemas de armamento reales, de la complicada tarea de desarrollar nuevos tipos de aviones o de otros asuntos igualmente complejos. En su

discurso de toma de posesión del cargo en el Ministerio, con el rostro algo decaído a consecuencia de una resaca terrible, Udet admitió que no era precisamente una persona de la que se pudiera esperar demasiada entrega en las labores administrativas. El único problema era que de él dependían hasta veinticuatro departamentos en los que, rápidamente, se generó un desconcierto indescriptible. Udet, conocido por agasajar a las visitas con coñac a cualquier hora del día e ingerir metanfetamina a mansalva para contrarrestar los efectos del alcohol, también fue, incluso en el ineficaz Ministerio del Aire del Reich, tristemente célebre por su extraordinaria mala gestión.

Es muy posible que Göring se refiriera también a Udet cuando, en una ocasión, hizo el siguiente comentario: «Hay departamentos de los que usted no tiene ni idea, pero de pronto aparecen y ocurre una marranada … Y de repente se descubre que allí hay un departamento desde hace años y nadie lo conoce. En serio: esto ha ocurrido varias veces. Hay gente a la que han puesto hasta tres veces de patitas en la calle y luego aparece en otro departamento, y cada vez son más».[119]

Udet se pasaba las jornadas laborales dibujando caricaturas, a menudo de él mismo. Se escaqueaba siempre que podía y se iba a su casa, donde tenía un bar privado pomposamente decorado con los trofeos acumulados en sus viajes por el mundo y se rodeaba de amigos para no estar solo. Lo que de verdad quería era ponerse a los mandos de un avión y volver a hacer piruetas en el cielo, pero como ya no tenía tiempo para volar, se vino abajo por la presión de unas obligaciones que no dejaron de aumentar. Durante el año 1941, Udet engulló cantidades aventuradas de pervitina para poder mantenerse activo. Era la personificación de la megalómana conducta bélica alemana, la cual había rebasado todos los límites y perdido el contacto con la realidad desde hacía tiempo. «El culpable del declive ha sido Udet», afirmaría más tarde precisamente Hitler: «Este hombre consiguió fabricar el mayor desatino de la historia de la Luftwaffe».[120]Algo quiso decir el Führer con estas palabras.

En la obra de teatro alemana de posguerra más interpretada en el mundo, *Des Teufels General* («El general del diablo»), el dramaturgo Carl Zuckmayer concibió un monumento demasiado halagador para su amigo

Ernst Udet en el personaje del respetablemente trágico y despreocupado general Harras, piloto veterano de guerra. En la versión cinematográfica homónima, el actor Curd Jürgens también pasa por alto, con patetismo y magnificencia, la nada glamurosa —por lamentable— realidad. El personaje de Udet no encaja con el de un héroe. A lo sumo se podría decir en su descargo que, gracias a su incompetencia y adicción a las drogas, infligió —involuntariamente, por supuesto— un gran daño al sistema. Se trata, nada más y nada menos, que de un bufón, un capricho histórico que encarna todos aquellos aspectos que se salen de la norma y que tan poco gustan a los historiadores.[121]

El 17 de noviembre de 1941 llegó a los teletipos una información de la Oficina Alemana de Noticias: «El inspector general del Aire, coronel general Udet, ha sufrido … un infeliz accidente durante el ensayo de una nueva arma y ha perdido la vida en la ambulancia a consecuencia de las graves heridas sufridas. El Führer ha decretado un funeral de estado por el oficial tan trágicamente fallecido en el cumplimiento de su deber».[122] Lo que en realidad ocurrió fue que Udet, en su pomposa mansión oficial de la Stallupöner Allee en el Westend, el barrio residencial más exclusivo de Berlín, se había pegado un tiro en la cabeza, delegando así, de un plumazo, el millón de problemas técnicos y organizativos de la Luftwaffe en su antiguo camarada de guerra Göring, a quien, poco antes de poner fin a su vida extática con semejante golpe de teatro y conseguir la baja laboral eterna, le había garabateado un saludo junto a su lecho de muerte: «Hombre de hierro, me has abandonado».

El suicidio del presuntuoso Udet fue un anticipo del hundimiento del III Reich. Mientras Göring, con el semblante pétreo y saciado de morfina, caminaba detrás del ataúd en la comitiva del funeral de estado e iba diciendo tonterías sobre «uno de los más grandes héroes de la historia alemana», la Wehrmacht se quedaba atascada en el frente de Rusia. En el cementerio de los Inválidos de Berlín, justo detrás de la Academia de Medicina Militar y a apenas unos pasos del lugar donde Otto Ranke hizo las pruebas con pervitina para la Wehrmacht, se encuentra todavía hoy la tumba de Ernst Udet.[123]

COMO ANILLO AL DEDO PARA EL EXTRANJERO

El 13 de septiembre de 1940, el diario milanés *Corriere della Sera* informaba de una «píldora de la valentía» alemana de gran importancia, primero desde el punto de vista médico y, después, militar. Según el citado periódico, la eficacia bélica de esta «pillola di coraggio» no igualaba a la de una bomba de *Stuka*, pero sí garantizaba al Estado Mayor alemán una capacidad operativa ininterrumpida para sus soldados.

Al Reino Unido, que utilizaba bencedrina masivamente (la bencedrina era más floja que la pervitina, pero tenía menos efectos secundarios),[124] el artículo le vino como anillo al dedo, ya que permitía dar una explicación química en vez de ideológica a la, por momentos, inquietante fuerza combativa de los alemanes. Como respuesta al artículo italiano, la BBC produjo una película sobre el suministro de pervitina a los pilotos alemanes que desató una controversia en el más alto nivel del funcionariado germano.

Leo Conti, líder de la Salud del Reich y crítico de la pervitina, escribió lo siguiente al inspector sanitario del Ejército de Tierra: «Le agradecería que me informara sobre qué cantidades y con qué resultados se administra realmente pervitina entre los miembros de la Luftwaffe. También me gustaría conocer su punto de vista sobre esta cuestión … Bajo ningún concepto puedo aprobar que se administre pervitina. En distintas ocasiones he llamado la atención sobre el carácter nocivo de esta sustancia. Ya he considerado la posibilidad de endurecer la ley que obliga a presentar receta para la pervitina, por ejemplo, declarándola oficialmente como estupefaciente. ¡Heil Hitler!».[125]

El escrito impresionó poco al Ejército de Tierra, el cual tardó un mes en responder a través de su nuevo inspector sanitario, el catedrático doctor

Siegfried Handloser: «La propaganda británica ha afirmado en repetidas ocasiones que la Wehrmacht alemana solo es capaz de rendir con la ayuda de estupefacientes. El disparate que se desprende de tales informaciones se remonta ya a los días en que la radio londinense también dijo que las divisiones blindadas alemanas entraron en Francia bajo los efectos de la droga. Lo cierto es que, entonces, la pervitina solo se tomó en cantidades ínfimas y a título individual».[126] Pura patraña, ya que Handloser tuvo que conocer tanto la cifra de 35 millones de pastillas encargadas desde el Frente Occidental como el informe enviado por Ranke desde Francia.

Conti insistió y luchó obstinadamente por su concepción ideológica de una arianidad libre de todo veneno, pero subestimó la realidad de una guerra donde la disputa geopolítica estaba deseosa de dopaje. En un acto de desesperación contrató a un científico amigo suyo para que publicara en el *Deutsches Ärzteblatt* («Boletín médico alemán»), y bajo el título «Das Pervitin-Problem», el primer artículo de envergadura sobre la droga favorita de los alemanes. El autor evocó en su escrito el virulento potencial adictivo que hacía tan peligroso al estimulante y, con la típica terminología nazi, exigió «exterminar (la pervitina) allí donde la encontremos», subrayando que quien fuera adicto a ella era un «degenerado».[127]

El artículo tuvo resonancia en círculos científicos y las discusiones sobre casos de dependencia de la pervitina fueron cada vez más frecuentes, ya se refirieran a médicos que consumían varias dosis al día o a estudiantes de medicina que tomaban otras tantas pastillas y, después, ya no podían dormir durante varios días y noches y se rascaban la piel hasta sangrar por culpa de insectos imaginarios.[128]

Entretanto, el consumo de la sustancia en Alemania se situaba por encima del millón de dosis mensuales.[*][129] En febrero de 1941, Conti lanzó una nueva advertencia, esta vez a través de una circular al NSDAP: «Sigo de cerca con creciente preocupación el enorme abuso que se practica en amplios sectores de la población. … Se trata de un peligro directo para la salud y el futuro de nuestro pueblo».[130]

Reichsstelle "Chemie"

Berlin W.35, den 7.5.41
Sigismundstr. 5
Dr.Hy/Küs.

Bestätigung

Der Firma Temmler-Werke, Berlin-Johannisthal. . . . . .

wird für ihre Erzeugnisse
pharmazeutische Produkte gemäß der Ihnen erteilten Produktionsaufgabe

hiermit bestätigt, dass diese gemäss Erlass des Reichswirtschaftsministeriums II Chem. 27 742/41 vom 2.4.1941 im Einvernehmen mit dem Oberkommando der Wehrmacht und dem Reichsministerium für Bewaffnung und Munition als kriegsentscheidend erklärt worden sind.
Der Herr Reichsarbeitsminister sowie die Vorsitzenden der Prüfungskommissionen sind hierüber unterrichtet worden.
Diese Massnahme erfolgte gemäss Ziffer V 5 der Ausführungsbestimmungen (ADFW) vom 21.12.1940 zu dem Erlass des Vorsitzenden des Reichsverteidigungsrates, Ministerpräsident Reichsmarschall Göring, über Dringlichkeit der Fertigungsprogramme der Wehrmacht vom 20.9.1940

Die Sicherung der kriegsentscheidenden Fertigungen hat gemäss Erlass des Reichswirtschaftsministeriums S 1/1098/41 vom 22.3.1941 zu erfolgen.
Ein Missbrauch dieser Bestätigung durch Weitergabe bei Unterlieferungen für oben nicht angegebene Erzeugnisse wird auf Grund des Straferlasses des Reichsmarschalls vom 20.9.1940 nach Massnahme der Ziffer II der zweiten Verordnung zur Durchführung des Vierjahresplans vom 5.11.1936 bestraft.

Der Reichsbeauftragte:

R. [signature]

44

La pervitina fue declarada «de vital importancia bélica» seis semanas antes del ataque a la

Unión Soviética.
(© Landesarchiv Berlin.)

El líder de la Salud del Reich tomó por fin medidas —o, como mínimo, lo intentó— y, el 1 de junio de 1941, sometió la pervitina a la Ley del Opio del Reich, con lo cual la droga del pueblo quedaba oficialmente declarada como narcótico.[131] Sin embargo, este acto no se tradujo en una restricción real del uso, sino que quedó en una simple victoria formal para Conti y sus funcionarios ideológicamente motivados. El líder de la Salud del Reich, en su día uno de los hombres más poderosos del estado nacionalsocialista, dio la causa por perdida y fue cediendo cada vez más influencia. Y es que la población no se dejaba llevar tanto por una lucha antidroga guiada por convicciones de higiene racial como por el hambre extendida, la dependencia creada de un estimulante químico que prometía ayuda artificial para superar las cargas psicológicas que aumentaban día a día con el transcurso de la guerra. La prohibición rigurosa apenas fue percibida por los alemanes, ni mucho menos respetada. El consumo civil aumentó incluso en más de un millón y medio de unidades anuales.[132] De esta manera, la droga hizo patentes las contradicciones internas del estado nacionalsocialista y desempeñó una función en el proceso de su paulatina descomposición. No hizo falta mucho tiempo para que más de cien millones de dosis llegaran a los estómagos y, de allí, a los conductos sanguíneos alemanes.

En cuanto al uso de la pervitina en las tropas, la fecha de su proscripción también se había fijado con demasiado poco margen, porque a los diez días comenzó el ataque de Alemania a la Unión Soviética y los soldados ya hacía tiempo que se habían habituado a su droga. Entretanto, el alto mando de la Wehrmacht, junto con el Ministerio de Armamento y Munición del Reich dirigido por Göring, había declarado la pervitina como «de vital importancia bélica».[133] Ni rastro de la restricción. De hecho, a partir del verano de 1941, el consumo de drogas no fue lo único que dejó de conocer límites.

Parte III

«High» Hitler: el paciente A y su médico de cabecera (1941-1944)

En tiempos de guerra como de paz, el trabajo del médico —si se hace correctamente— siempre es una tarea de liderazgo en el sentido más estricto … La relación de confianza entre el médico y el enfermo debe ser de tal naturaleza que el primero, en todo momento y bajo cualquier circunstancia, debe tener la sensación de estar por encima del segundo … Ser médico significa ser el más fuerte de los dos.[1]

De un manuscrito de un discurso de Theo Morell

El gremio de los investigadores de Hitler, por mucho que algunos de ellos hayan tomado derroteros oscurantistas, se mantiene unido por el esfuerzo de descifrar el enigma del dictador, quizá el criminal y psicópata más malvado de todos los tiempos, la personificación del mal existente en el ser humano. Los biógrafos registran desde hace décadas los acontecimientos externos y existe una extensa bibliografía para todos los gustos. Sobre él se ha escrito y se sigue escribiendo más que de ningún ser humano en el mundo; incluso existe una disciplina psiquiátrica dedicada a él, la «Psicopatografía de Adolf Hitler», que se ocupa exclusivamente de las eventuales enfermedades psicológicas del de Braunau. Sin embargo, a pesar de todo, el misterio parece indescifrable y el dudoso mito sigue vivo.

¿Es posible que exista algún punto ciego que la literatura hitleriana, a pesar de su diversidad, haya pasado por alto? No se pretende desde estas páginas describir los hechos históricos tal como sucedieron. Lo que realmente hago es terciar en un juicio basado en indicios donde los eruditos llevan siete décadas sin dar pie con bola —y también diciendo soberanas mentiras o falsedades tan célebres como los supuestos diarios de Hitler publicados en la revista *Stern*—. Hay que desconfiar de determinadas fuentes. Aquí no se presenta ninguna solución al enigma, sino que se ofrece una interpretación concreta.

Quien quiera acercarse a Hitler debe pasar antes por Morell. Sobre todo a partir del otoño de 1941 —período en que Hitler dio un bajón evidente y que todos los libros obvian porque, precisamente, no saben explicarse este declive—, el médico obeso con guerrera de gabardina marrón claro ya hacía

tiempo que no era el curioso segundón al que la ciencia histórica se ha referido hasta hoy. En *Hitler*, la biografía estándar de casi 1.200 páginas escrita por Joachim Fest, el índice onomástico remite solo a siete lugares del libro en los que simplemente se menciona al médico de cabecera; el primero, no antes de la página 737. A este respecto, el autor nunca llega al fondo de la cuestión. Su, de hecho, acertada descripción de la dinámica de Hitler como una «inmovilidad que parece narcótica»[2] no está fundamentada, y tampoco sirve de mucho que hable de una «drogodependencia fatal»[3] si después no aborda la magnitud y las consecuencias de la misma y no investiga el círculo vicioso, la huida a un mundo interior en el que solamente la jeringuilla de Morell podía adentrarse. La afirmación bajo la que Fest publicó su trabajo en 1973, según la cual descartaba más novedades sobre Hitler después de su libro porque quedaba demostrado que «ya no se esperan más materiales capaces siquiera de modificar la imagen de la época y de sus actores»,[4] parece hoy precipitada.

Aunque la ciencia histórica se empeñe en desviar la atención de las peculiaridades biográficas de Hitler y se centre en los procesos sociales que condicionaron su ascenso e hicieron de él el que decían que era, sigue habiendo, junto a estos sensatos intentos, un vacío relevante que es necesario llenar. No basta con banalizar y hablar de las «pastillas de colores del doctor Morell»[5] en una oración subordinada. Y cuando el británico Ian Kershaw, autor también de una de las más famosas biografías de Hitler, sostiene que «la cifra creciente de comprimidos e inyecciones que administraba cada día el doctor Morell, 90 sustancias distintas en total durante la guerra y 28 pastillas distintas cada día, no pudo retardar el desmoronamiento físico»,[6] posiblemente esté confundiendo la causa con el efecto.

Para el historiador alemán Henrik Eberle, la cosa está clara. En el libro *War Hitler krank? Ein abschließender Befund* («¿Estaba Hitler enfermo? Un diagnóstico concluyente»), escrito junto con el ya fallecido catedrático berlinés Hans-Joachim Neumann, Eberle llega a la conclusión de que el jefe de Estado alemán no fue en ningún caso un drogadicto y que Morell había actuado «con total responsabilidad»: «Tenía en cuenta las dosis máximas

diarias de medicamento prescritas … y rara vez las superaba … Además, después de 1945, Morell tuvo que aguantar el reproche de haber dado a Hitler un tratamiento incorrecto y minarle la salud durante años. Pero no fue así, tal como documentan los meticulosos apuntes de Morell entre 1941 y 1945, característicos de un esmerado médico de cabecera».[7] ¿Es esto cierto? El propio médico de cabecera parece contradecirlo cuando, en sus notas, reproduce una conversación con su paciente en los siguientes términos: «Tuve que hacer siempre tratamientos breves con dosis elevadas, y tuve que hacerlo hasta el límite de lo permitido por más que muchos de mis colegas me pudieran desaprobar por ello, pero yo tengo la responsabilidad y la puedo asumir, porque si usted hubiera tenido que parar durante una temporada larga, Alemania se habría hecho añicos».[8]

Entonces, ¿qué consumió realmente el dictador? ¿Puede atribuirse alguna relevancia a lo que tomó? ¿Podemos relacionar acontecimientos y desarrollos históricos con una medicación? Durante años, Morell anotó minuciosamente las sustancias que empleó para mantener a su paciente permanentemente activo. Estaba obligado a llevar ese registro, porque si a Hitler le hubiera ocurrido alguna desgracia, Morell habría tenido que entregar a la Gestapo informes pormenorizados. Esto generó un arsenal de documentos desbordante, único en la historia de la medicina, plagado de detalles. Quien quiera intentar descifrarlos, debe visitar varios depósitos bibliográficos, ya que el legado del doctor ha quedado desperdigado. Una parte está en el Archivo Federal de Coblenza, otra en el Instituto de Ciencia Histórica de Múnich y una tercera y fundamental en la capital de Estados Unidos de América.

VISITA A LOS NATIONAL ARCHIVES (WASHINGTON, D. C.)

El monumental edificio de los archivos se halla, imitando un templo clásico, junto a la avenida Pensilvania, en el corazón del barrio gubernamental de la potencia vencedora de la segunda guerra mundial. La Casa Blanca, situada en la misma calle, está a apenas un tiro de piedra. Una inscripción grabada sobre el muro blanco junto a la entrada del archivo recuerda que *What is past is prologue*: el pasado es el preludio.

Dentro, en el sanctasanctórum de la custodia documental, reina una falta de claridad convenientemente regulada por unas estrictas normas de uso. No es fácil encontrar documentos porque, simplemente, hay muchos. Como una aspiradora gigante, las fuerzas armadas y los servicios de información de Estados Unidos succionaron la montaña de archivos del derrotado imperio alemán y depositaron una parte en Washington y, otra, en una sucursal de los National Archives situada en el cercano College Park de Maryland, el edificio de archivos más grande el mundo. Para rebuscar en el inventario, el visitante dispone de catálogos de búsqueda, accesos informáticos y, sobre todo, la ayuda personal de los archiveros, quienes, a pesar de su marcado acento inglés norteamericano, introducen sin esfuerzo en el sistema informático tecnicismos alemanes tan complicados como *Reichssicherheitshauptamt*.

Paul Brown, el archivero que me ayuda en mi investigación sobre Morell, frustra desde el principio mis esperanzas de encontrar aquí *todo* sobre el médico de cabecera. Según él, mis búsquedas son como guijarros planos que hago rebotar sobre la superficie de un lago. Me dice que el acceso completo, la inmersión total, no existe aquí: los National Archives,

esta gigantesca ballena documental, son inagotables. La historia, concluye Brown, seguirá siendo la misma cosa: una especulación orientada hacia los hechos más relevantes que se puedan encontrar. Pero la verdad histórica no estaba entre la ingente oferta del archivero.

Lo que está claro es que Theo Morell, al poco de terminar la guerra, fue objeto de concienzudas investigaciones realizadas por los servicios secretos de Estados Unidos y que estas no salieron a la luz hasta hace unos pocos años gracias a la *Ley de Divulgación de los Crímenes de Guerra Nazis*.[9] Los estadounidenses intentaron descubrir qué papel desempeñó el médico, si influyó en el evidente y progresivo deterioro de la salud de Hitler a partir del otoño de 1941 o si, incluso, intentó envenenarlo. A este respecto, la cuestión de las drogas adictivas se halla en el centro del debate. ¿Las respuestas a algo tan difícil de entender son más sencillas de lo que parece? ¿O fue Morell también culpable por haber estimulado artificialmente a Hitler?

Desde el verano de 1945, Morell fue interrogado durante dos años y, según algunas fuentes, también torturado —por lo visto le extrajeron las uñas de los pies para acceder a sus secretos—. Sin embargo, los militares no comprendían nada de lo que decía su prisionero. Así, en las actas secretas se refleja la frustración de los interrogadores, quienes dan cuenta de declaraciones contradictorias. El *Medical Assessment File* de Morell presenta la siguiente valoración: «Es comunicativo, pero en sus explicaciones suele perderse en nimiedades irrelevantes e intenta sustituir las manifiestas lagunas de su memoria con ficciones, por cuyo motivo ofrece a menudo informaciones contradictorias … La psique del paciente presenta un cuadro distinto en función del momento … Por lo visto, el Prof. Morell padece una forma leve de psicosis exógena causada por el cautiverio. De ningún modo tiene limitadas las capacidades mentales. Por otro lado, debido a la existencia de lagunas que el paciente intenta salvar a base de confabulaciones, no es posible otorgar a sus declaraciones una credibilidad completa».[10] En conclusión: Morell no quiso o no pudo declarar sobre la trascendencia de su actividad.

Tampoco fueron de mucha ayuda las declaraciones de tres farmacólogos y médicos alemanes que fueron consultados en calidad de expertos

inmediatamente después de la guerra.[11] Así, una de las investigaciones dedicadas a Morell, el *Special Report Nr. 53* titulado «The Rumored Poisoning of Hitler» («Los rumores de envenenamiento de Hitler»), llega a la conclusión de que el médico de cabecera no administró a su paciente ningún veneno ni ninguna cantidad de narcóticos que le pudiera haber dañado la salud. Según el citado informe, el sorprendente deterioro físico y psicológico de Hitler se debió a la enorme carga de estrés y a una alimentación exclusivamente vegetariana.

¿Es correcto este diagnóstico? ¿O debemos, como mínimo, cogerlo con pinzas porque la cercanía de los acontecimientos nublaba la visión o porque todavía no se disponía de todo el material? El objetivo de las autoridades estadounidenses había sido recabar información para desmontar los numerosos mitos en torno a la figura de Hitler.[12] A primera vista, con Morell fracasaron en su propósito.

Sin embargo, las respuestas —aunque ocultas y no siempre claramente interpretables— se hallan, tras un análisis minucioso, en las anotaciones póstumas del médico. El legado de Morell es una urdimbre de hojas garabateadas procedentes de sus talonarios de recetas, fichas rebosantes de abreviaturas crípticas, libretas con una escritura prácticamente ilegible, calendarios de citas repletos de anotaciones de la primera página a la última, papeles sueltos con comentarios y descripciones y un sinfín de cartas comerciales y personales. Las anotaciones se repiten, a veces con ligeras variaciones, y vuelven a aparecer en cuadernos, sobres y avisos de llamadas telefónicas.

De agosto de 1941 a abril de 1945, el médico de cabecera trató a su paciente prácticamente cada día. Existen registros de 885 de aquellos 1.349 días. En 1.100 ocasiones se anotaron medicamentos, a los que se sumaron cerca de 800 inyecciones, es decir, casi una por día documentado. De vez en cuando, las agujas están cuidadosamente pegadas a los registros, como queriendo transmitir transparencia y hacer creer que todo se documentaba a conciencia. Y es que Morell temía a la Gestapo y sabía que los médicos como él siembre habían vivido en la cuerda floja.

El resultado es una especie de caos de la transmisión escrita, una jungla en la que los profanos, sobre todo si no dominan el idioma alemán, solo

pueden adentrarse con dificultad. Es precisamente en el exceso de escrupulosidad donde se insinúan muchas cosas. Tras una lectura atenta queda claro que algunas visitas no fueron registradas. ¿Quería Morell —quien, por lo demás, tenía sus documentos comerciales meticulosamente ordenados— ocultar algo con una exposición confusa e incompleta que, a la vez, simulaba completitud? ¿Intentaba guardar un secreto que solo él conocía y, posiblemente, ni siquiera su paciente? ¿Qué pasó realmente entre Hitler y su médico personal cuando la guerra dio un giro funesto para el III Reich?

MENTALIDAD DE BÚNKER

El último año pude pasar más tiempo con usted en el cuartel general, y esas visitas me aportaron más de lo que usted, mi Führer, se imagina. No he escatimado el más mínimo esfuerzo en trasladar al mayor número posible de personas toda la fuerza que usted me transmitió.[13]

Joseph Goebbels

Con los conceptos y categorías morales tradicionales no es posible comprender esta circunstancia absolutamente singular.[14]

Percy Ernst Schramm (1894-1970), historiador

Para aproximarnos a la realidad del consumo de drogas de Hitler es útil tener presente el lugar donde el dictador pasó la mayor parte del tiempo entre el verano de 1941 y el otoño de 1944. La búsqueda de huellas me conduce al este de Polonia, concretamente, al luminoso bosque de la Masuria, donde yacen unos gigantescos búnkeres reventados que recuerdan a naves espaciales de hormigón después de un aterrizaje forzoso. El musgo ha cubierto los muros y sobre los techos ondulados crecen abedules. En todas partes hay grietas abiertas por las que una persona podría escabullirse. Las armaduras de acero sobresalen del hormigón quebrado en las lindes y se retuercen sobre sí mismas. En todos los rincones hay carteles de color amarillo que avisan en polaco, alemán e inglés: *UWAGA!! ACHTUNG!! DANGER*!!

Peligro de desmoronamiento. A pesar de las advertencias, los numerosos turistas, en su mayoría jóvenes, procedentes de toda Europa —cerca de mil al día— no se amedrentan, escalan por los profundos agujeros sombríos, se adentran en las hendiduras y hacen vídeos y *selfies*. Como si buscaran algo.

La Guarida del Lobo tenía un aspecto muy distinto en el verano de 1941. La fortaleza, protegida por un cinturón de minas de entre cincuenta y ciento cincuenta metros de anchura y próxima a la población prusiano-oriental de Kętrzyn, estaba recién terminada y comenzaba a funcionar. Al principio, su núcleo estaba formado por diez búnkeres cuyas partes traseras se hallaban bajo dos metros de hormigón y albergaban los dormitorios. En las secciones delanteras, menos protegidas, estaban instaladas las salas de trabajo. La incómoda cantina que servía de comedor se hallaba en el centro del campamento y recordaba a una roñosa tasca de pueblo. Detrás de la mesa de madera maciza para veinte comensales no tardó en colgar una estrella de cinco puntas: la de una bandera capturada al Ejército Rojo. Hitler llegó la tarde del 23 de junio de 1941, un día antes de la entrada de las tropas alemanas en la Unión Soviética. El Führer comandaría desde la Guarida del Lobo la Operación Barbarroja, para cuyo victorioso desenlace se habían calculado no más de tres meses. Por ello, los soldados ni siquiera llevaban consigo el equipamiento de invierno.



Buscando huellas en la Guarida del Lobo, antiguo cuartel general del Führer.
(© Militärhistorisches Museum der Bundeswehr, Dresde/Fotografía: Andrea Ulke.)

Debido a esta presuntuosa estimación, la ubicación del cuartel general para la guerra de Rusia se había elegido a la ligera: para qué romperse la cabeza si, de todos modos —igual que en el Felsennest—, tampoco pasarían allí mucho tiempo, pensaban. Sin embargo, esta soberbia se pagaría cara. Ya en los primeros días, presagiando lo peor, se decía que era difícil encontrar en toda Europa un lugar más inhóspito que aquel pantanal rodeado de aguas estancadas y charcas cenagosas. La Guarida del Lobo ganó pronto mala fama: era un campamento asfixiante y oscuro, con niebla frecuente y el suelo contaminado por el petróleo que había que rociar para combatir la insoportable plaga de mosquitos. Un consejero ministerial escribió a su esposa: «No se habría podido elegir un lugar más desagradable. Los búnkeres son fríos y húmedos, y de noche nos congelamos a causa del sistema de ventilación eléctrica que no deja de funcionar y genera unas

corrientes de aire terribles. Por ello dormimos mal y nos despertamos con dolor de cabeza. La ropa y los uniformes siempre están fríos y húmedos».[15]

«Búnker húmedo e insalubre», anotó también Morell al poco de instalarse. Malvivía en el estrecho búnker número 9. Un ventilador indomable colgado del techo rotaba sin cesar, pero no proporcionaba aire fresco, sino que se limitaba a repartir el olor a moho por todos los rincones: «Temperatura ideal para la proliferación de hongos. Mis botas huelen a podrido y la ropa está húmeda y fría. Opresión en el pecho, anemia y psicosis de búnker».[16]

A Hitler no parecía que todo aquello le molestara mucho. Ya había gozado de la vida cavernícola en el Felsennest, pero con la Guarida del Lobo había alcanzado el destino soñado: un refugio apartado donde su existencia se viera reducida únicamente a los acontecimientos militares en el frente. Durante los tres años siguientes, la Guarida del Lobo se convirtió en el eje de la vida del dictador. El cuartel general fue ampliado con más de cien edificios de vivienda, explotación y administración, amén de otros búnkeres de hormigón armado macizos y sobrios, y fue equipado con un enlace ferroviario y aeródromo propios. Más de dos mil oficiales, soldados y civiles vivían allí permanentemente. La Guarida del Lobo no era del gusto de nadie excepto de su «jefe», como motejaban al dictador, quien fingía sentirse la mar de bien en su búnker, ya que, por lo que decía, la temperatura siempre era buena, sin variaciones, y le llegaba suficiente aire fresco bombeado del exterior. Además, Morell mandó que instalaran a su paciente una bomba de oxígeno «para inhalar y, eventualmente, esparcir por el dormitorio. Podemos decir orgullosos que el Führer está *muy* satisfecho».[17]

Suministro artificial de oxígeno, muros de protección bunkerizados: de puertas afuera era como si, en su nuevo cuartel general, el señor de la guerra alemán viviera cerca del frente, pero no podía estar más lejos de la cruda realidad bélica. Esta tendencia al atrincheramiento, tan propia de los dictadores, tendría consecuencias catastróficas. En los últimos años, el mundo se había doblegado a la voluntad de Hitler y le había ayudado a alcanzar victorias increíbles que reforzaban su posición de poder. Sin

embargo, cuando se topaba con resistencias reales que no se dejaban amilanar por ningún ataque sorpresivo, el «Gröfaz» se recluía en sus mundos irreales. Y el microcosmos de la Guarida del Lobo, esa burbuja de hormigón armado, era uno de ellos.

Como ya dejó claro en julio de 1941, la Unión Soviética se defendió encarnizadamente de las fantasías omnipotentes de Hitler. Por muchos kilómetros que avanzara y por muchos miles de soldados del Ejército Rojo que apresara, la Wehrmacht siempre se encontraba con más territorio que conquistar y más reservistas rusos que abatir. Las tropas de Hitler ganaban batalla tras batalla, avanzaban rápidamente, acordonaban a gran escala y sembraban el caos tal como estaba previsto, pero el Ejército Rojo actuaba como si no prestara atención a aquellos reveses. El «castillo de naipes podrido», como se consideraba entonces a Rusia, no se venía abajo según lo deseado. Los combates fueron despiadados por ambos bandos desde el principio y, por primera vez en esta guerra, los alemanes sufrieron un gran número de bajas en poco tiempo.

Tampoco fue de mucha ayuda el dopaje que, como en la batalla de Francia, se empleó desde el comienzo para este gigantesco ataque relámpago, sobre todo entre los oficiales del Ejército de Tierra. La sustancia se había suministrado por los cauces oficiales a los grupos blindados antes de la invasión (un solo grupo de infantería recibió en pocos meses cerca de treinta millones de pastillas).[*][18] Sin embargo, la pervitina no aceleró la victoria y el tiempo consumido bajo sus efectos se tuvo que pagar caro a base de descanso, mientras el Ejército Rojo movilizaba cada vez más divisiones de refresco procedentes de su vasta región interior.

Precisamente en esta decisiva fase inicial, concretamente en agosto de 1941, Hitler cayó enfermo por primera vez desde hacía años. Como cada mañana a las once, su asistente Linge, palidecido por la vida de encierro, había llamado a la puerta del búnker número 13, pero el Führer todavía estaba en la cama con fiebre, diarrea, escalofríos y un fuerte dolor en las extremidades. Padecía un ataque de disentería.

«Llamada telefónica. Me dicen que tengo que ir a ver al Führer *de inmediato*, que se ha desvanecido de repente y se encuentra en su búnker.»[19] Morell recibió la noticia de la baja de su paciente por la

extensión 190 de su caseta, conocida como el «barracón de los zánganos», un espacio de trabajo pequeño y claustrofóbico, prácticamente sin luz, que compartía con el hijo de Hoffmann, el reportero gráfico del Reich. Raudo, el médico agarró su maletín negro de entre el material fotográfico y los medicamentos que abarrotaban la habitación y salió pitando a ver a Hitler, al que encontró sentado en la cama, acurrucado como una marioneta sin hilos y pidiendo un alivio momentáneo del dolor porque quería asistir a la reunión informativa y debía tomar decisiones trascendentales.

Esta vez, a diferencia de los años anteriores, las vitaminas y la glucosa no bastaron. Nervioso y con demasiadas prisas, Morell preparó una mezcla de vitamultina y calcio que combinó con el esteroide Glyconorm, un preparado hormonal de fabricación propia compuesto de jugo de miocardio prensado, corteza suprarrenal y páncreas de hígado de cerdo y otros animales de matadero. Una sustancia dopante. La inyección se complicó más de lo habitual: «Aguja doblada durante la punción».[20] Para combatir el dolor causado por el percance, Hitler recibió doce gotas de Dolantin, un opioide cuyos efectos son similares a los de la morfina.[*] Pero las diarreas disentéricas persistían. El paciente A tuvo que guardar cama y no fue a la importante reunión informativa que mantuvieron finalmente Keitel y Jodl a las doce en el búnker. El dictador estaba de baja, algo inaudito en el cuartel general.

«Führer muy enfadado —escribió Morell esa misma tarde para describir su fracaso—. Nunca lo había visto tan malhumorado conmigo.»[21] Inalterable, el médico mantuvo su apuesta farmacológica. Las inyecciones hicieron su efecto y la disentería desapareció. Al día siguiente, Hitler volvió a participar en las reuniones con los generales y se afanó en recuperar el día de baja. El antiguo conflicto entre él y el Estado Mayor, el cual había aprovechado su ausencia para obrar velozmente con criterios propios, se reavivó. Esta vez el problema fue la dirección del siguiente ataque. A diferencia de su Führer, los generales consideraban Moscú un objetivo prioritario: planeaban tomar la capital rusa en una batalla definitiva y decidir así el curso de la campaña. Sin embargo, el recién restablecido Hitler tenía en mente otra estrategia, la impuso y dividió las tropas para conquistar Leningrado en el norte y cortar así el acceso de la Unión

Soviética al mar Báltico, mientras que, simultáneamente, el Grupo Sur del Ejército de Tierra avanzaría por Ucrania y el Cáucaso hasta los estratégicos yacimientos de petróleo.

Esta crisis afectó al doctor Morell y su concepto de «restablecimiento inmediato». Desde entonces, para que el paciente A no volviera a quedar relegado por tener que guardar cama, las inyecciones fueron decididamente profilácticas. Morell se convirtió en un típico defensor de la polipragmasia y empezó a administrar cada vez más sustancias con distintas concentraciones. Un día probaba una cosa, otro día otra;[*][22] ya no emitía diagnósticos precisos y se limitaba a enriquecer constantemente sus «cuidados farmacológicos básicos».[*] Estos incluyeron pronto las más variadas sustancias, como el Tonophosphan (un estimulante metabólico de Hoechst que todavía se utiliza hoy en medicina veterinaria), la sustancia reconstituyente Homoseran (rica en hormonas y anticuerpos, obtenida a partir de sangre uterina),[23] la hormona sexual Testoviron (contra la disminución de la libido y la vitalidad) o el Orchikrin, producido a partir de testículos de toro e indicado en depresiones. Otra sustancia que se empleó fue el Prostakrinum, elaborado a partir de glándulas seminales y próstata de ternero.

Aunque no ingiriera ningún plato que contuviera carne, Hitler dejó de ser vegetariano en sentido estricto. A partir de 1941, por sus vasos sanguíneos circularon sustancias de origen animal cada vez más concentradas. El objetivo era contrarrestar en todo momento los estados de agotamiento psicológico y físico —o adelantarse a su aparición— y aumentar las defensas. A base de aplicaciones de sustancias cada vez más diversas y dosis crecientes, el sistema inmunitario natural de Hitler se convirtió en un escudo protector artificial que Morell hizo cada vez más imprescindible.

Después de la baja por disentería, la conservación de la salud del dictador fue lo más parecido a matar moscas a cañonazos, hasta el final y sin interrupción. Durante los pocos paseos que «Gröfaz» daba para respirar aire fresco en la zona de seguridad 1 de la Guarida del Lobo, siempre tenía a su lado al médico y, unos pasos más atrás, a un asistente con el maletín de las jeringuillas. Un viaje en tren realizado en agosto de 1941 muestra la

determinación con la que se llevaba a cabo la medicación continuada. Hitler y Mussolini se dirigían al frente en un viaje de veinticuatro horas a través de una Europa del Este donde el asesinato en masa ya se había implantado. Pasaron cerca de la ciudad ucraniana occidental de Kamianets-Podilskyi, donde las SS y un batallón de la policía alemana acababan de fusilar a 23.600 judíos, la totalidad de los que vivían en la región.

Con el objetivo de no privar al paciente A de ninguna inyección ni siquiera durante el trayecto, el tren especial del Führer se detuvo en plena vía para evitar el traqueteo del convoy. Inmediatamente, los dos cañones del vagón antiaéreo blindado se armaron y se pusieron en guardia. Morell mandó que le trajeran su abultado maletín médico al vagón personal de Hitler, cogió el paquete de ampollas forrado en cuero negro, quitó el precinto metálico rugoso de varias de ellas, abrió la cremallera del estuche donde guardaba las jeringuillas, partió la primera ampolla, metió la aguja en su interior y tiró del émbolo. Rápidamente tomó el brazo pálido y lampiño de Hitler, se secó el sudor de la frente y pinchó: primero, en la vena y, después, una segunda inyección intramuscular. Orgulloso, Morell describió así esta insólita parada en boxes: «Tren detenido en el camino por glucosa i. v. y Tonophosphan forte con Vitamultin Calcium i. m. para el Führer. Ocho minutos en total».[24]

Este procedimiento no fue un caso aislado, sino lo habitual. Las jeringuillas determinaban la agenda diaria de una manera cada vez más manifiesta y, con el tiempo, más de ochenta preparados hormonales, esteroides, medicamentos y otros remedios enriquecían el combinado terapéutico del Führer.[*][25] El hecho de que la composición de las inyecciones variara ligeramente cada día tenía una función psicológica muy importante. En ningún momento tuvo Hitler la impresión de ser adicto a alguna sustancia concreta. En su médico personal había encontrado una herramienta de automedicación y autoajuste perfecta, de la cual abusaría cada vez más.

Este caso de politoxicomanía en la segunda mitad del año 1941 parece grotesco incluso para una época en la que la investigación de los esteroides y las hormonas todavía no sabía valorar debidamente las complejas interacciones entre unas sustancias tan potentes y el organismo humano.

Hitler no tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo con su cuerpo. Nunca en su vida se interesó por los medicamentos ni tuvo conocimiento alguno sobre medicina. Y como consumidor de drogas, al igual que como comandante en jefe, siempre fue un eterno diletante que se dejaba llevar por la inspiración y sin conocimiento de causa. El desenlace fue fatal. Aquella intuición natural que tan buenos resultados le había dado hasta el inicio de la Operación Barbarroja, la perdió precisamente en el momento en que las inyecciones que se dejaba aplicar por su médico empezaron a trastocar cada vez más su organismo. El hecho de que el consumo continuado favoreciera la tolerancia a las sustancias forma parte de la propia naturaleza del proceso. Como el cuerpo se habitúa, hay que aumentar la dosis para que el efecto no disminuya, y el dictador no soportaba que los efectos disminuyeran.

Morell no acompañó a su paciente en este sentido. Por lo que parece, las interacciones problemáticas no preocupaban al médico. La responsabilidad profesional brillaba por su ausencia. Lo único que le preocupaba, como a muchos otros, era complacer temerosamente a su Führer para no salir perjudicado y poder seguir aprovechándose de su posición. Mientras en aquellos meses de otoño de 1941 el asesinato sistemático de judíos seguía su curso y la Wehrmacht llevaba a cabo una sangrienta guerra de agresión en Rusia que pronto se saldaría con millones de muertos, el sistema nacionalsocialista del imperio del miedo se intoxicaba paulatinamente desde dentro.

EL SALVAJE ESTE

Constato mi profunda impresión de que el Führer goza de buena salud.[26]

Joseph Goebbels

Según el diario de guerra del alto mando de la Wehrmacht, el 2 de octubre de 1941, «al alba, el Grupo Centro del Ejército de Tierra ha pasado a la ofensiva con todos sus efectivos bajo un excelente clima otoñal».[27] Comenzaba, con algo de retraso, el ataque a la capital rusa. En un colosal doble cerco en las cercanías de Viazma, a medio camino entre Smolensk y Moscú, fueron hechos prisioneros 670.000 soldados del Ejército Rojo. Para algunos habitantes de la Guarida del Lobo, la victoria estaba cantada. Sin embargo, los alemanes habían perdido mucho tiempo y estaban demasiado desperdigados por otros teatros de operaciones como para poder ocupar el centro del poder estalinista en una operación repentina. Entonces, el tiempo empeoró y el avance se detuvo a causa del fango: «Lluvia constante y niebla. El enorme deterioro de los caminos dificulta considerablemente todos los movimientos y suministros», se decía a finales de octubre en la jefatura del Ejército de Tierra alemán.[28] Por primera vez se vislumbraba la posibilidad de una derrota.

Hitler reaccionó estoicamente a la situación crítica. Con la llegada prematura del invierno, el Ejército Rojo inició una contraofensiva con divisiones de élite siberianas y causó graves pérdidas a la Wehrmacht. El Führer ignoró a sus generales cuando estos le pidieron que retirara las

tropas para evitar más derrotas. En lugar de eso, el 16 de diciembre el dictador dio una fatídica orden que, al principio, evitó males mayores, pero que a largo plazo tendría consecuencias catastróficas: *asegurar la posición a toda costa*. En adelante, cualquier movimiento de repliegue que no tuviera su autorización explícita quedaba totalmente prohibido. Las tropas alemanas, antes tan temidas por su imprevisible dinamismo, quedaban ahora inhabilitadas para reaccionar a la fluidez propia de la guerra. Es cierto que la combatividad de la Wehrmacht impuso respeto a los enemigos de Alemania hasta el final, debido también a la táctica de misiones que el ejército germano tan bien sabía aplicar y que tanta libertad ofrecía a los oficiales para conseguir los objetivos fijados. Sin embargo, la guerra de movimientos del principio, con victorias que habían dejado boquiabierto al mundo entero, era ahora agua pasada. Es sintomático que Guderian, coartífice en la primavera de 1940 de la victoria en la batalla de Francia por avanzar poco convencionalmente e ignorar la cadena de mando, tuviera que escuchar ahora cómo Hitler le recriminaba que estuviera tan cerca de los acontecimientos cuando el general de división blindada intentó persuadir a su comandante supremo de que se retirase del frente de Moscú.

Ahora, el plan de Hitler era ofrecer más «resistencia fanática» sin tener en cuenta las bajas o, dicho de otro modo, sin tener en cuenta la realidad en el frente. Precisamente por ello fue machacada la Wehrmacht en este primer invierno de guerra en el Este. En Moscú hacían sonar las campanas de las iglesias para prevenir de una excesiva confianza. Los sacerdotes ortodoxos, vestidos con sus ornamentos y con el crucifijo en alto, iban de casa en casa y de cabaña en cabaña para animar a hombres y mujeres, viejos y jóvenes, a entrar en acción para la Tierra Santa rusa. En las pantallas de los cines de toda la Unión Soviética se pasaban imágenes de soldados del Ejército Rojo vistiéndose con ropaje enguatado y poniéndose calzado confeccionado con fieltro, mientras los prisioneros alemanes aparecían sin abrigos y sin guantes, haciendo bailes macabros con los pies desnudos sobre el suelo helado para no congelarse.

Las situaciones desesperadas se acumularon para los agresores y, a menudo, solo la pervitina podía ayudar. He aquí un ejemplo de tantos: los alemanes quedaron sitiados en el pueblo pesquero de Vsvad, en la costa sur

del lago Ilmen, situado entre Moscú y Leningrado. Quemaban sus alojamientos para calentarse y los alimentos llegaban con cuentagotas. Quedaba una última y diminuta vía de escape abierta y los cincuenta hombres, totalmente exhaustos, emprendieron una marcha nocturna a pie a través de un manto de nieve que les llegaba a las caderas, cargados con pesadas mochilas y las ametralladoras al hombro. Según se explica en el informe oficial de la Wehrmacht, no tardaron en presentar «un estado de profundo agotamiento … Aproximadamente a medianoche cesó la ventisca de nieve y el cielo se despejó, pero algunas dotaciones solo querían tumbarse en la nieve y, a pesar de los intentos de infundir ánimos, no les quedaba fuerza de voluntad. Estos recibieron dos comprimidos de pervitina cada uno. Media hora después, los primeros ya empezaban a encontrarse mejor y volvieron a incorporarse a la columna a paso ligero y manteniendo la fila».[29] El caso muestra que el estimulante ya no se empleaba principalmente para asaltar y conquistar, sino sobre todo para aguantar y sobrevivir.[30] Las tornas habían cambiado.

EL TESTIMONIO DE UN EX OFICIAL SANITARIO

«Siempre iba bien provisto —explica Ottheinz Schultesteinberg, estudiante de la Academia de Medicina Militar entre 1940 y 1942, recordando su experiencia como aspirante a oficial sanitario durante una misión—. Simplemente, la cosa se repartía. Decíamos: ¡ten, tómatelo!» Hoy tiene 94 años y vive junto al lago de Starnberg, en Baviera. Se acuerda de la guerra que lo llevó hasta Stalingrado como si fuera ayer. Nos citamos en la terraza de un restaurante croata en el municipio de Feldafing: «Nunca consumí pervitina. Bueno, no con frecuencia. De hecho, solo una vez, por probarla, para saber qué era lo que estaba repartiendo —explica—. Y puedo decirle que funciona. Te mantenía despierto sin piedad. Pero yo no quería tomarla con mucha frecuencia, porque sabíamos que creaba adicción y tenía efectos secundarios: psicosis, sobreexcitación, pérdida de fuerzas. Y lo de Rusia era una guerra de desgaste. Por eso dejó de utilizarse la pervitina, porque te dejaba sin fuerzas. Si perdías una oportunidad para descansar, en algún momento tenías que recuperarla. La privación del sueño dejó de ser una ventaja estratégica».[31]

En Berlín conocían el problema. El líder de la Salud del Reich, Leo Conti, con la ayuda de su Oficina de Registro del Reich para la Lucha contra los Estupefacientes, seguía con su afán de elaborar una lista lo más completa posible de todos los soldados drogodependientes. Así, dictó una disposición que obligaba a la Wehrmacht y las SS a clasificar a todos los combatientes licenciados según una posible afinidad hacia algún estupefaciente con el fin de someterlos a terapias obligatorias o «apartar a los reincidentes e incurables».[32] Ante una orden tan drástica como amenazadora, la reacción de la Wehrmacht no se hizo esperar y apenas

informó del más mínimo caso. El recrudecimiento de la situación bélica no se tradujo en una sanción del consumo de drogas, es más, el Ejército incluso reclutó a trabajadores del organismo de Conti para luchar en el frente, obstaculizando así su campaña antidroga.

A finales de 1941, algunos en el cuartel general del Führer se estaban dando cuenta de que así no se podía ganar una guerra. El jefe del Estado Mayor, Halder, resumió la situación con estas palabras: «Estamos al límite de nuestras capacidades personales y materiales».[33] La estrategia de guerras relámpago, con la cual se había intentado invertir la relación real de fuerzas a través del factor sorpresa, había fracasado y, con ella, el proyecto bélico que Hitler había levantado sobre la frágil base de la especulación. Los alemanes no podrían resistir una guerra de erosión prolongada contra una Rusia demográficamente superior y mejor armada. Esta obviedad debía servir para extraer alguna conclusión, pero el dictador cerraba los ojos a la evidencia. Había cortado toda conexión con la realidad política y tomaba decisiones cada vez más equivocadas. Si antes del otoño de 1941 las cosas le habían ido muy bien al comandante en jefe, ahora le ocurría todo lo contrario.

Desde la más absoluta irracionalidad y engañándose a sí misma al no reconocer la evidencia, una Alemania exhausta y con varios frentes abiertos declaró en diciembre de 1941 la guerra al descansado coloso industrial estadounidense. Cuantos más enemigos, más honor —y más rápido el hundimiento—. El presuntuoso Führer, que ahora compartía la jefatura del alto mando del Ejército de Tierra con Von Brauchitsch, ya no entendía el mundo. Su incapacidad para observar sobriamente la realidad era manifiesta. En sus propias palabras, con la Operación Barbarroja había abierto de golpe una «puerta a una habitación oscura nunca explorada … sin saber lo que había detrás de la puerta».[34] La oscuridad también rodeaba en verdad a Hitler, tal como describió Morell: «Por lo demás, la vida pasa en el búnker sin ver la luz del día».[35] Entre tinieblas, ya nada podría afectar al enajenado dictador. No podía estar más lejos de la realidad. La coraza que lo separaba de ella solo era atravesada por la aguja del doctor para introducirle dopaje hormonal en la sangre. «Es una tragedia que el Führer haya perdido toda esperanza y lleve una vida tan desmesuradamente

nociva —escribió Goebbels en su diario—: Ya no sale a tomar el aire fresco, no se relaja, se queda en su búnker.»[36]

En enero de 1942 se fijaron las competencias para la «solución final del problema judío» en la conferencia de Wannsee celebrada en Berlín. Cada vez más claramente, la forma de actuar de Hitler se caracterizaba ahora por una fijación genocida. La desesperada obstinación por no ceder el territorio conquistado tenía un motivo bien fundado: permitir que las chimeneas de los campos de exterminio del Este ocupado (Auschwitz, Treblinka, Sobibor, Chełmno, Majdanek y Bełżec) siguieran humeando el máximo tiempo posible. Había que defender todas las posiciones hasta acabar con todos los judíos. Radicalmente alejado de cualquier convención humana, el paciente A todavía quería ser decisivo en esta guerra contra los indefensos.

PLANETA LICÁNTROPO

Le envidio por poder vivir de primera mano los grandes acontecimientos de la historia mundial en el cuartel general del Führer. Gracias al genio de Hitler, a su intervención oportuna y a la organización escrupulosamente meditada de la Wehrmacht en todos los sentidos, podemos mirar hacia el futuro con plena confianza … Ojalá logre conservar toda su salud y tenga la fuerza necesaria para conseguir los últimos objetivos para su pueblo. [37]

De una carta a Theo Morell

En julio de 1942, la geografía del III Reich se extendía desde Nordkapp, en Noruega, hasta África septentrional y Próximo Oriente. Aunque todo apuntara desde hacía tiempo a una derrota, el estado nacionalsocialista había alcanzado su clímax expansivo. En aquel mes de verano comenzó la «acción Reinhardt», es decir, el asesinato sistemático de más de dos millones de judíos y 50.000 gitanos de la Polonia ocupada. Al mismo tiempo, una costosa mudanza estaba teniendo lugar: los líderes nazis volaban en diecisiete aviones desde la Guarida del Lobo hasta un nuevo cuartel general situado a pocos kilómetros de Vínnytsia, una pequeña ciudad del oeste rural de Ucrania.

Este cambio de domicilio fue una gran puesta en escena, una farsa cuyo objetivo era hacerse creer a sí mismos que estaban más cerca del frente, de la situación real. Sin embargo, el flamante campamento de cabañas surgidas como por arte de magia en medio del bosque seguía estando cómodamente alejado de la línea de combate principal, situada a varios cientos de kilómetros. Además, también estaba a una distancia holgada de las ciudades

alemanas que habían sido víctimas de los masivos bombardeos británicos en la primavera de 1942, como Lübeck, Rostock, Stuttgart y, sobre todo, Colonia. El distanciamiento de Hitler de las circunstancias sociopolíticas encajaba con el nuevo centro de mando, un no lugar en ninguna parte, una sede *high tech* en medio de la nada donde el Führer podría doparse mejor y huir de la realidad consensuada. Un hogar donde echar raíces, como en su día fue la mansión en la Prinzregenplatz muniquesa, ya hacía tiempo que no existía en la vida de Hitler. Ahora solo buscaba refugios irreales.

El recién nombrado ministro de Armamento Albert Speer describió el nuevo cuartel general ucraniano como una «colonia de bungalós, un pequeño pinar, un parque ajardinado».[38] Los tocones dejados por la tala de pinos estaban pintados de verde para integrarlos en el entorno y las zonas de aparcamiento estaban protegidas del sol por la sombra de la maleza. Suena a vacaciones en el campo y a casa de reposo, pero desde este puñado de barracones y casas de troncos rodeados de majestuosos robles se condujo una guerra de una crueldad sin precedentes. Hitler bautizó su nuevo puesto de mando para el asesinato en masa como Werwolf («hombre lobo»), un nombre que encajaba con una zona de la irrealidad donde podían desencadenarse fenómenos monstruosos en un marco de cotidianidad ritualizada y estrictas reglas de seguridad.[*][39] «Gröfaz», con sus miles de millones de bacterias desquiciándose en su intestino, se encontraba aquí protegido de los microbios, mientras sus soldados, repartidos por las estepas y ciénagas de Rusia, se veían obligados a entablar relaciones con las enfermedades infecciosas reales del Este, como la fiebre de las trincheras, la tularemia o la malaria.

Entretanto, Morell seguía siendo indispensable para el jefe de Estado y no lo dejaba solo ni siquiera en las reuniones informativas, donde, por otro lado, no estaba invitado debido a su condición de médico civil y era el blanco de las miradas despectivas de los generales. En estos encuentros celebrados dos veces al día, los asistentes se abstraían del mundo y se concentraban en la cartografía militar; incluso con buen tiempo tenían las ventanas cerradas y las cortinas echadas. A pesar de la frescura accesible del bosque, en el cuartel general reinaba una atmósfera sofocante. Hitler recibía consejos de gente que era tan ignorante de la situación en los frentes como

él.[40] Era el gran momento de los aduladores, como el toscamente ceremonioso mariscal de campo Keitel, cuya actitud lacaya le valió el mote de «Lakaitel».



El doctor Morell (a la izquierda, detrás de su paciente) se había hecho imprescindible. (© ullstein bild, Berlín.)

El 23 de julio de 1942, trece meses después del inicio de la campaña rusa, Hitler cometió otro grave error estratégico al ordenar la Instrucción número 45, consistente en dividir de nuevo las fuerzas alemanas, esta vez en el sur de la Unión Soviética: el Grupo A del Ejército de Tierra debía avanzar en dirección a Bakú, el enclave petrolífero de Azerbaiyán, y el Grupo B tenía que llegar al mar Caspio por el Volga pasando por Stalingrado. De esta manera, un frente que originalmente tenía 800 kilómetros se amplió en tierra enemiga hasta una longitud prácticamente insostenible de 4.000 kilómetros. La decisión levantó las protestas vehementes de la jefatura del Ejército de Tierra. El ardiente sol ucraniano y

unas temperaturas de entre 45 y 50 grados causaron «contratiempos y tormentas eléctricas de unas proporciones nunca vistas … Se está actuando imperiosamente al dictado de quimeras», dijo el jefe del Estado Mayor Halder, criticando la manera de proceder de su comandante en jefe.[41] El ministro de Armamento Speer habló peculiarmente de «trastorno sensorial con el que todas las personas del entorno más próximo a Hitler aguardaban el inevitable final». Hacía tiempo que la verdad brillaba por su ausencia en la planificación militar y que a las reuniones informativas llegaba una realidad retocada: «Los informes maquillados de las posiciones de la Wehrmacht … hacen temer que no se reconozca el verdadero alcance de la situación crítica».[42]

Cuando Erich von Manstein, inventor del «golpe de hoz», conquistador de Crimea y recién ascendido a mariscal de campo, expuso su informe de la situación crítica en la región sur del Frente Oriental, el alto mando de la Wehrmacht confirmó su consternación en el diario de guerra: «No se toman decisiones con la firmeza de antes. Es como si el Führer ya no estuviera en condiciones».[43] Hitler no aguantaba más a aquellos generales de discurso racional que, según pensaba, lo único que querían era criticar, a pesar de que a menudo no le quedara más remedio que hacerles caso. En una actitud infantil, Hitler se resistía a dar la mano al coronel general Jodl (el único miembro del destacamento que, por cierto, no se sometió a los tratamientos de Morell). Tampoco comía con los demás, sino que se retiraba a su cabaña de troncos construida bajo la sombra permanente de las hayas rojas y de la que solo salía al amparo de la oscuridad de la noche. A mediados de agosto de 1942 salió por fin para sobrevolar el frente y hacerse una idea de la realidad militar, pero sufrió una insolación terrible —«Cara enrojecida, frente con graves quemaduras y dolor intenso, de ahí que se muestre muy enojado»—.[44] De vuelta a su cobertizo resguardado, el Führer no cabía en sí de contento.

Los discursos públicos también eran prácticamente inexistentes. El periodista e historiador Sebastian Haffner describe así el proceso de retiro del personaje público Adolf Hitler: «Había cambiado sistemáticamente la sobriedad por el éxtasis de masas; se podría decir que, durante seis años, él mismo se recetó a los alemanes como si fuera una droga, pero después,

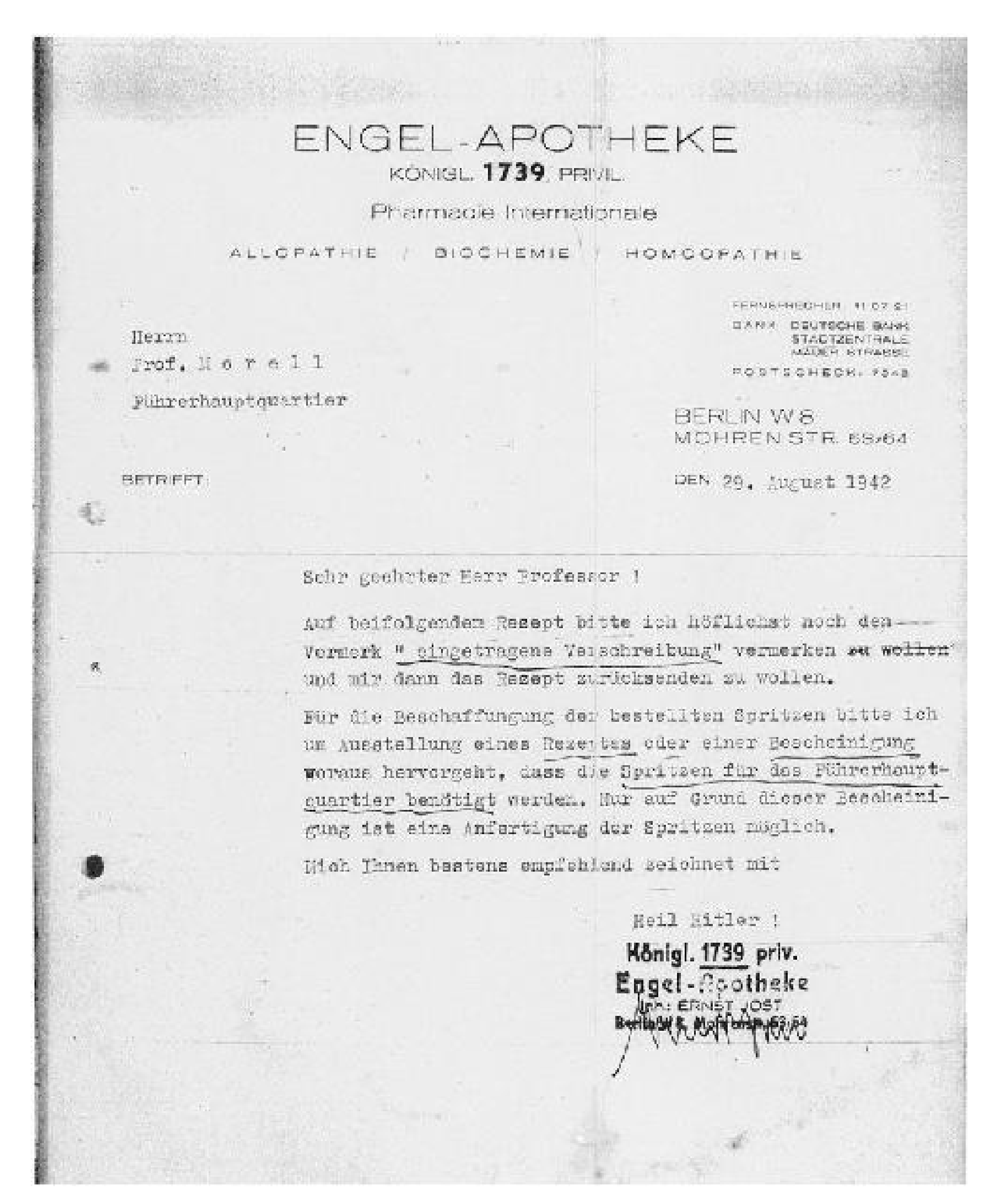
durante la guerra, les privó de ella».[45] Como consecuencia retroactiva de esta privación, Hitler se quedó sin aquellos estados de éxtasis a los que había llegado en sus apariciones públicas y que siempre habían sido para él una nueva inyección de la sensación excitante que tan fundamental era para su autoadicción. Todos aquellos contactos con el pueblo exultante, de los que tanta energía había extraído, tuvieron que ser sustituidos químicamente en el aislamiento, lo cual aceleró además el autoenlarvamiento del dictador. «Era una persona que necesitaba recargas artificiales continuamente —escribe el biógrafo Fest—. En cierto modo, las drogas y los medicamentos de Morell le compensaron el antiguo efecto estimulante del clamor de las masas.»[46]

El ejercicio de las funciones de jefe de Estado apenas le preocupaba. Prefería pasarse las noches en vela, acostarse a las seis de la mañana y seguir debatiendo con Speer sobre grandes proyectos arquitectónicos —los cuales, por otro lado, eran puramente ilusorios—. Su fiel ministro de Armamento y arquitecto favorito —el cual describió su colaboración con Hitler como los «años del éxtasis» y hablaba con entusiasmo, como verdadero maestro de la suplantación, del «estímulo del éxtasis del liderazgo»— tuvo incluso que reconocer que Hitler, «en el transcurso de aquellos debates, huía de la realidad y se sumergía en su mundo de fantasía cada vez con más frecuencia».[47]

El alejamiento del mundo real fue funesto para el desarrollo de la guerra. Con frecuencia, Hitler enviaba a sus unidades a luchar sin tener en cuenta las condiciones reales de armamento, fuerza combativa o abastecimiento. Al mismo tiempo, también se preocupaba con todo detalle, muy a pesar de los militares, de todas y cada una de las cuestiones tácticas, incluso a nivel de batallón, y creía ser imprescindible en todas partes.[*] Cada palabra pronunciada en las reuniones informativas se mecanografiaba para que, después, Hitler pudiera pedir cuentas a sus generales si estos intentaban eludir sus órdenes, siempre alejadas de la realidad.

Hitler fue un diletante militar ya desde su orden de paralización en Dunkerque. Ahora, además, culminaba su transformación en fantasioso mandando a sus tropas a perderse por la extensa Abjasia y la estepa de Kalmukia, avanzar hasta el mar Negro e izar en vano una bandera con la

esvástica en la cima caucásica del Elbrús, a 5.633 metros de altitud. En aquel verano de 1942, el consumo de jeringuillas aumentó tanto que Morell tuvo que hacer un pedido especial a la farmacia Engel para el cuartel general del Führer.[48]



ENGEL-APOTHEKE
KÖNIGL. 1739 PRIVIL.
Pharmacie Internationale
ALLOPATHIE / BIOCHEMIE / HOMÖOPATHIE

BANK: DEUTSCHE BANK STADTZENTRALE

Herrn
Prof. M o r e l l
Führerhauptquartier

BERLIN W 8
MOHREN STR. 63/64

BETRIFFT:

DEN 29. August 1942

Sehr geehrter Herr Professor !

Auf beifolgendem Rezept bitte ich höflichst noch den Vermerk " eingetragene Verschreibung" vermerken zu wollen und mir dann das Rezept zurücksenden zu wollen.

Für die Beschaffungung der bestellten Spritzen bitte ich um Ausstellung eines Rezeptes oder einer Beschcinigung woraus hervorgeht, dass die Spritzen für das Führerhauptquartier benötigt werden. Nur auf Grund dieser Bescheinigung ist eine Anfertigung der Spritzen möglich.

Mich Ihnen bestens empfehlend zeichnet mit

Heil Hitler !
Königl. 1739 priv.
Engel-Apotheke
Inh.: ERNST JOST

Carta de respuesta de la farmacia Engel de Berlín-Mitte al médico de cámara Morell sobre un pedido especial de inyecciones para Hitler.
(© National Archives at College Park, MD.)

En el otoño de 1942, Rommel, transmutado de «zorro del cristal» en «Zorro del Desierto», pasaba serios aprietos en África contra los británicos

liderados por Montgomery. Simultáneamente, Stalingrado, a la vista de su devaluación como enclave estratégico, se convertía en una fijación psicopática. El dramatismo de los acontecimientos que se desarrollaban allí era evidente y Hitler los mitificó innecesariamente elevándolos a la categoría de batalla por el destino. Mientras tanto, su salud seguía cayendo en picado a la vez que el cerco alrededor del 6.º Ejército del general Paulus se cerraba junto al Volga y los soldados alemanes sucumbían a millares a causa del hambre, el frío y las granadas rusas. «Flatulencias, halitosis, malestar»,[49] anotó Morell el 9 de diciembre de 1942 después de saberse que el suministro aéreo de carburante que Göring, con tanta presunción como alejamiento de la realidad, había anunciado para los sitiados en el hervidero de Stalingrado no había funcionado.

Una semana después, el paciente A pidió consejo a su médico personal: Göring, precisamente, le había contado que tomaba un medicamento llamado Cardiazol cuando se sentía débil y mareado. Hitler quería saber «si a él, el Führer, también le iría bien cuando se sintiera un poco raro con los asuntos importantes».[50] Pero Morell se negó: el Cardiazol —un estimulante cardíaco difícil de dosificar que aumenta la presión sanguínea y puede provocar ataques epilépticos con facilidad— era demasiado arriesgado para Hitler, quien también padecía del corazón. Sin embargo, el doctor había entendido el mensaje: su jefe exigía poco a poco sustancias más fuertes para poder superar los nervios que le causaba la recrudecida crisis de Stalingrado. Morell también aceptó ese reto.

El matadero ucraniano

Debéis estar sanos, debéis manteneros alejados de todo lo que envenena vuestros cuerpos. ¡Necesitamos a un pueblo sobrio! En el futuro, al alemán solo se le medirá por las obras de su intelecto y la fuerza de su salud.[51]

Adolf Hitler

Aprovechando los beneficios del éxito continuado de las tabletas de vitamultina, Theo Morell se hizo con un preciado botín en la ciudad checa de Olomouc: la empresa Heikorn, una de las productoras de aceite de mesa más importantes de Checoslovaquia, previamente confiscada a sus propietarios judíos. El propio Hitler en persona se la había conseguido.[*][52] El precio de compra ascendió a 120.000 marcos del Reich, una cantidad irrisoria para el lucrativo inmueble que el médico de cabecera transformó en el principal centro de producción de Hamma, su firma. Así lo veía en sus anotaciones: «Más barata, imposible … Una fábrica arianizada para mí».[53] En adelante, más de un millar de empleados fabricarían allí productos tan variopintos como aceite de amapola, mostaza, productos de limpieza o los polvos antipiojos de invención propia Russla, los cuales, a pesar de su ineficacia, serían de uso obligado en la Wehrmacht. Pero el núcleo del negocio serían los preparados vitamínicos y hormonales, para cuya producción el perseverante médico y beneficiario mercantil del terror nacionalsocialista necesitaría un suministro constante de materia prima.

La ciudad de Vínnytsia, con su gigantesco y ultramoderno matadero, estaba a ocho kilómetros al sur del cuartel general. La empresa

estadounidense Swift lo había construido poco antes de estallar la guerra utilizando los últimos adelantos tecnológicos y siguiendo el modelo de los mataderos de Chicago. Todas las matanzas de Ucrania se centralizaban allí y todos los procesos estaban automatizados, incluida la recogida de la sangre residual. Morell estaba impresionado: no existía nada parecido en Alemania, donde se seguía practicando el «desagüe de las valiosas proteínas animales», tal como escribió en sus apuntes. El médico decidió aprovechar aquellas innovadoras instalaciones. Así, mientras Hitler, en su cabaña, se atrincheraba de un mundo que él mismo estaba reduciendo a cenizas, el farmacéutico *selfmade* Morell utilizaba la guerra en Ucrania para levantar sus propios proyectos.

Con la oportunidad de un gran negocio en el horizonte, maquinó un plan tan sencillo como descarado. En presencia de Alfred Rosenberg, el principal ideólogo del nacionalsocialismo y ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este, el doctor Morell anunció la intención de fundar una «industria organoterapéutica» e hizo una de sus típicas peticiones: «Si pudiera conseguir … el producto, podría suministrar hormonas a toda la región del Este».[54] El producto al que se refería eran glándulas tiroideas, cápsulas suprarrenales, testículos, próstatas, ovarios, glándulas bulbouretrales, vesículas biliares, corazones y pulmones, es decir, todas las glándulas, órganos y huesos de todos los animales que se sacrificasen en Vínnytsia.

Desde el punto de vista empresarial, aquello era una mina de oro, ya que se trataba de una materia prima que, transformada en sustancia dopante o esteroide, alcanzaría un elevado precio en el mercado. El médico de cabecera, que se pasó aquellas semanas viajando por el país ocupado en cerrar sus mugrientos tratos, ansiaba conseguir la totalidad de los desechos de los mataderos. Quería incluso reciclar la sangre de los animales de matanza para fabricar un nuevo preparado nutritivo a base de plasma desecado y hortalizas (principalmente zanahorias).[55] «Estoy agotado de tanto conducir — escribió a su esposa—. Duermo cada dos días, a veces cada día, pero entonces tengo que hacer 300 kilómetros de vuelta por carreteras rusas adoquinadas y en mal estado.»[56] Morell planificó la explotación de Ucrania hasta la última gota de sangre y el último céntimo

de marco. Ejercía a la perfección la misma falta de escrúpulos con la que los más altos dirigentes nacionalsocialistas percibían sus intereses personales. Cada vez con más desfachatez, aprovechaba su consolidada posición de poder en la corte como si fuera una especie de negociado oficial.

Erich Koch, jefe regional del NSDAP en la zona, comisario del Reich para Ucrania (conocido por su brutalidad como «el pequeño Stalin») y también paciente de Morell, colaboró encantado y dio permiso al médico de Hitler para «hacer acopio de los descartes destinados a la fabricación de medicamentos organoterapéuticos … a través de un delegado y destinarlos al uso deseado».[57] Morell le dio las gracias y anunció más planes para el futuro: «Ya tengo listas las glándulas y los órganos, así que voy a evaluar las opciones con las hierbas medicinales y drogas de Ucrania. Ya verá como la organización irá bien».[58]

Enseguida fundó la firma Laboratorios Farmacéuticos de Ucrania en Vínnytsia, fabricación de productos organoterapéuticos y vegetales-Exportación de drogas: un nombre programático para una empresa con espíritu expansivo. Efectivamente, Morell no tenía suficiente con Ucrania occidental y fijó la atención en la lucrativa zona industrial de la cuenca del Donets. Asimismo, también tenía en el punto de mira las estepas junto al mar Negro y la península de Crimea, donde planeaba «cultivar a gran escala para contribuir al éxito de la potente economía alemana».[59]

Sobre todo le interesaba Járkov, la metrópolis del este de Ucrania tomada en octubre de 1941 por el 6.º Ejército debido a su interés estratégico como cuarta ciudad más grande de la Unión Soviética. Alemania causó estragos allí desde su ocupación por la Wehrmacht: dos tercios de las edificaciones fueron destruidos y la población de 1,5 millones de habitantes, diezmada a 190.000. Los ciudadanos soviéticos eran lanzados desde los balcones y ahorcados en los vestíbulos de edificios de viviendas, bancos y hoteles.[60] En el barranco de Drobitski, el 4.º comando especial del Grupo C, con la implicación del batallón 314.º de la Policía del Orden, perpetró una masacre con la población judía al fusilar a 15.000 personas y matar en camiones de gaseamiento a mujeres y niños. Numerosos habitantes de Járkov fueron deportados a Alemania como trabajadores

forzados y alrededor de 240.000 soldados soviéticos fueron hechos prisioneros de guerra después de fracasar un intento de liberación del Ejército Rojo en mayo de 1942.

Nada de todo esto preocupaba a Morell. Al contrario, la situación desesperada de Járkov parecía inspirarle: «En una ciudad afectada por un reiterado cambio de propietarios, sacar cualquier tipo de beneficio para la economía de guerra es una tarea particularmente interesante», escribió al comisario del Reich.[61] Cuando se enteró de que en Járkov había un instituto de endocrinología especializado en el procesamiento de glándulas secretoras internas, se dirigió de nuevo a Koch: «Como el instituto, que pertenecía al estado Soviético, no sirve de nada sin un suministro de glándulas y usted ha tenido la amabilidad de concederme los órganos que se desechan en las matanzas de animales, le pido que me permita comprar dicho instituto para poder empezar de inmediato la explotación de las glándulas y la fabricación de unas sustancias tan necesarias para Alemania».[62]

La respuesta llegó por teléfono aquel mismo día: Morell ya tenía su instituto, se lo habían «transferido». Y para que funcionara a pleno rendimiento, los dieciocho mataderos que había en Ucrania recibieron instrucciones muy precisas: «Por orden del comisario del Reich en Ucrania, los órganos descartados de los mataderos … se entregarán exclusiva y permanentemente a los Laboratorios Farmacéuticos de Ucrania. Habrá que despojarlos de su grasa y congelarlos dos horas después de la matanza a -15º o transportarlos a una temperatura lo más baja posible».[63]

Ya nada impedía el desarrollo y producción en masa de nuevos preparados hormonales. El médico de Hitler se regodeaba en las buenas perspectivas y reconocía abiertamente este repugnante saqueo del Frente Oriental: «Necesitamos todas las glándulas que podamos obtener».[64] La situación nunca sería más favorable: «Ojalá llegue pronto el equipo de secado al vacío y el dispositivo de extracción para comenzar la explotación a gran escala».[65]

Pero el tiempo corría y aquella bicoca no duraría eternamente: el frente se disgregó y el instituto endocrinológico dejó de dar alegrías a Morell. En la primavera de 1943, Járkov fue reconquistada por el Ejército Rojo.

«Desgraciadamente, las circunstancias han podido con nosotros, han frustrado nuestras esperanzas y han echado por tierra todo el trabajo inicial»,[66] informó desencantado el doctor antes de reubicar el procesamiento de sus glándulas en Olomouc, a más de mil kilómetros. Para poder trasladar allí las masas de materia prima animal y sacar así el máximo beneficio de Ucrania, Morell removió cielo y tierra por todo el aparato del estado. Y para ello, el «Médico personal del Führer» —tal como certificaba pretenciosamente el membrete de su papel de cartas— dio por sentado que podía apoyar sus deseos en un supuesto consentimiento de Hitler.

En una fase de la guerra que había llegado al límite y en la que las pocas vías de comunicación con el Este destinadas a la necesaria repatriación de los soldados heridos estaban encarnizadamente disputadas, Morell utilizó despreocupadamente los recursos de comunicación y logística del cuartel general del Führer para hacer circular cientos de camiones y vagones de tren por Europa del Este y trasladar en ellos su colosal botín de estómagos porcinos, páncreas, glándulas pituitarias, médulas espinales e hígados porcinos, ovinos y vacunos. Naturalmente, a él no le afectaba la orden estricta de «impedir todo uso no preciso de vehículos»[67] que debían obedecer todos los habitantes del cuartel general. Transportaba incluso patas de pollo que hacía hervir para obtener gelatina. Una lista de carga típica de un vagón de Morell podía incluir lo siguiente: 70 barriles de hígados en salazón, 1.086 estómagos de cerdo, 60 kilogramos de ovarios y 200 kilogramos de testículos de toro. Valor total: 20.000 marcos del Reich.[68]

Prácticamente cada día llegaba desde Ucrania uno de estos suministros a su centro de producción arianizado de la Checoslovaquia ocupada. Para ello, transportes importantes de la Wehrmacht debían ceder el paso, ya que Morell era inflexible: si un tren con mercancías de los Laboratorios Farmacéuticos de Ucrania no iba a su hora, empuñaba el teléfono y se dirigía sin rodeos, «en relación con la puesta a disposición de vagones»,[69] a la autoridad competente más alta, como mínimo la Comandancia de Transportes o, a ser posible, al jefe de los Ferrocarriles o, incluso, al ministro de Transportes del Reich. Entonces decía qué cargo ocupaba y amenazaba enfadado en caso de que los vagones no pudieran «ser puestos a

disposición con la máxima prioridad, preferiblemente con carta de porte de la Wehrmacht, y partir a pesar del bloqueo». Si el interlocutor obedecía, le prometía como recompensa una audiencia con el Führer o, como mínimo, un paquete de Nobel-Vitamultinas con envoltorio plateado.[70] Morell siempre se salía con la suya: sus deseos de carácter urgente se transmitían de puesto de mando a puesto de mando como si fueran órdenes.

Esta dinámica fue tomando proporciones cada vez más maliciosas. Para que la fabricación siguiera funcionando durante la guerra de la forma más lucrativa posible, Morell tampoco hizo ascos al empleo de trabajadores forzados: «Actualmente tenemos dificultades para contratar a personal no cualificado … de manera que el embarque de Vitamultin en los vagones se tiene que realizar con empleadas —le informó el doctor Kurt Mulli, su jefe del departamento de Química—. Por ello intentaré solicitar reclusos de vez en cuando. Quizá podría usted conseguirme un certificado a través del bufete Bormann para dar fe del carácter urgente de nuestras actividades.»[71] Mulli sabía que su patrón tenía influencias sobre el poderoso Martin Bormann, el temido líder nacional del NSDAP y secretario del Führer.

Durante aquellos meses, Morell hizo tal acopio de órganos que superó la capacidad de sus almacenes. Sin embargo, estaba obstinado en controlar el monopolio ucraniano y prefería que la mercancía se echara a perder a permitir que otros la aprovecharan: «Que nadie me pida que entregue la materia prima a la competencia … El derecho de recoger las glándulas y órganos de Ucrania y procesarlos es exclusivamente mío».[72]

El médico de Hitler estaba especialmente interesado en los hígados. En este órgano esencial para el metabolismo energético se descomponen y crean distintas sustancias, entre ellas numerosos esteroides, como las hormonas sexuales masculinas formadas a partir del colesterol que ayudan a desarrollar la musculatura y aumentar la potencia, así como corticoides o glucocorticoides, los cuales se consideraban infalibles en la época porque elevaban el nivel energético en poco tiempo. Partiendo de los conocimientos de la época, Morell esperaba extraer de tales sustancias un efecto estimulante y curativo. Sin embargo, en el hígado también hay elementos, incluidos todo tipo de gérmenes patológicos, que provocan

reacciones autoinmunes y pueden poner en marcha un proceso autodestructivo cuando el cuerpo es incapaz de distinguir entre las sustancias propias y ajenas, peligrosas e inofensivas, y lleva al sistema inmunitario a actuar en contra de la propia salud.

Con el caos organizativo de la guerra, los hígados empezaron a descongelarse durante el transporte, ya que por el camino se producían pausas inevitables de varios días. En ocasiones tardaban tres semanas en llegar a Olomouc, donde los hediondos órganos se hervían en grandes calderas junto con acetona y alcohol metílico. Los tóxicos se destilaban y quedaba una papilla marrón con textura de miel que se rebajaba con agua y envasaba en ampollas, diez mil unidades al día. El Leber Hamma, como se llamaba el producto final de Morell, estaba listo para la venta.

¿Pero llegó realmente al consumidor un brebaje de tales características? Muy a pesar del médico de Hitler, desde mayo de 1943 no se podía lanzar al mercado ningún medicamento, ya que así lo ordenaban las disposiciones de la economía de guerra. Pero Morell también supo cómo saltar ese obstáculo y, con el autoritarismo que le caracterizaba, se dirigió en los siguientes términos al Servicio de Salud del Reich, el organismo del líder de la Salud del Reich, Leo Conti: «Con motivo de la exposición de dificultades que tengo con mis productos, el Führer me ha autorizado lo siguiente: si produzco un medicamento, lo pongo a prueba, lo utilizo en el cuartel general del Führer y lo hago con éxito, lo podré utilizar en cualquier parte de Alemania sin necesidad de autorización».[73]

Por retorcido que parezca, Morell, el ex médico de moda de la Kurfürstendamm que levantó un imperio farmacéutico de la nada, utilizó a sus pacientes del cuartel general del Führer —entre ellos, con toda seguridad, también el propio Hitler— como conejillos de Indias para probar dudosos preparados hormonales y esteroides, a menudo elaborados en condiciones higiénicas catastróficas, que inyectaba con jeringuillas directamente en la sangre. Solo entonces quedaba autorizado el uso de la sustancia en el Reich y la Wehrmacht. La decadencia autoinmune.

«X» Y EL ALEJAMIENTO TOTAL DE LA REALIDAD

El aspecto saludable del Führer es un poco engañoso. A primera vista, uno tiene la impresión de que su condición física es inmejorable. Pero, en realidad, no es este el caso. [*][74], [75]

Joseph Goebbels

Tras la capitulación de lo que quedó del 6º Ejército en Stalingrado a principios de febrero de 1943, la Wehrmacht perdió toda su aureola; y Hitler, la suya. Su reacción externa a la catástrofe militar junto al Volga —pero también a la derrota de Rommel contra los británicos en África, a los devastadores bombardeos iniciados en marzo sobre las ciudades alemanas de la cuenca del Ruhr por parte de la Royal Air Force o a la guerra submarina en el Atlántico—, fue la habitual: aislamiento total y pleno convencimiento de que sus decisiones seguían siendo las únicas válidas. Seguía empecinado en que la «victoria final» era una evidencia, pero sus decisiones ya no dejaban entrever el menor atisbo de preparación, razonamiento u objetividad. En vez de afrontar las nuevas circunstancias y buscar otras estrategias —como una solución de paz, por ejemplo—, el sistema se iba anquilosando cada vez más, y ello se debía también al anquilosamiento del propio paciente A.

Hitler se aisló. Durante todo el año 1943, debido al avance del Ejército Rojo, solo visitaba el cuartel general por unos días y después se retiraba de nuevo a la Guarida del Lobo como un animal herido. Allí, las comidas en común y las horas del té nocturno eran cada vez más desagradables para los

participantes, quienes debían soportar los interminables y agotadores soliloquios de Hitler —verdaderas logorreas— hasta el alba. Durante estos arrebatos, el Führer podía estar hablando durante horas con su débil voz barítona sin dirigirse a nadie en concreto, solo a una masa invisible de incondicionales. Nunca se cansaba de repetir por enésima vez sus temas favoritos: hablaba de lo malo que era fumar, sermoneaba en contra de la intoxicación del cuerpo y elogiaba la alimentación vegetariana que su médico personal — quien el 30 de enero de 1943 recibió una gratificación de 100.000 marcos del Reich libres de impuestos — había dotado de base científica gracias a los suplementos vitamínicos y vigorizantes. De vez en cuando, para calmar los nervios, también se permitía transgredir aquellas reglas que en su día se habían considerado inviolables: después de cenar, el paciente A podía beber ocasionalmente una cerveza o echarse al coleto una copita de brandi de ciruelas previamente analizado en el laboratorio de campo por orden del Führer para determinar la presencia de alcoholes malos.[76]

En aquel año de definitivo cambio de rumbo bélico se produjo una transformación psicológica en un Hitler súbitamente envejecido que no pasó desapercibida para nadie de su entorno. La magia se había acabado, y todo el mundo lo sabía desde hacía tiempo. «Hitler se dirigió a mí, encorvado como si llevara un enorme peso, con paso lento y algo cansado —cuenta un teniente general al describir lo consternado que quedó al encontrarse con su caudillo—. Fue como si una voz me dijera: "¡Pobre anciano! ¡Apenas puede con todo lo que lleva a sus espaldas!". Vi a un Hitler venido a menos. Profundamente afligido, observé su mirada cansada y apagada. Sin duda, aquellos ojos estaban enfermos.»[77]

A Morell no le pudo pasar inadvertido el deterioro físico ni el efecto que este provocaba en los demás. ¿Qué podría, entonces, animar a su paciente, qué podría convertirlo de nuevo en el líder más admirado por todo el mundo? Por lo visto, con el cóctel de hormonas, esteroides y vitaminas ya no bastaba.

El 18 de julio de 1943 fue un día especial; la situación nunca había sido tan tensa. El Ejército Rojo había ganado en Kursk la mayor batalla blindada de toda la historia militar y frustrado cualquier esperanza alemana de

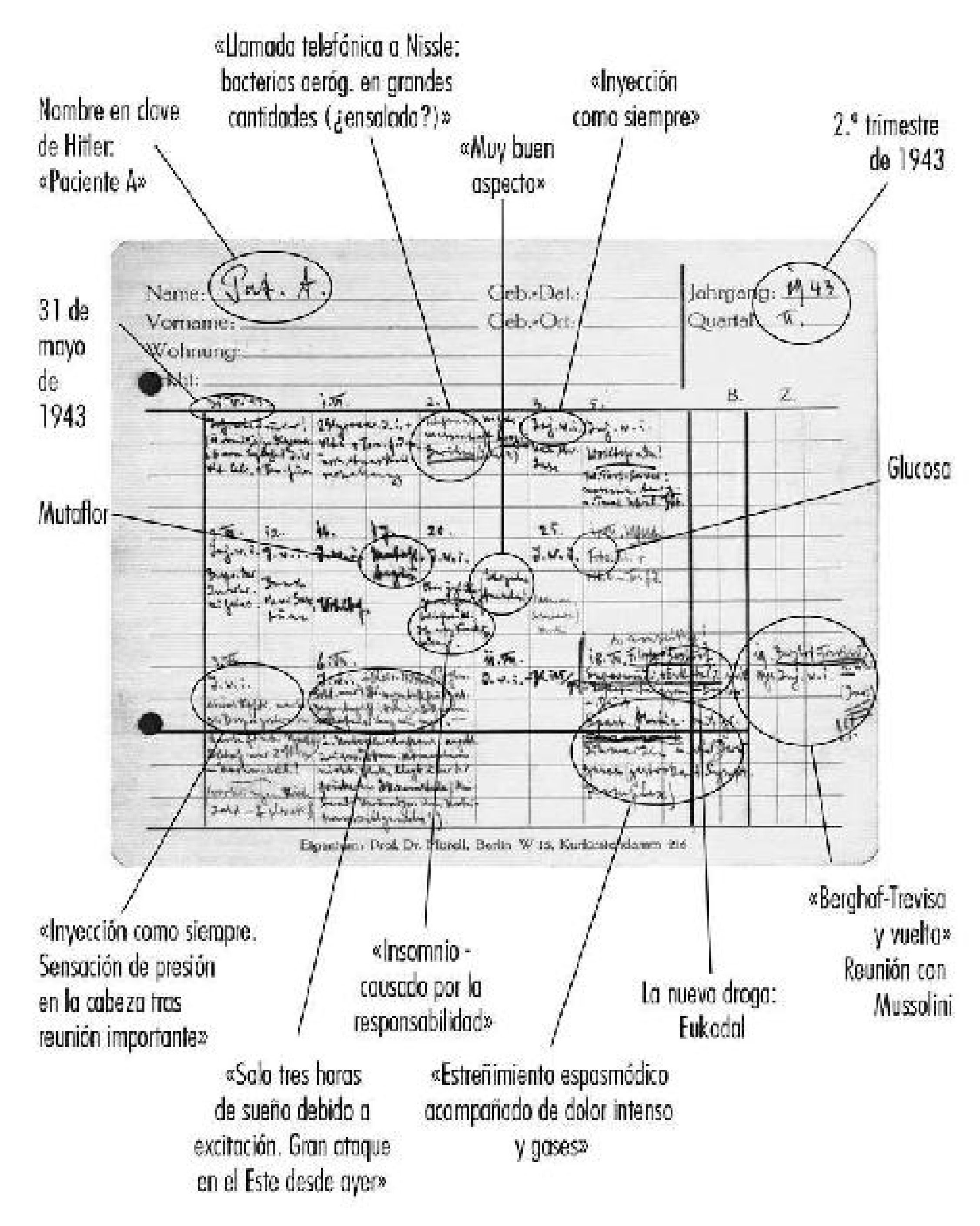
cambiar las cosas en Rusia. Al mismo tiempo, los Aliados habían llegado a Sicilia, e Italia estaba a punto de cambiar de bando y abandonar la alianza con Alemania. Hitler parecía perder toda esperanza y, debido a la inminente «traición del ejército italiano … no ha pegado ojo», como Morell escribió. «Cuerpo inmóvil como un tablón, lleno de gases. Aspecto *muy* pálido, extremadamente nervioso. Mañana, reunión muy importante con el Duce». [78]

En mitad de la noche, el asistente Linge despertó al médico de cabecera: el Führer se retorcía del dolor y requería un restablecimiento inmediato. Por lo visto, le había sentado mal el queso blanco y las *roulades* con espinacas y guisantes de la cena. Morell se vistió a toda prisa, avanzó en la oscuridad al trote pesado e hizo uso de la jeringuilla. Sin embargo, los cuidados farmacológicos básicos ya no eran lo que habían sido. Inquieto, el médico pensó qué podía hacer para mitigar el «gran ataque» en aquella situación tan precaria.[79] Algo habría que diera resultado, que aliviara el suplicio de Hitler y lo mantuviera, en cierto modo, productivo. Había que sacarse un as de la manga. De hecho, había una cosa, pero su aplicación podía implicar riesgos.

En la parte inferior derecha de la ficha del «Paciente A» («Pat. A») correspondiente al segundo trimestre de 1943 aparece una sustancia subrayada varias veces: Eukodal, un narcótico de los laboratorios Merck de Darmstadt. Salió a la venta en 1917 como analgésico y antitusivo y se hizo tan popular en la década de 1920 que incluso se llegó a hablar de «eukodalismo» para referirse a su resultado adictivo. Su principio activo extremadamente potente es un opioide llamado oxicodona, sintetizado a partir del opio natural. La sustancia era un tema candente en la República de Weimar sobre todo entre los médicos. Los había que hablaban abiertamente de él y otros ni siquiera lo mencionaban, ya que algún que otro doctor había encontrado en sí mismo al mejor paciente en la sombra. Entre los entendidos, el Eukodal era el rey de todas las sustancias, el material del que estaban hechos los sueños. Con un efecto analgésico que dobla el de la morfina —a la que tomó el relevo en la escala de preferencias —, esta droga de diseño *avant la lettre* convence por su considerable potencial euforizante de efecto inmediato, el cual es claramente superior al

de la heroína, su primo hermano farmacológico. Con una dosis adecuada, el Eukodal no produce cansancio ni deja KO, sino todo lo contrario. El escritor Klaus Mann, quien, con gran pesar de su hermano Thomas, disfrutaba experimentando en este sentido, confirma los efectos excepcionales de la droga: «No tomo morfina pura. Lo que tomo se llama Eukodal. La hermanita Euka. Pensamos que provoca efectos más hermosos».[*][80],[81]

¿Podía realmente Morell utilizar aquella droga dura? El momento de partir para la importante cita con Mussolini se acercaba. El paciente A estaba apático, se retorcía y no hablaba con nadie. Morell sabía que el Eukodal reanimaría inmediatamente al Führer y eliminaría el estreñimiento espasmódico que padecía, probablemente de origen psicológico. Pero también podía figurarse que si el dictador, afín a las drogas, probara la hipotética ambrosía, ya no querría dejarla debido al claro efecto antidepresivo que garantizaba. Solo tras dos o tres semanas de consumo regular, el Eukodal crea dependencia física en personas propensas. ¿Pero acaso no estaba en juego la historia del mundo? Nadie podía imaginar lo que pasaría si Hitler no estaba a la altura en la reunión al más alto nivel de las potencias del Eje o si faltaba a la cita. Morell debió de sopesar ventajas e inconvenientes. Finalmente, decidió correr el riesgo e inyectó la nueva droga por vía subcutánea. Una decisión de graves consecuencias.



Ficha del paciente A del verano de 1943: aparece por primera vez el narcótico Eukodal. (© Bundesarchiv Koblenz.)

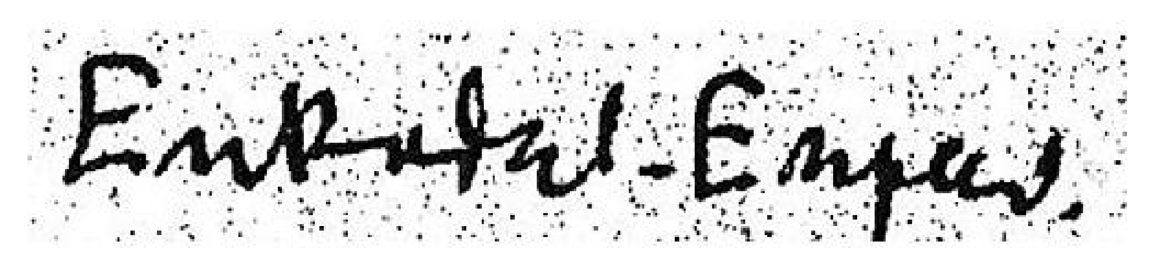
La inmediata transformación del paciente A en los minutos y horas posteriores a la administración de la sustancia fue tan sorprendente que no pasó desapercibida a ningún miembro de la comitiva, de la misma manera

que tampoco nadie, por supuesto, llegó a conocer la causa de tan repentino cambio de humor. Todos respiraron con el empujón energético momentáneo del «Jefe» y, altamente motivados, hicieron los preparativos para el encuentro con los italianos. Hitler se encontró de pronto tan bien que pidió inmediatamente una segunda ronda, pero Morell, por el momento, se negó «porque aún quedan importantes reuniones que mantener y decisiones que tomar antes de la salida prevista para las 15.30 horas».[82] En su lugar, le propuso un masaje y una cucharada de aceite de oliva, pero aquello no iba con Hitler, quien, de pronto, dijo que se mareaba y que el viaje peligraba. No se sabe si el Führer ordenó que le administraran una nueva dosis de la potente droga o si Morell actuó por iniciativa propia. El caso es que el médico de cabecera le puso una segunda inyección, esta vez intramuscular: «Una ampolla de Eukodal i. m. antes de salir camino al aeródromo».

Los informes de todos los testigos presenciales, así como un dosier redactado después de la guerra por los servicios secretos estadounidenses, confirman que, durante la reunión con Mussolini celebrada en la Villa Gaggia cercana a Feltre, en Venecia, Hitler actuó sobreexcitado. El Führer estuvo hablando sin parar tres horas seguidas, intentando persuadir con voz ronca a su colega dictador, quien, agotado, no tomó la palabra ni una sola vez y se limitó a permanecer sentado en la esquina de un gran sillón, impaciente, con las piernas cruzadas y agarrándose convulsivamente una rodilla. En realidad, Mussolini quería convencer a Hitler de que lo mejor para todos era que Italia se saliera de la guerra, pero lo único que pudo hacer fue amasarse su dolorida espalda de vez en cuando, secarse la frente con un pañuelo y suspirar profundamente. Constantemente alguien abría la puerta y le informaba sobre los bombardeos que estaban teniendo lugar en Roma, pero ni siquiera de eso podía hablar a Hitler, quien no dejaba de describir con lenguaje pomposo a los confundidos presentes los motivos por los que no se podía dudar de una victoria del Eje. El Führer, artificialmente venido arriba, tenía al deprimido Duce contra las cuerdas. Resultado de la reunión: Italia no se iba, de momento. Morell se sintió ratificado, como si con sus jeringuillas hubiese hecho alta política, y anotó engreído en su diario: «El Führer está bien. Tampoco ha sufrido molestias durante el vuelo

de vuelta. Por la noche, ya en Obersalzberg, ha declarado que el éxito de la jornada se debe a mí».

Después de la guerra, los agentes estadounidenses estuvieron a una molécula de distancia de la verdad farmacológica cuando sospecharon de la metanfetamina como el desencadenante de la conducta vivaracha de Hitler en el encuentro con Mussolini. No aportaron ninguna prueba. El hecho de que pasaran por alto el Eukodal explícitamente citado por Morell se debe a que, en las traducciones oficiales al inglés de las casi indescifrables anotaciones del médico de Hitler, el United States Forces European Theater Military Intelligence Service Center cita erróneamente un tal «Enkadol» entre los incontables medicamentos de Hitler.[83]
Pero como en los registros de narcóticos no constaba ningún medicamento con este nombre, no se le dio mayor importancia. A los investigadores no se les ocurrió que podía tratarse de Eukodal, sobre todo porque en Estados Unidos no se conocía ningún medicamento con este nombre comercial.[84]
La mala letra del médico llevó a los expertos estadounidenses por el camino equivocado.



Los servicios secretos estadounidenses no lograron descifrar la letra de Morell.
(© Bundesarchiv Koblenz.)

EUKODAL

El Eukodal es una mezcla de C (cocaína) y morfina. Cuando se trata de pergeñar algo realmente pérfido, hay que contar con los alemanes.[85]

William Burroughs

Con la introducción de la nueva droga, Morell, a quien un resentido Göring llamaba «maestro de las jeringuillas del Reich», dio el salto definitivo.[86] El médico de cabecera era el único habitual en las tertulias de té nocturnas —un verdadero barómetro para saber quién gozaba de las simpatías de Hitler—, mientras que los otros asistentes se iban alternando. «Sencillamente, él debía estar allí»,[87] dijo Traudl Junge, la última secretaria de Hitler, al describir cómo había crecido la importancia de Morell, cuya relación con Hitler hacía tiempo que era simbiótica.

Desde el punto de vista económico, las actividades del doctor también habían dado sus frutos. De hecho, se había forrado. En este primer año de Eukodal, 1943, pensó cómo seguir ampliando sus proyectos y decidió entrar activamente en el negocio del opio. Se trataba de un sector muy lucrativo, ya que la sustancia empezaba a escasear debido al aumento de la demanda. Con la derrota de Rommel en África y el desembarco de los británicos y estadounidenses en Casablanca, el imperio alemán quedó apartado de los campos de adormideras de Marruecos. Además, la situación militar global había cerrado las rutas de suministro procedentes de Persia y Afganistán. En el Reich, el conglomerado químico IG Farben/Hoechst llevaba desde 1937 buscando un sustitutivo totalmente sintético de la morfina natural, pero el

producto en el que se investigaba —y que posteriormente se llamaría polamidona o metadona— todavía estaba en fase de desarrollo. Mientras tanto, la necesidad de un analgésico realmente efectivo crecía a pasos acelerados, sobre todo en los trenes hospital del ejército. Los opiáceos eran un bien preciado, especialmente en una guerra total como aquella, donde la cifra de cuerpos de soldados malheridos era interminable.

Morell no habría sido Morell si no hubiera visto aquí otra fuente rebosante de dinero, así que se las ingenió y consiguió ampliar su extensa red de empresas en solitario, por teléfono y carta, desde su despacho de trabajo en el cuartel general del Führer. En Riga, la capital letona, adquirió una empresa llamada Farmacija por el simple hecho de estar provista de un laboratorio de opio y un interesante *stock*: «El almacén, valorado en cerca de 400.000 marcos del Reich, contiene una partida de morfina bruta y opio de aproximadamente 200.000 marcos».[88] De esta manera también se aseguraría discretamente las reservas para el paciente A. Hasta ese momento, todos los suministros se habían gestionado a través de la farmacia Engel de Berlín, pero últimamente el boticario Jost había pedido en distintas ocasiones «las recetas para registrarlas en el libro de sustancias estupefacientes, tal como exige la Ley de Narcóticos».[89]

Así, con el médico personal de Hitler convertido en verdadero productor de opio, una nueva página se abría en esta historia cuando la Wehrmacht tuvo que retirarse del Frente Oriental: fingiendo de puertas afuera que renunciaba a todo para trabajar sin descanso por el destino de Alemania,[90] el señor Hitler se permitía el lujo del Eukodal en el incómodo agujero de hormigón sin ventanas del cuartel general del Führer. Sobre la frecuencia de consumo solo se puede conjeturar. Hay contrastadas 24 administraciones hasta finales de 1944, pero podrían ser más. Llama la atención una lapidaria «x» que aparece con frecuencia en las anotaciones de Morell. El comentario «Inyección como siempre» («Injektion wie immer») también resulta chocante, porque parece absurdo para un politoxicómano que consume semanalmente varias docenas de sustancias distintas.

Si es cierto que una dictadura se define por un misterio conocido por unos pocos pero que repercute sobre muchos,[91] entonces los tratamientos de Morell fueron verdaderamente totalitarios: Hitler seguiría siendo

intocable solo si nadie sabía qué era lo que se escondía, real y literalmente, en su interior. El médico tenía dos opciones: limitar el consumo de Eukodal o codificarlo para proteger a su paciente y a sí mismo de ataques externos. Si Hitler exigía aumentar la dosis — explícita o sutilmente —, a Morell solo le quedaba la segunda opción. Es muy probable que, también por ello, el dictador se empeñara tanto en que su médico no lo abandonara y estuviera siempre disponible — para, precisamente, chutarle esa «x», el amortiguador químico entre él y el mundo —. Solamente en una ocasión hay una nota al margen que explica el valor de la incógnita y afirma que «x» sería, nada más y nada menos, que glucosa. Sin embargo, esta sustancia aparece con frecuencia abreviada como «Trbz» (*Traubenzucker*), por lo que esta explicación resulta poco creíble.
Es posible suponer que tras la «x» se ocultara siempre el Eukodal que empleaba Hitler para actuar de cara a la galería e invocar, por lo menos artificialmente, aquella magia que antaño había desprendido de manera natural. Su tristemente célebre capacidad de sugestión, precisamente en las situaciones difíciles, es conocida. El jefe de Propaganda Goebbels, en la entrada de su diario del día 10 de septiembre de 1943, explica extasiado la aparición de un Hitler sorprendentemente fresco a pesar de que «los esfuerzos del último día y la última noche han sido, naturalmente, enormes … Su aspecto es, contra todo pronóstico, extraordinariamente bueno … Apenas ha dormido dos horas y parece como si hubiera vuelto de vacaciones».[92] El comisario del Reich en Ucrania, Erich Koch, se expresó en términos igualmente entusiastas sobre aquel efecto contagioso: «Yo mismo me siento cargado de nuevas energías y salgo intensamente exaltado de la entrevista con el Führer».[93] Y el 7 de octubre de 1943, cuando todos los líderes nacionales y regionales del NSDAP llegaron profundamente abatidos a una conferencia en la Guarida del Lobo para quejarse de que no se estaba haciendo nada para evitar los crecientes ataques aéreos de las fuerzas enemigas sobre sus ciudades, Hitler pronunció un encendido discurso en el que expresó su absoluta confianza en la victoria, y lo hizo de un modo tan cautivador que los asistentes volvieron a sus municipios bombardeados con la firme creencia de que el Reich disponía de alguna fórmula secreta que conduciría al triunfo final. «11 horas: Inyección como

siempre. Antebrazo derecho muy hinchado. Aspecto muy bueno», anotó Morell aquel día.[94] Poco después, cuando Hitler voló a Breslavia para, en el edificio del Centro del Centenario, levantar la moral de varios miles de aspirantes a oficial de todas las formaciones de la Wehrmacht, Morell también estaba listo para intervenir con su jeringuilla: «Inyección como siempre».[95] Resultado: gritos fervorosos de *Sieg Heil* entre los jóvenes oficiales, quienes, al acabar, partieron altamente motivados a una guerra ya inútil.

Los colaboradores más estrechos de Hitler y los miembros del alto mando, los cuales no estaban al corriente del dopaje, reaccionaban a menudo con incomprensión e irritación al optimismo alejado de la realidad de su Führer. ¿Sabía Hitler algo que ellos desconocían? ¿Tenía escondida en algún lugar del país un arma secreta infalible que podía cambiar el curso de la guerra? Nada de eso. En realidad era la exaltación inmediata de las inyecciones lo que hacía que Hitler se encontrara tan bien, se sintiera el rey del mundo y notara la fuerza y la confianza inquebrantable que necesitaba para, a pesar de las noticias deprimentes de todos los frentes, hacer que los demás mantuvieran la fe y arrastrarlos con él. Un típico apunte de Morell de aquellos días dice así: «12.30 horas del mediodía: Para una conferencia ante la gran asamblea general (cerca de 150 generales), inyección como antes».[96]

En la Navidad de guerra de 1943 —cuando el Ejército Rojo acababa de iniciar, con la operación del Dniéper-Cárpatos, la continuación de su exitosa ofensiva de verano—, el secretario de Estado del Ministerio del Interior bávaro regaló a Morell una edición conmemorativa del centenario del *Fausto* de Goethe para «que se acuerde no solo de sus amigos de Múnich, sino también de su época de universitario, cuando, como usted explica, le llamaban “Mefisto”». Esta lapidaria referencia literaria es la madre del cordero del drama alemán de Hitler y su médico de cabecera. «Pero en aquellos días, como ahora, no era usted el espíritu malo, sino el bueno», añadía el secretario de Estado, quien, desde el desconocimiento de las circunstancias reales, seguramente no debió reflexionar mucho sobre lo que había escrito.[97] Morell contestó a vuelta de correo con una carta de agradecimiento por la edición conmemorativa. No es probable que tuviera

mucho tiempo para leerla, ya que los tratamientos del paciente A lo mantenían ocupado las veinticuatro horas del día.

El atrincheramiento bioquímico del Führer trajo consigo otro efecto: quienes debían mantener una reunión con él, agradecían pronto un sostén farmacológico para salir indemnes del encuentro. Exhaustos, agotados o, simplemente, sobrios, para muchos era demasiado complicado comunicarse con un comandante en jefe constantemente embriagado, que no perdonaba el desánimo —ni a sí mismo ni a los demás— y del cual dependían en cuerpo y alma. Hitler no toleraba fallos ni debilidades: quien diera muestras de enfermedad, debilidad o, incluso, poca inspiración, era rápidamente defenestrado. En más de una ocasión justificó el arrinconamiento de personalidades de prestigio argumentando que el estado de salud de las mismas no era bueno.[*][98] Morell, de nuevo, sacó provecho: como en la zona de seguridad 1 de la Guarida del Lobo no había ningún dispensario, el médico de cabecera, con su farmacia de campaña instalada en el «barracón de los zánganos», era el discreto santo auxiliador al que encomendarse antes de despachar con el Führer. Por ejemplo, un griposo Linge, el asistente de Hitler, recibió inmediatamente Eukodal para poder seguir desempeñando sus funciones con buen humor. Pero no fue el único. El panzudo doctor siempre tenía a mano un surtido de ayuditas farmacológicas para ganarse la simpatía de oficiales, edecanes y ordenanzas, cuya amistad nunca estaba de más en la difícil vida del búnker. También los generales que querían desinhibirse y ganar confianza antes de una cita con su comandante en jefe recibían la gustosa ayuda del médico de Hitler.[99]

A este respecto, la pervitina era la droga más eficaz para soportar una reunión informativa de realidades maquilladas. Morell era conocedor de los peligros que entrañaba la sustancia estimulante; en una ocasión escribió lo siguiente a una paciente que le había pedido una receta: «Este medicamento no da fuerzas. ¡Es una de cal y otra de arena!».[100] Sin embargo, distribuía el preparado de Temmler sin pestañear, lo que provocó que la noticia del animado consumo de metanfetamina en la Guarida del Lobo se propagara hasta Berlín.[101] Conti, el antiguo enemigo de la pervitina, se enteró del uso permisivo que se hacía de ella y exigió por escrito al líder nacional del NSDAP que advirtiera a todos los líderes regionales y camaradas dirigentes

del partido de los peligros del supuesto reconstituyente: el consumo abusivo entre los altos dirigentes debía cesar. Se desconoce cuál fue la reacción de Bormann al escrito.

En cualquier caso, el hecho de que los visitantes de Hitler necesitaran drogas cada vez más duras para soportar la presión en la sala de reuniones contribuía a reforzar todavía más la atmósfera de virtualidad en los más altos niveles de la dirigencia nazi. El consumo habitual del paciente A, del cual nadie debía tener noticias, era contagioso. La presencia politoxicómana de Hitler descompuso los vínculos con la realidad de todas las personas de su entorno.

UN CENTRO DE DISTRIBUCIÓN DE DROGAS EN LOS SERVICIOS SECRETOS

El consumo de drogas en el estado nacionalsocialista era sistemático. Así lo indican documentos que apuntan a conexiones sospechosas entre el Parque Sanitario Principal del Ejército de Tierra y el Servicio de Inteligencia militar (también denominado Ausland Abwehr o Abwehr). En el año 1943, la gran farmacia de la Wehrmacht suministró por cauces sibilinos 568 kilogramos de cocaína pura y 60 de heroína también pura al Ausland Abwehr.[102] Eran cantidades descomunales que superaban con creces las necesidades médicas anuales de todo el Reich alemán. El cuerpo de espías y agentes infiltrados no disponía de ningún permiso de la Oficina del Opio —con sede en el Servicio de Salud del Reich— para recibir aquellas «entregas especiales». La mayor parte iba destinada al departamento Z, que se ocupaba de la organización y administración del servicio secreto, y a la sección ZF, responsable de las finanzas. Solo la segunda adquirió media tonelada de clorhidrato de cocaína, valorada en varios millones de marcos. ¿Iban estas sustancias puras destinadas a la exportación con el fin de obtener divisas? ¿O quizá se empleaban para sobornar a contactos importantes en el extranjero a los que se intentaba demostrar lealtad, incluso en tiempos difíciles?

En diciembre de 1943, el inspector sanitario del Ejército de Tierra redactó una carta urgente para poner coto al tráfico clandestino, mediante la cual prohibía todo lo que no fueran «fines médicos en las dosis habituales».[103] Sin embargo, el jefe de la Abwehr, el almirante Canaris, no se dejó impresionar por tal requerimiento. En abril de 1944 se produjo otra entrega de droga dura, en esta ocasión, dos kilos de clorhidrato de cocaína, kilo y

medio de clorhidrato de morfina y doscientos gramos de heroína para el «comando especial Wimmer» destacado en África del Norte. Esta unidad llevaba a cabo operaciones de sabotaje en el Sáhara contra los Aliados y, por lo visto, también regentaba un próspero negocio de narcotráfico. Los suministros al servicio de inteligencia se llevaban a cabo con el embalaje original por deseo explícito del destinatario: la cocaína de los laboratorios Merck era el producto de Darmstadt más apreciado en todo el mundo.[104] Todavía no se ha revelado qué se hizo con toda esta droga. *Un Reich, un camello*.

PACIENTE B

El tabaco o yo, tú eliges.[105]

Adolf Hitler a Eva Braun

Cuando, el 4 de julio de 1944, el mariscal de campo Von Manstein exigió en la reunión informativa la retirada del frente en el recodo del río Dniéper para evitar otra catástrofe militar, Hitler se alteró tanto que, «debido a unos espasmos», mandó llamar a Morell para que le pusiera una inyección de Eukodal que lo calmara y le hiciera sentirse bien.[106] Aquel mismo día, el Ejército Rojo cruzaba la antigua frontera germano-polaca de 1939 y se aproximaba inexorablemente al imperio alemán. Diez días más tarde, Hitler reclamó otra dosis del potente opioide «debido a flatulencias (nerviosismo)», tal como anotó Morell.[107] Y cuando, poco después, el dictador dirigió unas palabras a su pueblo en una alocución radiofónica, el médico de cabecera confirmó el tratamiento: «17.30 horas de la tarde: Previa a un gran discurso (mañana, por radio), inyección como siempre».[108]

Finales de febrero de 1944. La Wehrmacht estaba a punto de retirarse completamente de Ucrania y Hitler reptaba por el nevado Berghof, su jauja alpina particular junto a Obersalzberg. Allí, el Führer podía disfrutar de la compañía de su amada Eva, diecinueve años más joven que él, y avistar cuervos mientras en la mesa se servían deliciosos y humeantes

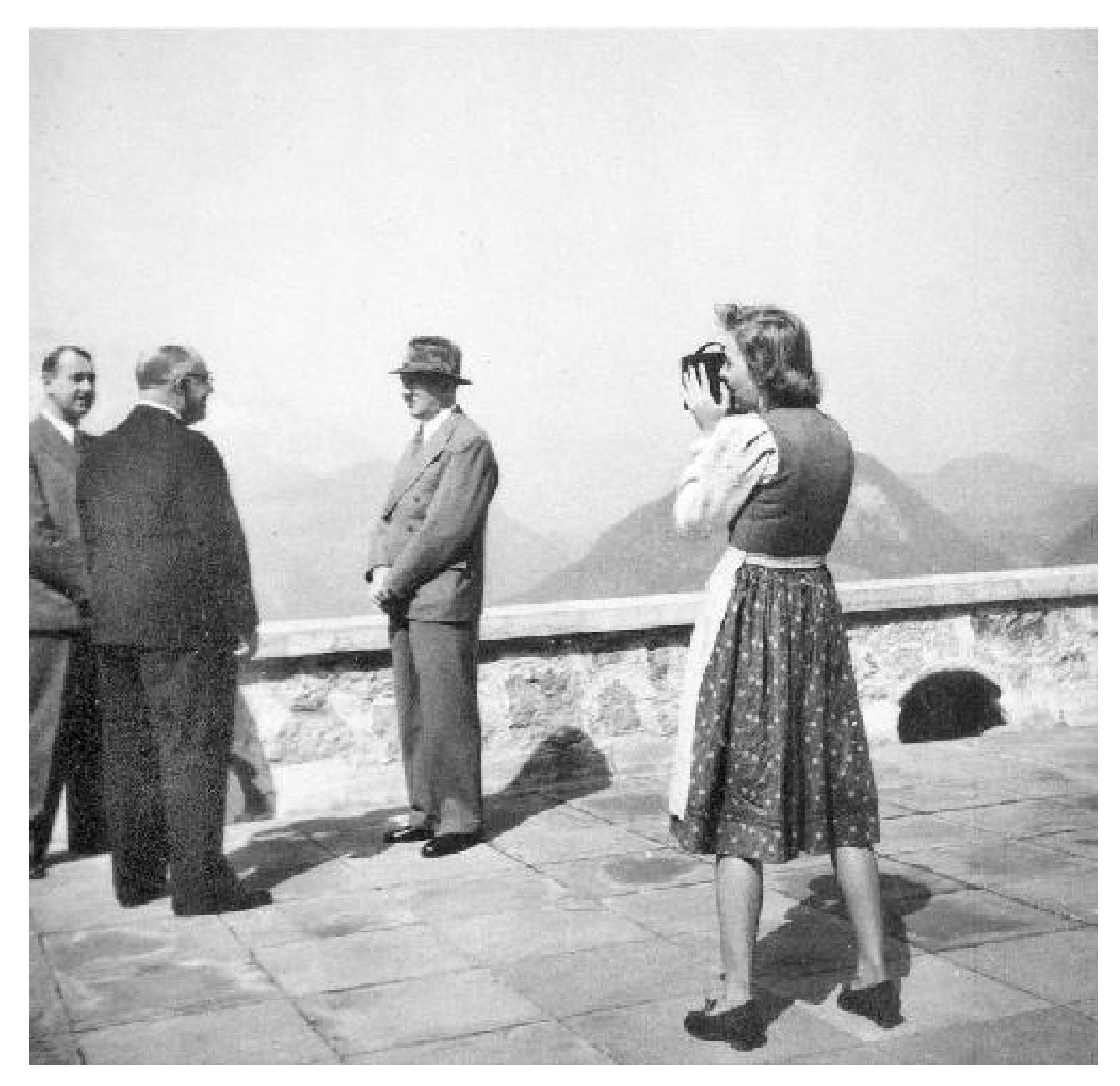
streuselkuchen, los pasteles elaborados según la receta familiar de Hanni, la esposa de Morell («los mejores *streuselkuchen* del mundo»).[109]

Densos copos de nieve caían formando amplios arcos frente a la ventana panorámica autoabatible del gran salón del Berghof. Delante, cubierto por un manto blanco que centelleaba con la luz invernal, se elevaba el mítico Untersberg, la cordillera donde, según cuenta la leyenda, el emperador Barbarroja reposó hasta que resucitó y empezó la reconquista de un imperio dichoso. Pero aquel espectáculo natural no era del agrado de Hitler. Desde la derrota de Stalingrado, la nieve le repugnaba sobremanera y se refería a ella como «la mortaja de las montañas». Por ello, el Führer ni siquiera se acercaba a la puerta de entrada.

En cualquier caso, la situación para los alemanes tampoco era muy halagüeña: los rusos, mucho más resistentes al frío, estaban preparando la reconquista de Crimea y los británicos, más fríos y racionales, bombardeaban Berlín y otras ciudades del aterido Reich. Las antiguas aliadas Bulgaria, Rumanía y Hungría amenazaban a Hitler con abandonar y las derrotas proliferaban por todas partes. Al sur de Roma, los estadounidenses habían creado un frente en suelo italiano y estaban forzando a la Wehrmacht a retroceder también allí. Mariscales de campo tan efectivos como Von Manstein[110] o Von Kleist[*][111] fueron relevados porque nunca dejaron de decir lo que pensaban.

En cambio, el médico personal de Hitler no solo no fue despedido, sino que incluso recibió, el 24 de febrero de 1944 y de manos de su paciente, la Cruz de Caballero de la Cruz del Mérito Militar. En la ceremonia de entrega de esta distinguida orden, Hitler ensalzó a Morell como genio de la medicina, como su salvador y como científico revolucionario e insuficientemente reconocido en el campo de la investigación de las vitaminas y las hormonas.[112] Poco después, como muestra de agradecimiento, el recién condecorado médico de cabecera administró a su paciente «por primera vez una inyección de Vitamultin forte (debido al cansancio y necesidad de frescura). Muy cansado y agotado antes de la inyección; no ha dormido. Después, muy animado. Entrevista de dos horas con el ministro de Exteriores del Reich. Muy lozano a la hora de cenar, en

comparación con el mediodía; conversación animada. ¡El Führer está extraordinariamente contento!».[113]



Eva Braun sustituyó a Leni Riefenstahl en una escenificación filmada de Hitler.
(© ullstein bild, Berlín.)

Ahora Morell también trataba más asiduamente a Eva Braun. La paciente B se lo ponía fácil, ya que le pedía los mismos medicamentos que el paciente A para estar en la misma onda que su amado. El médico de cabecera solo hacía excepciones a esta sincronización cuando les administraba hormonas. Hitler recibía testosterona para aumentar la libido, mientras que a la Braun le daba medicamentos para cortar el período con el

fin de que fluyera la química —literalmente— entre ambos y propiciar así, en el poco tiempo disponible entre las cada vez más largas reuniones informativas, por lo menos el éxito sexual. En todo caso, y a pesar de los rumores que apuntan a lo contrario, Hitler lo ansiaba. Incluso sostenía que las uniones extramatrimoniales eran superiores en muchos aspectos, ya que surgían de la fuerza natural de atracción sexual entre dos personas. Parecía estar a todas luces convencido del efecto beneficioso del amor físico: según él, sin el amor sexual no habría ni arte ni pintura ni música, y ninguna nación cultural, incluida la Italia eclesiástica, podía pasar sin relaciones extramatrimoniales. Sobre el tipo de cópula practicada en el Berghof, Morell también aportó datos relevantes, si bien de manera indirecta, cuando, al finalizar la guerra, declaró que Hitler había mandado suspender unas revisiones médicas para ocultar unas heridas corporales atribuibles a la conducta sexual agresiva de Eva Braun.[114]

Mientras tanto, en la primavera de 1944, y a pesar de la catástrofe militar, la imagen de un Hitler entero todavía se difundía de puertas afuera. El Berghof, con sus paredes repletas de cuadros de los antiguos maestros, tenía un papel propagandístico esencial y contribuía en gran medida a la difusión mediática del culto al Führer. Cuando el señor con sombrero y perro, en el despertar de la primavera, se detenía en la linde del bosque y lanzaba una mirada trascendente a la lejanía, por ahí siempre andaba Eva, la alumna aventajada del reportero gráfico del Reich, Heinrich Hoffmann. Braun había elegido la corbata del protagonista, daba las órdenes de puesta en escena y apretaba el botón de su Agfa Movex. Todavía hoy circulan en internet los clips filmados por la joven amante que se escondía detrás de la cámara. Viendo estas imágenes se podría pensar que Hitler fue el ser más ascético, devoto y casto del mundo. En ellas no aparece metiéndose drogas duras, sino acariciando crías de corzo o, en su defecto, niños, y escondiendo huevos de Pascua, mientras Speer, autojustificándose, corre de un lado a otro de la terraza vestido con traje de raya inglesa gris claro. Y también se ve al médico de cámara masticando torta a dos carrillos y poniendo cara de bonachón.

Pero cuando Eva Braun dejaba de filmar, las máscaras caían. Ella volvía a clavarse las uñas en el antebrazo y lesionarse los labios con los dientes

hasta que sangraban, mientras la mano de Hitler, a la hora del té de manzana, temblaba tanto que hacía repiquetear la taza con el platillo y provocaba la vergüenza ajena de todos los presentes. Morell, por su parte, apenas podía subir escaleras de lo estropeado que estaba. No tenía descanso. Eran unos días en los que todo el mundo requería sus servicios. Ir a ver al doctor obeso era un signo de distinción. Con el tiempo, su lista de pacientes había crecido hasta incluir a toda la alta sociedad del Reich y países amigos: atendía a Mussolini, a quien bautizó con el nombre en clave «paciente D»; a industriales como Alfred Krupp o August Thyssen (quien le pagaba la respetable cantidad de 200.000 marcos del Reich en concepto de honorarios);[115] a numerosos líderes regionales del partido y generales de la Wehrmacht; a Leni Riefensthal, que recibía supositorios de morfina; al patrón de las SS Heinrich Himmler; al ministro de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop («paciente X»); al ministro de Armamento Speer; al embajador de Japón, el general Iroshi Oshima; o incluso a la esposa del mariscal Göring, a la que Morell inyectaba «Vitamultin forte» —o lo que fuera que ocultaran estas palabras— cada dos días.[116]

Cada vez más nacionalsocialistas influyentes llegaban en peregrinación para ver a Morell —aunque solo fuera para demostrar su cercanía con el Führer o conservar su estatus—, pero era principalmente Hitler, por supuesto, el que ocupaba casi todo el tiempo del médico. En una conversación con otra paciente —la esposa del ministro de Economía Walther Funk—, un Morell también algo desmejorado expresó sus quejas: «Tengo que seguir a cada hora las órdenes que me llegan desde arriba. Actualmente subo a las doce a la residencia del Führer para hacer los eventuales tratamientos y casi siempre vuelvo a las dos al hotel, donde me paso todo el día acostado para recuperar fuerzas y poder acompañar acto seguido al Führer». En aquella época, el médico también estaba enganchado a la jeringuilla y su delegado en el consultorio de Berlín, el doctor Weber, tenía que viajar al alejado Berghof porque, «de todos, es el que mejor pone inyecciones y es el único que acierta con seguridad en mi vena».[117]Se desconoce con qué sustancia se daba el gusto Morell.

En esta primera mitad de 1944, las enfermedades, los medicamentos y el asesinato en masa determinaban el día a día en el Berghof. La bolera,

toda una atracción en la década de 1930, ya casi no se utilizaba. Delante de la famosa ventana panorámica colgaban redes de camuflaje contra los temidos ataques aéreos; en el interior, los residentes vegetaban por una eterna penumbra como vampiros que huyen de la luz, se sentaban junto a la estufa o en los caros sillones y contemplaban inmóviles los polvorientos tapices. Las lámparas eléctricas siempre estaban encendidas aunque afuera hiciera sol. Y el moho afloraba por las gruesas alfombras.

El gran almirante Dönitz, comandante en jefe de la Armada, llegó al Berghof después de un largo viaje para celebrar el 55.º cumpleaños de Hitler. Dönitz informó de la preparación de un comando especial dotado de armas infalibles, trajo como presente las maquetas de unos flamantes submarinos de bolsillo y pidió a su comandante en jefe que dejara libres los puertos del mar Báltico para los nuevos navíos. Hitler, a quien le chiflaban los barcos como a un niño un juguete, accedió ciegamente a la petición del osado marinero. El médico de cabecera, por su parte, regaló al homenajeado paciente A un cóctel intravenoso[118] de «x», Vitamultin forte, alcanfor y estrofantina, un profiláctico vegetal para el infarto de miocardio. A la mañana siguiente le obsequió con una inyección de Prostrophanta, un preparado para la insuficiencia cardíaca desarrollado por Hamma, la empresa de Morell. Además, también hubo glucosa intravenosa, otra dosis de vitamultina y, como cuestionable guinda, un preparado casero de parásitos hepáticos[119] cuya aplicación intramuscular sería actualmente calificada de curanderismo y pondría entre rejas a cualquier médico que la practicara.

La fiesta de cumpleaños solo estuvo alterada por una alarma de ataque aéreo. Las sirenas sonaron e, inmediatamente, se puso en marcha el generador de niebla enlatada del Berghof. De repente, aquel refugio de la irrealidad se llenó de humo blanco artificial y, como una versión espantosa de la isla mística de Ávalon, quedó aislado del mundo por una cortina impenetrable. Por miedo a un achaque cardíaco y a «una dificultad respiratoria cada vez más intensa debida al gas emitido»,[120] Morell se refugió durante un tiempo en el valle.

A la hora de la cena todo volvió a la rutina diaria. Hitler aludió una vez más a su superioridad moral llamando «consomé de cadáver» al caldo de

vacuno de sus invitados mientras él comía queso magro del Harz con pudin de espinacas, pepinillos rellenos, sopa de cebada, croquetas de colinabo y seis tabletas de vitamultina, así como pastillas Euflat y antigases para sus flatulencias, amén de un extracto de miocardio porcino en ácido fosfórico para el fortalecimiento general. Tras la cena, el supuesto vegetariano daba cabezadas con el cuchillo en la mano y los dedos doblegados sobre la barriga, ausente, mientras su doctor milagroso, haciendo alarde de sus legendarios malos modales en la mesa, se hundía en el sillón después de la preceptiva copa de oporto y cerraba los ojos detrás de los gruesos cristales de sus gafas —de abajo arriba, como solía hacer; una cualidad típicamente morelliana que a todos estremecía—. Los dos hombres tenían el corazón débil y los dos estaban envejeciendo paulatinamente.

Eva mandó encender la chimenea y puso un disco de jazz norteamericano. Aquella noche quería ver por enésima vez *Lo que el viento se llevó*, interpretada por Clark Gable, su actor favorito, pero Bormann, el jefe nacional del partido, riendo cínicamente y mostrando su diente de oro confiscado a un judío, negaba con la mano: «Lo que necesita el Führer … no es relajarse con una película, sino un buen chute».[121] Morell, dándose por aludido, se espantó, disimuló disculpándose por su modorra y explicó una vieja anécdota de su época como médico de la Marina en África que el resto de tertulianos ya conocía. Entonces sirvieron pastel de manzana. Los posteriores retortijones de Hitler fueron aliviados a base de Eukodal en sus aposentos privados: «Cuando introduzca la aguja en la vena, empiece a contar lentamente. Al llegar a quince ya no notará ningún dolor».[122]

En las semanas posteriores al cumpleaños, mientras el Ejército Rojo preparaba la Operación Bagration, la cual dejaría libre el camino hacia Prusia Oriental a finales de junio de 1944, la salud de Hitler fue de mal en peor. Eva, casi siempre acompañada de sus terriers escoceses negros *Stasi* y *Negus*, se mostraba cada vez más horrorizada por el mal aspecto y la complexión debilitada y prematuramente envejecida de su amante de toda la vida. Cuando ella lo criticaba por andar siempre encorvado, él, en un intento de disimular su imparable debilitamiento, bromeaba con que era culpa de las pesadas llaves que llevaba en el bolsillo. Pero las rodillas le temblaron visiblemente cuando, en un día despejado, ambos salieron por un

momento al balcón, vieron el cielo enrojecido sobre un Múnich en llamas y Eva se preguntó si la elegante casita que él le había comprado en el exclusivo barrio de Bogenhausen todavía estaría en pie. Hitler no estaba en las últimas solo físicamente, y Goebbels pocas veces mintió como lo hizo en la entrada de su diario del 6 de junio de 1944, el día del desembarco de los Aliados en Normandía: «El profesor Morell me ayuda un poco a mejorar mi estado de salud, un poco debilitado. Recientemente también ha sido un sólido sostén para la salud del Führer. Así lo he podido constatar en mi entrevista con Hitler, quien presenta un aspecto deslumbrante y se encuentra en buen estado de ánimo».[123]

El realidad, el humor de Hitler el Día D —un clavo más en el ataúd del estado nazi— presentó severas fluctuaciones. A las nueve de la mañana debió de entrar en el salón de desayuno gritando: «Pero ¿ya es la invasión o no?».[*] Cuando Morell se pasó por allí y le inyectó «x»,[124] se tranquilizó de inmediato, se mostró súbitamente afable y de buen humor, disfrutó del día y del buen tiempo y dio joviales palmaditas en el hombro a todo el que se cruzó con él. En la reunión informativa de las doce, el dictador, a pesar de la catástrofe que se avecinaba y para sorpresa de los presentes, estaba radiante. Después, durante la comida —sopa de albondiguillas de sémola, champiñones con arroz y *strudel* de manzana— cayó en uno de sus interminables monólogos totalmente alejados de la realidad. Esta vez iba de elefantes, de los que decía que eran el animal más fuerte y, como él, aborrecían el pescado. Seguidamente describió con todo detalle los horrores de un matadero que había visitado en la Polonia ocupada. Decía que allí las mujeres caminaban con botas de goma y la sangre les llegaba hasta los tobillos. Mientras tanto, Morell iba preparando la siguiente inyección de glándulas de animales de matanza.

La noche del 6 de junio, Hitler todavía no creía que la invasión en la costa atlántica se hubiera producido, sino que se contentaba con pensar que se trataba de un ataque simulado, una pura maniobra de engaño, para provocarle una reacción precipitada. Pero no fue así. Los Aliados habían irrumpido a medianoche sobre un frente de 50 kilómetros de longitud y sorprendido por completo a los alemanes. Se abría así el Frente Occidental. Militarmente, el imperio alemán no tenía la más mínima esperanza. Sin

embargo, hubo algo en aquellos días que alegró a Hitler: Goebbels, por fin, había dejado de fumar.

El 4 de julio de 1944, el Führer abandonó el Berghof para no volver jamás. En el avión que lo llevó a la Guarida del Lobo, las cortinas permanecieron cerradas durante todo el vuelo. El paciente A tenía «gripe y conjuntivitis en ambos ojos. La loción crecepelo le ha entrado por el ojo izquierdo».[125] Recibió una solución de adrenalina y le pasaron unos informes sobre los avances de los Aliados en Francia, la aproximación del Ejército Rojo hacia la frontera del Reich en el Este y los últimos ataques aéreos sobre ciudades alemanas. Con dificultad, se puso las gafas de leer para descifrar todas aquellas malas noticias. En ningún momento miró por la ventana para ver qué pasaba allí abajo.

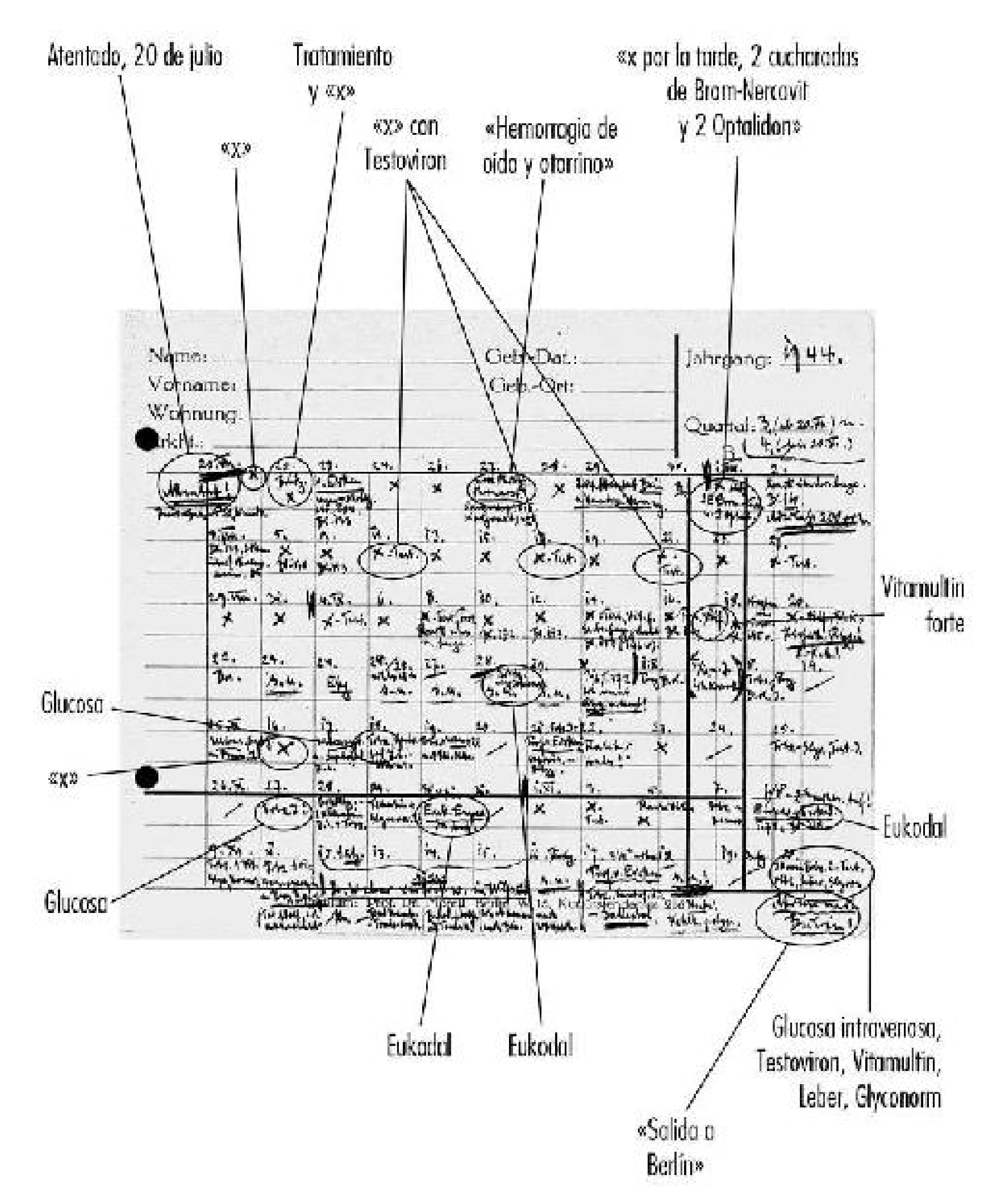
EL ATENTADO Y SUS CONSECUENCIAS FARMACOLÓGICAS

Un color verde intenso bañaba las instalaciones de la Guarida del Lobo. El verano era caluroso, el bosque brillaba y Theo Morell llevaba una red protectora sobre la visera de la gorra de su uniforme de fantasía para protegerse la cara de los fastidiosos mosquitos. Los barracones de madera del cuartel general del Führer habían sido reforzados con unas defensas antimetralla, Goebbels volvía a fumar y, el 20 de julio de 1944, Morell anotó: «Paciente A, 11.15 horas: Inyección como siempre».[126] El procedimiento apuntado en la ficha fue «x».

Mimado farmacológicamente, Hitler se dirigió andando al edificio de una sola planta donde tuvo lugar la reunión informativa aquel día fatídico. Algunos oficiales ya lo esperaban delante de la puerta. Al verlos, el dictador frunció las tupidas cejas, lo que hizo que los bultos que tenía encima de ellas se notasen todavía más, y dio la mano a todos. Entró en el barracón, cuyas diez ventanas estaban abiertas debido al bochorno. Los otros veinticuatro participantes en la reunión se agruparon de pie en torno a una larga mesa de roble, mientras que el Führer se sentó en un taburete y empezó a jugar con una lupa. A su derecha, el teniente general Heusinger exponía en tono agorero la desoladora situación en el Frente Oriental. El conde Claus Schenk von Stauffenberg llegó con algo de retraso, dio la mano a Hitler y dejó su maletín marrón debajo de la mesa, lo más cerca posible de su objetivo. Poco después, abandonó discretamente la sala. A las 12.41, un almirante se levantó y se dirigió a una de las ventanas para respirar aire fresco. Hitler se inclinó hacia el centro de la mesa para poder ver mejor el mapa, apoyó la barbilla en la mano y el codo en el tablero.

Eran las 12.42. El general ponente estaba explicando que «si el Grupo del Ejército no se retira de Peipusse, la catástrofe será…». Entonces, se produjo un terrible estallido.

«Vi claramente esa llama brillante e infernal e inmediatamente pensé que solo podía tratarse de explosivo inglés, porque los explosivos alemanes no tienen una llama tan amarilla y luminosa.»[127] La descripción del suceso hecha por el propio Hitler es curiosamente distante, como si la cosa no fuera con él, pero lo cierto es que la onda expansiva le hizo volar desde el centro de la sala hasta la entrada. Es posible que, apaciguado como estaba a base de «x», el dictador viviera la explosión como si estuviera entre algodones y se sintiera invulnerable cual Sigfrido wagneriano, mientras a su alrededor los oficiales gravemente heridos agonizaban con el pelo en llamas. Otro testigo de la escena lo cuenta así: «Entonces ya no podía distinguir nada con claridad debido a la intensa humareda. Solo veía a personas tendidas y moviéndose entre el humo. Yo estaba en el barracón, cerca de la jamba izquierda de la puerta, entre tablones y vigas. Pero me pude levantar y caminar sin ayuda. Solo me sentía un poco débil y mareado».[128]



Desde el día del atentado en la Guarida del Lobo, el abuso de drogas del paciente A fue en aumento.
(© Bundesarchiv Koblenz.)

Morell oyó la explosión desde su habitación de trabajo y al momento pensó que aquello había sido una bomba. Poco después entró

atropelladamente Linge, el asistente de Hitler, para decirle que fuera de inmediato a ver al Führer. El médico cogió a toda prisa su maletín negro y movió su voluminosa presencia hacia el calor sofocante del exterior. Allí había un general tendido en el suelo, con una pierna arrancada y un solo ojo. Morell quiso detenerse para atenderlo, pero Linge no se lo permitió: el Führer era más importante.

No tardaron en llegar a la habitación de Hitler y contemplar una imagen grotesca: el Führer estaba sentado en su cama, sonriente y despreocupado, pero con la frente ensangrentada, el pelo de la nuca chamuscado y una quemadura de segundo grado del tamaño de un palmo en la pantorrilla. «Keitel y Warlimont me han traído a mi búnker —explicó el dictador con el rostro animado, casi feliz—. Por el camino he visto que tenía los pantalones desgarrados e iba enseñando las carnes. Me he lavado, porque mi cara parecía la de un moro, y después me he vestido.»[129]

Al comentar Hitler que dentro de dos horas llegaría Mussolini para una importante visita de estado, Morell cogió el instrumental por segunda vez aquel mismo día y volvió a administrar otra inyección de «x». Parece muy poco probable que se tratara solamente de glucosa y no de un analgésico efectivo que ayudara al paciente A a resistir el dolor que seguramente le provocaban las docenas de fragmentos de metralla que tenía repartidos por todo el cuerpo y que debieron ser extraídos uno a uno. Pero a Hitler aquello le molestaba muy poco. Los tímpanos, reventados, le sangraban, pero precisamente por ello no ponía mala cara e impresionó a todos con su supuesta valentía.

En el informe médico del paciente A, Morell anotó que Hitler apenas se había alterado y que tenía el pulso normal, como siempre. A pesar de ello, el médico aconsejó reposo en cama. Sin embargo, el dopado Hitler se puso en pie, se calzó sus botas recién lustradas por Linge e hizo saber a todos que era una ridiculez que una persona sana como él recibiera a sus invitados acostado. Ataviado con una capa negra abombada, se dirigió a la estación de tren de la Guarida del Lobo y esperó impaciente a Mussolini, quien exclamó perplejo por el aparente buen estado de Hitler: «¡Ha sido una señal del cielo!».[130]

En realidad, Hitler estaba peor de lo que parecía. Por la noche, cuando la «x» dejó de hacer efecto, el Führer apenas podía oír, los brazos y las piernas le dolían intensamente y la sangre le brotaba de los oídos sin cesar. El ataque también tuvo efectos psicológicos devastadores. Ahora, el paciente A recibía su inyección de «x» contra el dolor y el *shock* nervioso a un eficaz ritmo de una vez cada dos días. No podía permitirse recaer en esta fase crítica del intento de golpe de estado. Sin embargo, la puesta en escena del héroe invencible e invulnerable no siempre funcionó. Cuando, una semana después, Hitler recibió a un grupo de generales del ejército, los excitados saludos de ¡*Heil* Hitler! se apagaron al aparecer el susodicho y mostrar su terrible aspecto. De repente, fueron conscientes del abismo que separaba al Führer ficticio del Hitler real.

¡POR FIN, COCAÍNA!

¡Oh, noche! Ya he tomado cocaína, / y se distribuye por la sangre, / el pelo encanece, los años pasan, / debo, debo desmadrarme / otra vez antes de la ruina final.[131]

Gottfried Benn

Debido a la lesión en ambos tímpanos, desde la Guarida del Lobo se requirió la presencia del doctor Erwin Giesing, un otorrinolaringólogo destinado a un hospital militar en la reserva próximo al cuartel general del Führer. Él también se dio cuenta rápidamente de cómo estaba en verdad el líder. Lejos de ver al «superhombre poderoso y místico»[132] que le habían anunciado antes de su primer encuentro con Hitler, Giesing se encontró con un personaje encorvado y cojo, vestido con un albornoz a rayas rojas y azules y zapatillas de andar por casa. Giesing describe con todo detalle sus impresiones: «Tenía la cara pálida y un poco hinchada, y bajo los ojos hemorrágicos colgaban dos grandes bolsas. Aquella mirada no provocaba la fascinación de la que tanto hablaba la prensa. Me llamaron la atención las arrugas que descendían desde ambos lados de la nariz hasta las comisuras de la boca. Y también los labios, secos y un poco agrietados. Su pelo ya era claramente gris entrecano y no iba precisamente bien peinado; le faltaba la raya hasta el remolino de la coronilla. Iba bien afeitado, pero tenía la piel algo marchita, hecho que atribuí al agotamiento. Hablaba de forma poco natural, con voz algo chillona al principio y, después, más ronca … Era un hombre envejecido y agotado que debía dosificar las pocas fuerzas que le quedaban».[133]

Desde el punto de vista neurológico, el especialista emitió un diagnóstico normal del paciente: sin alucinaciones, buena capacidad de concentración, ninguna incontinencia, buena memoria, percepción espacial y temporal correctas. «Sin embargo, emocionalmente inestable; expresa amor u odio. Flujo permanente de ideas siempre relevantes … El estado psicológico del Führer es muy complicado.»

En cuanto a los tímpanos, Giesing diagnosticó una pronunciada perforación falciforme en el derecho y una pequeña lesión en el izquierdo. Quedó admirado de la extraordinaria entereza del Führer cuando le trató con ácido los tejidos sensibles. El paciente A decía que ya no sentía molestias, que el dolor estaba para hacer más resistente al hombre. Poco podía imaginar Giesing que aquella impasibilidad del dictador ante el suplicio podría ser fruto del tratamiento farmacológico previamente aplicado por el médico personal, y menos todavía cuando entre ambos médicos no hubo ningún tipo de acuerdo. Giesing no sabía qué daba Morell al Führer y el médico de cabecera desconocía lo que administraba el recién llegado: «El otólogo Giesing no me informa», anotó irritado Morell.[134] Ambos doctores se rechazaron mutuamente desde el primer momento. Cuando el otorrino fue a presentarse a Morell en una visita de cortesía y el médico de cabecera lo recibió preguntándole «¿Quién es usted? ¿Quién le ha llamado? ¿Por qué no me ha avisado de su llegada?», Giesing le espetó certeramente: «Como oficial, solo debo informar a mis superiores militares y no a un civil como usted».[135] Desde aquel día, el líder de la manada se negó siquiera a mirar al especialista consultado.

Giesing describe de forma poco cordial y ligeramente mordaz una de las típicas apariciones del médico: «Morell entra, claramente sofocado y resollando. Solo da la mano a Hitler y le pregunta nervioso si ha pasado bien la noche. Hitler dice que sí, que ha dormido bien y que incluso ha digerido sin problemas la ensalada de lechuga de la noche anterior, y, ayudado por Linge, se saca la chaqueta, vuelve a sentarse en su sillón y se sube la manga izquierda de la camisa. Morell pone las inyecciones a Hitler, extrae la jeringuilla y pasa su pañuelo sobre la zona de punción. Después abandona la sala y entra en el despacho con la aguja usada en la mano derecha y las ampollas en la izquierda, una grande y dos más pequeñas. Va

con las ampollas y la jeringuilla al cuarto de baño de los ordenanzas que hay contiguo, enjuaga la jeringuilla con sus propias manos y elimina las ampollas tirándolas al retrete. Entonces se lava las manos, vuelve al despacho y se despide de los presentes».

Pero Giesing tampoco se presentó ante el Führer con las manos vacías. Su medicamento predilecto para mitigar los dolores aparecidos en la zona nasal, laríngea y auditiva a consecuencia de las lesiones en los tímpanos era, precisamente, aquel «veneno de la degeneración judía» que los nazis censuraban: la cocaína. La elección de esta sustancia es menos caprichosa de lo que parece, ya que entonces no había muchas otras opciones para practicar una anestesia local, y la cocaína, como era un medicamento, se podía adquirir en cualquier farmacia.[136] Si damos crédito al testimonio de Giesing —la única fuente en este caso—, entre el 22 de julio y el 7 de octubre de 1944, es decir, en 75 días, el otorrinolaringólogo administró cocaína en más de cincuenta ocasiones a base de pincelaciones nasales y faríngeas, es decir, directamente en la zona donde la efectividad de la droga de la gente guapa es óptima. Era un material de primera, absolutamente puro, la famosa cocaína de Merck, suministrada desde Berlín por tren correo en forma de «solución cocaínica» al 10 %, extremadamente psicoactiva y en botella precintada cuyo llenado reglamentario se efectuaba bajo la responsabilidad de los farmacéuticos de las SS en la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Linge, el asistente de Hitler, la custodiaba personalmente bajo llave en la Guarida del Lobo.

Esta evidente aplicación de droga también pasa prácticamente desapercibida a los biógrafos de Hitler.[137] Debido al elevado potencial euforizante de la sustancia, su mención es indispensable para comprender el período crucial posterior al atentado. El procedimiento era el siguiente: por la mañana, el ayudante de cirugía Brandt llevaba a su colega Giesing a una tienda de campaña situada detrás del búnker de invitados, sometido desde el 20 de julio a unas medidas de seguridad mucho más estrictas. Allí vaciaban el maletín de Giesing y comprobaban detenidamente su instrumental, incluida la bombilla del otoscopio. El otorrino debía entregar la gorra y el puñal del uniforme, vaciarse los bolsillos del pantalón y la chaqueta y volvérselos del revés. El pañuelo y las llaves los podía entrar, mientras que

la pluma y el lápiz los recuperaba a la salida. Finalmente, lo cacheaban de abajo arriba. Estos rigurosos controles de seguridad no incluían la cocaína, ya que esta se hallaba en el interior del búnker. Entonces entraba en acción el asistente Linge, quien iba a buscar el frasco al armario de tóxicos del despacho y se lo entregaba a Giesing para la visita.[138]

El paciente A respondía satisfactoriamente al menú variado. Según el informe de Giesing, el Führer decía que «con cocaína se encuentra mucho más relajado mentalmente y piensa con más claridad».[139] El otorrino le explicó que el efecto psicotrópico era «la influencia del fármaco sobre la mucosa nasal inflada y que notaría que respiraría mejor por la nariz; que el efecto duraba por lo general de cuatro a seis horas y que posteriormente notaría una ligera esnifada de cocaína, pero que cesaría al poco tiempo». Al parecer, Hitler le preguntó a continuación si podía recibir la pincelación una o dos veces al día —incluso cuando los conductos auditivos volvieron a la normalidad a partir del 10 de septiembre de 1944—. Giesing asintió, pero, según él, advirtió al paciente de que la mucosa nasal absorbería totalmente la cocaína y esta llegaría al sistema circulatorio. Por ello, tuvo que prevenirle del peligro de dosis demasiado altas. Sin embargo, Hitler siguió reclamando la aplicación y, en uno de los días posteriores, confirmó el éxito de la medicación a pesar de estar sudando abundantemente: «Qué bien tenerle aquí, doctor. La cocaína es fabulosa, me alegro de que haya encontrado la medicina adecuada. Líbreme de nuevo de estos dolores de cabeza por algún tiempo».

Las cefaleas estaban causadas por el permanente alboroto que en aquellos días ponía los nervios de los habitantes de la Guarida del Lobo a flor de piel: una cuadrilla de obreros equipados con martillos neumáticos y maquinaria pesada estaba levantando de la nada un nuevo búnker, mucho más reforzado, para el Führer. Lo único que podía soportar ahora el paciente A era la cocaína. El analéptico le hacía sentirse por fin como si no estuviera enfermo: «Ahora tengo la cabeza despejada y me encuentro estupendamente». Una cosa le preocupaba: «Solo espero que no haga usted de mí un cocainómano», le dijo a su nuevo médico favorito, a lo que Giesing respondió para tranquilizarle: «El verdadero cocainómano esnifa

cocaína seca». Hitler se mostró reconfortado: «Tampoco tengo la intención de volverme cocainómano».

Así pues, Hitler se dejó retocar la nariz con el pincel y asistió a la reunión informativa total y artificialmente confiado. Lo tenía claro: ¡la guerra contra los rusos todavía se podía ganar! Cuando, el 16 de septiembre de 1944, volvió a recibir otra dosis de manos de Giesing, tuvo una de sus temidas ocurrencias e hizo saber a su desconcertado séquito que, a pesar de la descomunal inferioridad de efectivos y material, quería retomar la ofensiva en el oeste. Sin pensarlo dos veces, formuló una orden que requería el «arrojo fanático»[140] de la totalidad de los soldados disponibles en aquel frente. A pesar de que todos desaconsejaron la inútil empresa de acometer una segunda ofensiva en las Ardenas, el dictador no se dejó confundir: ¡la gran victoria estaba asegurada!

A Giesing empezó a inquietarle la afinidad de Hitler por la cocaína y su efecto inhibidor de la inseguridad y potenciador de la megalomanía, así que decidió acabar con las potentes pincelaciones. Sin embargo, Hitler no se lo permitió: «No, mi querido doctor, usted continúe. Esta mañana he vuelto a tener la cabeza como un bombo, probablemente debido a la inflamación de la mucosa; la preocupación por el futuro y la supervivencia de Alemania me corroe cada día más».[141] Pero los escrúpulos profesionales de Giesing pesaron más que la obediencia debida y prohibió la droga a Hitler. Aquel día, el 26 de septiembre de 1944, el comandante en jefe no apareció por la reunión informativa y, enojado, comunicó que la situación en el Este, donde todo el frente amenazaba con venirse abajo, ya no le interesaba. Giesing, asustado, transigió y le prometió cocaína, pero a cambio le exigió que se sometiera a un examen médico completo. El paciente A, que siempre se había negado a algo parecido, aceptó e, incluso, el 1 de octubre de 1944, mostró su cuerpo desnudo, algo para lo que casi siempre se había hecho de rogar, y todo por el único motivo de conseguir la ansiada droga: «Espero que con tanta diversión no se nos vaya a olvidar el tratamiento. Por favor, míreme otra vez la nariz y deme un toque con cocaína para que deje de dolerme la cabeza. Hoy tengo cosas importantes que hacer».[142]

Giesing obedeció y administró la droga, esta vez con una dosificación tal que Hitler, por lo visto, perdió el conocimiento y estuvo a punto de sufrir

una parálisis respiratoria. Si la descripción del otorrinolaringólogo es cierta, el autonombrado abstinente casi murió de sobredosis.

SPEEDBALL

Hitler reaccionaba positivamente a prácticamente cualquier droga, exceptuando el alcohol. No estaba enganchado a ninguna sustancia específica, sino, simplemente, a todo aquello que le permitiera acceder a realidades agradables y artificiales. En poco tiempo se convirtió en un entusiasta consumidor de cocaína, pero fue capaz de dejarla a mediados de octubre de 1944 —para pasarse a otros estimulantes—. Como suelen hacer algunos cocainómanos, Hitler recordó este período de su existencia dándose ínfulas épicas: «Las semanas posteriores al 20 de julio fueron las peores de mi vida. Fue un logro heroico que nadie, ni ningún alemán, podría soñar. A pesar de los inmensos dolores, mareos eternos y profundo malestar, me mantuve firme y, con energía férrea, luché contra todo aquello. El peligro de la caída se cernía, pero siempre dominé la situación gracias a mi voluntad».[143]

Basta con sustituir las palabras «energía férrea» y «voluntad» por «Eukodal» y «cocaína» para acercarnos un poco más a la verdad. El edecán de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, también describe a su Führer en las semanas posteriores al atentado utilizando la categoría semántica equivocada: «Solo la fuerza de voluntad y la elevada importancia de la misión que tiene encomendada le bastaron para mantenerse entero».[144] En realidad fueron la fuerza de la cocaína y la elevada cantidad de Eukodal. Este se estaba empleando ahora a lo grande: en comparación con el año anterior, la dosis se había duplicado hasta los 0,02 gramos, el cuádruple de la cantidad terapéutica media.[145]

Cocaína y Eukodal. La mezcla del Führer, el cóctel en la sangre de Hitler, actuó en aquellas semanas como el clásico *speedball*: la acción

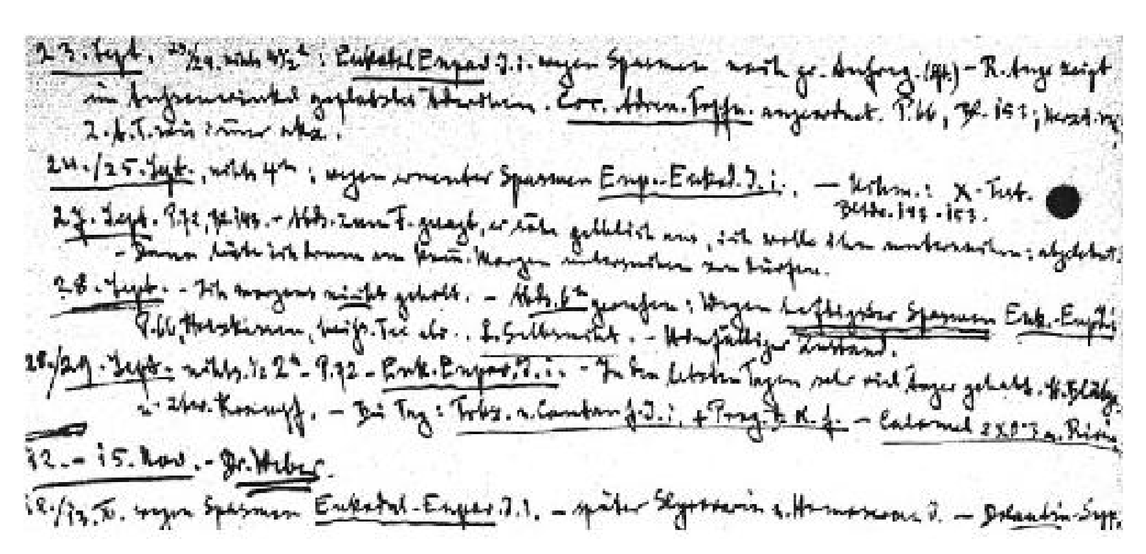
sedante del opioide compensaba el efecto estimulante de la cocaína. Una euforia desmedida y un estado de exaltación de todas y cada una de las fibras del cuerpo son el efecto de este ataque farmacológico por dos frentes en el que dos potentes moléculas bioquímicamente contrapuestas luchan por la hegemonía del organismo. Todo ello acompañado de una enorme sobrecarga del sistema circulatorio e insomnio, mientras el hígado intenta una defensa desesperada ante el asalto de los tóxicos.

En cuanto a los paraísos artificiales, el dictador hizo un uso generoso de ellos en este último otoño de la guerra y de su vida. Cuando, en las reuniones informativas, el paciente A caminaba solemnemente por su Olimpo farmacológicamente creado, apoyando primero el talón y estirando después la rodilla, chasqueando la lengua y balanceando las manos, creyendo poder pensar con claridad meridiana y urdiendo un mundo a la altura de su éxtasis de Führer, a los generales, más que desilusionados por la opresiva situación en el frente, les era imposible seguirle. La medicación mantenía al comandante en jefe estable en su locura y levantaba un muro inexpugnable, una armadura integral que nada ni nadie podía atravesar. Cualquier duda era disipada por la confianza artificialmente provocada.[146] Aunque el mundo quedara reducido a cenizas a su alrededor y sus actos acabaran con la vida de millones de personas, el Führer se sentía más que justificado en sus actos si una sustancia dura corría por sus venas y la euforia artificial se instalaba.

Hitler, que de joven había leído el *Fausto* de Goethe, hizo en el otoño de 1944 un pacto diabólico con el legado de Sertürner, el joven farmacólogo que había descubierto la morfina en la época del clasicismo de Weimar y que por ello es considerado el padre del Eukodal y del resto de opioides. Este narcótico no solo eliminaba los graves espasmos intestinales del paciente A —esta era la indicación terapéutica presentable de puertas afuera —, sino que, además, le endulzaba la existencia. No es posible demostrar que hubiera dependencia clínica, pero el críptico dietario de Morell del mes de septiembre de 1944 deja entrever con qué frecuencia se empleaba esta droga dura. No solo no es descartable, sino más que probable que el Eukodal encontrara la manera de llegar al sistema circulatorio de Hitler por otras vías que no fueran «x», «inyección como siempre» o, simplemente,

sin anotar. Quien empieza con Eukodal y tiene acceso a él, en la mayoría de casos no puede dejarlo.

Los días 23-25 y 28/29 de septiembre de 1944 —es decir, en el espacio de una semana—, el paciente A recibió hasta en cuatro ocasiones el potente narcótico con un día de pausa entre cada toma. Se trata del ritmo típico de un adicto y contradice la versión de una aplicación puramente terapéutica. Resulta llamativa la combinación con eupaverina, un antiespasmódico y análogo sintético de la papaverina —el principio activo vegetal extraído de la adormidera—, a la vez que relajante muscular comparativamente inofensivo, ya que no crea dependencia. El hecho es que, voluntaria o involuntariamente, este *dos por uno* contribuyó al encubrimiento. Durante mucho tiempo, Hitler también confundía ambos medicamentos de nombre parecido y pedía eupaverina cuando en realidad quería decir Eukodal. En palabras de Morell: «El Führer se sentía muy feliz. Me estrechó la mano en señal de agradecimiento y me dijo: “Es una suerte que tengamos eupaverina”».[147]



Eukodal cada dos días: el ritmo típico de un adicto.

(© Bundesarchiv Koblenz.)

¿Cómo se sentía el dictador después de una inyección intravenosa de 0,02 gramos de la potente sustancia cuando, momentos después del pinchazo, percibía el primer efecto a través de la mucosa bucal y notaba el «sabor», como se dice en la jerga yonqui? Sobre esto solo se pueden hacer

conjeturas. Quizá le pasaba como a Sigfrido después de matar al dragón, conseguir el tesoro de los nibelungos, caer en brazos de Krimilda, cubrirse por completo de oro y gozar de los placeres celestiales. La energía siempre llegaba de repente, en cuestión de segundos y por todas partes: una fuerza dichosa, enormemente tranquilizadora. Y cuando Hitler dijo a Morell: «Me alegrará verle por la mañana, doctorcito»,[148] nunca había sido más sincero, porque por las mañanas siempre tenía preparada una jeringuilla que creaba aquella sensación desmedida que encajaba tan perfectamente con una idea de grandeza que la realidad ya había dejado de ofrecer.

LA GUERRA DE LOS MÉDICOS

Entre todos os habéis puesto de acuerdo para hacer de mí un hombre enfermo.[149]

Adolf Hitler

En aquel otoño de 1944, el poder del médico de cabecera se acercaba a su cénit. Desde el atentado, el paciente A necesitaba más que nunca a Morell, cuya influencia crecía con cada inyección que ponía. Con nadie más en la Guarida del Lobo tenía el dictador una relación tan personal, con nadie le gustaba hablar más y de nadie se fiaba más que de Morell. En las cumbres con el generalato había un hombre de las SS armado detrás de cada silla para evitar otro posible atentado. Quien quería acercarse a Hitler, primero debía entregar su cartera. Esta norma no afectaba al maletín de Morell.

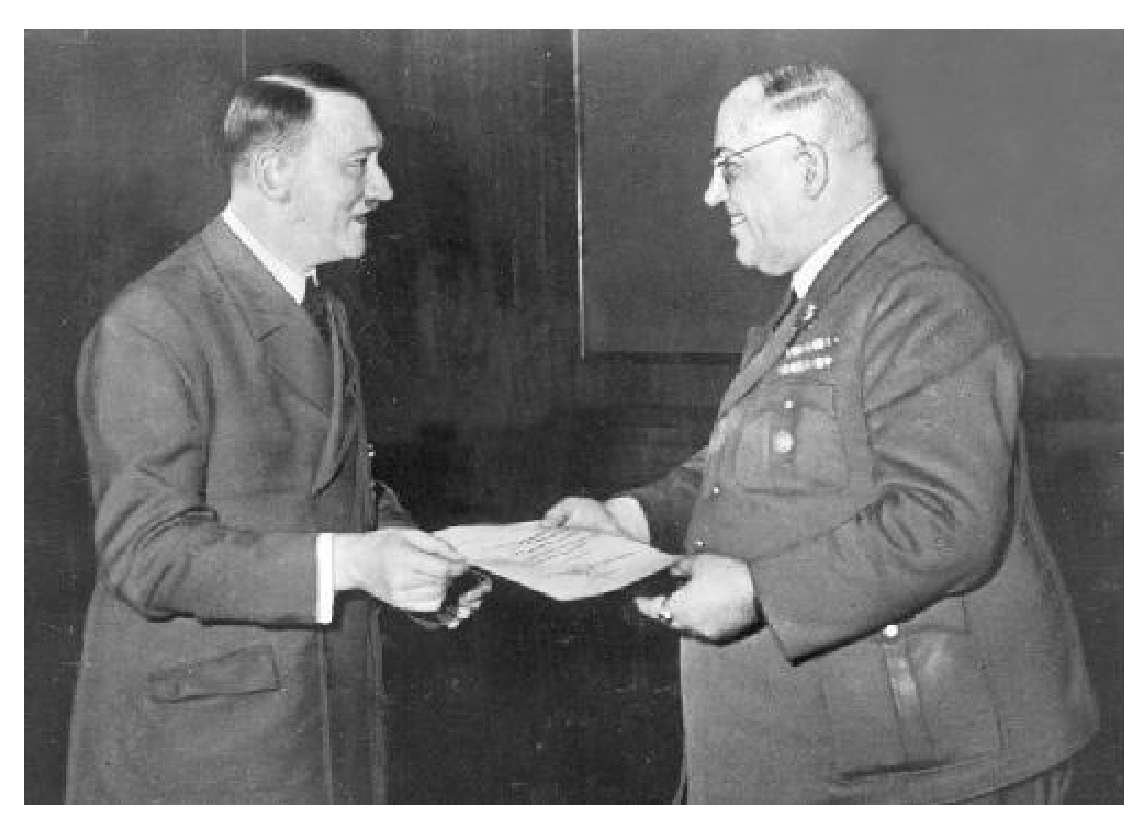
Muchos envidiaban la posición privilegiada del autodenominado «médico de cabecera único». La desconfianza hacia él crecía. Seguía mostrándose reticente a hablar con nadie sobre sus métodos terapéuticos. Hasta el final se mantuvo fiel a la discreción con la que había conseguido su cargo. Pero en la asfixiante atmósfera del reino de Lemuria en que se había convertido el búnker, donde la planta venenosa de la paranoia invadía las gruesas paredes de hormigón, la prudencia tampoco alejaba de los peligros. Morell mantenía decididamente en la incertidumbre también a los médicos personales Brandt y Hasselbach, con los que habría podido acordar el tratamiento de Hitler. Había pasado de marginado a divo. Nunca informaba, sino que alimentaba su aura de personaje misterioso y único. Hasta

Bormann, el casi todopoderoso secretario del Führer, dio en hueso con el doctor cuando le exigió rotundamente un tratamiento menos químico para Hitler.

Pero la guerra ya se estaba perdiendo y comenzaba la búsqueda de culpables. Las fuerzas contra Morell se organizaron. Hacía tiempo que Himmler recopilaba información sobre el médico para acusarle de morfinómano y poder chantajearle. Incluso planeaba sobre él la sospecha de que podría tratarse de un extranjero que pretendía envenenar disimuladamente al Führer.

Anteriormente, en 1943, el ministro de Exteriores Von Ribbentrop ya había invitado a Morell a comer a su castillo de Fuschl, en Salzburgo, para arremeter contra él. Después de hablar con la señora Von Ribbentrop de asuntos triviales —como que el matrimonio no debía durar toda la vida (propuesta: veinte años), la conveniencia de pagas estatales para hijos nacidos fuera del matrimonio o las colas para conseguir alimentos y el tiempo que se perdía en ellas—, el ministro dijo con rostro inexpresivo: «Vamos arriba, tenemos que hablar».

Presuntuoso, engreído y desafiante, como siempre, Von Ribbentrop hizo caer la ceniza de su cigarrillo egipcio ayudándose con sus largos dedos de aristócrata, se quedó mirando al vacío con su cara de cemento y disparó una batería de preguntas contra el sanador milagroso: ¿era bueno poner tantas inyecciones al Führer? ¿Recibía algo más aparte de glucosa? ¿No se había pasado de la raya? El interpelado se limitó a responder que inyectaba «lo necesario». Sin embargo, Von Ribbentrop exigió un «reajuste general de todo el cuerpo del Führer para hacerlo más resistente». Morell dijo que ya se encargaría de ello y abandonó el castillo poco impresionado. La nota que redactó sobre esta conversación acaba así: «Cuando hacen valoraciones médicas, los profanos son muy cándidos y despreocupados».[150]



El paciente A a su médico de cabecera: «Me alegrará verle por la mañana, doctorcito». (© laif.)

Posteriormente, el médico ya no lo tuvo tan fácil. El primer ataque planificado lo llevó a cabo Bormann al intentar dirigir el tratamiento de Hitler por unos cauces regulados o, como mínimo, controlables. El doctor Morell recibió una carta con el encabezamiento «Asunto secreto del Reich». En ocho puntos, la misiva planteaba unas «medidas para la seguridad del Führer con respecto a la asistencia farmacológica», establecía una comprobación aleatoria de los medicamentos gestionados en los laboratorios de las SS y, por encima de todo, instaba a Morell a facilitar por adelantado «los datos relativos a los medicamentos y cantidades que tiene pensado utilizar mensualmente para el fin citado».

Abschrift

Der Chef der Sicherheitspolizei und des SD

Berlin, den 9. Juni 1944

Geheime Reichssache!

IV A 5 b (IV C 4 alt) - 33/44 g.Rs.-

An den
Reichsführer -SS
Feldkommandostelle

Maßnahmen für die Sicherheit des Führers hinsichtlich der medikamentösen Versorgung.

1.) Die von Herrn Professor M o r e l l für den Führer benötigten Arzneimittel - siehe auch Ziffer 3.) Absatz 2 - bezieht der Sanitätszeugmeister SS - u. Pol. gegen Barzahlung

a) von den Fabriken des Herrn Prof. M o r e l l,
b) soweit erforderlich, von der Großindustrie.

2.) Die unter 1.) genannten Medikamente werden stichprobenmäßig in den Laboratorien des Reichsarztes SS u.Pol. auf Verunreinigung überprüft, ohne dass in den genannten Laboratorien die mit der Prüfung Beauftragten wissen, für welchen Zweck die betreffenden Medikamente vorgesehen sind.

3.) Herr Professor M o r e l l soll baldmöglichst gebeten werden, dem Sanitätszeugmeister Angaben darüber zu machen, welche und wieviel Medikamente für den genannten Zweck er monatlich zu verbrauchen gedenkt.

Um die Sicherheit noch weiter zu vergrössern und im Interesse der vereinfachten Handhabung für Herrn Professor Morell sowie, um für alle vorkommenden Möglichkeiten die Sendung reichhaltiger ausgestalten zu können, wird vorgeschlagen, daß Herr Professor M o r e l l dem Sanitätszeugmeister hierbei nicht nur

Asunto secreto del Reich: el vano intento de Bormann de controlar al médico personal de Hitler.

(© Bundesarchiv, Koblenz)

En realidad, todo quedó en un torpe intento del, por otra parte, poco torpe Bormann. Por un lado, elevó la medicación de Hitler a la categoría de asunto oficial y, por otro, hizo que se generara la menor correspondencia posible porque, al fin y al cabo, de lo que se trataba era de conservar la aureola de un Hitler pletórico de salud y líder de la raza superior. Por ello, según indicaba la carta en su punto primero, las drogas deberían ser abonadas en metálico con el fin de ocultar para la posteridad los flujos monetarios relacionados con la medicación. Además, Bormann ordenó que los «paquetes mensuales» estuvieran siempre disponibles en un armario blindado y, «en la medida de lo posible, identificados mediante una numeración correlativa en cada ampolla (por ejemplo, 1/44 para el primer envío), y el paquete, sobre su envoltorio exterior, provisto de una etiqueta, que todavía hay que definir, con la firma personal del jefe de Sanidad».[151]

La respuesta de Morell a este intento burocrático de hacer transparentes sus actividades fue tan sencilla como sorprendente: ignoró la orden del poderoso aparato de seguridad y siguió actuando como de costumbre. Sabía que en el ojo del huracán era invulnerable, que el paciente A nunca le abandonaría.

A finales de septiembre de 1944, el otorrino Giesing notó, bajo la tenue luz del búnker, una decoloración poco común en la tez de Hitler y sospechó que podía tratarse de ictericia. El mismo día descubrió sobre la mesa donde comía el Führer, junto al plato de «compota de manzana con glucosa y uva verde»,[152] una caja de «pastillas antigases del Dr. Koesters». Giesing se sorprendió al descubrir que aquel medicamento poco conocido contenía atropina, un fármaco extraído de la belladona y otras solanáceas, y estricnina, un alcaloide de la nuez vómica y altamente tóxico en la dosis adecuada, el cual paraliza las neuronas de la médula espinal y se utiliza también como matarratas. El otorrino albergaba la terrible sospecha de que los efectos secundarios de aquellas píldoras antigases se correspondían con los síntomas que presentaba Hitler. La atropina actúa sobre el sistema nervioso central excitándolo, primero, y paralizándolo, después. Además, favorece el desarrollo de un estado de vivacidad con divagaciones intensas, locuacidad, alucinaciones visuales y auditivas, así como delirios que, en parte, pueden degenerar en violencia y rabia. La estricnina, por su parte,

provoca una elevada fotosensibilidad, incluso fotofobia, así como estados de atonía.[153] Para Giesing, el caso parecía claro: «Hitler manifestaba una euforia permanente inexplicable, y su estado de ánimo elevado después de grandes fracasos políticos o militares se puede explicar en gran parte por esto».[154]

El otorrino creía haber descubierto en las pastillas antigases la causa de la megalomanía y la decadencia física de Hitler, así que, para salir de dudas, decidió autoexperimentar e ingirió durante unos días los pequeños comprimidos redondos. Entonces, constató inmediatamente los mismos síntomas y decidió pasar al ataque. Su objetivo era derrocar a Morell acusándolo de envenenamiento premeditado y ocupar su puesto. Afuera, las tropas aliadas perforaban las fronteras del Reich en todo su perímetro y, en la claustrofóbica Guarida del Lobo, la locura farmacológica desencadenaba una guerra entre médicos.

Giesing eligió como compañero de intrigas al cirujano de Hitler, el cual ya estaba enfrentado con Morell desde hacía tiempo. Brandt se hallaba entonces en Berlín, pero cogió el primer avión a Prusia Oriental y convocó de inmediato al acusado. El médico de cabecera debió de pensar que querían su pellejo por el tema del Eukodal, pero cuando vio que sus adversarios intentaban utilizar en su contra unas pastillas antigases que se podían comprar sin receta, respiró aliviado. Morell pudo alegar que él no las había prescrito, sino que las había comprado el propio Hitler a través de su asistente. Pero el cirujano Brandt, que sabía poco de bioquímica y estaba obsesionado con los efectos secundarios de la estricnina, no se dejó apaciguar y amenazó: «¿A quién pretende engañar diciendo que usted no ha dado esta orden? ¿Cree que Himmler hará una excepción con usted? Están ahorcando a tantos que lo sentenciarían sin miramientos».[155] Apenas una semana después, Brandt añadió: «Tengo en mis manos la prueba de que se trata de un claro envenenamiento con estricnina. Puedo decirle abiertamente que estos últimos cinco días me he quedado aquí exclusivamente por la enfermedad del Führer».[156]

¿De qué enfermedad se trataba exactamente? ¿Era realmente ictericia? ¿O quizá era la típica hepatitis del yonqui provocada por la escasa higiene de Morell con las inyecciones? La cuestión era que Hitler, cuyas jeringuillas

solo se desinfectaban con alcohol,[157] no tenía buen aspecto. Su hígado, seriamente atacado por las numerosas sustancias tóxicas de los meses anteriores, segregaba bilirrubina, el pigmento biliar que ejerce de señal de peligro tiñendo la piel y los ojos de amarillo. La acusación vertida sobre el médico de cabecera de querer envenenar a su paciente flotaba amenazadora en el ambiente cuando Brandt fue a hablar con Hitler mientras Morell sufría, en la noche del 5 de octubre de 1944, una hemorragia intracraneal causada por la excitación. Las acusaciones inquietaron a Hitler en extremo: ¿traición? ¿Veneno? ¿Se había equivocado el Führer todos aquellos años? ¿Le había traicionado precisamente Morell, su elegido, el más fiel entre todos los fieles, el más cordial entre todos los amigos? ¿Acaso dejar en la estacada a su médico personal, quien hacía poco le había obsequiado con una agradable inyección de Eukodal, no era precisamente sinónimo de rendición? ¿Acaso aquello no lo dejaría desamparado y sin drogas ante el poderoso aparato estatal? El dictador sintió que había que ir a la *sustancia* del conflicto, en el sentido literal de la palabra. Aquel ataque podía ser peligroso, ya que, siendo el poder de Hitler de naturaleza carismática, las drogas contribuían a mantener vivo aquel carisma, otrora natural y ahora artificial, del que tantas cosas dependían.

A partir de la veloz decadencia física del Führer se desencadenaron verdaderas luchas intestinas por el poder, como refleja la mutación de la guerra de los médicos en un combate entre los aspirantes a la sucesión de la jefatura del Estado nacionalsocialista. La situación se recrudeció cuando Himmler dijo a Brandt que no le cupiera duda de que Morell había intentado matar a Hitler. El *Reichsführer* de las SS ordenó la presencia del médico de cabecera en su oficina y le espetó que había enviado ya a tanta gente al patíbulo que no le venía de otro. Simultáneamente, en Berlín, el jefe de la Gestapo, Kaltenbrunner, citó al doctor Weber, el delegado de Morell en el consultorio de la Kurfürstendamm, para interrogarlo en las dependencias de la Oficina Principal de Seguridad del Reich de la Prinz-Albrecht-Strasse. Weber, en un intento de exculpar a su jefe, declaró que descartaba por completo la idea del complot y que Morell estaba muy preocupado por todo aquello.

Finalmente, un análisis químico del controvertido medicamento determinó que el contenido de atropina y estricnina era demasiado bajo para ser tóxico incluso en las dosis masivas prescritas a Hitler. Una victoria en toda regla para Morell. «Me gustaría que el asunto de las pastillas antigases cayera definitivamente en el olvido —zanjó el Führer—. Decid lo que queráis de Morell. Él es y seguirá siendo mi único médico de cabecera y tengo plena confianza en él.»[158] Giesing recibió una reprimenda y Hitler lo despidió diciéndole que todos los alemanes podían elegir libremente a su médico, y que eso también valía para él. También le recordó que la confianza depositada por el enfermo en su terapeuta y sus métodos contribuía a la curación, y que él confiaba en su médico. Hitler barrió de un plumazo toda referencia al uso indiscriminado que Morell hacía de las jeringuillas: «Sé que los modernos procedimientos de Morell todavía no están internacionalmente reconocidos y que, en algunas cosas, el doctor está investigando sin haber llegado todavía a ningún resultado sólido. Pero esto ha pasado siempre con todas las innovaciones en el campo de la medicina. Estoy seguro de que Morell continuará avanzando con determinación y le ofreceré apoyo económico para su trabajo cuando lo necesite».[159]

Himmler, siempre dispuesto a girar como una veleta según soplara el viento, reorientó el debate en favor de la voluntad de Hitler: "Señores míos" —explicó a Hasselbach y Giessing—, No están siendo diplomáticos. Como saben, el Führer confía plenamente en Morell y eso no conviene ponerlo en duda». Cuando Hasselbach se quejó de que cualquier tribunal médico o, incluso, civil podría demandar a Morell por negligencia con resultado de lesiones, como mínimo, Himmler no ocultó su malhumor: «Señor catedrático, olvida usted que, como ministro del Interior, también lidero la más alta autoridad sanitaria y no deseo que se inicie ningún proceso contra Morell». Cuando Giesing le replicó que Hitler era el único jefe de Estado del mundo que cada semana tomaba entre 120 y 150 pastillas y recibía de ocho a diez inyecciones de fármacos, el jefe de las SS tampoco le dio importancia.

Las tornas se volvieron definitivamente para Giesing —quien, como compensación por sus servicios, recibió de Bormann un cheque por valor de 10.000 marcos del Reich—, Hasselbach y el influyente Brandt —y, con él,

también para su amigo Speer, quien había albergado la esperanza de pertenecer al séquito de Hitler—, y los tres doctores tuvieron que abandonar el cuartel general. El único facultativo que quedó fue Morell, quien se enteró de la buena noticia el 8 de octubre de 1944: «El Führer me ha comunicado que Brandt tiene obligaciones que atender en Berlín».[160] El paciente A se aferró a su proveedor. Como un yonqui que glorifica a su camello, Hitler tampoco podía abandonar al desprendido doctor que le daba de todo sin tener que pedírselo.

Por último, el dictador dijo a su médico: «¡Estos imbéciles no se han parado a pensar en el mal que podrían haberme hecho! Me habría quedado de repente sin médico. Estas personas deberían saber que usted, en los ocho años que lleva a mi lado, me ha salvado la vida varias veces. ¡Si supiera cómo me iba antes! Todos los médicos que se acercaban, fracasaban. No soy ningún desagradecido, querido doctor. Si los dos salimos felizmente de esta guerra, verá lo generosa que será mi recompensa».[161]

Seguro de sí mismo, Morell respondió a su Führer con unas palabras que podrían interpretarse como un intento de justificación para la posteridad: «Mi Führer, si le hubiera tratado un médico normal, habría estado tan privado del cumplimiento de sus obligaciones que el Reich ya se habría venido abajo». Tras estas palabras, según describe el propio Morell, Hitler le obsequió con una mirada prolongada y agradecida, le estrechó la mano y le dijo: «Mi querido doctor, me siento feliz y afortunado de tenerlo conmigo».

De esta manera se daba carpetazo a la guerra de los médicos. El paciente A había puesto coto a un derrocamiento prematuro. El precio que pagaría por ello sería la destrucción paulatina de su salud por parte del médico cuya continuidad acababa de ratificar. Para tranquilizarse, el jefe de Estado recibió «Eukodal-eupaverina. Glucosa i. v. y Homoseran i. m.».[162]

LA AUTOEXTINCIÓN

Poco se puede escribir ahora sobre la vida en el cuartel general, ya que todo lo que está sucediendo es, más o menos, de carácter interno. Me alegra comunicarte que el Führer se encuentra bien de salud y que se pasa día y noche preocupado por cómo mejorar y controlar el destino de Alemania. Sigo en las proximidades del Frente Oriental.[163]

Carta de Theo Morell

De la misma manera que las potentes sustancias se mezclaban en el émbolo de la jeringuilla especialmente confeccionada para el Führer por la farmacia Engel de Berlín-Mitte y se diluían en la sangre de Hitler, también su existencia de prolongada reclusión se disolvía paulatinamente en el nirvana. Es necesario tener en cuenta este proceso para comprender la transformación de un líder deslumbrante en una ruina humana y comparar las interacciones de esta evolución con los acontecimientos históricos.

El poco tiempo que todavía le quedaba a Hitler en el último trimestre de 1944 —cuando los frentes se aproximaban por todos los flancos, las tuercas se apretaban todavía más y los retortijones eran cada vez más intensos— solo se le hizo soportable porque consumía narcóticos fuertes y levantaba barricadas farmacológicas a su alrededor. El sistema de delirio totalitario que él mismo había creado no contemplaba en absoluto a un Führer sobrio. Como el dictador pensaba que debía acometer en vida los ambiciosos objetivos del nacionalsocialismo y no confiaba en ningún sucesor para construir el imperio pangermánico mundial, tuvo que actuar con prisas y no rendirse ni darse por vencido en ningún momento. Por ello necesitaba el

dopaje de Morell: para poder seguir trabajando permanentemente, mantener la visión de túnel y no relativizar nunca la autorreferencialidad total. De ningún modo quería Hitler abandonar su particular *viaje* megalómano por muy catastrófica que fuera la situación militar para los alemanes. No podía permitirse volver a sus cabales, porque, si lo hiciera, se daría cuenta de la inutilidad y la locura de toda su obra; ni tampoco dudar de su lucha contra el mundo, tirar la toalla en una guerra que él mismo había desatado y que hacía tiempo que había perdido. La jeringa, implacable, atravesaba su piel, bombeaba la sangre y chutaba la droga en la vena, y vuelta a empezar.

Desde el otoño de 1941 —con los esteroides y las inyecciones de hormonas— y, a más tardar, a partir de la segunda mitad de 1944 —primero, con el consumo de cocaína y, después, sobre todo Eukodal—, Hitler no vivió ni un solo día de privación. Eso le ayudó a resistir, a no escapar de su propio sistema, a no despertar nunca de la pesadilla hasta el final. El mal estaba hecho y ya no se podía remediar. Y si se tendían puentes con el mundo, allí estaba la dinamita farmacológica para destruirlos.

Las drogas como combustible y sustituto de la falta de entrega: ahora, el Führer solo se veía afirmado en su engaño a través de los estupefacientes. Siempre en camino, de cuartel general en cuartel general, de búnker en búnker, de desinhibición en desinhibición —sin mesura, sin hogar, ignorando permanentemente los posibles efectos secundarios del siguiente acto de guerra inútil, del siguiente chute represor de cualquier consecuencia—, Hitler actuaba desde la obnubilación permanente, como un atleta de élite dopado que no puede parar, sin vuelta atrás, hasta el colapso inevitable.

EL SUPERBÚNKER

Mi querido y viejo amigo, espero que todavía me permita llamarlo así a pesar de haberse convertido en una figura mundial, pero conozco su carácter. El pueblo alemán le está muy agradecido por su labor benefactora, ya que estaríamos perdidos si la mano firme fallara. Si esa mano se ha mantenido firme hasta hoy es gracias a usted, a su mérito imborrable.[164]

De una carta a Theo Morell

Para estar mejor protegido ante futuros atentados, contagios u otros ataques, el paciente A se trasladó el 8 de noviembre de 1944 a un refugio recién construido dentro del área de seguridad del Führer en la Guarida del Lobo. En vez de los habituales techos de dos metros de espesor, la nueva casa tenía un recubrimiento de hormigón y grava de siete metros. Por la mole que excedía de largo el espacio útil, este cubo sin ventanas ni ventilación directa recordaba a una antigua tumba egipcia. Allí trabajaría, dormiría y vegetaría Hitler, completamente aislado, encerrado en su delirio, alimentándose de su sustancia. En la nueva morada, que parecía un monstruoso cuerpo extraño caído del cielo en medio del bosque, el dictador solo veía aspectos positivos. Incluso constató que en su interior tenía más espacio para pasear. Morell lo corroboró: el dormitorio del Führer y el despacho tenían 23 m^3 más que los del antiguo búnker. Por supuesto, el médico de cabecera disponía de libre acceso en todo momento a este sarcófago descomunal y, por lo demás, completamente aislado. El día de la

mudanza, Morell aplicó una inyección de «Eukodal intravenoso debido al excesivo estrés».[165]

Por entonces, Morell ya hacía tiempo que sabía cuál era el estado real de su paciente y hasta qué punto la situación del Führer era de dominio público. De las cartas que el médico escribió a finales del otoño de 1944 a su esposa, a varios líderes regionales del partido y a viejos amigos se desprende el afán desesperado de transmitir una realidad inventada. Muestra de ello es que también enviaba copias de los menús que se confeccionaban para la cena en la Guarida del Lobo como prueba para ignorantes del «modo de vida frugal y sensato»[166] de Hitler. Morell había pasado de no sacar nunca a colación el estado de salud de su paciente a divulgar ostentosamente un pretendido optimismo. He aquí una muestra de algunas líneas de su correspondencia: «Mi eminente paciente goza de muy buena salud … Mi paciente más destacado sigue estando bien. … La recuperación vuelve a ser completa … Me siento dichoso por el buen estado de salud de mi paciente … Mi paciente se encuentra muy bien y espero mantenerlo con la misma frescura de siempre para el pueblo alemán. Además del Duce, he tenido la posibilidad de sanar a varios jefes de Estado y puedo sentirme satisfecho del resultado de mi eficacia médica».[167]



¿*Heil* Hitler o *«High»* Hitler? ¿Abstinente o yonqui?
(© laif.)

Pero el paciente A no estaba bien. En realidad, lo único que podía hacer Morell era, por períodos cada vez más cortos, simular, escenificar, recomponer un Hitler sano a base de pinchazos. El dictador solía pasar el tiempo estirado en una sencilla cama de campaña en su celda sin ventanas, pálido y demacrado, vestido con un camisón blanco y tapado con una manta militar. Sobre su cabeza colgaba una lámpara móvil. La mesilla de noche y una estantería baja estaban repletas de un montón de papeles, mapas, libros abiertos y avisos urgentes. En medio de aquel desorden había un aparato de teléfono que nunca sonaba y las paredes gris claro todavía desprendían el olor a húmedo del hormigón no fraguado. Sobre la cama, en algún lugar entre los lápices rotos que había esparcidos, estaban las gafas de montura metálica que tanto avergonzaban a Hitler y que ya no podía ponerse él solo debido al temblor de sus manos. A pesar de todo, Morell insistía: «Puedo comunicar que el F. se encuentra muy bien … Me llena de alegría, tranquilidad y placer que a mi paciente le vaya tan bien y que pueda, con la misma energía y frescura de antes, superar todos los esfuerzos y manejar todas las crisis … Quizá le sirva de consuelo si le aseguro que la salud de nuestro Führer es muy buena».

Pero cuando el efecto del Eukodal disminuía, comenzaban los temblores, y más intensamente a partir de las últimas semanas de 1944. En las conversaciones sobre el estado de salud de Hitler no se hablaba de otra cosa. El Führer, hastiado, lo sabía e intentaba reprimir las convulsiones con todas sus fuerzas, pero solo conseguía empeorar la situación. El robusto e incansable brazo extendido del saludo nazi había pasado a la historia. Unas vibraciones nerviosas y agudas se habían apoderado de todas sus extremidades. «Temblor agudo en la mano izquierda», escribió Morell. Y después: «Temblor cada vez más frecuente en la mano derecha». O: «La pierna izquierda no tiembla, pero sí el brazo izquierdo y la mano izquierda».[168] Hitler se metía las manos en los bolsillos para ocultar la evidencia. A veces, se sujetaba convulsivamente la mano izquierda con la derecha. En ocasiones no eran ni siquiera temblores, sino verdaderas sacudidas que ponían a todo el mundo en estado de alarma. El general de división blindada Guderian, por entonces jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, comunicó que Hitler había tenido que poner la mano derecha

sobre la izquierda y la pierna derecha sobre la izquierda para disimular los temblores estando sentado. La mano de Hitler vibraba, oscilaba, evolucionaba de manera tan autárquica que muchos pensaban que lo hacía a propósito. Si cruzaba los brazos delante del pecho, temblaba todo el torso. Morell recomendó baños y reposo, pero Hitler le preguntó «si no había ninguna inyección que lo curara».[169]

Las inyecciones no habrían eliminado el problema, todo lo contrario. En la búsqueda de una causa del temblor de extremidades y la postura encorvada de Hitler, el historiador médico Hans-Joachim Neumann atribuyó al dictador un parkinsonismo arterioesclerótico, es decir, una parálisis agitante de origen probablemente autoinmune en la que el sistema inmunitario cree que las neuronas son cuerpos extraños y lucha contra ellas —el consumo de los absurdos preparados de hormonas animales podría estar detrás de esta disfunción—. El resultado es la muerte de las neuronas mesocefálicas productoras de dopamina y una carencia en los núcleos esenciales de la corteza cerebral, responsables de los procesos de aprendizaje y control. Morell también reflejó en sus apuntes la sospecha del párkinson, si bien no lo hizo hasta abril de 1945.[170] Hoy es imposible saber si este diagnóstico es correcto. Otra posible explicación es que los impopulares temblores de Hitler fueran consecuencia directa del incontrolado policonsumo de drogas.

En cualquier caso, Morell ya no pudo permitirse dejar solo a su paciente en este período. Ahora era el médico quien guiaba al «líder», pero también era su prisionero. Se quejaba del inconcebible sufrimiento que implicaba el puesto, de que hacía años que no podía ir a ningún sitio ni era dueño de su propia vida y de que tenía que desatender a su esposa, su consultorio de la Kurfürstendamm y los centros de producción e investigación en Olomouc y Hamburgo. Tan imprescindible era Morell que, cuando su hermano falleció, ni siquiera podía ir al entierro. Hitler adujo el pretexto del peligro externo: «Tras conocer la muerte de mi hermano, el F. se ha mostrado muy preocupado por mi viaje y dice que el oeste está amenazado. Le he propuesto ir en avión (dice que no, porque en el camino me interceptarían enjambres de aviones de caza), automóvil (a pesar de asegurarle lo contrario, dice que yo no soportaría un trayecto tan largo) o tren (dice que

los horarios no son seguros porque están condicionados por los ataques)». [171]

Morell propuso un sustituto para su corta ausencia, el médico de las SS, doctor Stumpfegger, pero Hitler lo rechazó argumentando que «quizá no sepa poner tan bien las inyecciones». ¿No sería más bien porque Stumpfegger desconocía el misterio de la «x»? Finalmente, después de empeñarse en disfrutar de un último resto de vida personal y familiar, y a pesar de los intentos de retenerlo en la Guarida del Lobo, Morell acudió a los funerales de su hermano y visitó fugazmente a su esposa a su paso por Berlín, pero lo hizo acompañado en todo momento por un guardaespaldas del Servicio de Seguridad del Reich impuesto por el Führer. A la vuelta del doctor, Hitler estaba muy disgustado: «Me presento ante el Führer a las 15.30. Paciente poco amable, ninguna pregunta … Rechazo absoluto».[172] Entonces, Morell sacó rápidamente su estuche, volvió a resollar, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y clavó la punta de la aguja de platino en el antebrazo de su paciente: «Glucosa i.v. y Vitamultin forte, Glyconorm, Tonophasphan». Hitler apoyó la mano izquierda sobre la hebilla de su cinturón, exhaló un sonoro suspiro, dobló los hombros hacia delante y torció los labios, delgados y estriados, haciendo que su boca pareciera más pequeña de lo que ya era. Después, su cara se relajó y Morell, con movimientos expertos, hizo un masaje para sacar el aire del vientre de Hitler. Médico y dictador volvían a entenderse.

LA CREMALLERA

En noviembre de 1944, mientras el Ejército Rojo seguía conquistando enclaves en Prusia Oriental, las venas de Hitler estaban tan perjudicadas que ni siquiera el experto practicante Morell sabía cómo encontrarlas. Después de tantas perforaciones, la epidermis que las cubría estaba inflamada, llena de cicatrices y tenía un color parduzco. Morell tuvo que parar: «Hoy he prescindido de las inyecciones para que los pinchazos cicatricen en condiciones. El pliegue del codo derecho está bien, el derecho todavía presenta puntos rojos (pero sin pus) donde había punciones. El F. dice que antes no le pasaba».[173]

La piel crujía de verdad cuando Morell pinchaba en aquellas semanas. Cada punzada provocaba una herida nueva que se sumaba a la anterior y formaba una costra alargada, la típica «cremallera» de los yonquis de estación de tren. Hasta Hitler se ponía cada vez más nervioso y se preocupaba de los estragos que le causaba el aumento de inyecciones: «Durante una inyección intravenosa, el Führer me ha dicho que no froto la zona con alcohol lo suficiente (que siempre me quedo corto) y que por ello últimamente le salen pequeñas pústulas rojas en las punciones». Pero Morell tenía a punto otra explicación para las molestias: «Sangre desoxigenada en vena a causa de la estancia prolongada en el búnker sin contacto con el aire exterior ni la luz del día, lo cual provoca una coagulación insuficiente y mantiene rojos los puntos de punción». La explicación de Morell no convenció a Hitler: «Pero el Führer lo atribuye a las bacterias y cree que quizá le entran demasiadas en el cuerpo a causa de las inyecciones».[174]

Obligado por las circunstancias, Morell quiso interrumpir por un tiempo la orgía de pinchazos, pero Hitler, haciendo evidentes sus tendencias autoagresivas, dejó a un lado cualquier reparo. A pesar de las molestias que le causaban las incontables perforaciones, no dejaba de desearlas y recibía a su médico diciéndole que no necesitaba ningún tratamiento, sino, directamente, una inyección: «6.00 horas de la mañana: El paciente requiere mi presencia … He llegado a los veinte minutos. El Führer explica que ha trabajado sin descanso y que ha tomado una decisión muy difícil que le ha causado un estado de agitación intensa. La agitación ha ido aumentando hasta que, como siempre le ocurre en este estado, han empezado los espasmos. Dice que no quiere que le haga ningún reconocimiento porque solo le aumentaría el dolor. Rápidamente preparo una inyección combinada de eupaverina y Eukodal y se la inyecto intravenosa, lo cual ha sido harto difícil debido a los numerosos pinchazos de los últimos días; vuelvo a llamarle la atención sobre la necesidad de cuidar las venas durante un tiempo. He tenido que interrumpir la inyección una vez, pero después ya ha entrado bien, se ha relajado y ha desaparecido el dolor. El F. se ha mostrado muy feliz por ello y me ha estrechado la mano en agradecimiento».[175]

Entre la llamada y la aplicación pasaron veinte minutos: ni en sueños podría cualquier toxicómano encontrar un camello más eficiente. Hitler sabía apreciar la disponibilidad permanente de su médico de cabecera y, por ejemplo, el 31 de octubre de 1944 manifestó elogiosamente que, «gracias a la rápida intervención de ayer por la mañana, tuvo un restablecimiento inmediato». A continuación, Morell lo tranquilizó diciéndole que «si se encontraba de nuevo en el mismo estado, solo tenía que llamarme inmediatamente, incluso de noche … La mayor satisfacción me la daría él por poder ayudarlo».[176]

En estas últimas semanas de estancia en la Guarida del Lobo, el paciente A recurrió con frecuencia a su servicio de habitación de 24 horas incluso para las sustancias más duras. Pretextando descaradamente un achaque o sobrecarga nerviosa, Hitler mandaba llamar a Morell en cualquier momento, también pasada la medianoche. Después de la inyección, mientras un ordenanza devolvía el maletín al «barracón de los zánganos», el médico esperaba junto a su paciente hasta que la sustancia

empezaba a hacer efecto. El 8 de noviembre de 1944, el subidón no fue lo suficientemente intenso y Morell añadió una generosa propina: «Miércoles, 0.30 horas: Llamada repentina. El Führer, de pronto, sufre una gastritis grave. Según me ha explicado, estaba a punto de tomar una de las decisiones más importantes de su vida y ello le ha provocado una tensión nerviosa cada vez más intensa. Al principio, la aplicación intravenosa de Eukodal-eupaverina le alivia el dolor y los espasmos solo parcialmente. Al pedirme que le aplique otra media inyección, mando que me vuelvan a traer el maletín y me doy cuenta de que solo he inyectado 0,01 de Eukodal en vez de 0,02. Tras otra inyección de 0,01 de Eukodal, los dolores y espasmos cesan al momento. El Führer da mil gracias por esta ayuda inmediata y se muestra totalmente feliz».[177]

Un yonqui se da cuenta enseguida de si la dosis recibida está cargada como siempre o no. Un yonqui no conoce otra cosa que el anhelo del siguiente chute benefactor. Cualquier otro aspecto de su existencia pasa a un segundo plano, ya sea en pleno día como en mitad de la noche. En los meses posteriores al atentado, cuando el consumo de drogas de Hitler alcanzó cifras de récord, el dictador perdió definitivamente el equilibrio bioquímico y, en consecuencia, la salud. Stauffenberg no había conseguido matarlo, pero lo había convertido, indirectamente, en un toxicómano. Hitler fue decayendo. La tez se le volvía ocre, los párpados le colgaban, el temblor de sus extremidades aumentaba y su capacidad de concentración disminuía. Hasselbach, el cirujano segundo, quien calificaba despectivamente los tratamientos de Morell de «magia»,[178] esbozó la evolución de la salud del Führer en un interrogatorio ante los Aliados después de la guerra. Según él, antes de 1940 Hitler parecía más joven de lo que era, pero después envejeció rápidamente; hasta 1943 todavía ofrecía un aspecto acorde con su edad, pero, a partir de entonces, su rápida decadencia física fue evidente.

Hitler empezó a recibir inyecciones de Eukodal en 1943, pero entre septiembre y diciembre de 1944 lo consumió con tanta frecuencia que habría que incluir también la posibilidad de una dependencia física. Lo que es un hecho es que la felicidad inyectada acarrea desagradables efectos secundarios, como trastornos del sueño, temblores y estreñimiento. Hitler los padecía todos. En cuanto disminuía el subidón, su tracto digestivo

reaccionaba con una «constipación intestinal espasmódica», no hacía «ninguna evacuación» y tenía unas «flatulencias terribles».[179] Pasaba las noches postrado en la cama con los ojos abiertos: «Entonces no puedo dormir … me pongo a mirar a oscuras los mapas del Estado Mayor que tengo frente a mí y el cerebro sigue trabajando; paso horas así hasta que consigo dejarlo».[180] Aseguraba que no podía reposar debido, única y exclusivamente, a los bombarderos británicos que sobrevolaban el Reich, pero lo más probable es que la causa de su insomnio fueran las drogas. Para forzar el sueño necesario, Morell tuvo que administrarle narcóticos barbitúricos como Luminal o Quadro-Nox. La espiral farmacológica seguía girando.

Seguramente a causa de las dosis frecuentes de Eukodal, la digestión de Hitler no funcionaba bien. El dictador había vuelto, en lo que a dolencias intestinales se refiere, a la misma situación por la que Morell había iniciado su tratamiento con Mutaflor en 1936. El paciente A padecía estreñimiento crónico. Para aplicarse las lavativas de manzanilla prescritas, se sentaba «en el váter. Yo debía quedarme fuera (él incluso echaba el pestillo)», pero no servía de nada: «No conseguía retener el líquido y tenía que sacarlo inmediatamente haciendo presión (¡una desgracia!)… El Führer debe intentar dormir (¡sin medicación!)».[181] Las funciones corporales más elementales degeneraron en operaciones fisiológicas de penosa ejecución que Morell anotaba con la misma minuciosidad con la que el alto mando de la Wehrmacht describía en su diario de guerra las evoluciones en el frente: «Cuatro evacuaciones entre las 16:00 y las 18:00 horas, de las cuales, dos muy flojas y dos muy intensas. En la segunda se produce una evacuación en forma de explosión acuosa tras la expulsión de una obstrucción. La tercera y cuarta desprenden un fuerte hedor, especialmente la cuarta (probablemente, una parte acumulada se ha descompuesto previamente y se ha convertido en gases y formaciones tóxicas). Estado relativamente más fuerte y cambio de expresión. Solo ha mandado llamarme inmediatamente después para comunicarme el desenlace satisfactorio».

La culpa

El 21 de noviembre de 1944 hubo sopa de papilla de arroz y rodajas de apio fritas con puré de patatas para almorzar. Después, la Guarida del Lobo cerró las puertas. Hitler había malvivido apenas trece días en su flamante superbúnker, pero los rusos estaban demasiado cerca y había que evacuar. El trayecto hasta la capital del Reich se hizo en una celda traqueteante cuyas ventanas se cubrían al pasar por zonas bombardeadas para evitar un empacho de realidad. Era el *Brandenburg*, el tren especial del Führer, y las estaciones por las que pasaba eran previamente evacuadas. Como Hitler ya no tenía la más mínima posibilidad contra el Ejército Rojo de Stalin y había dado el Frente Oriental definitivamente por perdido, planeaba ahora su segunda ofensiva en las Ardenas —ideada en septiembre bajo el efecto de la cocaína— para, a ser posible, repetir el milagro de la guerra relámpago de la primavera de 1940, dar un golpe de timón por lo menos en el oeste y firmar allí una paz separada en el último minuto.

El tren llegó a la estación de Berlín-Grunewald a las 5.20 horas de la mañana. La operación se desarrolló bajo el más estricto secreto. El taquígrafo anotó: «¡Máxima discreción!». De todos modos, el Führer solo podía susurrar, ya que temía perder la voz debido a un nódulo en las cuerdas vocales. Ya no fijaba la mirada a su alrededor, la tenía perdida en puntos imaginarios. No dejaba de tragar ávidamente oxígeno de un pequeño respirador portátil del Ejército que Morell le había conseguido para el viaje. Pocas veces había estado Hitler tan furioso y malhumorado. Todos sabían que el plan de hacer retroceder a las colosales fuerzas estadounidenses y británicas era pura fantasía, pero el comandante en jefe actuaba, como de costumbre, como si estuviera seguro de la victoria. En realidad, se sentía tan

preso «de la inmensa agitación … que le provocaba el vientre hinchado y los ataques de ira» que solo pudo remediar el Eukodal.[182] Al día siguiente recibió, además, 0,01 gramos de morfina. Dos días después, el 24 de noviembre de 1944, Morell anotó: «No considero necesaria ninguna inyección, pero el Führer quiere que le ponga algunas para acelerar su fortalecimiento».[183] Y, pasados tres días, de nuevo: «El Führer quiere recibir inyecciones ante la inminencia del trabajo agotador que le espera».[184]

¿Cómo afectaba intelectualmente a Hitler su policonsumo desbordante? ¿Estaba el dictador en plena posesión de sus facultades mentales? El filósofo Walter Benjamin, quien una década antes había experimentado con el Eukodal (si bien por vía oral, lo cual reduce considerablemente el peligro de adicción), explica el efecto psicológico de este opiáceo semisintético: «No creo que me autoengañe al decir que, en este estado, uno desarrolla una aversión en contra de la atmósfera libre y, digamos, uránica en la que los pensamientos del *afuera* se convierten casi en un suplicio. Es … como entretejerse, retraerse en uno mismo; como crear una tupida tela de araña sobre la que los problemas del mundo vegetan diseminados como cuerpos de insectos atraídos hacia ella. No quieres apartarte de esa cueva. En ella también toman forma los rudimentos de una actitud hostil hacia los presentes, el miedo a que estos te importunen y quieran llevarte a su terreno».[185]

Según el químico y autor científico Hermann Römpp, el abuso continuado de opiáceos contribuye al «deterioro del carácter y la capacidad resolutiva … La fuerza creativa intelectual se ve afectada sin que se produzca una pérdida real del bagaje intelectual previo. Hasta las personas de más alto nivel no retroceden ante el engaño y la estafa». Según Römpp, también produce paranoia y desconfianza enfermiza hacia el entorno.[186]

Efectivamente, la mentalidad de búnker de Hitler para la desesperada batalla final había descubierto en el Eukodal la droga del fin del mundo adecuada. La insensibilidad ya inherente en él, la visión rígida del mundo, la tendencia a fantasear, la falta de escrúpulos a la hora de saltarse cualquier límite, todo ello se vio funestamente favorecido por el consumo continuado del opioide en el último trimestre de 1944. En este período de irrupción de

los Aliados en el Reich por el este y el oeste, el potente narcótico disipó cualquier duda sobre la victoria y cualquier empatía hacia las víctimas civiles, e hizo al dictador aún más insensible hacia sí mismo y el mundo exterior.

Bajo la influencia del analgésico-narcótico, el Führer parecía él: aquel era el verdadero Hitler, y así había sido también antes. Sus opiniones y planes, la sobrevaloración de su propia importancia y la subestimación del contrario ya estaban definidos en su libro programático *Mi lucha*, publicado en 1925. La adicción al opioide simplemente cimentó una obstinación de todos modos existente, una propensión a la violencia delegada y nunca ejecutada personalmente, y contribuyó a que Hitler no pensara en claudicar ni siquiera en la última fase de la guerra y del genocidio judío.

Por consiguiente, ni los objetivos, ni los motivos, ni el delirio ideológico fueron el resultado de las drogas, porque todo ya estaba determinado desde mucho antes. Tampoco asesinó Hitler debido a una ofuscación, al contrario, estuvo en plena posesión de sus facultades hasta el final. El consumo no coartó en absoluto su libertad de decisión. Hitler siempre fue dueño de sus actos, siempre supo lo que hacía, actuaba a sangre fría y con la mente despierta. Dentro de su sistema basado desde el principio en el éxtasis y la huida de la realidad, actuó consecuentemente hasta el último momento, con una coherencia espantosa, y nunca desde la locura. Un caso típico de *actio libera in causa*: por muchas drogas que tomara para mantenerse en el estado en el que podía cometer sus crímenes, aquello no le eximía de su monstruosa culpa.

Parte IV

Últimos excesos: sangre y tierra (y drogas) (1944-1945)

La mala herida, ¿cómo curarla?.[1]

Richard Wagner

En la segunda mitad de 1944, los soldados de Hitler ya no cosecharon más victorias. A finales de agosto, los Aliados recuperaron París y, el 23 del mismo mes, la Wehrmacht tuvo que retirarse de Grecia y abandonar definitivamente el sureste europeo. El 11 de septiembre, las tropas estadounidenses cruzaron la frontera del Reich por Tréveris. Diezmadas, consumidas y sometidas, las tropas alemanas libraban batallas perdidas en todos los frentes. En tales condiciones, la pervitina solo servía para aguantar y huir. Un comandante de unidad blindada informó lacónicamente: «Conducimos sin parar hasta salir de Rusia. Hacemos relevos cada 100 kilómetros, tragamos pervitina y aguantamos hasta repostar».[2]

Según un estudio, dos terceras partes de la gente que consume *crystal meth* en dosis excesivas sufren psicosis al cabo de tres años.[3] Dado que la metanfetamina de cristal y la pervitina contienen el mismo principio activo y que una cantidad incalculable de soldados consumieron el medicamento más o menos regularmente desde la invasión de Polonia, la guerra relámpago contra Francia y, a más tardar, la ofensiva contra Rusia, debemos partir del hecho de que hubo efectos secundarios psicóticos masivos en los últimos meses de guerra, así como una necesidad de aumentar constantemente las dosis para mantener el efecto.[4]

Por ello, no es de extrañar que la fiebre de la pervitina también se extendiera durante 1944. Una carta de los laboratorios Temmler dirigida al comisario general para la Sanidad y la Higiene Públicas lo demuestra: apenas unos pocos meses antes del final de la guerra, la empresa solicitó una remesa de efedrina, cloroformo y cloruro de hidrógeno para producir pervitina. Según consta en la carta, estas materias primas servirían para elaborar cuatro millones de pastillas destinadas a «equipamiento y combate».[5] Debido a la guerra, la producción se había trasladado al

pintoresco municipio de casas de entramado de Meisenheim, concretamente, a una fábrica de cerveza. Así, las dos drogas favoritas de los alemanes en tiempos de guerra —la cerveza y la metanfetamina— se elaboraron bajo un mismo techo durante un tiempo.[6]

La Luftwaffe tampoco abandonó las sustancias potenciadoras del rendimiento, tal como se desprende de una reunión de trabajo médico-científica celebrada en julio de 1944 y en la que no se habló de otra cosa.[7] El Servicio de Sanidad del Ejército de Tierra también utilizó pervitina, pero en este caso para el transporte de heridos. En noviembre de 1944, los jefes médicos del tren hospital del Grupo A del Heer llevaron a cabo experimentos destinados a comparar los efectos de la morfina con los de un combinado de morfina y pervitina.[8] Dichas pruebas demostraron que hasta los heridos graves podían conservar un «buen estado de ánimo» si, aparte de la inyección de opiáceos que recibían, también ingerían dos pastillas de pervitina. En la misma medida que mejoraba el humor, aumentaba la voluntad de restablecimiento y, con ella, las posibilidades de reciclaje.

Pero muchos soldados no querían ser reciclados. Estaban agotados, decaídos y necesitaban períodos de restablecimiento cada vez más largos. Los lemas propagandísticos que incitaban a pelear hasta el último cartucho ya no servían. Ya no había ambición y los ánimos estaban por los suelos.[9] Sin embargo, no había descanso. Una de las típicas órdenes del día del mariscal de campo Gerd von Rundsted concluía diciendo que había llegado el momento de avanzar sin miramientos. Otra orden del alto mando decía: «Cabe contemplar la posibilidad de sobreesfuerzos y bajas, pero estas no pueden pesar sobre la conciencia médica. La situación requiere el empleo de todos los recursos disponibles».[10] Incluidos los químicos, naturalmente.

Como la ideología ya no daba para más —a los líderes no se les ocurría nada nuevo para motivar a sus soldados aparte de la insulsa fórmula de la «victoria final»—, la Wehrmacht decidió desarrollar nuevos preparados que se acoplaran a los receptores del sistema nervioso central con tanta fuerza que reanimaran a los soldados dados por muertos y los transformaran en vencedores en el campo de batalla. Por retorcido que parezca, paralelamente a los denodados esfuerzos para desarrollar un arma infalible, en esta fase final de derrotas constantes en la que había que agarrarse a

cualquier clavo ardiendo también se buscó frenéticamente una droga infalible que ayudara a pasar página por la vía química.

Visita a la Academia de Sanidad del Bundeswehr (Múnich)

Un antiguo cuartel de las SS aloja hoy la sede de la Academia de Sanidad de las Fuerzas Armadas de Alemania, el equivalente actual de la extinta Academia de Medicina Militar de Berlín donde el catedrático Ranke sometió a los futuros oficiales a experimentos con pervitina en la década de 1930. En lugar del sospechoso traficante de *meta* de la Wehrmacht, tengo ante mí al cordial doctor Volker Hartmann, jefe del Departamento de Teoría de la Atención Sanitaria. En el recorrido por el que me acompaña a través del enorme recinto militar, pasamos junto a un tanque con una insignia de la Cruz Roja y un helicóptero médico de rescate. Veo una señal que indica «NIVEL DE PELIGRO ALFA». Hartmann me tranquiliza —el aviso significa que «todo está en orden»— y aprovecha para explicarme su particular visión de un ejército federal exclusivamente humanitario y sin armas: «Los alemanes ya no pueden, por así decirlo, combatir en el sentido estricto; y creo que quizá tampoco deberían hacerlo. Nuestros puntos fuertes son otros —precisa para justificar su planteamiento—. A nuestro lema “Servimos a Alemania” le añadiría “Ayudamos a la gente”».

No hay destino donde Hartmann no haya servido como médico militar: en el buque escuela *Gorch Fock* y en una fragata frente a las costas del Cuerno de África; en la ciudad indonesia de Banda Aceh, colaborando en la ayuda humanitaria prestada por el Bundeswehr tras el tsunami; en Kosovo y en Afganistán. Allí, en Mazar-e Sarif, Hartmann fue responsable de los servicios sanitarios alemanes en toda la región en 2012, en calidad de comandante de la Unidad Sanitaria. Un día, un jefe de compañía solicitó para su tropa el neuroestimulante modafinilo para un eventual uso en

combate contra los talibanes, pero Hartmann prohibió el suministro. El modafinilo pertenece al grupo de los medicamentos psicoestimulantes y todavía se desconoce cómo actúa. Los deportistas lo utilizan como sustancia dopante y los universitarios, como droga inteligente, es decir, para aumentar la capacidad de concentración y rendimiento. Hartmann explica así su decisión: «No quería ser responsable de la posible adicción de los soldados, por no hablar de las repercusiones políticas y éticas. Mandé confiscarlo todo».

Ejército y drogas forman un binomio cuyas incógnitas Hartmann lleva años intentando resolver. Él fue quien desveló los intentos de la Marina de Guerra alemana de desarrollar una droga infalible en la fase final de la segunda guerra mundial. Me explica esta historia en nuestro segundo encuentro, al caer la tarde, esta vez en la Odeonsplatz muniquesa, justo al lado del Feldherrnhalle, donde el NSDAP, el 9 de noviembre de 1923, tras una noche entera empinando el codo en la cervecería Bürgerbräukeller, fracasó en su alcoholizado intento de golpe de estado. Hoy estamos a finales de septiembre y hace una noche agradable. A nuestro alrededor andan alborotados los embajadores de la Oktoberfest, gente vestida en traje regional y rebosante de alegría cervecera. Un ambiente ideal para hablar de historia, violencia y sustancias estimulantes.

«En el golpe de estado de Hitler, la policía bávara estaba ahí enfrente y disparaba —señala Hartmann—. Uno de los primeros nazis que murió alcanzado por una bala estaba agarrado del brazo de Hitler y lo arrastró con él al suelo. Entonces, el guardaespaldas de Hitler fue acribillado a balazos y cayó encima de ambos. Más de una docena de golpistas murieron en el acto, así como cuatro policías y un transeúnte. Los curiosos se dispersaron y se produjo el caos. Hitler se levantó a duras penas y huyó, prácticamente ileso. Hay veces en que las casualidades determinan el curso de la historia.»

Nos sentamos en un restaurante próximo al lugar de los hechos, el Pfälzer Residenz Weinstube, en cuya fachada hay una placa en recuerdo de los cuatro policías del estado de Baviera que murieron en el *putsch*, las primeras víctimas de los nazis. Pedimos vino blanco con agua carbonatada, todo un sacrilegio en plena Oktoberfest —la «quinta estación del año» para los muniqueses—, donde el zumo de cebada es, todavía más, si cabe, la

bebida reina. Hartmann empieza a hablarme del tema que nos ha reunido. Una historia que acaba definitivamente con el tan gastado mito de la integridad de la Wehrmacht. Un relato ruin sobre la armada alemana, a la que tanto le gusta ponerse como modelo de rectitud moral.

EN BUSCA DE UNA DROGA INFALIBLE

La guerra real nunca saldrá en los libros.[11]

Walt Whitman

En la Kriegsmarine alemana había un oficial de alto rango llamado Hellmuth Heye que, a pesar de que en la década de 1950 ocuparía un escaño en el Bundestag por la CDU, el 16 de marzo de 1944 todavía quería ganar la segunda guerra mundial y estaba reunido con dos colegas en un despacho en Kiel. Heye era almirante en jefe de las llamadas «unidades de combate de bolsillo» y su nivel de mando era inmediatamente inferior al del comandante en jefe de la Armada Karl Dönitz, quien en mayo de 1945 sucedería a Hitler en la jefatura del Estado. La situación en el mar no iba precisamente viento en popa para la «Kriegsmarine imperial», como gustaba autodenominarse a la Marina de Guerra para diferenciarse de la aérea «Luftwaffe nacionalsocialista». La batalla en el Atlántico estaba perdida: la guerra submarina se había tenido que suspender debido a la inesperada intercepción de los códigos de radio por parte de los británicos, la supremacía aérea aliada y la mala planificación económica de la contienda. Ello permitió a los Aliados llevar refuerzos de Estados Unidos al Reino Unido sin ser molestados y preparar la invasión por Normandía, que era lo que debían evitar —nada menos— las flamantes microunidades de Heye en la primavera de 1944.



El almirante Heye apostó por D IX, una combinación de cocaína, pervitina y Eukodal. (© Picture Alliance/WZ-Bilderdienst.)

Hitler aplaudió el desarrollo de «armas de bolsillo» como una posibilidad real de impedir el desembarco de los estadounidenses: «Cuando las tenga a punto, podré detener la invasión».[12] En una conferencia sobre

armamento celebrada en enero de 1944 en presencia del ministro de Armamento Speer, el jefe de las SS Himmler y varios mariscales de campo, el Führer ya había ordenado la creación de las armas supuestamente infalibles en las que tantas esperanzas tenía depositadas. Su intención era llevar a cabo una guerra de guerrillas a base de modernos sumergibles biplaza, minisubmarinos, barcas explosivas y torpedos monoplaza con los que atacar, hundir o, como mínimo, enervar a la superpotencia enemiga y obligarla a retirarse. Era como David contra Goliat, aunque no tan bíblico. Todo el mundo en la Armada hablaba de las K-Verbände, las unidades de bolsillo. Sus misiones especiales se basarían en el efecto sorpresa y, sobre todo, en no ser avistadas ni localizadas. El objetivo era acercarse a hurtadillas hasta los barcos enemigos más grandes, lanzar el torpedo y volver a puerto. Ello obligaría a los pilotos a pasar varios días y noches seguidas bajo el agua sin dormir, es decir, más de lo que la pervitina permitía, ya que, según la experiencia acumulada, la sustancia despertadora en dosis elevadas no proporcionaba más de 48 horas de vigilia. No se había previsto impartir ninguna formación naval específica para estas misiones casi suicidas, pero sí se pensó en crear drogas nuevas que superasen cualquier sustancia conocida.

Si en esta guerra hubo un último cuarto de hora en el que fue necesario resistir, ese momento había llegado. En la primavera de 1944, Heye buscaba febrilmente un «medicamento rápido de preparar que mantenga despierto y operativo al soldado que se encuentre de misión en solitario más tiempo de lo normal y no pueda permitirse quedarse dormido». Además, la droga debía «elevar la autoestima del soldado y movilizar sus reservas energéticas».[13] ¿Quién sería capaz de desarrollar una sustancia tan infalible?

El doctor Gerhard Orzechowski, oficial médico de la Armada y farmacólogo jefe de la Oficina de Sanidad del alto mando de la Kriegsmarine en el mar Báltico, era, en su actividad civil, catedrático de Farmacología de la Universidad de Kiel. Durante la ocupación alemana de Francia trabajó en el Instituto de Investigación de Medicina Naval Submarina de la localidad bretona de Carnac, donde se dedicó a estudiar distintas sustancias potenciadoras del rendimiento.[14] Este científico de

aspecto erudito parecía la persona adecuada para acometer el intento de exprimir las últimas reservas de una tropa extenuada, estimular a los guerrilleros de bolsillo y forzar la victoria final a base de fármacos. El objetivo literal de Orzechowski era «convertir al hombre en un depredador» mediante la química.[15]

El creador de drogas de diseño Orzechowski quería «convertir al hombre en un depredador».

(© Humboldt-Universität zu Berlin, Universitätsbibliothek.)



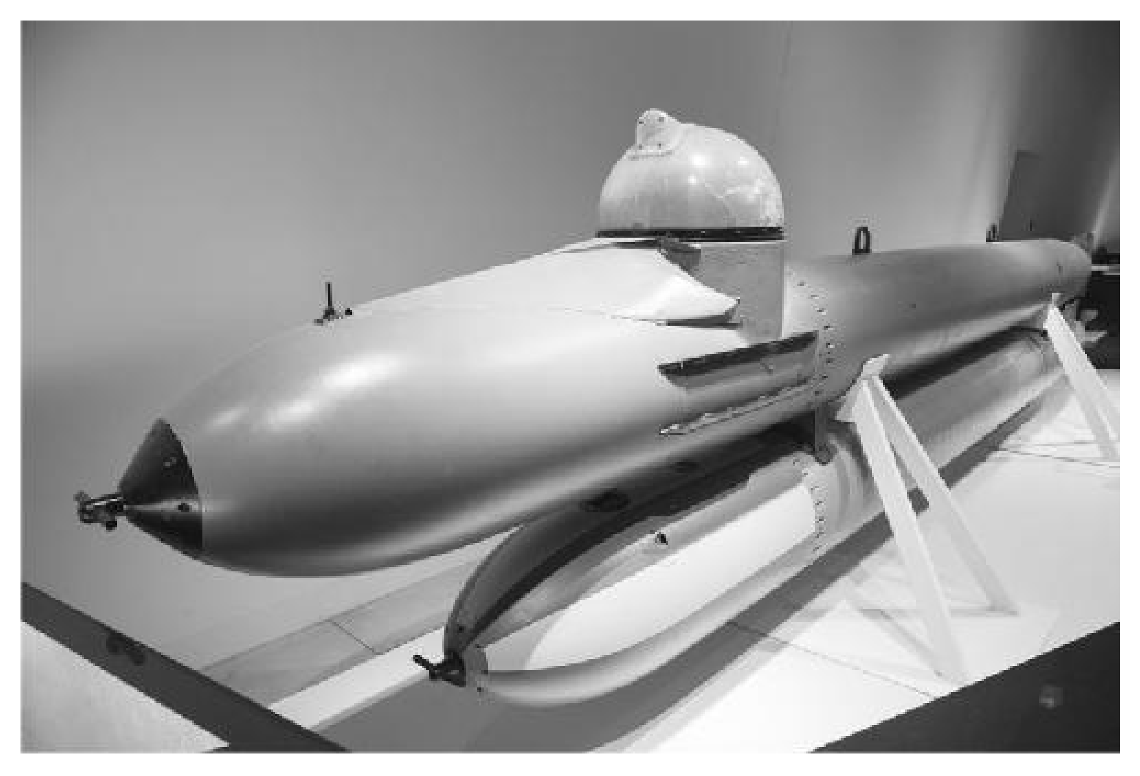
El creador de drogas de diseño Orzechowski quería «convertir al hombre en un depredador».

(© Humboldt-Universität zu Berlin, Universitätsbibliothek.)

Tal planteamiento era muy del agrado de Heye, quien estaba deseoso de poner en funcionamiento el navío de combate monoplaza Neger (nombre inspirado en el apellido de su creador, Richard Mohr, que significa «persona de piel oscura»). El artefacto se componía de dos torpedos superpuestos: el inferior era el arma propiamente dicha y el superior contenía la cabina de mando del piloto, cuya única protección era una carlinga de plexiglás estanca. Era lo más parecido a un jinete montado sobre un proyectil. Este híbrido de torpedo impulsor y torpedo con carga explosiva podía ser dirigido hacia su objetivo con la ayuda de un sencillo sistema de visor de ranura y punto de mira. Si la visión era buena, el piloto disparaba pisando un estribo, daba media vuelta y huía hacia un puerto seguro para salvar su vida —una empresa ciertamente dudosa, ya que la cúpula de plexiglás era un blanco perfecto para los cazas estadounidenses.

Orzechowski propuso para estos comandos suicidas diez preparados mixtos bautizados con las abreviaturas D I a D X, es decir, droga 1 a droga 10. Cada combinado tenía una cantidad distinta de Eukodal, cocaína, pervitina y Dicodid, un derivado morfínico semisintético con un efecto similar al de la codeína, pero mucho más potente. Eran las sustancias más fuertes conocidas hasta el momento, mezcladas sin orden ni concierto, lo cual demuestra lo poco estricta que era la Armada en el manejo de estupefacientes —y lo desesperada que era la situación.

El 17 de marzo de 1944, la farmacia del hospital militar de la Armada en Kiel elaboró cinco comprimidos de cada una de las diez variedades y al día siguiente los probaron cincuenta soldados del campo de entrenamiento Blaukopel. Como había que ir rápido porque el tiempo apremiaba, no se hicieron pruebas serias sobre las complejas interacciones entre los ingredientes. El preparado D IX se llevaba la palma en arbitrariedad: era una mezcla de cinco miligramos de Eukodal, cinco de cocaína y tres de metanfetamina. Una combinación potente que, quizá, Hitler también habría podido degustar. El jefe sanitario de la Marina de Guerra y almirante médico doctor Greul tuvo que dar su visto bueno, ya que la cocaína en polvo no se podía prescribir. Heye también dio luz verde. Inmediatamente, el Servicio de Sanidad preparó quinientas pastillas para el Neger y, también, para el Biber, un submarino de bolsillo con dos torpedos acoplados.



Navío de guerra monoplaza Neger: utilícese solo bajo el efecto de drogas duras. (© Militärhistorisches Museum der Bundeswehr, Dresde/Fotografía: Andrea Ulke.)

A pesar de ser alto secreto, la búsqueda de la superdroga trascendió y llegó a oídos de las SS. En esta organización policial también se apostaba por comandos especiales de luchadores de élite y había crecido el interés por los conocimientos recabados por sus colegas militares durante la creación de las unidades especiales. Comenzaba así una colaboración que los miembros de la Armada quisieron enterrar en el olvido una vez acabada la guerra. El jefe superior de unidad de asalto Otto Skorzeny, tristemente conocido por su falta de escrúpulos, cabecilla de las operaciones secretas de las SS y calificado durante algún tiempo por los servicios secretos occidentales (exagerando un poco la realidad) como el hombre más peligroso de Europa, se presentó ante el comando de Heye el 30 de marzo de 1944. Desde su participación en el rescate de Mussolini en septiembre de 1943, Hitler y Himmler lo habían apoyado en todos sus proyectos clandestinos. Oficialmente, el hombre con la llamativa cicatriz en el rostro solo quería ver las nuevas armas de las unidades de combate de bolsillo,

pero el motivo principal de su visita era la D IX de Orzechowski. Skorzeny, quien nunca ocultó su inclinación por las drogas duras, se embolsó mil comprimidos de una vez para probarlos «en misión especial».[16] Se había establecido un contacto que tendría graves consecuencias.

¿Cómo actuaba la D IX? «Una hora después de la toma de 1-2 pastillas, todos presentaban alguna molestia desagradable —dice uno de los pocos informes que se conservan—. A los que previamente habían estado frescos y descansados, les temblaban las manos durante un breve estado de euforia, y los que ya estaban cansados se quejaban de dolor de rodilla y agarrotamiento muscular. Durante el período de pleno efecto de la D IX se producía una parálisis paulatina del sistema nervioso central, la euforia buscada disminuía inmediatamente, la capacidad de decisión y el intelecto se inhibían y a una profusa sudoración se sumaba una sensación de resaca, agotamiento extremo y desfallecimiento.»[17]

El resultado de la prueba distaba mucho de ser prometedor. Sin embargo, la D IX acabó utilizándose y contribuyó a un verdadero fiasco para la Armada: dos terceras partes de los pilotos de los Biber no sobrevivieron a sus arriesgadas misiones. Debido a unos graves efectos secundarios que dificultaban las misiones en vez de facilitarlas, la droga supuestamente infalible fue abandonada con la misma rapidez con la que se había inventado.

Entretanto, la situación militar de los alemanes empeoraba a marchas forzadas. Los Aliados habían desembarcado en el continente europeo y avanzaban con un ejército colosal en dirección a la frontera occidental del Reich. Todas las esperanzas estaban puestas ahora, a partir del otoño de 1944, en un nuevo medio de combate de bolsillo con gran capacidad de inmersión y, por ello, también supuestamente revolucionario: el minisubmarino Seehund con dos torpedos incorporados. El plan de batalla de Heye era navegar con el artefacto hasta la desembocadura del Támesis y las playas de Normandía y hacer volar allí los barcos aliados. Sin embargo, el pilotaje y la navegación planteaban un desafío extraordinario. Además, las condiciones en la cabina eran precarias: una olla eléctrica daba algo de calor durante las comidas y las necesidades se hacían en latas de conserva vacías.[18] «Aguantar cuatro días en esta embarcación de combate es difícil

y, sin estimulantes, casi imposible»,[19] escribió el doctor Hans-Joachim Richert, oficial sanitario y médico de la Armada, a la vez que responsable de suministros médicos de las unidades de combate de bolsillo. De todos modos, el empleo de estupefacientes químicos para superar estas dificultades parece que preocupaba un poco a Richert cuando, en su diario de guerra —que siempre había que llevar en tono impersonal—, formuló algo fríamente: «La dirección militar considera que, si es necesario, en esta guerra también habrá que contar con lesiones causadas por medicamentos potentes». El 11 de octubre de 1944, Richert se reunió con el experto en drogas de diseño Orzechowski en las afueras de Lübeck para hablar «de una sustancia despertadora y potenciadora del rendimiento para el Seehund».

Como había que olvidarse de los preparados mixtos debido a su elevado nivel de fracaso, Richert y Orzechowski discutieron sobre si la cocaína o la metanfetamina puras en dosis extremadamente elevadas podrían mantener a una persona incluso más de dos días y dos noches despierta y en forma. El tiempo apremiaba. Nueve días después, el 20 de octubre de 1944, el gran almirante Dönitz, atosigado por un Hitler encomendado a sus armas infalibles, pasó revista a la flotilla de bolsillo. Richert le informó de que «las condiciones en la embarcación de combate Seehund para una misión de 4×24 horas de duración son difíciles y requieren el desarrollo y ensayo de nuevos medicamentos». Para evitar otra catástrofe como la de la D IX, esta vez se decidió llevar a cabo una serie de pruebas para «determinar la tolerancia y los efectos de dosis elevadas de clorhidrato de cocaína en pastilla, dosis elevadas de pervitina en goma de mascar y dosis más bajas de clorhidrato de cocaína y cocaína base en goma de mascar».

Datum	Ort	Eintragungen
Zu: 11.10.44.	Timmendorfer Strand	Dr. Orzechowski über ein wachhaltendes und leistungssteigerndes Mittel für Seehund. In diesem Kampfmittel müssen 2 Mann etwa 4 Tage Einsätze fahren. Die Bedingungen sind ähnliche wie im Hecht. Die Soldaten sitzen in gepolsterten Stühlen hinter einander. Die Rückenlehne des Vorderen Sitzes kann umgelegt werden, sodaß ein Mann zeitweise liegen kann. Antrieb über Wasser durch Diesel-, unter Wasser mit E-Motor, Lufterneuerung mit Injektorverfahren. Verpflegung durch Konserven, die mittels eines elektrischen Topfes gewärmt werden. Der vordere Mann ist Kommandant und navigiert, der achtere ist L.I. und bedient die Maschinenanlage. Der Letztere hat in dem ihm zur Verfügung stehenden Raum sehr wenig Bewegungsfreiheit. Die Bedingungen in dieser Hinsicht für den Vorderen Mann sind besser, zumal er im Turm sitzen bzw. stehen kann. Das Aushalten für 4 Tage in diesem Kampfmittel wird schwierig und ohne Reizmittel nicht immer möglich sein. Die militärische Führung steht auf dem Standpunkt, daß in diesem Krieg, wenn es erforderlich ist, auch Schädigungen durch stark wirkende Medikamente in Kauf genommen werden müssen, sofern sie die Durchführung von Einsätzen ermöglichen. Zur Auswahl stehen neben Bohnenkaffee die Mittel Cardiazol-Coffein, Pervitin und Cocain. Mit Prof. Dr. Orzechowski werden die notwendigen Versuche besprochen.
15.10.44.	- " -	Aufstellung der K - Flottille 212 (Linsen).
16.10.44.	- " -	Stabsarzt d.Lw. Dozent Dr. Malorny zur Verfügung Kom.Adm. U.-Boote abkommandiert. Zusammen-

Diario de guerra de un médico de la Armada: «cafeína, pervitina y cocaína».
(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

Pero ¿en qué lugar y con quién se podían llevar a cabo unas pruebas tan poco inocuas? Alguien se acordó entonces de ciertos contactos que se habían establecido con las SS a través de Otto Skorzeny. ¿Podrían estos abrir a la armada alemana unas puertas tan poco seguras? Dönitz y Heye dieron el visto bueno y los hombres de la Kriegsmarine, con sus uniformes impolutos, volvieron a relacionarse con la inmunda Schutzstaffel. Se iniciaba una colaboración de alto secreto que hasta hoy no se ha investigado con pelos y señales. A finales de noviembre de 1944, la puerta a la que habían llamado se abrió para Richert, el médico de la Armada encargado de dirigir los experimentos, y por ella accedió a unas enormes instalaciones donde, en realidad, no se le había perdido nada. Una inscripción con letras de acero recibían al visitante en la entrada: ARBEIT MACHT FREI.[20]

VIAJE DE TRABAJO A SACHSENHAUSEN

Un viento frío invade la explanada rodeada por una muralla de tres metros de altura con orificios cruciformes y unos tiestos con siemprevivas dispuestos simétricamente en la parte superior. Muros exteriores asegurados con valla eléctrica y, delante de estos, rollos de alambre de espino sobre una franja de grava rastrillada: ZONA NEUTRAL. *Se disparará inmediatamente sobre cualquier objetivo*.

El campo de concentración de Sachsenhausen, situado a treinta y cinco kilómetros al norte de Berlín, en las afueras del municipio de Oranienburg, fue inaugurado en 1936, el año de los Juegos Olímpicos. Fue uno de los primeros campos salidos de la mesa de dibujo de un arquitecto de las SS. Su planta triangular respondía a las exigencias de un diseño de vigilancia integral: desde el balcón de la torre principal A, sostenida por una estructura de entramado y pintada de color verde lima, un único guarda podía observar todos los barracones agrupados en cuatro arcos concéntricos alrededor de la plaza semicircular de recuento de prisioneros. Una sola ametralladora bastaba para tener en jaque a todos los reclusos. Más de doscientas mil personas de cuarenta naciones estuvieron encarceladas en Sachsenhausen hasta poco antes del final de la guerra: opositores políticos, judíos, gitanos, homosexuales, testigos de Jehová, súbditos de países europeos ocupados, «asociales», alcohólicos, drogadictos. Varias decenas de miles murieron de enfermedad, inanición, trabajos forzados, malos tratos o experimentos médicos. Se calcula que, en el otoño de 1941, entre dieciséis y dieciocho mil prisioneros de guerra soviéticos perdieron la vida, entre otros motivos, por el procedimiento homicida estándar del tiro en la nuca.

Otra infame marca de la casa fue el llamado «batallón de probadores de zapatos». Eran reclusos que, a base de caminatas forzadas ininterrumpidas, tenían que hacer pruebas de desgaste de suelas para la industria alemana del calzado. Empresas como Salamander, Bata o Leiser enviaban al campo de concentración sus últimos diseños fabricados con sucedáneos del cuero, el cual estaba racionado a causa de la guerra. La pista de pruebas, parcialmente conservada en el actual monumento conmemorativo de Sachsenhausen, era un carril de setecientos metros de longitud dividido en tramos de distintos materiales: 58 % de hormigón, 10 % de carbonilla, 12 % de arena, 8 % de barro constantemente humedecido, 4 % de gravilla, 4 % de piedra gruesa y 4 % de adoquines.

El batallón de probadores de zapatos era un pelotón de trabajos forzados al que iba a parar todo aquel que se negaba a trabajar o era pillado apostando, practicando el trueque o robando comida de la cantina o la perrera. Otras causas de incorporación podían ser la «pereza», la negación del cumplimiento de órdenes o, también, la sospecha de prácticas homosexuales. Formado al principio por 120 reclusos, el batallón fue posteriormente ampliado hasta 170 por el doctor Ernst Brennscheidt, un maestro zapatero con doctorado, natural de Mrągowo, Prusia Oriental, y funcionario público que, a pesar de no haber pertenecido nunca a las SS o al NSDAP, fue famoso por su crueldad. Brennscheidt mandó aumentar el ritmo de marcha y elevó la distancia obligatoria diaria a más de cuarenta kilómetros. Además, a lo largo del recorrido casi maratoniano, los reclusos debían cargar con mochilas de más de diez kilos de peso para forzar todavía más las suelas. A menudo Brennscheidt asignaba calzado demasiado ceñido u ordenaba números de zapato distintos para cada pie, quizá para obtener parámetros de evaluación adicionales.

El capataz que encabezaba el batallón tenía preparadas unas fichas de cartón numeradas y, cuando los probadores de zapatos habían completado una vuelta, depositaba una de estas fichas en una caja de madera precintada situada sobre un poste para poder contarlas en cualquier momento. Cada diez kilómetros se comprobaba el estado de desgaste de los zapatos. A la voz de mando, los reclusos debían tumbarse, acuclillarse, arrastrarse o dar saltos. Con frecuencia, alguno de los probadores de zapatos se venía abajo;

era entonces cuando Brennscheidt soltaba su pastor alemán. La marcha al compás, a discreción o al paso de la oca podía desarrollarse incluso con mal tiempo para no provocar pérdidas económicas.

El mantenimiento de este banco de pruebas corría a cargo del Ministerio de Economía. El organismo de las finanzas del Reich se encargaba de controlar de manera centralizada las pruebas de los materiales y solamente autorizaba la producción de aquellos sucedáneos del cuero que pasaran con éxito los tests de Sachsenhausen. El Ministerio pagaba al campo de concentración seis marcos del Reich por día y recluso. Las suelas de goma, tras reiterados remiendos, podían resistir hasta tres mil kilómetros, lo que equivalía a una vida útil de 75 días. En cambio, la mayoría del resto de materiales quedaba inservible mucho antes. Las fibras de cuero reciclado apenas llegaban a las mil fichas en la pista, pero una suela de Igelit fabricada por IG Farben con PVC había logrado la marca de dos mil kilómetros.[21] Toda esta información se anotaba meticulosamente. Sin embargo, nunca se llevó a cabo un registro del número de víctimas, o bien dicho registro fue destruido. Según ciertas estimaciones, hasta veinte personas al día murieron probando zapatos.[22] Las SS tenía un nombre para esto: «exterminio a través del trabajo».

LA PATRULLA DE LAS PASTILLAS

La Marina de Guerra alquiló los servicios del batallón de probadores de zapatos entre el 17 y el 20 de noviembre de 1944 a través de un «documento de mando secreto». La primera tarde, a las nueve y media en punto, los reclusos recibieron del oficial médico naval Richert unas drogas con dosificaciones exageradamente elevadas: entre 50 y 100 miligramos de cocaína pura en pastilla y 20 miligramos en goma de mascar, o bien 20 miligramos de pervitina también en goma de mascar (una cantidad siete veces mayor que la de los típicos comprimidos de Temmler). Treinta minutos más tarde, la droga empezó a hacer efecto y comenzó en la pista de pruebas una marcha que acabaría, literalmente, en el final de la noche.

Geheime Kommandosache! 18

Um eine Weiterverbreitung der Kenntnis über die angewandten Mittel im Laienkreisea zu vermeiden, sind in dem Bericht die Medikamente nur abgekürzt vermerkt.

C	Hydrochloricum bedeutet	Cocainum hydrochloricum
C	bas. "	Cocainum basicum
P	"	Pervitin

Códigos de las distintas sustancias empleadas.
(© Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg.)

Entre las cuatro y las cinco de la mañana, después de entre siete y ocho horas de oscuridad a paso cargado, la mayoría de los reclusos se rindió «a

causa de heridas en los pies».[23] Después de la guerra, el preso Odd Nansen, futuro cofundador de UNICEF, describió los experimentos: «Una patrulla extraña da vueltas sin parar en la plaza de recuento de prisioneros, como hace la "tropa de los zapatos". Todos llevan mochila, cantan y silban mientras caminan. Es la "patrulla de las pastillas". Son cobayas para una píldora energética recién inventada. Con ellos se está probando cuánto pueden resistir después de consumir la pastilla. Tras las primeras veinticuatro horas, la mayoría ya se ha rendido y están todos destrozados, pero se dice que con estas pastillas se puede trabajar lo indecible sin sufrir la reacción habitual. Ciertamente, los alemanes necesitarán estas pastillas».[24]

Las anotaciones del oficial Richert silencian los malos tratos infligidos a los reclusos durante aquella tortura. El «sujeto de ensayo n.º 3», Günther Lehmann, de 20 años, fue el único que, con 75 miligramos de cocaína encima, todavía seguía caminando a la mañana siguiente. Dio sus vueltas en solitario hasta las once, 96 kilómetros en total, «sin cansancio», tal como consta en el informe experimental.[25] A la una fue enviado al barracón con los demás. Allí permanecieron los reclusos, todavía drogados, hasta la tarde. Nadie podía dormir. A las ocho se volvió a administrar la misma droga. Esa noche tampoco descansó nadie. «Los participantes … pueden mantenerse ocupados a voluntad»: totalmente puestos de cocaína y metanfetamina en un campo de concentración.

A las ocho de la tarde del día siguiente tuvo lugar «otra toma del medicamento» y el grupo permaneció en la estancia bajo las mismas condiciones. Los reclusos jugaban a cartas, hablaban, leían. Algunos se acostaban, echaban una cabezada breve y volvían a despertarse. Al día siguiente, Richert describió el aspecto de aquellos hombres: «Los números 1, 10 y 11 están medio dormidos por la mañana, el número 9 parece haber trasnochado; los demás ofrecen un aspecto no perjudicado. Vuelven a ocupar el tiempo como los días anteriores. 19.30 horas: otra toma del medicamento». El experimento finalizó a las cuatro de la tarde del cuarto día y los voluntarios volvieron tambaleándose a sus barracones.

Entretanto, un segundo grupo —otra patrulla de las pastillas— había iniciado una nueva marcha con mochilas. Para estos reclusos se había fijado

el rendimiento del preso Lehmann como referencia amenazadora: si duraban menos que él, morirían. Todos, sin excepciones, recorrieron los noventa kilómetros exigidos. El oficial médico anotó satisfecho: «En esta administración del medicamento, la predisposición y la voluntad han quedado ampliamente neutralizadas … Los sujetos de ensayo se han visto obligados a permanecer en un estado contrario a su predisposición». A pesar del cansancio y la complexión débil, los reclusos se habían transformado en máquinas de andar. Tales resultados agradarían a Heye, ya que no podía dar por sentado que sus soldados reunieran por sí mismos la fuerza y motivación necesarias para afrontar la desesperada batalla final.

¿Qué dosificaciones habían demostrado ser más eficaces para conseguir por la fuerza el «estado» deseado? Según Richert: «Con las sustancias A-D, entra en el terreno de lo posible el objetivo de mantener despierta y en buena forma física a una persona durante cuatro días y sus correspondientes noches con reducida o inexistente posibilidad de que se quede dormida. Debe otorgarse prioridad a las sustancias B y C». Las sustancias B y C eran sal de cocaína y cocaína base en sendas dosis de 20 miligramos en goma de mascar. Por consiguiente, la propuesta de Richert fue que, en los últimos coletazos de la guerra, los jóvenes soldados de la Armada mascaran chicle de cocaína en misión insomne de cuatro días con sus noches.

- 1 -

Geheime Kommandosache!

Arzneimittelversuch zur Hebung der Leistungsfähigkeit und Wachhaltung vom 17. - 20.11.44.

Zweck des Versuches: Grobe Prüfung über Verträglichkeit und Wirkung von:

Medikament	A	= C.hydrochl.	in verschiedener Dosis, (in Pillenform)
- " -	B	= C. "	20 mg in Kaugummi
- " -	C	= C.bas.	20 mg in Kaugummi
- " -	D	= P.	20 mg in Kaugummi

I. Gruppe.

Lfd. Nr.	Name	Alter	Gewicht	Größe	1-malige Arzneimittelgabe innerhalb 24 Stunden.
1.	F.B.	18	80 Kg.	1,79	100 mg von A
2.	P.	24	90 "	1,89	100 mg " A
3.	G.L.	20	62 "	1,71	75 mg " A
4.	P.Schw.	21	70 "	1,75	50 mg " A
5.	H.T.	22	71 "	1,72	50 mg " A
6.	A.P.	23	53 "	1,66	B
7.	E.P.	24	68 "	1,75	B
8.	Z.M.	23	70 "	1,73	C
9.	M.P.	23	66 "	1,67	C
10.	K.Schm.	20	72 "	1,73	D
11.	W.Schm.	25	66 "	1,66	D

Wie aus der Aufstellung ersichtlich ist, handelt es sich um junge Männer zwischen 18 und 24 Jahren, die ausreichend ernährt und in gutem Kräftezustand sind.

17.11. Tagsüber nur leichte Arbeit.

20.30 Uhr Einnahme der Arzneimittel.
21.00 " Beginn des Gepäckmarsches mit 25 Pfund schwerem Tornister. Nach 2 1/2-Stunden Marsch jeweils 20 Minuten Pause.

18.11. Zwischen 4 und 5 Uhr scheiden die meisten Teilnehmer infolge wundgelaufener Füße aus; abgesehen von Lfd.Nr. 2. und 3. sind alle im Marschieren untrainiert und haben Schuhwerk, das nicht von ihnen eingelaufen wurde.

Marschleistungen:

Lfd. Nr.	1.	43 Klm.	
	2.	38 "	
	3.	96 "	marschierte am 18.11. bis 11.00 Uhr.
	4.	28 "	
	5.	40 "	
	6.	41 "	
	7.	51 "	
	8.	41 "	
	9.	41 "	
	10.	58 "	
	11.	41 "	

Nr. 3. als trainierter Marschierer geht bis 11.00 Uhr ohne Ermüdung weiter und tritt um 13.00 Uhr wieder zum Marschieren an,

gibt

Documento de mando secreto: la armada alemana experimenta con drogas en el campo de concentración de Sachsenhausen.

(©Bundesarchiv/Militärarchiv Freiburg)

Los experimentos fueron un disparate y un atentado contra la dignidad humana, pero parece que al oficial médico de la Kriegsmarine le gustó su viaje de trabajo. Incluso planeó más pruebas destinadas a examinar «cómo responde la capacidad de concentración bajo el efecto de los medicamentos durante varios días y noches en vela». Estos experimentos posteriores no tuvieron lugar por falta de tiempo o, mejor dicho, porque los Aliados avanzaban cada vez más rápido.

Los miembros de los servicios sanitarios de la armada alemana no se sentaron en el banco de los acusados durante los juicios de los doctores de Núremberg. Tampoco admitieron en ninguna ocasión, una vez finalizada la guerra, haber tenido algo que ver con las SS. Nada más lejos de la realidad: la búsqueda de sustancias potenciadoras del rendimiento iniciada por Ranke en la Academia de Medicina Militar en forma de autoexperimentación voluntaria con aspirantes a oficial sanitario degeneró en experimentos con cobayas humanas en un campo de concentración bajo la dirección de la Marina de Guerra alemana.

EL AUTÉNTICO HUNDIMIENTO

Dönitz mereció definitivamente ser el sucesor de Hitler el 7 de diciembre de 1944. El gran almirante se encontraba en Dresde ante cinco mil muchachos de las Juventudes Hitlerianas, la mayoría de entre 15 y 16 años de edad, pero también había niños de 10 a 12 años entre la multitud. Delante del estrado, junto al micrófono, como si fuera una urna funeraria gigante, había un minisubmarino decorado con guirnaldas de flores al que Dönitz dirigía toda suerte de elogios como última esperanza alemana para hacerse con la victoria final. Había que reclutar voluntarios. En los días siguientes, los numerosos jóvenes hitlerianos que se inscribieron fueron conducidos en camiones con matrículas ennegrecidas a sus bases navales, donde se les entregó un uniforme de la Armada con el que debían cumplir sus misiones secretas.[26] Por supuesto, ninguno de aquellos chicos sabía lo que le esperaba después de calzarse en la frente la gorra con el pequeño pez sierra dorado bordado en el frontal,[27] subirse a un submarino-torpedo acabado de remachar precipitadamente y recibir los comprimidos igualmente prensados a toda prisa o los chicles aderezados con cocaína. No sabían que serían arrojados al mar miserablemente, como cachorros de gato en un saco.

El alférez de navío Heinz Mantey describe un viaje de prácticas con el Seehund en el que recibieron, él y su ingeniero jefe, un estimulante cuya composición desconocían: «Nos sentíamos como locos de alegría y casi ingrávidos, todo se veía con unos colores increíbles».[28] Pronto comenzaron las alucinaciones acústicas y Mantey y su acompañante creyeron escuchar una música fantástica. El tablero de mandos del submarino empezó a iluminarse y a cambiar de tamaño y forma ante sus ojos. Pero la cosa no quedó en unas visiones agradables. El efecto se hizo

más intenso y empezó a resultar aterrador. Confusos, los marineros emergieron y fueron a la deriva durante horas. Más tarde no tenían la menor idea del rumbo que habían tomado.



Comando suicida con chicle de cocaína.
(© Historische Sammlung der Marineschule Mürwik.)

Esta agitada odisea no fue un caso único. Otro alférez informó de que «eran muy generosos con los estimulantes»; él mismo nunca zarpaba sin ellos. Un piloto de Seehund confirmó que a él también le habían dado cinco pequeñas grageas rojas antes de empezar la misión, con la advertencia de que las tomara solo en caso de cansancio. Al no estar informado de los efectos, se tomó todas las pastillas a las dos horas como medida preventiva. Resultado: cuatro días con sus noches en vela.

Otro piloto describió su misión detalladamente: en enero de 1944 debía averiguar si la desembocadura del Támesis era una zona de operaciones adecuada para misiones de cinco días y cuatro noches. El interior de la pequeña embarcación sumergible era tan estrecho que apenas podía moverse debido al voluminoso atuendo que llevaba. Y, por si fuera poco, la

elevada dosis de droga hizo su efecto: «Fue sobrecogedor». Encerrado en una caja de metal llena de explosivos, amarrado a su puesto, rodeado de tecnología deficiente y aparatos amontonados a toda prisa, abandonado en alta mar con la sangre llena de estupefacientes y sin experiencia en navegación marítima, no es de extrañar que nunca llegara a la desembocadura del Támesis.

También otros perdieron completamente el control. A un guardiamarina, el efecto de la droga le llegó directamente a las tripas con el balanceo constante de la embarcación. Las máquinas palpitaban a un ritmo constante y eterno, como si fueran los latidos de un corazón. Cuando tenía que orinar, lo hacía sin moverse de su asiento, directamente en la sentina, donde los restos de comida se enranciaban sobre el agua aceitosa estancada. «Nunca me había mareado, pero aquella vez vomité hasta el último bocado y no dejé de escupir. No era mareo, era dolor, y la tentación de abandonar fue en aumento. Llevábamos dos días sin dormir. Sudaba a pesar del frío. Era insoportable no poder moverse del asiento. Balanceo, hedor, ruido, humedad.»[29] Miedo y asco en el Atlántico.

Las microunidades de combate dopadas de la Kriegsmarine son el paradigma de lo que quedó de unas fuerzas armadas que sembraron el terror y quisieron conquistar el mundo. En abril de 1945, los Seehunde seguían haciéndose a la mar. Un comandante explicó que se había tomado varias pastillas antes de zarpar y vio emerger edificios y calles en alta mar. «De repente me pareció que un cuervo quería picarme en la nuca. Giré la cabeza de golpe y vi los motores burlones de un caza Lightning que se abalanzaba sobre nosotros. Justo entonces, dos puntos negros se desprendieron del fuselaje del avión». Por suerte, él y su ingeniero jefe no fueron alcanzados y lograron escapar. Del quinto al séptimo día de misión, ambos ingirieron entre quince y veinte pastillas por cabeza, un récord lamentable. Cuando el minisubmarino arribó al puerto holandés de IJmuiden, donde las grúas parcialmente destruidas de las dársenas asomaban bajo el cielo plomizo, los dos marineros ataron un paño blanco al periscopio y se sentaron cogidos del brazo en el borde de la torreta. Se rendían, les daba igual ante quién y qué sería de ellos. «Fue el final de siete días seguidos sin dormir.»

El Reich no solo se hundió claustrofóbicamente apiñado en el *Führerbunker* de Berlín, sino también farmacológicamente pasado de vueltas en las mareas frías del Atlántico Norte con chicles de cocaína testados en campos de concentración. Allí traqueteaban, se sumergían e iban a la deriva las armas de combate de bolsillo por cuyo interior corría apretujada la joven savia torpedera de la Kriegsmarine, totalmente colocada con las drogas más duras que nunca un soldado había tomado. Hellmuth Heye, el almirante responsable, comentó las misiones el 3 de abril de 1945 a las 14.48 horas en un mensaje radiado: «Los informes de los que disponemos indican que el grupo de combate, con total entrega, se ha atrevido con todo para cumplir su misión. A pesar de la confusa situación en el frente y los rumores incontrolables, la tropa avanza a contracorriente. Una vez más ha quedado demostrado que, cuando el Führer y la tropa están tallados del mismo tronco, siempre hay un camino. Y aunque se nos niegue el éxito inmediato, quedará el esfuerzo del que tan orgullosos nos sentimos».[30]

¿El Führer y la tropa tallados del mismo tronco? Colocados con las mismas sustancias, para ser más exactos. La afirmación de Heye de que los pilotos subían entusiasmados a unas naves condenadas a naufragar es cinismo puro. Seguramente, aquellos hombres drogados a la fuerza ya no querían pertenecer a ninguna «élite de luchadores», ya que lo único que habían hecho con ellos fue activar farmacológicamente sus últimas reservas.

Hellmuth Heye sobrevivió a la guerra y siguió vinculado a las fuerzas armadas alemanas. En 1961 fue nombrado comisario de Defensa del gobierno federal presidido por la CDU del canciller Adenauer. Sus soldados con el pez sierra dorado bordado en las gorras siguen encerrados en sarcófagos de acero en el fondo del mar.

LAVADO DE CEREBRO

En el informe de detención del doctor Kurt Plötner de la Universidad de Leipzig y capitán de las SS, los estadounidenses redactaron la siguiente descripción del arrestado: «constitución fuerte, cráneo redondeado, pelo semirrubio, ojos azules … gafas de concha, miope, mejillas infladas, imberbe. Herida de espada en la sien izquierda - personalidad flemática».[31] Desde el invierno de 1944, Plötner había estado ensayando una serie de «métodos químicos de suspensión de la voluntad» con presos del campo de concentración de Dachau, cerca de Múnich,[32] en calidad de director de departamento del Instituto de Ciencias de Defensa Aplicadas. Dichos métodos estaban basados en unos experimentos llevados a cabo con barbitúricos, derivados morfínicos y mescalina en el campo de exterminio de Auschwitz por el doctor Bruno Weber, director del Organismo de Investigación Higiénico-Bacteriológica del citado campo. El detonante de tales experimentos fue la frustración de la Gestapo, la cual era incapaz de sonsacar la información que buscaba mediante interrogatorio a miembros detenidos de la resistencia polaca.[*] A diferencia de Sachsenhausen, donde lo que interesaba era la resistencia física, en Auschwitz se trataba de lavado de cerebro y control de la conciencia.

Plötner continuó en Dachau la serie de ensayos salvajes y administró mescalina a los reclusos sin que estos lo supieran. Este alcaloide psicoactivo procedente del cactus mexicano del peyote es utilizado desde hace milenios por las culturas indígenas americanas para establecer un supuesto contacto con los antepasados y los dioses, y puede provocar fuertes alucinaciones. En la década de 1920, la mescalina fue muy apreciada entre pensadores, artistas y psicólogos, ya que, según se dice,

amplía la conciencia. El escritor Aldous Huxley describió el efecto en su libro *Las puertas de la percepción* como una forma de «abrir las puertas de la percepción». Pero el despliegue satisfactorio de los efectos de una droga depende siempre del *set* y del *setting*, es decir, de las circunstancias en las que se toma. Plötner no tenía previsto liberar mentalmente con mescalina a sus sujetos de ensayo, sino todo lo contrario. Al igual que el doctor Weber, su predecesor en Auschwitz, quería descubrir si mediante el lavado de cerebro se podrían obtener mejores resultados en los interrogatorios.[33]

«Toda pregunta es una incursión. Cuando la pregunta es un instrumento del poder, corta como un cuchillo en el cuerpo del interrogado», escribe Elias Canetti en *Masa y poder*.[34] Como la libertad de un individuo estaría en buena parte protegida por los secretos personales, Plötner intentó desarrollar un filo especialmente cortante que penetrara hasta lo más profundo de la persona. El perverso chamán de las SS diluyó en secreto la mescalina para treinta personas en café o alcohol y empezó a entablar una inofensiva conversación con los desprevenidos sujetos de experimentación. Entre treinta y sesenta minutos después, la transformación se dejaba sentir. El alcaloide accedía al sistema circulatorio a través de la mucosa gástrica. Los conejillos de Indias se «abrían» bajo el efecto de la droga y Plötner les hacía creer que podía acceder a lo más íntimo de su interior en el habitáculo donde tenía lugar el interrogatorio. Entonces les decía que si no lo explicaban todo voluntariamente, les sucedería algo terrible. La pérfida estrategia funcionaba: «Cuando la mescalina hacía efecto, el interrogador podía extraer en todo momento los secretos más íntimos del recluso si hacía las preguntas acertadas. Hasta hablaban voluntariamente de erotismo y sexo … Ya no hubo reservas mentales. Se podía hacer que los sentimientos de odio y venganza afloraran en todo momento. Como los reclusos no descubrían las preguntas engañosas, se podía crear fácilmente una inculpación a partir de la respuesta».[35]

Plötner no pudo finalizar su serie de ensayos. Los estadounidenses liberaron el campo de concentración y confiscaron los documentos, los cuales fueron como un regalo caído del cielo para sus servicios secretos. Con el nombre en clave «Project Chatter» y en circunstancias muy distintas, los experimentos continuaron en el Naval Medical Research Institute de

Washington, D. C., bajo la dirección de Charles Savage y el médico de Harvard Henry K. Beecher, y sirvieron de matriz para los abundantes ensayos que se llevaron a cabo en la década de 1950 con miles de sujetos. Los resultados ayudarían a los estadounidenses a desenmascarar a espías soviéticos en la guerra de Corea. Su objetivo, al igual que el de los alemanes, era el de «conocer detalladamente los efectos de estas drogas como instrumento práctico para su posible uso en presos (civiles y militares)». De la misma manera que la potencia vencedora se apropió de los conocimientos del III Reich sobre física aeroespacial y pudo explorar mundos exteriores, también importó los experimentos nacionalsocialistas sobre drogas para controlar los mundos interiores.[36] El trabajo preliminar de Plötner fue la base del programa secreto estadounidense MK Ultra, cuyo objetivo era el Mind Kontrol, escrito con «K» como posible homenaje a su fuente de inspiración alemana.

Plötner, por su parte, nunca fue castigado por sus actos y vivió en la clandestinidad en el norte de Alemania como «Herr Schmitt» hasta 1952. En 1954, año de la victoria alemana en el Mundial de Fútbol, la Facultad de Medicina de la Universidad de Friburgo lo nombró profesor asociado.

EL CREPÚSCULO DE LAS DROGAS

Cuanto más alto llega una persona, más fácil debe resultarle renunciar … Por ello, el barrendero que no puede ni quiere renunciar a su pipa de tabaco o a su cerveza se dice a sí mismo: «Qué bien que no comprendas lo imperiosa que es tal renuncia, amigo mío, porque precisamente por ello te has convertido en barrendero y no en un alto dirigente del Estado».[37]

Adolf Hitler

El primer convoy marino estadounidense arribó al puerto conquistado de Amberes el 28 de noviembre de 1944. Con ello, las rutas de aprovisionamiento quedaban aseguradas para los Aliados. En diciembre, las tropas de Estados Unidos atacaron Estrasburgo y avanzaron en dirección a la frontera del Reich. El 4 de diciembre de 1944, Morell escribió sobre su visita a Hitler: «Quise interrumpir las inyecciones pero, por petición, y a causa de los inminentes grandes esfuerzos, puse 10 cm^3 de glucosa y 10 cm^3 de Homoseran intramuscular». Aquella noche hubo, además, Eukodal intravenoso.[38]

En aquellos días de invierno proliferaron los «grandes esfuerzos». Hitler, transmutado en una especie de sismógrafo viviente de la derrota cercana, experimentaba prácticamente cada noche las «sobrecargas más intensas de su vida, por el momento … y las mayores tensiones nerviosas a causa de los acontecimientos inminentes y los constantes ataques terroristas sobre ciudades alemanas».[39] Continuamente decía que necesitaba una inyección para poder resistir todo aquello. El 10 de diciembre de 1944, el

Führer se dirigió a otro de sus cuarteles generales, el Nido del Águila, situado en Bad Nauheim, desde donde planearía su ilusorio golpe definitivo contra Occidente, la segunda ofensiva de las Ardenas. Antes de partir, el médico de cabecera anotó: «Me llaman a las 4.30 de la mañana: el Führer vuelve a tener espasmos. Eukodal eupaverina i. v. Los días más excitantes de toda su vida. ¡Hay que lograr una gran victoria! 11.30 horas del mediodía: el Führer sigue teniendo espasmos y no ha podido dormir; además, constantemente se celebran reuniones a las que debe asistir. La salida depende de un par de noticias importantes. No es posible administrar inyecciones potentes en el tren porque necesita estar fresco para poder bajar del vagón, pero, en su opinión, es absolutamente necesaria una inyección intravenosa de las grandes».[40]

El 11 de diciembre, la desoladora comitiva llegó de madrugada al nuevo puesto de mando situado en la cordillera del Taunus. Hitler convocó allí a los comandantes del Frente Occidental en dos grupos separados por motivos de seguridad. Tras entregar sus armas y carteras, los desconcertados generales fueron conducidos a través del bosque deshojado durante media hora siguiendo una ruta indiscriminada para hacerles perder la orientación. Finalmente, la columna se detuvo frente a un complejo bunkerizado. Después de atravesar una calle formada por hombres vestidos con el uniforme negro de las SS, los generales se encontraron con «una figura encorvada de rostro inflado y blanquecino, hundida en una silla, con las manos temblorosas e intentando ocultar como podía las violentas convulsiones de su brazo izquierdo», tal como describió el general Von Manteuffel.[41] Aquella espantosa piltrafa babeante se llamaba Adolf Hitler; acababa de tomarse dos sopas de papilla de arroz para recobrar fuerzas y, haciendo como si dominara la situación, explicó a los acobardados oficiales algo parecido a un plan de ataque, del cual tuvo que admitir que era una empresa arriesgada y que estaba «en cierta desproporción con las fuerzas existentes y el estado de las mismas».[42] Los apuntes de Morell maquillaron un poco aquel fantasmagórico encuentro: «El Führer ha estado reunido varias horas con 40 o 50 generales, aproximadamente. El Führer ha estado probablemente muy fresco y animado, fascinador e impulsivo. Ninguna molestia».[43]

Esta segunda ofensiva de las Ardenas fue muy distinta de la primera, en la ya lejana primavera de 1940. Lo único que se hizo fue recurrir a estratagemas y esperar a que hiciera mal tiempo para que los cazas aliados no pudieran bombardear fácilmente desde el aire el remanente alemán. El jefe superior de unidad de asalto de las SS Skorzeny intervino con un millar de hombres vestidos con uniformes estadounidenses incautados. Con D IX en la mochila de combate y detrás de las líneas enemigas para crear confusión, sembró el rumor de que quería asesinar al general Eisenhower. Debido a ello, las unidades estadounidenses perdieron algo de tiempo adoptando medidas de seguridad adicionales.

Sin embargo, la táctica de los alemanes tardó muy poco en demostrar su ineficacia y la Wehrmacht y las Waffen-SS fueron repelidas con un gran número de bajas. El 19 de diciembre de 1944, Hitler sorbió algunas cucharadas de sopa de espinacas y pidió de postre «hígado y pervitina a voluntad debido a la presente sobrecarga de trabajo».[44] Ahora también pedía metanfetamina. Morell no indica si fue inyectada u oral, pero es más probable que fuera lo primero, ya que menciona la sustancia junto con el preparado hepático, el cual siempre se administraba con jeringuilla. Ernst Günther Schenck, antiguo dietista de Himmler, sostuvo que el paciente A también consumía regularmente el estimulante por vía oral, concretamente, escondido en la composición de las Nobel-Vitamultinas: Schenck mandó analizar en el Instituto Farmacéutico de Defensa de la Academia de Medicina Militar una de las tabletas de envoltorio dorado y el resultado reveló que contenía pervitina y cafeína.

Hitler también celebró colocado la Nochevieja de 1944 a 1945. Primero recibió, mezclada con glucosa, una inyección de hígado animal rica en hormonas y, para recibir el Año Nuevo, Eukodal intravenoso, cuya dosis exacta Morell no anotó, pero sí dio cuenta del efecto: «El Führer está casi completamente calmado. El temblor de la mano y el brazo izquierdos es mínimo».[45]

El estado del dictador se seguía ensalzando de puertas afuera. En el número del semanario *Das Reich* aparecido el último día del año 1944, Goebbels escribió el siguiente panegírico: «El hombre que se ha fijado el objetivo de redimir a su pueblo y, además, marcar el destino del continente,

se encuentra totalmente apartado de las alegrías cotidianas y las comodidades burguesas de la vida; más aún, estas no existen para él … Solo hay que estar cerca de él para notar físicamente la extraordinaria fuerza que irradia y lo robusto que está». El ministro de Propaganda también tenía una explicación para la postura manifiestamente anormal del jefe de Estado: «Si tiene la cabeza ligeramente inclinada, es porque está analizando mapas constantemente. … Es la sencillez en persona. Si las comidas y las cenas de nuestro pueblo estuvieran igual de provistas que las del Führer, no tendríamos que preocuparnos por los gastos de alimentación de los alemanes».[46]

El último gran ataque de la Luftwaffe tuvo un desenlace fatídico la mañana del 1 de enero de 1945. Casi mil aparatos despegaron rumbo al alzamiento final. Sin embargo, a pesar del estricto secreto con el que se había preparado la misión, las fuerzas aéreas aliadas reaccionaron con efectividad y varias docenas de pilotos de la Luftwaffe cayeron aun colocados de sus últimas raciones de pervitina. Pero la verdadera catástrofe ocurrió en el trayecto de vuelta de los que habían conseguido escapar del enemigo. Los cazas alemanes fueron abatidos por el fuego intenso de la artillería antiaérea propia, la cual, debido a la clandestinidad en la que ya todo discurría, no había sido informada de la misión. De esta forma tan macabra, la Luftwaffe se autodestruyó en su propio cielo enturbiado. Ya no hubo más misiones dignas de mención.

El 2 de enero, primer día laborable del nuevo año y último para el nacionalsocialismo, Hitler se encontraba «bien, exceptuando la tensión provocada por la ofensiva en curso. Ha pedido algo para eliminar el temblor de la mano izquierda. Lo indicado son tranquilizantes, pero no se han podido administrar porque inhibirían los constantes e intensos procesos mentales de vital importancia».[47]

En la anotación del médico se insinúa un punto de inflexión, ya que después no se volvió a administrar más Eukodal. ¿Por fin se había dado cuenta Morell de los derroteros de irrealidad en los que estaba instalado Hitler a causa del narcótico? ¿O bien quería administrar menos droga por otro motivo muy distinto? ¿Le preocupaba, en definitiva, la paulatina escasez de la sustancia? Los británicos también estaban bombardeando los

enclaves farmacéuticos del Reich y minaban sensiblemente su capacidad productiva. Dos semanas antes de Navidad le había tocado a Merck, el fabricante de Eukodal y cocaína con sede en Darmstadt. Un 70 % de sus instalaciones estaba en ruinas. Uno de sus trabajadores explicó que, «en aquella época, la mayor parte de la plantilla —2.292 alemanes y unos 700 extranjeros— estaba ocupada en poner un poco de orden en medio del caos de la destrucción … La producción era, en líneas generales, extraordinariamente baja, ya que casi una tercera parte del tiempo de trabajo se perdía a causa de las alarmas de ataque aéreo».[48] ¿Se había quedado Morell sin existencias y sin proveedores?

El 16 de enero fue evacuado el Nido del Águila. La segunda ofensiva de las Ardenas había sido un rotundo fracaso. El paciente y su médico personal, derrotados, se desplazaron en tren a la capital y se retiraron junto con los más íntimos al búnker situado debajo de la Cancillería del Reich, la última parada de su periplo de negación de la realidad. Previamente, Morell se había quejado por carta de que en el año anterior solo había estado en Berlín un par de días y no había visto a su esposa desde hacía más de medio año. Ahora se encontraba de vuelta en su ciudad, pero enterrado bajo tierra como un topo. El 17 de enero, un día después de la llegada al búnker, Varsovia fue tomada por el Ejército Rojo. Las tropas de Stalin se acercaban inexorablemente.

ÚLTIMA PARADA: *FÜHRERBUNKER*

I've seen the needle and the damage done …
Every junkie's like a setting sun.[49]

Neil Young

El 30 de enero de 1945, justo doce años después de la toma del poder de los nacionalsocialistas, el Ejército Rojo tenía Berlín a tiro al establecer una cabeza de puente en la margen occidental del Óder, cerca de Kostrzyn. En la reunión informativa celebrada el día posterior a su último discurso radiofónico, Hitler volvió a mostrarse eufórico.

El 3 de febrero cayeron 2.264 bombas sobre la capital y murieron 22.000 personas. La red de metro fue alcanzada en cincuenta puntos simultáneamente; en la parada de Belle-Alliance-Platz (hoy Hallesches Tor), un convoy de la línea elevada totalmente lleno fue impactado justo cuando abandonaba la estación. El cielo se tiñó de rojo. Los supervivientes salían aturdidos entre espesas nubes de humo. En la estación ferroviaria Schlesischer Bahnhof permaneció colgada durante unas horas una gran pancarta en la que se reclamaba: «¡Queremos la paz, sea como sea!».[50] La Academia de Medicina Militar de la Invalidenstrasse, donde Ranke había llevado a cabo sus experimentos, seguía en pie, pero con las vigas del tejado carbonizadas, los huecos de las ventanas desnudos y el campo de deportes lleno de cráteres de las bombas. Las sillas del auditorio se calcinaron completamente. Solo quedaron los restos humeantes de los muros. Las sirenas aullaban sin parar, los antiaéreos abrían fuego, el baile infernal no

cesaba y la gente se refugiaba en las trincheras antimetralla.[51] Once días después, en Dresde, donde se habían apiñado cientos de miles de refugiados, los ataques aéreos no dejaron piedra sobre piedra.

Entretanto, la despensa de drogas del *Führerbunker* se estaba quedando vacía. O al menos esto explicaría que las sustancias tan apreciadas en su día dejaran de aparecer en los apuntes de Morell. El 17 de febrero anotó: «El F. quiere intentar pasar sin tranquilizantes».[52] Aparte de algunas ampollas del preparado de parásitos hepáticos de elaboración propia, no parecía que quedara mucho más.[53] Los síntomas que presentaba Hitler en aquellas semanas apuntan a un síndrome de abstinencia: aumento de temblores y rápida decadencia física. En su discurso final ante los líderes regionales del NSDAP pronunciado el 24 de febrero, el Führer ya había perdido su habitual poder de sugestión. Encorvado y babeante, la impresión que generó en los asistentes fue de compasión. Al anunciar que las nuevas armas infalibles de la Kriegsmarine —las unidades de combate de bolsillo de Heye— lograrían el milagro de un cambio de rumbo en la guerra, todos dejaron de tomarlo en serio. Aquel mismo día, Morell escribió al Ministerio del Interior del Reich solicitando autorización para nuevos esteroides de fabricación propia: dos preparados de corteza suprarrenal y glándula pituitaria.[54] La utópica petición se quedó sin respuesta. Las prisas de Morell tenían una explicación: como a Berlín prácticamente no llegaban fármacos, cada vez era más difícil canjear en las farmacias las recetas que el médico extendía para el paciente A. Sus cómplices peinaron la totalidad de la ciudad en ruinas: «Lo pueden tener preparado en la 6.ª farmacia (1.ª en el Parque Zoológico) para pasarlo a recoger al día siguiente … Ahora es muy difícil encontrar medicamentos, incluso para el Campo Sanitario Principal de la Oficina Principal de las SS. Ya casi no quedan fármacos debido a los bombardeos en las fábricas».[55]

A Morell le estaba pasando lo único que no le puede pasar nunca a un camello, el pecado capital de todo proveedor: quedarse, de pronto, sin la sustancia habitual. «Desde hace 4-5 días el paciente está completamente absorto y presenta un aspecto cansado y adormecido. Quiere intentar pasar sin tranquilizantes», comentó Morell acerca de la carencia, y añadió preocupado: «El Führer se muestra un poco raro conmigo, parco en

palabras y enfadado».[56] Todo esto todavía no prueba nada, pero sí indica que Hitler se había hecho adicto al Eukodal en el último trimestre de 1944 y ahora anhelaba el narcótico. Nunca formuló explícitamente tal deseo durante las semanas finales en el búnker de la Cancillería del Reich, pero los indicios apuntan a que poco a poco comprendió lo que había permitido que le pasara y fue consciente del callejón sin salida farmacológica en el que estaba.

El final de la última batalla estaba cerca y Hitler había dejado definitivamente de estar colocado, había perdido su éxtasis de Führer. Seriamente perjudicado y con enormes esfuerzos, serpenteaba por los pasillos enterrados en las catacumbas del búnker, con el torso inclinado hacia delante, arrastrando los pies, ladeándose a la derecha y apoyándose en la pared fría para ir de la zona de vivienda a la sala de reuniones. Ya no tenía fuerzas para mostrarse tal y como le gustaría que lo vieran. Cualquiera que fuera el motivo por el que había dejado de tomar Eukodal —o ni siquiera la morfina que siempre había en los botiquines médicos para atender a los heridos—, Hitler sin la droga solo era un pellejo enfundado en un uniforme pringado de papilla de arroz. Sin las sustancias a las que el organismo se había adaptado, el cuerpo ya no segregaba endorfina. El equilibro adecuado de dopamina y serotonina se vio gravemente afectado. Ya no había sensación de bienestar ni protección contra el exterior amenazante. Solo susceptibilidad absoluta. Las paredes de hormigón seguían en pie, pero el búnker químico se había descompuesto por completo.

El Führer se topó inexorablemente con la realidad de su guerra perdida. Desnudo, desprovisto de la hormona de la felicidad, sin estimulantes artificiales, de golpe, todo le agobiaba infinitamente más que antes. Si hubiera tenido Eukodal, en un segundo habría pasado del calvario al paraíso y habría recuperado las grandes sensaciones. Le habría invadido la euforia, habría vuelto a creer en sí mismo y habría motivado a los demás para salir victoriosos de aquella guerra. Pero el Eukodal se había acabado para siempre y, sin el éxtasis, las reuniones informativas celebradas en marzo y abril de 1945 se volvieron deprimentes y terriblemente difíciles. Hitler pensaba que todos los generales querían engañarle. Lo que parecía

imposible, estaba sucediendo. La historia se repetía: el Ejército desobedecía a su comandante en jefe. En todas partes veía tramarse un sabotaje: una segunda puñalada por la espalda. Hitler empezaba a gritar, gesticular, bramar, rabiar, su rostro se desfiguraba hasta quedar irreconocible. Solo mediante la agresión podía defenderse de los traidores que veía por todos los rincones.

Goebbels, que todavía andaba pegado a su jefe como una lapa, habló abiertamente de la decadencia del Führer y certificó por escrito que Hitler no estaba en las condiciones que cabía esperar de él. Al mismo tiempo, el ministro de Propaganda criticó ásperamente los métodos de Morell diciendo que el cuerpo de Hitler estaba tembloroso y que nunca había dejado de estar dopado a base de pastillas y narcóticos. Goebbels también dejó anotado que en alguna ocasión había pensado que las inyecciones profilácticas destinadas a evitar cualquier enfermedad, incluso antes del primer síntoma, no habían sido más que una explotación abusiva de la salud y la vida de Hitler, cuyas consecuencias catastróficas se hacían notar entonces.

Marchito y apático después de la reunión informativa de la noche anterior, durante la cual había estado manoseando sin parar su pastillero vacío, el paciente A estaba sentado en un pequeño sofá a las seis de la mañana, pensando únicamente en la inminencia de la comida más bella del día: una jarrita de chocolate acompañada de tres platos llenos de pasteles. El azúcar era la única droga que le quedaba: una ínfima secreción de dopamina más, una pequeña recompensa para el ánimo. La antaño hipnótica mirada de color azul brillante se había apagado y de los labios violáceos le colgaban migas: era un desecho humano de piel marchita que devoraba dulces. Su cuerpo parecía hueco al tacto, como si no existiera, y tenía la temperatura permanentemente alta. Era el momento de llevarlo a la cámara de oxígeno.

El aspecto de Hitler ya solo causaba asco o, en el mejor de los casos, lástima. Todos pululaban a su alrededor demostrando un servilismo exagerado. Sin embargo, cada vez se encontraba peor. Antes, los más incondicionales se ponían nerviosos hasta cuando tosía o se sonaba: ahora tenía el esmalte dental descompuesto, la mucosa bucal seca y sus estropeados dientes se le caían. El cerebro, irreversiblemente dañado por la neurotoxicidad, se había quedado sin receptores aptos para los transmisores

y ya no recibía estímulos. Por consiguiente, ya nada podía causarle ningún efecto, todo era una constante reincidencia en las antiguas obsesiones: la manía persecutoria, el pánico a los granos rojos, a los judíos, a los bolcheviques. Comenzó a padecer terribles dolores de cabeza. Ayudado de unas pinzas de oro, empezó a agujerearse la piel amarillenta con movimientos agresivos y nerviosos para extraer las bacterias que, según creía, habían atravesado las fronteras de su cuerpo con las inyecciones, habían invadido su sistema y ahora lo descomponían. Morell intentó practicar una sangría para aliviar al paciente, pero la sangre, debido a las inyecciones grasas de hígado de cerdo cargadas de hormonas, se había vuelto igual de espesa que la gelatina y coagulaba inmediatamente, con lo cual la medida fracasó y, en un último asomo de humor negro, Hitler propuso hacer morcillas de Führer con su sangre.[57]

En su dura desintoxicación de sí mismo, el paciente A jadeaba desconsoladamente, temblaba de pies a cabeza, masticaba aire, perdía peso y le fallaban los riñones y el sistema circulatorio. Tampoco podía concentrarse. Un tormentoso deseo lo torturaba: saciar la sed de todas y cada una de las células de su cuerpo. El párpado izquierdo se le hinchó tanto que ya no podía ver nada con ese ojo y no dejaba de presionarlo y frotarse alrededor del mismo. Sin embargo, «el Führer no quiere llevar parche».[58] Solo salía del búnker un rato, para arrastrarse por los jardines de la Cancillería del Reich, donde tropezaba con los cascotes de los edificios derruidos y dejaba que el polvo de la brisa lo cubriera cual abrigo de la derrota. A duras penas volvía al búnker, donde de nuevo había pastel con *streusel* esparcido por encima, todo ello especialmente desmigado para él. A falta de dentadura operativa, sorbía la golosina, por lo cual le entraba demasiado aire en los intestinos y se generaban gases. Todos echaban algo al autómata de feria que ellos mismos habían alimentado, que ellos mismos habían creado. Entonces, el robot Führer estropeado volvía a activarse y hacía cualquier cosa, daba alguna orden militar absurda, se vengaba de alguien o dictaba sentencias de muerte contra los más estrechos colaboradores, como Karl Brandt, su ex cirujano personal caído en desgracia en la guerra de los médicos.

Sebastian Haffner se equivoca al describir como «desesperadamente exagerados»[59] los relatos de la decadencia física del Führer en el búnker de la Cancillería del Reich. A lo sumo serían imprecisos y no lo suficientemente extensos, ya que ignoran la posibilidad del síndrome de abstinencia. A pesar de la dificultad que entraña, desde la distancia temporal y la falta de información completa, emitir un diagnóstico y demostrar que, al fin y al cabo, hubo una intoxicación, parece que la derrota en la guerra mundial preocupó a Hitler menos que la tortura física que padeció y que no acabó hasta el momento de su suicidio.

En esos días, el potentado seguía estando de parte de su médico de cabecera. Cuando, el 3 de marzo de 1945, emprendió un último viaje al Frente Oriental en el río Óder, prohibió a Morell que lo acompañara por motivos de seguridad. Un Morell orgulloso anotó al respecto: «Cabría la posibilidad de sufrir un accidente debido al vuelo rasante y salir gravemente herido. Si me ocurriera algo a mí, él se quedaría sin médico … Estando de viaje, para él es mucho más importante saber que, de vuelta a casa, siempre me tendrá a su disposición».[60]

¿Pero hasta cuándo existiría tal *casa*? El 7 de marzo, los estadounidenses cruzaron el Rin por el puente de Remagen. Poco después, los soviéticos tomaron Gdansk en el este y Viena en el sur. En ese período, Morell aplicaba tratamientos sin ton ni son y administraba vitaminas a la vez que practicaba terapias de corriente galvánica contra los daños neurológicos generales. El Führer, que nunca se había atrevido a poner los pies en ninguna clínica especializada de la capital, como la Charité, ofrecía entretanto un aspecto tan decaído que solo parecía atribuible a su último gran conato destructivo. El 19 de marzo de 1945, Hitler dio la orden nerón, mediante la cual, cristalizando todo su nihilismo, decretaba la devastación completa de Alemania: «Todas las instalaciones militares de transporte, comunicaciones, industriales y de suministros, así como los bienes inmovilizados que se hallen en el territorio del Reich … han de ser destruidos».[61] Todas las esclusas, presas, embalses, puentes acuíferos e instalaciones portuarias debían ser dinamitados; todas las líneas eléctricas, arrancadas; todos los bancos y monumentos nacionales que quedaran en pie, arrasados. Este último delirio de odio no se llegó a culminar debido a la

falta de recursos. El Reich alemán había consumido definitivamente todas sus fuerzas destructivas; e igualmente agotadas estaban las existencias en el cuarto de medicamentos del Führer.

El 8 de abril, Morell comunicó a su paciente que tampoco quedaban tabletas de vitamultina. Cualquier cosa que hubiera en cualquier almacén —sustancias tan sospechosas como Strophantose I y II, Benerva forte, Betabion forte u Omnadin— se requisaba a toda prisa y se consumía. De repente, medicamentos de los que nadie había oído hablar se inyectaban cada dos días, hacían carrera en esta fase terminal, eran enviados a un asalto farmacéutico en el frente bioquímico, igual que los adolescentes de catorce años que, de los pupitres, fueron enviados a las baterías antiaéreas.

El 16 de abril de 1945 comenzó la ofensiva directa sobre Berlín. Cuatro días después, el paciente A celebró su última fiesta de cumpleaños. A Morell le temblaban tanto las manos que, cuando le tocó preparar la inyección de aniversario, se quedó en blanco. El médico personal Stumpfegger tuvo que relevarlo y administró lo que quedaba en el armario de los venenos: «Strophantose, Betabion forte i.v. y harmina»,[62] esta última, un alcaloide extraído de la ruda siria. Morell puso un desesperado broche final por vía oral: «He añadido hígado a las cápsulas para el corazón para conseguir un efecto estimulante intenso».[63]

EL DESPIDO

Dejaré muy atrás a todos los hombres de la historia. ¡Seré el más grande, aunque reviente todo el pueblo alemán![64]

Adolf Hitler

Al día siguiente, después de que los rusos bombardearan el centro de la ciudad con *katiushas*, el médico de cabecera fue despedido. ¿De qué servía un camello sin drogas y con tan pocas fuerzas que ni siquiera podía pinchar? «¡¿Me toma por idiota?!», espetó Hitler a un Morell estupefacto cuando este fue a verlo con una bandeja en la que había una inyección de cafeína encontrada en cualquier sitio. «Tenía que darme morfina», protestó Hitler enrabiado. Cuando Morell intentó explicarse, su paciente lo agarró por el cuello y le dijo: «¡Váyase a casa, quítese el uniforme de médico de cabecera y haga como si no me hubiera visto nunca!».[65]

Mal consejo, porque la mansión de Schwanenwerder estaba destruida por los bombardeos, la ventana de su consultorio en la Kurfürstendamm tenía cartones por cristales y el tabique de la sala de espera se había derrumbado. Tras recibir de Hitler una amenaza de fusilamiento y desvanecerse a sus pies por unos instantes, el obeso doctor, con una prisa casi ridícula, salió del búnker, subió con asfixia y problemas cardíacos los treinta y siete escalones que conducían al exterior y, llorando como un crío, se metió en el último coche oficial que quedaba. A las dos de la tarde despegó un Condor en cuyo interior viajaba el médico cesado. El avión sobrevoló líneas rusas y pueblos quemados. Al paso por Partenkirchen

cruzó la línea del frente estadounidense entre haces de cañones de luz y fuego antiaéreo. Finalmente, después de buscar un sitio donde aterrizar, la nave tomó tierra en una pista de rodaje que había quedado intacta en la base aérea de Neubiberg, al sur de Múnich.

El destino de Morell era la pequeña localidad de Bayerisch Gmain, en la comarca bávara del Berchtesgadener Land, adonde había trasladado su laboratorio de investigación para tenerlo a salvo. Durante unos días hizo como si no pasara nada: consultó ensimismado la correspondencia, se ocupó de su negocio farmacéutico en quiebra, intentó poner en funcionamiento el microscopio electrónico a medio montar que le había regalado Hitler, conversó con el último empleado que quedaba y —probablemente ya medio loco— solicitó a Hacienda una prórroga del plazo para presentar la declaración del impuesto sobre la renta, el de sociedades y el de actividades industriales, «ya que, debido a la escasez de personal causada por el conflicto bélico, todavía no hemos terminado el cierre».[66]

EL VENENO FINAL

«Ya no hago política. Me da asco».[67]

Adolf Hitler

Göring, embutido en un ridículo uniforme de camuflaje a punto de reventar, también huyó al sur de Alemania. Quería, a ser posible, caer en manos de los estadounidenses y no de los soviéticos. Desde Baviera envió un telegrama al búnker en el que, aludiendo a la incapacidad ejecutiva del Führer, subrayó sus aspiraciones a la sucesión en la jefatura del Estado. Hitler reaccionó enfurecido contra su suplantador, lo acusó de débil y traidor —siempre había sabido que Göring era morfinómano—[*] y lo cesó de todos sus cargos y funciones.

El 27 de abril, Hitler repartió cianuro potásico entre sus leales y lamentó con voz entrecortada no poder ofrecerles nada mejor. Magda, la esposa de Goebbels, administró primero seis de las cápsulas a sus seis hijos. A modo de ensayo, el paciente A mandó envenenar al perro *Blondi*. No lo hizo él porque ya no ponía la mano ni sobre sí mismo. En su testamento político —que a duras penas pudo firmar debido a sus temblores—, el moribundo de su propio veneno atizó el odio contra los judíos por última vez, les achacó la culpa de todo y los calificó de «intoxicadores del mundo».

Mientras tanto, delante del Estadio Olímpico repartían metanfetamina a los chavales para que no se lo hicieran encima ante la llegada de los tanques y la artillería pesada del Ejército Rojo. Como regalo de boda, el gran

almirante Dönitz había enviado al «Gröfaz» una declaración de lealtad y un montón de reclutas de refresco de la Armada condenados a morir por su falta de preparación para la guerra urbana. Ubicado en el centro de la capital, el búnker se hallaba en el foco de los combates. En cada esquina había explosiones o implosiones. Los edificios en ruinas temblaban por los impactos. La tierra del jardín de la Cancillería del Reich, adonde Hitler ya hacía mucho que no se atrevía a salir para tomar el aire, se levantaba cada dos por tres. Allí donde por un momento ya no se disparaba, había llamas, destrucción y polvo, mientras una tormenta ígnea succionaba fuego, humo y todo el oxígeno hacia el cielo.

Este naufragio no se produjo en un lugar tranquilo. Fue un infierno y el final de un mal viaje, la conclusión de una fase de delirio que había durado doce años y en la que unos hombres habían tenido miedo de la realidad, habían intentado evitarla cada vez con más ahínco y, precisamente por ello, habían permitido que las peores pesadillas se hicieran realidad. Los bacilos imaginados devoraban a Hitler en estas últimas horas. Había intentado eliminarlos durante toda su vida, pero fracasó. Ahora planeaba un doble suicidio. Con los más íntimos había discutido intensamente un problema que lo inquietaba: ¿y si le temblaba la mano en el momento de apretar el gatillo? Él, que tanto daño había causado, se escabulliría ahora de la responsabilidad, y como ya no disponía de Eukodal para un último chute suicida, eligió plomo. Solo la pistola es más fuerte que la aguja. Apresuradamente se celebró la boda con Eva Braun, quien se había desplazado desde el Berghof «a la ciudad ocupada»,[68] tal como Hitler describió patéticamente en su testamento personal. Después de una ceremonia fantasmal hubo espaguetis con salsa de tomate aparte, ácido cianhídrico de postre y un tiro en la cabeza con una Walther del calibre 6,35.

El 30 de abril de 1945, alrededor de las 15.30, el paciente A sucumbió a su propio sistema de suplantación de la realidad, víctima de una sobredosis de mixtura tóxica, de su intento perentorio —condenado al fracaso desde el principio— de hacer que el mundo quedara absorbido por un éxtasis total. Alemania, el país de las drogas, la huida de la realidad (*Weltflucht*) y la

profunda tristeza por las carencias de la vida (*Weltschmerz*), buscó al superyonqui y, en su momento más oscuro, lo encontró en Adolf Hitler.

LA IMPLOSIÓN DE MORELL

Tras conocerse el fallecimiento de Hitler, ya fuera por honor o por miedo a las consecuencias, los suicidios de los obedientes camaradas nacionales se sucedieron por todos los rincones del Reich. En Neubrandeburgo, por ejemplo, más de seiscientas personas se quitaron la vida espontáneamente y, en la pequeña ciudad de Neustrelitz, 681. En total, más de cien mil en toda Alemania. Treinta y cinco generales del Heer, seis de la Luftwaffe, ocho almirantes de la Kriegsmarine, trece generales de las Waffen-SS, cinco de la policía, once de los cuarenta y tres líderes regionales del partido, varios altos cargos de la Gestapo y de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, así como algunos altos dirigentes de las SS y la policía: todos ellos emprendieron la huida de la realidad y, por última vez, siguieron el camino marcado por el Líder. El 8 de mayo de 1945 capituló la Wehrmacht. Algunos de los marinos de combate de las unidades de bolsillo de Heye, colocados con sus drogas, no se enteraron de nada y, totalmente eufóricos, siguieron actuando cuatro días y cuatro noches más — hasta el 12 de mayo — en una guerra que ya había acabado.[69]

A mediados de mayo de 1945, una reportera del *New York Times* localizó a Theo Morell en su escondite. El artículo que escribió apareció al cabo de unos días con el título «Doctor Describes Hitler Injections». Poco después, en la ciudad balnearia de Bad Reichenhall, el médico de cabecera en la reserva fue detenido por los estadounidenses, quienes lo tendrían preso dos años escasos. En los numerosos interrogatorios a los que fue sometido, Morell decía incoherencias, se contradecía a menudo, enmudecía largamente y caía en una profunda depresión. Todo lo que había atesorado,

su imperio farmacéutico unipersonal, estaba destruido. A diferencia de muchos otros, Morell no supo adaptarse a los nuevos tiempos.

Arbeitsplatz: REICHSKANZLEI BERLIN 970—86 CIC Personalbogen

1. Name Dr. MORELL (Zu-/Familienname) THEODOR (Vor-/Taufname)

2. Andere von Ihnen benutzte Namen oder solche, unter welchen Sie bekannt sind: GILBERT

3. Geburtsdatum 22.7.86 4. Geburtsort TRAIS-MÜNZENBERG 5. Größe 176 cm

6. Gewicht 90 KG 7. Haarfarbe SCHWARZ 8. Farbe der Augen GRAU

9. Narben, Geburtsmale oder Entstellungen HYPOSPADIE (ANGEBOREN)

10. Gegenwärtige Anschrift: UNTERS. GEFÄNGNIS (Stadt, Straße und Hausnummer)

11. Ständiger Wohnsitz BERL. KURFÜRSTEND. 216 (Stadt, Straße und Hausnummer)

12. Art der Ausweiskarte ÄRZTEB. Nr. KEINE 13. Wehrpaßnummer NEIN

14. Reisepaß-Nr. NEIN 15. Staatsangehörigkeit DEUTSCH 16. Falls naturalisierter Bürger, geben Sie Datum und Einbürgerungsort an NEIN.

17. Aufzählung aller Ihrerseits oder seitens Ihrer Ehefrau oder Ihrer beiden Großeltern innegehabten Adelstitel KEINE 18. Religion

19. Welcher Kirche gehören Sie an? EVANGEL. 20. Haben Sie offiziell oder inoffiziell Ihre Verbindung mit einer Kirche aufgelöst? NEIN 21. Falls ja, geben Sie Einzelheiten und Gründe an NICHT BETREFF. 22. Welche Religionsangehörigkeit haben Sie bei der Volkszählung 1939 angegeben? EVANG. 23. Führen Sie alle Vergehen, Uebertretungen oder Verbrechen an, für welche Sie je verurteilt worden sind, mit Angaben des Datums, des Orts und der Art AUTOSCHNELLF. (GOTHA)

24. Waren Sie vom Militärdienst zurückgestellt? JA 25. Falls ja, geben Sie die genauen Umstände an LEIBARZT HITLERS 26. Waren Sie Generalstäbler? NEIN

27. Wann? N. BETR. 28. Waren Sie NS.-Führungsoffizier? NEIN 29. Wann und in welchem Truppenverband? NICHT BETR.

30. Haben Sie in der Militärregierung oder Wehrkreisverwaltung irgendeines der von Deutschland besetzten Länder, einschließlich Oesterreich und Sudetenland, gedient? NEIN 31. Falls ja, geben Sie Einzelheiten über Ihre Aemter und Pflichten sowie Ort und Zeitdauer des Dienstes an:

NICHT BETR.

«Lugar de trabajo: Cancillería del Reich»…

32. Sind Sie berechtigt, militärische Orden oder andere militärische Ehrenauszeichnungen zu tragen?
Falls ja, geben Sie an, was Ihnen verliehen wurde, das Datum, den Grund und Anlaß für die Verleihung ÜNGEFAHR 15 AUSZEICHN.

33. In der folgenden Liste ist anzuführen, ob Sie Mitglied einer der angeführten Organisationen waren und welche Aemter Sie darin bekleideten.

	1 ja oder nein	2 von	3 bis	4 Nummer	5 Höchstes Amt oder höchster Rang	6 Antrittsdatum
34. NSDAP.	JA	1933	ENDE !		LEIBARZT	
35. Allgemeine SS.	[illegible]	UNBEKANNT				
36. Waffen-SS.						
37. Sicherheitsdienst der SS.			LEIBARZT			
38. SA.						
39. HJ. einschl. BdM.						
40. NS.-Frauenschaft						
41. NSKK.			HITLERS			
42. NSFK.						
43. Gestapo			NICHT MEHR			
44. Geheime Feldpolizei						
45. RSHA			ERINNERLICH			
46. KRIPO						
47. RAD						

48. Sind Sie jemals zu einem Schweigegebot für eine Organisation verpflichtet worden? NEIN

49. Falls ja, geben Sie die Organisation und Einzelheiten an NICHT BETREFF.

50. Waren Sie seit 1933 Mitglied einer verbotenen Oppositionspartei oder -gruppe? NEIN!

51. Welche? NICHT BETR. 52. Seit wann? .... 53. Jeglicher Dienst in militärischen, militärähnlichen, polizeilichen, Gesetzvollzugs-, Schutz-, Aufklärungs- oder Luftschutzdiensten, wie z. B. der Organisation Todt, der Technischen Nothilfe, den Stoßtrupps, Werkscharen, dem Bahnschutz, Postschutz, Funkschutz, Werkschutz, der Land- und Stadtwacht, Abwehr, des SD., der Gestapo und ähnlichen Organisationen. 1) LUFTSCHUTZ

Die auf diesem Formular gemachten Angaben sind wahr und ich bin mir bewußt, daß jegliche Auslassung oder falsche und unvollständige Angabe ein Vergehen gegen die Verordnungen der Militärregierung darstellt und mich der Anklage und Bestrafung aussetzt.

Eigenhändige Unterschrift [signature] Datum Aug. 45.

Bescheinigung des unmittelbaren Dienstvorgesetzten

Ich bescheinige hiermit die Richtigkeit obigen Namens und obiger Unterschrift. Mit Ausnahme der nachfolgenden Punkte sind die in diesem Personalbogen gegebenen Antworten meines besten Wissens und Gewissens und im Rahmen der mir zur Verfügung stehenden Auskunftsmöglichkeiten richtig. Ausnahmen: (Das Wort „keine" ist einzufüllen, falls solche nicht vorhanden sind).
Georg Haider, Wachtm. d. Hilfspolizei, Reichenhall.

Beglaubigung der Unterschrift:

Eigenhändige Unterschrift Georg Haider Amtsstellung [illegible] Datum 9.8.45.

… la hoja de registro de Morell después de su detención en agosto de 1945.
(© National Archives at College Park, MD.)

(© National Archives at College Park, MD.)

Sus interrogadores no averiguaron mucho sobre Hitler ni pudieron imputar crímenes de guerra al doctor, quien, completamente debilitado y apático, no salía de su celda y sufría brotes paranoicos que le hacían creer que Himmler todavía iba tras él, como en la guerra de los médicos. Tampoco fue llamado a declarar como testigo en los juicios de Núremberg. Aparte de «quisiera no ser yo»,[70] de su boca apenas salieron más frases inteligibles. Así, a principios del verano de 1947, los estadounidenses depositaron a su detenido, contrahecho y enfermo del corazón, frente a la Estación Central de Múnich. El antiguo magnate con varas de Esculapio doradas sobre los galones del cuello se quedó allí, acurrucado, vestido con una chaqueta deshilachada y sin zapatos, con los pies desnudos sobre el asfalto, hasta que una enfermera medio judía de la Cruz Roja se apiadó de él y lo llevó a un hospital en Tegernsee, donde murió el 26 de mayo de 1948.

El éxtasis de los mil años

En el eterno debate de los historiadores alemanes sobre qué es más relevante desde el punto de vista historiográfico para explicar el nacionalsocialismo, si lo personal de una figura histórica o las circunstancias donde los héroes, fracasados o perpetradores actuaron solo como marionetas intercambiables, ambas visiones deben ser convenientemente tomadas en consideración. La diferenciación entre causas estructurales y motivaciones individuales inherentes a la naturaleza del ser humano como origen de acontecimientos importantes ya fue abordada por el ateniense Tucídides, padre fundador de la ciencia histórica.[71] De hecho, ambos aspectos se juntan en el sistémico y muy personal abuso de sustancias de Adolf Hitler. Esto hace que su caso sea tan complicado y, a la vez, tan interesante. Si en estas páginas se ha indagado en el consumo de drogas del supuesto abstinente, no ha sido para buscar sensaciones desde una mirada íntima. Como escribe Sebastian Haffner: «Los errores que cometió tuvieron generalmente su origen en errores que *tenía*».[72] En lo que respecta a Hitler y el III Reich, lo más revelador no fue la etapa final en el búnker de Berlín en la primavera de 1945 —el hundimiento—, sino los meses de politoxicomanía posteriores al atentado del 20 de julio de 1944 —la autoextinción—.

Hasta hoy, y a pesar de todos los intentos de apartar la mirada de la persona y dirigirla a la estructura, siempre hemos percibido al dictador alemán como un símbolo de hasta qué punto la voluntad y la fuerza de un solo hombre puede transformar la historia. Así lo había celebrado ya su aparato propagandístico con una puesta en escena que funcionó durante mucho, demasiado tiempo. Porque las realidades sociales que influyeron en

el destino de las personas y el transcurso de la segunda guerra mundial hacía tiempo, desde el otoño de 1941, que también habían llegado a las venas de Hitler y ejercían una influencia sobre él desde dentro. Es cierto que Alemania atacó la Unión Soviética solo porque Hitler quiso, porque se le había metido en la cabeza a una sola persona, pero este individuo también era hijo de su tiempo. Desde este punto de vista, es provechoso tener presente la deconstrucción del sujeto Hitler que dependió cada vez más de sus proveedores. En este caso, se trataba de un personaje enganchado a las drogas cuya vida pendía de un hilo. En la misma medida que llevó al mundo al naufragio, Hitler se convirtió en producto de la época químico-moderna junto con su «lucha antidroga» contradictoria en sí misma.

Si la tesis central es que las drogas en el III Reich se utilizaron como potencial de movilización artificial para compensar la creciente falta de motivación y mantener operativa a la camarilla dirigente, entonces debemos recalcar que el capítulo más oscuro de la historia de Alemania no se descarrió porque se tomaran demasiadas sustancias adictivas. Estas solamente reforzaron algo que ya estaba predispuesto. Quizá este libro contribuya a que el mundo perverso del III Reich, que tan desconectado estuvo de una realidad que mereciera la pena vivir y que causó tanto dolor, sea un poco menos concebible.

Epílogo

Hans Mommsen: «El nacionalsocialismo y la pérdida de la realidad política»

Norman Ohler aborda una dimensión del régimen nazi hasta hoy no tenida en cuenta lo suficiente: la importancia que tuvo el progresivo empleo de estupefacientes para la sociedad nacionalsocialista. En el presente libro se ilustra cómo la *Volksgemeinschaft*, la comunidad nacional alemana, necesitó cada vez más droga para poder funcionar. De esta manera, la motivación idealista, tan propagada por los nacionalsocialistas, queda muy relativizada. La caída interna de la dictadura se vislumbra ya en los años de preguerra con el creciente consumo del sustituto químico del estímulo. Norman Ohler habla de «nacionalsocialismo en pastillas».

A la vez, el gran mérito de este libro reside en el relato de la relación simbiótica entre Hitler y su médico personal Morell. Estas descripciones son revolucionarias porque por primera vez se ha encontrado una herramienta que permite comprender los acontecimientos sucedidos a partir del otoño de 1941. Norman Ohler muestra de manera impresionante cómo el cuartel general del Führer se fue haciendo cada vez más difícil de dirigir y cómo Hitler inició un proceso de autodesconexión. Esta es una exploración inquietante de cómo unos sucesos de alcance mundial se pueden controlar mediante trivialidades médicas. De la misma manera que el pueblo tomaba cada vez más estimulantes, la cúpula del estado también reaccionaba con más medicación a la catastrófica situación general. Cuando la ideología ya no dio para más, Hitler recurrió a las muletas químicas para

no torcerse del derrotero tomado. Así, en la decisiva fase que va del primer invierno de guerra en las proximidades de Moscú hasta la derrota en Stalingrado, se impuso la tendencia a actuar en mundos de delirio artificial. Esto condujo a una grave crisis y, finalmente, a la disolución interna. Resulta tan fascinante como espantoso leer en estas páginas cómo Hitler perdió su capacidad operativa personal. También resulta sorprendente la creciente incapacidad de la cúpula dirigente para percibir las realidades militares y económicas. Es mérito de Norman Ohler haber revelado sin miramientos la otra cara de la estrategia militar alemana. Este libro cambia la visión de conjunto.

Agradecimientos

Los grandes hombres de letras … no desaprovecharán la ocasión para opinar que mis ideas son totalmente ridículas; o harán algo aún mejor, las ignorarán por completo de una manera elegante. ¿Sabe por qué? Porque dicen que no soy del gremio»

Johann Wolfgang Goethe[1]

La metamorfosis de novelista en ensayista histórico ha sido un proceso sorprendente y completamente antinatural, pero siempre placentero. Algunos aliados, amigos e íntimos han participado activamente en esta transformación. Todo comenzó con Alexander Krämer, quien me explicó que los nazis tomaban muchas drogas y comentó si no habría ahí un buen material para una película. Fuimos tras la idea y, cuando Janina Findeisen me propuso visitar archivos para investigar las circunstancias reales, la fascinación fue en aumento. A este respecto agradezco cariñosamente a todos los archiveros que me prestaron su ayuda en Berlín, Sachsenhausen, Coblenza, Marbach, Múnich, Friburgo, Dachau y Washington. En el historiador Peter Steinkampf encontré una temprana inspiración. Otro experto a quien debo un agradecimiento especial es Volker Hartmann, de la Academia de Sanidad del Bundeswehr. Gracias también a mis otros correctores, Martina Aschbacher, Michael Dillinger, Frank Künster, Konrad Lauten y Wolfgang Ohler, mi padre. De entre los especialistas que me ayudaron, me gustaría mencionar a Winfried Heinemann, Peter Berz y Werner Berg, así como a Gorch Pieken, director científico del Museo de Historia Militar del Bundeswehr, su colaborador Jens Wehner y Hans Roth,

quien me enseñó las ruinas del Felsennest. Quiero dar las gracias especialmente a Douglas Gordon, cuya ayuda no solo se limitó al diseño de la cubierta de la edición original. Un apoyo inestimable recibí de mi técnico editorial Lutz Dursthoff, mi agente Matthias Landwehr y de Helge Malchow, mi editor, quien tuvo la idea inicial de publicar este material en forma de libro de no ficción. Y, sobre todo, quisiera dar las gracias a Hans Mommsen, el gran historiador contemporáneo, de quien he recibido un gran apoyo. En todo caso, he constatado que un libro de no ficción es un proceso colectivo. Por ello, doy las gracias de corazón a todas las personas que me han ayudado, tanto a las que acabo de nombrar como a las que no.

Norman Ohler, Sils-Maria, verano de 2015

Bibliografía

Las fuentes de información más importantes de este libro la forman documentos no publicados. A las referencias documentales especialmente desbloqueadas para esta investigación, materiales inéditos e innumerables informes y actas procedentes de los archivos estatales de Alemania y Estados Unidos se suman conversaciones mantenidas con testigos de la época e historiadores militares. A este respecto, cabe señalar que en los archivos londinenses hay materiales sobre determinados aspectos del III Reich que, por estar todavía clasificados, no son de acceso público. Y, en Moscú, los investigadores todavía tienen el acceso a los archivos secretos de la antigua Unión Soviética fuertemente restringido.

A. Fuentes no impresas

«Ärztliches Kriegstagebuch des Kommandos der K-Verbände, 1.9.1944-30.11.1944, von Dr. Richert», BArch-Freiburg RM 103-10/6.

«Ärztliches Kriegstagebuch des Kommandos der K-Verbände, Armin Wandel», BArch-Freiburg N 906.

«Ärztliches Kriegstagebuch des Kreuzers »Prinz Eugen«, 1.1.1942-31.1.1943, vol. 2, Geheime Kommandosache»-«Ärztlicher Erfahrungsbericht über den Durchbruch des Kreuzers »Prinz Eugen« durch den Kanal in die Deutsche Bucht am 11.2.1942 bis 13.2.1942», BArch-Freiburg RM 92-5221/hojas 58-60.

«Ärztliches Kriegstagebuch Waldau, Chef des Luftwaffenführungsstabes: März 1939 bis 10.4.1942», BArch-Freiburg ZA 3/163.

«Bericht über die Kommandierung zur Gruppe Kleist, 12.7.1940», BArch-Freiburg RH 12-23/1931.

«Bericht über Gesundheitslage des Kdo. d.K. und Hygiene des Einzelkämpfers, Geheime Kommandosache», BArch-Freiburg N 906.

«Conditions in Berlin, March 1945», en: SIR 1581-1582, RG NO. 165, Stack Area 390, Row 35, Box 664, P. 1. National Archives at College Park, MD.

Diario de guerra inédito del inspector sanitario del Ejército de Tierra, Sanitätsakademie der Bundeswehr.

«Germany (Postwar) 1945-1949», en: Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs: Subject Files, 1916-1970, Record Group 170; National Archives at CollegePark, MD.

Giesing, Erwin, «Bericht über meine Behandlung bei Hitler», Wiesbaden 12-6-1945, Headquarters United States Forces European Theater Military Intelligence Service Center: OI-Consolidated Interrogation Report (CIR), National Archives at College Park, MD.

«Hitler, Adolf-A composite Picture», Entry ZZ-6, en IRR-Personal Name Files, RG NO. 319, Stack Area 230, Box 8, National Archives at College Park, MD.

«Hitler as seen by his doctors», n.º 2, October 15, 1945 (Theodor Morell), y n.º 4, November 29, 1945 (Erwin Giesing), National Archives at College Park, MD.

Testamento de Hitler, BArch-Koblenz N 1128, legado de Adolf Hitler.

Institut für allgemeine und Wehrphysiologie, BArch-Freiburg, RH12-23, especialmente RH12-23/1882 y RH12-23/1623.

Interrogation report on one German Naval PW, en: Entry 179, Folder 1, N 10-16, RG NO. 165, Stack Area 390, Box 648, National Archives at College Park, MD.

Landesarchiv Berlin, A Rep. 250-02-09 Temmler.

«Life History of Professor Dr. Med. Theo Morell», XE051008, National Archives at College Park, MD.

Legado de Joseph Goebbels, BArch-Koblenz N 1118.

Legado de Theodor Morell:

— BArch-Koblenz N 1348.

— Institut für Zeitgeschichte München: IfZArch, MA 617.

— National Archives, College Park, MD, Microfilm Publication T253, Rolls 34-45.

Suchenwirth, Richard, «Ernst Udet-Generalluftzeugmeister der deutschen Luftwaffe», BArch-Freiburg ZA 3/805.

Suchenwirth, Richard, «Hermann Göring», BArch-Freiburg ZA 3/801.

Waldmann, Anton: diario de guerra inédito, Wehrgeschichtliche Lehrsammlung des Sanitätsdienstes der Bundeswehr.

B. Fuentes impresas, documentación

Bekämpfung der Alkohol-und Tabakgefahren: Bericht der 2. Reichstagung Volksgesundheit und Genußgifte. Hauptamt für Volksgesundheit der NSDAP und Reichsstelle gegen den Alkohol- und Tabakmissbrauch, Berlin-Dahlem, Reichsstelle gegen den Alkoholmissbrauch, 1939.

Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, ed. por el Militärgeschichtliches Forschungsamt, vol. 4: *Der Angriff auf die Sowjetunion*, Stuttgart 1983, y vol. 8: *Die Ostfront 1943/44. Der Krieg im Osten und an den Nebenfronten*, Stuttgart, 2007.

Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946, vol. 41, Múnich, 1984.

«Heeresverordnungsblatt 1942», parte B, n.º 424, p. 276, «Bekämpfung des Missbrauchs von Betäubungsmitteln», BArch-Freiburg Rh 12-23/1384.

Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. por Percy Ernst Schramm, 8 vols, Fráncfort, 1982 (1961).

Reichsgesetzblatt I, 12-6-1941, p. 328: «6. Verordnung über Unterstellung weiterer Stoffe unter die Bestimmungen des Opiumgesetzes».

C. BIBLIOGRAFÍA CITADA

Aldgate, Anthon, y Jeffrey Richards, *Britain can take it: The British Cinema in the Second World War*, 2.ª ed., Londres, 2007.

Ballhausen, Hanno (ed.), *Chronik des ZweitenWeltkrieges*, Múnich, 2004.

Bekker, Cajus, *Einzelkämpfer auf See-Die deutschen Torpedoreiter, Froschmänner und Sprengbootpiloten im Zweiten Weltkrieg*, Oldemburgo y Hamburgo, 1968.

Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant 1937-45*, Maguncia, 1980.

Benjamin, Walter, *Einbahnstraße*, Fráncfort, 1955 [hay trad. cast.: *Calle de dirección única*, Abada, Madrid, 2011].

Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, Fráncfort, 1986.

Benn, Gottfried, «Provoziertes Leben: ein Essay», en Gottfried Benn, *Sämtliche Werke,* vol. IV: *Prosa 2*, Stuttgart, 1989.

—, *Sämtliche Werke,* vol. I: *Gedichte 1*, Stuttgart, 1986.

Bezymenskii, Lev, *Die letzten Notizen von Martin Bormann: ein Dokument und sein Verfasser*, Múnich, 1974.

Binion, Rudolph, *… daß Ihr mich gefunden habt*, Stuttgart, 1978.

Bloch, Marc, *Die seltsame Niederlage: Frankreich 1940*, Fráncfort, 1995 [hay trad. cast.: *La extraña derrota: testimonio escrito en 1940*, Crítica, Barcelona, 2003].

Böll, Heinrich, *Briefe aus dem Krieg 1939-1945*, Colonia, 2001.

Bonhoeffer, Karl, «Psychopathologische Erfahrungen und Lehren des Weltkriegs», *Münchener medizinische Wochenschrift*, vol. 81, 1934.

Bradley, Dermot, *Walther Wenck, General der Panzertruppe*, Osnabrück, 1982.

Burroughs, William, *Naked Lunch*, Reinbek, 1959 [hay trad. cast.: *El almuerzo desnudo*, Anagrama, Barcelona, 2014].

Canetti, Elias, *Masse und Macht*, Fráncfort, 1994 [hay trad. cast.: *Masa y poder*, Alianza, Madrid, 2010].

Churchill, Winston, *Zweiter Weltkrieg*, vols. I y II., Stuttgart, 1948-1949. [hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial*, La Esfera de Los Libros, Madrid, 2009].

Conti, Leonardo, «Vortrag des Reichsgesundheitsführers Dr. Conti vor demNSD-Ärztebund, Gau Berlin, am 19. März 1940, im Berliner Rathaus», *Deutsches Ärzteblatt*, 1940, vol. 70, cuaderno 13.

Dansauer, Friedrich, y Adolf Rieth, *Über Morphinismus bei Kriegsbeschädigten*, Berlín, 1931.

Eckermann, Johann Peter, *Gespräche mit Goethe*, Fráncfort, 1987 [hay trad. cast.: *Conversaciones con Goethe*, Acantilado, Barcelona, 2005].

Falck, Wolfgang, *Falkenjahre. Erinnerungen 1903-2003*, Moosburg, 2003.

Fest, Joachim C., *Hitler*, Berlín, 1973 [hay trad. cast.: *Hitler*, Planeta, Barcelona, 2005].

Fischer, Hubert, *Die Militärärztliche Akademie 1934-1945*, Osnabrück, 1985 (1975).

Fischer, Wolfgang, *Ohne die Gnade der späten Geburt*, Múnich, 1990.

Fleischhacker, Wilhelm, «Fluch und Segen des Cocain», *Österreichische Apotheker-Zeitung*, n.º 26, (2006).

Flügel, F. E., «Medikamentöse Beeinflussung psychischer Hemmungszustände», *Klinische Wochenschrift*, vol. 17 (2), 1938.

Fraeb, Walter Martin, *Untergang der bürgerlich-rechtlichen Persönlichkeit im Rauschgiftmißbrauch*«, Berlín, 1937.

Fränkel, Fritz, y Dora Benjamin, «Die Bedeutung der Rauschgifte für die Juden und die Bekämpfung der Suchten durch die Fürsorge», *Jüdische Wohlfahrtspflege und Sozialpolitik*, 1932.

Freienstein, Waldemar, «Die gesetzlichen Grundlagen der Rauschgiftbekämpfung», *Der Öffentliche Gesundheitsdienst*, vol. A, 1936-1937.

Friedlander, Henry, *Der Weg zum NS-Genozid. Von der Euthanasie zur Endlösung*, Berlín, 1997.

Frieser, Karl-Heinz, *Die Blitzkrieg-Legende-Der Westfeldzug 1940*, Militärgeschichtlichen Forschungsamt, Múnich, 2012.

Gabriel, Ernst, «Rauschgiftfrage und Rassenhygiene», *Der Öffentliche Gesundheitsdienst, Teilausgabe B*, vol. 4, 1938-1939.

Gathmann, Peter, y Martina Paul, *Narziss Goebbels-Eine Biografie*, Viena, 2009.

Geiger, Ludwig, *Die Morphin- und Kokainwelle nach dem ersten Weltkrieg in Deutschland und ihre Vergleichbarkeit mit der heutigen Drogenwelle*, Múnich, 1975.

Gisevius, Hans Bernd, *Adolf Hitler. Versuch einer Deutung*, Múnich, 1963.

Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher 1924-1945*, ed. de Elke Fröhlich, Múnich, 1987.

Gordon, Mel, *Sündiges Berlin-Die zwanziger Jahre: Sex, Rausch, Untergang*, Wittlich, 2011.

Gottfried, Claudia, «Konsum und Verbrechen-Die Schuhprüfstrecke im KZ Sachsenhausen», *LV R-Industriemuseum Ratingen: Glanz und Grauen: Mode im «Dritten Reich»*, Ratingen, 2012.

Graf, Otto, «Über den Einfluss von Pervitin auf einige psychische und psychomotorische Funktionen», *Arbeitsphysiologie*, vol. 10, cuaderno 6, 1939.

Grass, Günter, *Die Blechtrommel*, Neuwied am Rhein y Berlín Occidental, 1959 [hay trad. cast.: *El tambor de hojalata*, Alfaguara, Barcelona, 2009].

Guderian, Heinz, *Erinnerungen eines Soldaten*, Stuttgart, 1960 [hay trad. cast.: *Recuerdos de un soldado*, Inédita, Barcelona, 2007].

Haffner, F., «Zur Pharmakologie und Praxis der Stimulantien», *Klinische Wochenschrift*, 1938, vol. 17, cuaderno 38, 1938.

Haffner, Sebastian, *Anmerkungen zu Hitler*, Múnich, 1978.

Halder, Franz, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*, ed. del Arbeitskreis für Wehrforschung in Stuttgart, 3 vol., a cargo de Hans-Adolf Jacobsen, 1962-1964.

Hansen, Hans-Josef, *Felsennest, das vergessene Hauptquartier in der Eifel*, Aquisgrán, 2008.

Hartmann, Christian, *Unternehmen Barbarossa-Der deutsche Krieg im Osten 1941-1945*, Múnich, 2013.

Hassell, Ulrich von, *Die Hassel-Tagebücher 1938-1944, Aufzeichnungen vom Anderen Deutschland*, Múnich, 1999.

Hauschild, Fritz, «Tierexperimentelles über eine peroral wirksame zentralanaleptische Substanz mit peripherer Kreislaufwirkung», *Klinische Wochenschrift*, vol. 17, cuaderno 36, 1938.

Heinen, W., *Erfahrungen mit Pervitin-Erfahrungsbericht, Medizinische Welt*, n.º 46 (1938).

Hesse, Reinhard, *Geschichtswissenschaft in praktischer Absicht*, Stuttgart, 1979.

Hiemer, Ernst, *Der Giftpilz*, Núremberg, 1938.
Holzer, Tilmann, «Die Geburt der Drogenpolitik aus dem Geist der Rassenhygiene-Deutsche Drogenpolitik von 1933 bis 1972», tesis doctoral, Mannheim, 2006.
Ironside, Edmund, *Diaries 1937-1940*, Nueva York, 1962.
Jens, Walter, *Statt einer Literaturgeschichte*, Múnich, 2001.
Katz, Ottmar, *Prof. Dr. med. Theo Morell-Hitlers Leibarzt*, Bayreuth, 1982.
Kaufmann, Hans P., *Arzneimittel-Synthese*, Heidelberg, 1953.
Keller, Philipp, *Die Behandlung der Haut-und Geschlechtskrankheiten in der Sprechstunde*, Heidelberg, 1952.
Kershaw, Ian, *Hitler 1889-1945-Das Standardwerk*, Múnich, 2008 (1998) [hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1945*, Península, Barcelona, 1999].
Kielmansegg, Johann, Adolf Graf von, *Panzer zwischen Warschau und Atlantik*, Berlín, 1941.
Klee, Ernst, *Das Personenlexikon zum Dritten Reich-Wer war was vor und nach 1945*, Fráncfort, 2003.
Kocka, Jürgen, y Thomas Nipperdey (eds.), *Theorie der Geschichte,* vol. 3, *Beiträge zur Historik*, Múnich, 1979.
Kosmehl, Erwin, «Der sicherheitspolizeiliche Einsatz bei der Bekämpfung der Betäubungsmittelsucht, Berlin», en Gerhart Feuerstein, *Suchtgiftbekämpfung. Ziele und Wege*, Berlín, 1944.
Kramer, Eva, «Die Pervitingefahr», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 88, cuaderno 15, 1941.
Kroener, Bernhard R., «Die personellen Ressourcen des Dritten Reiches im Spannungsfeld zwischen Wehrmacht, Bürokratie und Kriegswirtschaft 1939-1942», en Rolf-DieterMüller y Hans Umbreit, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg,* vol. 5.1: *Organisation und Mobilisierung des Deutschen Machtbereichs, Kriegsverwaltung, Wirtschaft und personelle Ressourcen 1939-1941*, Stuttgart, 1988.
Leeb, Wilhelm Ritter von, «Tagebuchaufzeichnung und Lagebeurteilungen aus zwei Weltkriegen. Aus dem Nachlaß», ed. y apuntes biográficos de Georg Meyer, *Beiträge zur Militär- und Kriegsgeschichte*, vol. 16, Stuttgart, 1976.
Lemmel, Gerhard, y Jürgen, Hartwig, «Untersuchungen über die Wirkung von Pervitin und Benzedrin auf psychischem Gebiet», *Deutsches Archiv für Klinische Medizin*, vol. 185, cuadernos 5 y 6, 1940.
Lewin, Louis, *Phantastica-Die betäubenden und erregenden Genussmittel*, Linden, 2010.
Liebendörfer, «Pervitin in der Hand des praktischen Nervenarztes», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 87, cuaderno 43, 1940.
Lifton, Robert Jay, *Ärzte im Dritten Reich*, Stuttgart, 1998.
Liljestrand, G., *Poulsson's Lehrbuch für Pharmakologie*, Leipzig, 1944.
Linge, Heinz, *Bis zum Untergang*, Múnich, 1980.
Long, Tania, «Doctor Describes Hitler Injections», *New York Times*, 22-5-1945.
Luck, Hans von, *Mit Rommel an der Front*, Hamburgo, 2007.
Mann, Golo, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Stuttgart/Mannheim, 1958.
Mann, Klaus, *Der Wendepunkt*, Reinbek, 1984 [hay trad. cast.: *Cambio de rumbo: crónica de una vida*, Alba, Barcelona, 2007].
—, *Treffpunkt im Unendlichen*, Reinbek, 1998 [hay trad. cast.: *Encuentro en el infinito*, Nadir, Valencia, 2007].
Maser, Werner, *Adolf Hitler-Legende MythosWirklichkeit*, Múnich, 1997.

Meurer, Christian, *WunderwaffeWitzkanone-Heldentum von Heß bis Hendrix*, Essay 09, Münster, 2005.

Mitscherlich, Alexander, y Fred Mielke, *Medizin ohne Menschlichkeit. Dokumente des Nürnberger Ärzteprozesses*, Fráncfort, 1978.

Mommsen, Hans, *Aufstieg und Untergang der Republik von Weimar 1918-1933*, Berlín, 2000.

Müller-Bonn, Hermann, «Pervitin, ein neues Analepticum», *Medizinische Welt*, cuaderno 39, 1939.

Nansen, Odd, *Von Tag zu Tag. Ein Tagebuch*, Hamburgo, 1949.

Neumann, Erich, «Bemerkungen über Pervitin», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, cuaderno 33, 1939.

Neumann, Hans-Joachim, y Henrik Eberle, *War Hitler krank?-Ein abschließender Befund*, Colonia, 2009.

Nöldeke, Hartmut, y Volker Hartmann, *Der Sanitätsdienst in der deutschen U-Boot-Waffe*, Hamburgo, 1996.

Osterkamp, Theo, *Durch Höhen undTiefen jagt ein Herz*, Heidelberg, 1952.

Overy, Richard, J., «German Aircraft Production 1939-1942», *Study in the German War Econony*, tesis, Queens College, Cambridge, 1977.

Pieper, Werner, *Nazis on Speed. Drogen im 3. Reich*, Birkenau-Löhrbach, 2002.

Pohlisch, Kurt, «Die Verbreitung des chronischen Opiatmissbrauchs in Deutschland», *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, vol. 79, 1931.

Püllen, C., «Bedeutung des Pervitins (1-Phenyl-2-methylamino-propan) für die Chirurgie», *Chirurg*, vol. 11, cuaderno 13, 1939.

—, «Erfahrungen mit Pervitin», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 86, cuaderno 26, 1939.

Ranke, Otto, «Ärztliche Fragen der technischen Entwicklung», *Veröff. a. d. Geb. d. Heeres-Sanitätswesens*, n.º 109 (1939).

—, «Leistungssteigerung durch ärztliche Maßnahmen», *Deutscher Militärarzt*, cuaderno 3, 1939.

Reko, Viktor, *Magische Gifte: Rausch- und Betäubungsmittel der neuen Welt*, Stuttgart, 1938.

Ridder, Michael de, *Heroin. Vom Arzneimittel zur Droge*, Fráncfort, 2000.

Römpp, Hermann, *Chemische Zaubertränke*, Stuttgart, 1939.

Scheer, Rainer, «Die nach Paragraph 42 RStGB verurteilten Menschen in Hadamar, en Roer, Dorothee, y Dieter, Henkel, *Psychiatrie im Faschismus. Die Anstalt Hadamar 1933-1945*, Bonn, 1986.

Schenck, Ernst Günther, *Dr. Morell-Hitlers Leibarzt und seine Medikamente*, Schnellbach, 1998.

—, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Augsburgo, 2000.

Schmidt, Paul, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-1945*, Bonn, 1950.

Schmölders, Claudia, *Hitlers Gesicht: eine physiognomische Biographie*, Múnich, 2000.

Schoen, Rudolf, «Pharmakologie und spezielle Therapie des Kreislaufkollapses», *Verhandlungen der Deutschen Gesellschaft für Kreislaufforschung*, 1938.

Schramm, Percy Ernst, «Adolf Hitler-Anatomie eines Diktators (5. und letzte Fortsetzung)», *Der Spiegel*, n.º 10, 1964.

Schultz, I. H., «Pervitin in der Psychotherapie», *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, n.º 51-52, 1944.

Seifert, W., «Wirkungen des 1-Phenyl-2-methylamino-propan (Pervitin) am Menschen», *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, vol. 65, cuaderno 23, 1939.

Shirer, William L., *Aufstieg und Fall des Dritten Reiches*, Colonia/Berlín, 1971.

Snelders, Stephen, y Toine Pieters, «Speed in the Third Reich: Methamphe-tamine (Pervitin) Use and a Drug History from Below», *Social Historyof Medicine Advance Access*, 2011.

Speer, Albert, *Erinnerungen*, Fráncfort, 1969 [hay trad. cast.: *Memorias*, Acantilado, Barcelona 2011].

Speer, Ernst, «Das Pervitinproblem», *Deutsches Ärzteblatt*, enero de 1941.

Steinhoff, Johannes, *Die Straße von Messina*, Berlín, 1995.

Steinkamp, Peter, «Pervitin (Metamphetamine) Tests, Use and Misuse in the German Wehrmacht», en Eckart, Wolfgang, *Man, Medicine, and the State: The Human Body as an Object of Government*, Stuttgart, 2007.

Störmer, Uta (ed.), *Am rätselhaftesten ist das Sein-Tagebücher von Burk- hard Grell (1934-1941)*, Berlín, 2010.

Sudrow, Anne, *Der Schuh im Nationalsozialismus-Eine Produktgeschichte im deutsch-britisch-amerikanischen Vergleich*, Gotinga, 2010.

Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, Cátedra, Madrid, 1998.

Toland, John, *Adolf Hitler*, Bergisch Gladbach, 1977.

Udet, Ernst, *Mein Fliegerleben*, Berlín, 1942.

Unger, Frank, «Das Institut für Allgemeine und Wehrphysiologie an der militärärztlichen Akademie (1937-1945)», tesis doctoral, Medizinische Hochschule Hannover, 1991.

Wahl, Karl, *... es ist das deutsche Herz*, Augsburgo, 1954.

Wellershoff, Dieter, *Der Ernstfall-Innenansichten des Krieges*, Colonia, 2006.

Wenzig, K., *Allgemeine Hygiene des Dienstes*, Berlín y Heidelberg, 1936.

Yang, Rong, *Ich kann einfach das Leben nicht mehr ertragen-Studien zu denTagebüchern von Klaus Mann (1931-1949)*, Marburgo, 1996.

Documentación en línea

«Historische Begründung eines deutschen Chemie-Museums», en www.deutsches-chemie-museum.de/uploads/media/Geschichte_der_che mischen_Industrie.pdf

http://www.jkris.dk/jkris/Histomed/hitlermed/hitlermed.htm (medicamentos de Hitler).

http://hss.ulb.uni-bonn.de/2005/0581/0581.pdf

D. Bibliografía adicional

Agamben, Giorgio, *Die Macht des Denkens*, Fráncfort, 2005.

Allmayer-Beck, Johann Christoph, *«Herr Oberleitnant, det lohnt doch nicht!», Kriegserinnerungen an die Jahre 1938 bis 1945*, ed. de Schmidl, Erwin A., Viena, 2012.

Beck, Herta, *Leistung und Volksgemeinschaft*, vol. 61, Husum, 1991.

Bitzer, Dirk, y Bernd Wilting, *Stürmen für Deutschland: Die Geschichte des deutschen Fußballs von 1933 bis 1954*, Fráncfort, 2003.

Bolognese-Leuchtenmüller, B., «Geschichte des Drogengebrauchs. Konsum-Kultur-Konflikte-Krisen», *Beiträge zur historischen Sozialkunde*, n.º 1, 1992.

Bonhoff, Gerhard, y Herbert, Lewrenz, *Über Weckamine (Pervitin und Benzedrin)*, Berlín, 1954.

Bostroem, A., «Zur Frage der Pervitin-Verordnung», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 88, 1941.

Bracke, G., *Die Einzelkämpfer der Kriegsmarine*, Stuttgart, 1981.

Briesen, Detlef, *Drogenkonsum und Drogenpolitik in Deutschland und den USA: ein historischer Vergleich*, Fráncfort, 2005.

Buchheim, Lothar Günther, *Das Boot*, Múnich, 1973.

Clausewitz, Carl von, *Vom Kriege*, Neuenkirchen, 2010 [hay trad. cast.: *De la guerra*, Idea Books, Barcelona, 1999].

Courtwright David, T., *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World*, Cambridge, 2002.

Daube, H., «Pervitinpsychosen», *Der Nervenarzt*, cuaderno 14, 1941.

Davenport-Hines, Richard, *The Pursuit of Oblivion: A Social History ofDrugs*, Londres, 2004.

Delbrouck, Mischa, *Verehrte Körper, verführte Körper*, Hameln, 2004.

Dittmar, F., «Pervitinsucht und akute Pervitinintoxikation», *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, vol. 68, 1942.

Dobroschke Christiane, «Das Suchtproblem der Nachkriegszeit. Eine klinische Statistik», *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, vol. 80, 1955.

Eberle, Henrik, y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler*, Colonia, 2005.

Fest, Joachim, *Der Untergang-Hitler und das Ende des Dritten Reiches: Eine historische Skizze*, Berlín, 2002 [hay trad. cast.: *El hundimiento: Hitler y el final del Tecer Reich, un bosquejo histórico*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

Fischer, Hubert, *Der deutsche Sanitätsdienst 1921-1945*, 5 vols., Bissendorf, 1982-1988.

Friedrich, Thomas, *Die missbrauchte Hauptstadt*, Berlín, 2007.

Gisevius, Hans Bernd, *Bis zum bitteren Ende. Vom Reichstagsbrand bis zum Juli 1944*, Hamburgo, 1964.

Goodrick-Clarke, Nicholas, *Die okkulten Wurzeln des Nationalsozialismus*, Graz, 1997.

Görtemaker, Heike B., *Eva Braun-Leben mit Hitler*, Múnich, 2010.

Grass, Günter, *Beim Häuten der Zwiebel*, Gotinga, 2006 [hay trad. cast.: *Pelando la cebolla*, Alfaguara, Barcelona, 2007].

Greving, H., «Psychopathologische und körperliche Vorgänge bei jahrelangem Pervitinmißbrauch», *Der Nervenarzt*, n.º 14, 1941.

Haffner, Sebastian, *Im Schatten der Geschichte*, Múnich, 1987.

—, *Von Bismarck zu Hitler: Ein Rückblick*, Múnich, 2009.

Hartmann, Christian, *Wehrmacht im Ostkrieg-Front und militärisches Hinterland 1941/42*, Múnich, 2009.

Herer, Jack, y Mathias Bröckers, *Die Wiederentdeckung der Nutzpflanze Hanf*, Leipzig, 2008.

Hitler, Adolf, y Gerhard L. Weinberg, *Hitlers zweites Buch*, Múnich, 1961.

Iversen, Leslie, *Drogen und Medikamente*, Stuttgart, 2004.

Jünger, Ernst, *Annäherungen-Drogen und Rausch*, Stuttgart, 1980.

Kaufmann, Wolfgang, *Das Dritte Reich und Tibet*, Hagen, 2008.

Keyserlingk, H. von, «Über einen pervitinsüchtigen, stimmungsabnormalen Schwindler», *Deutsche Zeitschrift für gerichtliche Medizin*, 40, 1951.

Klemperer, Victor, *LTI-Notizbuch eines Philologen*, Stuttgart, 1998 [hay trad. cast: *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Minúscula, Barcelona, 2001].

Kluge, Alexander, *Der Luftangriff auf Halberstadt am 8. April 1945*, Fráncfort, 1977.

Koch, E. y M. Wech, *Deckname Artischocke. Die geheimen Menschenversuche der CIA*, Múnich, 2002.

Koch, Lutz, *Rommel-Der Wüstenfuchs*, Bielefeld, 1978.

Kohl, Paul (ed.), *111 Orte in Berlin auf den Spuren der Nazi-Zeit*, Colonia, 2013.

Kuhlbrodt, Dietrich, *Nazis immer besser*, Hamburgo, 2006.

Kupfer, Alexander, *Göttliche Gifte*, Stuttgart, 1996.

Kutz, Martin, *Deutsche Soldaten-eine Kultur- und Mentalitätsgeschichte*, Darmstadt, 2006.

Langer, Walter C., *Das Adolf-Hitler-Psychogramm*, Múnich, 1982.

Läuffer, Hermann (ed.), *Der Spaß ist ein Meister aus Deutschland: Geschichte der guten Laune 1933-1990*, Colonia, 1990.

Laughland, John, *The tainted Source*, Londres, 1998.

Ledig, Gert, *Vergeltung*, Fráncfort, 1999.

Leonhard, Jörn, *Die Büchse der Pandora*, Múnich, 2014.

Ley, Astrid, y Günther Morsch (eds.), *Medizin und Verbrechen: Das Krankenrevier des KZ Sachsenhausen 1936-1945*, Berlín, 2007.

Maiwald, Stefan, *Sexualität unter dem Hakenkreuz*, Hamburgo, 2002.

Manstein, Erich von, *Verlorene Siege*, Bonn, 2009.

Misch, Rochus, *Der letzte Zeuge*, Múnich y Zúrich, 2008.

Neitzel, Sönke, y Harald Welzer, *Soldaten-Protokolle vom Kämpfen, Töten und Sterben*, Fráncfort, 2011.

Ostwald, Hans, *Sittengeschichte der Inflation*, Berlín, 1951.

Overy, R. J., *Hermann Göring-Machtgier und Eitelkeit*, Múnich, 1986.

Paul, Wolfgang, *Wer war Hermann Göring?*, Esslingen, 1983.

Pauwels, Louis, y Jacques Bergier, *Aufbruch ins dritte Jahrtausend-Von der Zukunft der phantastischen Vernunft*, Berna y Stuttgart, 1962.

Piekalkiewicz, Janusz, *Krieg der Panzer-1939-1945*, Múnich, 1999.

Pynchon, Thomas, *Die Enden der Parabel*, Reinbek, 1981.

Quincey, Thomas de, *Confessions of an English Opium Eater*, Londres, 2003 [hay trad. cast.: *Confesiones de un inglés comedor de opio*, Valdemar, Madrid, 2001].

Raddatz, Fritz J., *Gottfried Benn: Leben-niederer Wahn. Eine Biographie*, Berlín, 2003.

Reese, Willy Peter, *Mir selber seltsam fremd-Die Unmenschlichkeit des Krieges Russland 1941-44*, Berlín, 2003.

Richey, Stephen W., «The Philosophical Basis of the Air Land Battle. Auftragstaktik, Schwerpunkt, Aufrollen», *Military Review*, vol. 64, 1984.

Schlick, Caroline (ed.), *Apotheken im totalitären Staat-Apothekenalltag in Deutschland von 1937-1945*, Stuttgart, 2008.

Schmieder, Arnold, «Deregulierung der Sucht», *Jahrbuch Suchtforschung*, vol. 2, Münster, 2001.

Schmitt, Eric-Emmanuel, *Adolf H.-Zwei Leben*, Fráncfort, 2008.

Schmitz-Berning, Cornelia, *Vokabular des Nationalsozialismus*, Berlín, 2000.

Schneider, Peter, *Die Lieben meiner Mutter*, Colonia, 2013.

Schulze-Marmeling, Dietrich, *Davidstern und Lederball*, Gotinga, 2003.

Schütte, Uwe, *Die Poetik des Extremen*, Gotinga, 2006.

Sharp, Alan (ed.), *The Versailles Settlement-Peacemaking after the First World War 1919-1923*, 2.ª ed., Nueva York, 2008.

Stehr, J., «Massenmediale Dealerbilder und ihr Gebrauch im Alltag», en Paul, B., y H. Schmidt-Semisch (eds.), *Drogendealer-Ansichten eines verrufenen Gewerbes*, Friburgo, 1998.

Stern, Fritz, *Kulturpessimismus als politische Gefahr. Eine Analyse nationaler Ideologie in Deutschland*, Múnich y Berna, 1963.

Störmer, Uta (ed.), *Am rätselhaftesten ist das Sein-Tagebücher von Burkhard Grell (1934-1941)*, Berlín, 2010.

Theweleit, Klaus, *Männerphantasien*, Reinbek, 1982.

Traue, Georg, *Arische Gottzertrümmerung*, Braunschweig, 1934.

Twardoch, Szczepan, *Morphin*, Berlín, 2014.

Van Creveld, Martin, *Kampfkraft-Militärische Organisation und Leistung der deutschen und amerikanischen Armee 1939-1945*, Graz, 2009.

Volkmann, Udo, *Die britische Luftverteidigung und die Abwehr der deutchen Luftangriffe während der Luftschlacht um England bis zum Juni 1941*, Osnabrück, 1982.

Wegener, Oskar, *Die Wirkung von Dopingmitteln auf den Kreislauf und die körperliche Leistung*, Flensburg/Friburgo, 1954.

Weiß, Ernst, *Ich-der Augenzeuge*, Múnich, 1966.

Wette, Wolfram, *Militarismus in Deutschland*, Darmstadt, 2008.

Wissinger, Detlev, *Erinnerungen eines Tropenarztes*, Books-on-Demand, 2002.

Wisotsky, P., «A Society of Suspects: The War on Drugs and Civil Liberties», en Gros, H. (ed.): *Rausch und Realität. Eine Kulturgeschichte der Drogen*, vol. 3, Stuttgart, 1998.

Wulf, Joseph (ed.), *Presse und Funk im Dritten Reich*, Berlín, 2001.

Zuckmayer, Carl, *Des Teufels General*, Estocolmo, 1946.



NORMAN OHLER (Zweibrücken, 1970) es un historiador, novelista, guionista y director de cortometrajes, conocido por su libro *Der totale Rausch*, que ha sido traducido a más de 25 idiomas.

Hasta la fecha, ha publicado un total de tres novelas de ficción (*Die Quotenmaschine* (1998), *Mitte* (2001), *Stadt des Goldes* (2002)), un libro sobre el uso de las drogas en la Alemania de Hitler (*Der totale Rausch* (2015)) y ha escrito el guión de la película *Palermo Shooting* (2008). En 2010 Ohler produjo su primer cortometraje, que también dirigió.

Notas

Un prospecto a modo de prólogo

[1] Exceptuando la excelente antología de Werner Pieper *Nazis on Speed. Drogen im 3. Reich*, Birkenau-Löhrbach, 2002. <<

[2] Jens, Walter, *Statt einer Literaturgeschichte*, Múnich, 2001, pp. 11 y ss.
<<

Parte I: Metanfetamina: la droga del pueblo (1933-1938)

[1] Todavía es posible encontrar fármacos dispensados con receta médica que contienen metanfetamina, por ejemplo, en Estados Unidos (como el Desoxyn, indicado para el TDAH). Sin embargo, la metanfetamina está totalmente regulada en todo el mundo a través de las ordenanzas de narcóticos y no se puede prescribir, aunque sí comercializar, ya que se emplea como material de partida para la producción de medicamentos. En Europa no existen fármacos con metanfetamina, solo los análogos metilfedinato y dextroanfetamina. <<

[*] La molécula psicoactiva de la metanfetamina en su estado puro es menos nociva que las dosis de *crystal meth* elaboradas en laboratorios clandestinos por químicos aficionados, quienes añaden tóxicos como gasolina, ácido de batería o anticongelante. <<

[*] Unos precursores de esta actividad habían sido los monasterios cristianos, donde ya en la Edad Media se elaboraban medicamentos a gran escala y se exportaban más allá del área de influencia monacal. En Venecia (donde en 1647 se abrió la primera cafetería de Europa) se habían producido preparados químicos y farmacéuticos desde el siglo XIV. <<

[2] Dansauer, Friedrich y Adolf Rieth, *Über Morphinismus bei Kriegsbeschädigten*, Berlín, 1931. <<

[*] Alrededor de 1885, el farmacéutico estadounidense Pemberton combinó cocaína con cafeína para obtener una bebida refrescante, que no tardó en venderse también como curalotodo, llamada Coca-Cola. Hasta 1903, la Coke original contenía supuestamente hasta 250 miligramos de cocaína. <<

[3] Fleischhacker, Wilhelm, «Fluch und Segen des Cocain», en *Österreichische Apotheker-Zeitung*, n.º 26, 2006. <<

[4] Véase «Viel Spaß mit Heroin», *Der Spiegel*, 26/2000, pp. 184 y ss. <<

[5] Citado por Pieper, *ibid*, p. 47. <<

[6] Ridder, Michael de, *Heroin. Vom Arzneimittel zur Droge*, Fráncfort, 2000, p. 128. <<

[7] Véase Pieper, *ibid*, pp. 26 y ss. y en este contexto también p. 205. <<

[8] BArch-Berlin R 1501, *Akten betr. Vertrieb von Opium und Morphium*, vol. 8, hoja 502, 15.9.1922. <<

[9] Citado por Holzer, Tilmann, «Die Geburt der Drogenpolitik aus dem Geist der Rassenhygiene-Deutsche Drogenpolitik von 1933 bis 1972», tesis doctoral, Mannheim, 2006, p. 32. <<

[10] Auswärtiges Amt, AA/R 43309, *Vermerk von Breitfeld (Opiumreferent im AA)*, 10.3.1935. Citado por Holzer, *ibid*, p. 32. <<

[11] Incluso reputados historiadores liberales contribuyeron al falseamiento de las actas oficiales sobre los antecedentes de la guerra. Véase Mommsen, Hans, *Aufstieg und Untergang der Republik von Weimar 1918-1933*, Berlín, 2000, p. 105. <<

[12] Mann, Klaus, *Der Wendepunkt*, Reinbek, 1984. Citado por Gordon, Mel, *Sündiges Berlin-Die zwanziger Jahre: Sex, Rausch, Untergang*, Wittlich, 2011, p. 53. <<

[13] Pieper, *ibid*, p. 175. <<

[*] Fritz von Ostini, canción «Neues Berliner Kommerslied» («Nueva canción de los estudiantes berlineses»), también llamada «Wir schnupfen und wir spritzen» («Esnifamos y nos chutamos»), reproducida en: *Jugend,* n.º 52, (1919). El texto original es el siguiente: *Einst ward uns durch den Alkohol, / Das süße Ungeheuer, / Zu Zeiten kannibalisch wohl, / Doch jetzt kommt das zu teuer. / Und wir Berliner greifen drum / Zu Kokain und Morphium / Mag's donnern drauß' und blitzen, / Wir schnupfen und wir spritzen!… // Der Ober bringt im Restaurant / Das Kokadöschen gerne, / Dann lebt man ein paar Stunden lang / Auf einem besseren Sterne; / Das Morphium wirkt (subkutan) / Gar prompt auf das Zentralorgan, / Die Geister zu erhitzen / Wir schnupfen und wir spritzen! // Die Mittelchen sind zwar verwehrt / Durch das Gesetz von oben, / Doch was man offiziell entbehrt, / Wird heutzutag geschoben / So kommt man leicht zur Euphorie / Und wenn uns wie das liebe Vieh / Die bösen Feinde rupfen / Wir spritzen und wir schnupfen! // Und spritzt man sich ins Irrenhaus / Und schnupft man sich zu Tode / Du lieber Gott, was macht das aus / In dieser Weltperiode! / Ein Narrenhaus ist ohnedies / Europa und ins Paradies / Mag Einer gern heut schlupfen / Durch Spritzen und durch Schnupfen!*. <<

[14] Von Ostini, Fritz, canción «Neues Berliner Kommerslied» («Nueva canción de los estudiantes berlineses»), también llamada «Wir schnupfen und wir spritzen» («Esnifamos y nos chutamos»). Reproducida en: *Jugend*, n.º 52, 1919. <<

[15] Pohlisch, Kurt, «Die Verbreitung des chronischen Opiatmissbrauchs in Deutschland», en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, vol. 79, 1931, pp. 193-202, apéndice tabla II. <<

[*] Cabe recordar que la fundación del NSDAP, el 24 de febrero de 1920, tuvo lugar en una cervecería de Múnich, la Münchner Hofbräuhaus. Al principio, el alcohol tuvo un papel destacado en los rituales iniciáticos de estrechamiento de lazos varoniles del Partido Nazi y su sección de asalto. Este libro solamente aborda por encima el papel del alcohol en el III Reich porque va más allá del ámbito tratado y merece una explicación aparte. <<

[16] El NSDAP no aprobó ningún programa de partido en el sentido tradicional y nunca ocultó su planteamiento irracional. Sus estructuras fueron caóticas hasta el final. Véase Mommsen, *ibid*, p. 398. <<

[17] Grass, Günter, *Die Blechtrommel*, Neuwied am Rhein y Berlín Oeste, 1959, p. 173 (hay trad. cast.: *El tambor de hojalata*, Alfaguara, Madrid, 2009). <<

[18] La frase es de Gregor Strasser, político y miembro del NSDAP, y aparece citada en Wellershoff, Dieter, *Der Ernstfall-Innenansichten des Krieges*, Colonia, 2006, p. 57. <<

[19] Pieper, *ibid*, p. 210. <<

[20] *Ibid*, p. 364. <<

[21] BArch-Berlin R 1501/126497, hojas 214, 216, 220. <<

[*] Etimológicamente, la palabra proviene del neerlandés *droog*, que significa ‘seco’. En la época colonial holandesa se denominaban así los productos estimulantes deshidratados que llegaban de ultramar, como las especias o el té. Antiguamente, en Alemania, todas las plantas, partes de plantas, hongos, animales, etc., farmacéuticamente utilizables (es decir, sometidos a un proceso de deshidratación) se consideraban *Drogen* y, más tarde, también la mayoría de remedios y medicinas (de ahí, por ejemplo, el término *Drogerie* para referirse a su lugar de venta). <<

[22] «El internamiento durará lo que requiera su finalidad», citado por Holzer, *ibid*, p. 191. Véase también: «Maßregeln der Sicherung und Besserung», artículo 42 b del Código Penal del Reich (RStGB) sobre el internamiento de adictos delincuentes en establecimientos de curación, cuidados y desintoxicación. Este reglamento estuvo vigente hasta el 1 de octubre de 1953. <<

[23] Reglamento del Colegio de Médicos del Reich del 13-12-1935. Véase también Pieper, *ibid*, pp. 171 y 214, y Fraeb, Walter Martin, *Untergang der bürgerlichrechtlichen Persönlichkeit im Rauschgiftmißbrauch*, Berlín, 1937.
<<

[24] Holzer, *ibid*, p. 179. <<

[25] *Ibid*, p. 273. <<

[26] Citado por Pieper, *ibid*, p. 380, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[27] BArch-Berlin R58/473, hoja 22 (microficha). <<

[28] *Ibid*, pp. 186 y 491. <<

[29] Freienstein, Waldemar, «Die gesetzlichen Grundlagen der Rauschgiftbekämpfung», en *Der öffentliche Gesundheitsdienst*, vol. A, 1936-1937, pp. 209-218. Véase también Holzer, *ibid*, p. 139. <<

[30] Gabriel, Ernst, «Rauschgiftfrage und Rassenhygiene», *Der öffentliche Gesundheitsdienst*, edición parcial B, vol. 4, pp. 245-253, citado por Holzer, *ibid*, p. 138. Véase también Pieper, *ibid*, pp. 213 y s. <<

[31] Geiger, Ludwig, *Die Morphin- und Kokainwelle nach dem Ersten Weltkrieg in Deutschland und ihre Vergleichbarkeit mit der heutigen Drogenwelle*, Múnich, 1975, pp. 49 y ss. Véase también Scheer, Rainer, «Die nach Paragraph 42 RStGB verurteilten Menschen in Hadamar», en Roer, Dorothee y Dieter Henkel, *Psychiatrie im Faschismus. Die Anstalt Hada mar 1933-1945*, Bonn, 1986, pp. 237-255, aquí p. 247. Un caso ejemplar es el del dentista Hermann Wirsting, quien, el 15-4-1940, ingresó en el establecimiento de curación y cuidados de Waldheim, Sajonia, para una terapia forzosa y al día siguiente fue trasladado en ambulancia a un campo de exterminio. Véase Holzer, *ibid*, p. 262, y Friedlander, Henry, *Der Weg zum NS-Genozid. Von der Euthanasie zur Endlösung*, Berlín, 1997, p. 191. <<

[32] Klee, Ernst, *Das Personenlexikon zum Dritten Reich-Wer war was vor und nach 1945*, Fráncfort, 2003, p. 449. <<

[33] BArch-Berlin NS 20/140/8, *Ärzteblatt für Niedersachsen*, n.º 5, año 1939, pp. 79 y ss. (Bruns, Erich). Véase Holzer, *ibid*, p. 278. <<

[34] Citado por Binion, Rudolph, … *daß Ihr mich gefunden habt*, Stuttgart, 1978, p. 46. <<

[35] Reko, Viktor, *Magische Gifte: Rausch-und Betäubungsmittel der neuen Welt*, Stuttgart, 1938. Resulta reveladora una declaración en el prólogo de tintes fascistoides de Reko, p. ix: «En doce capítulos escogidos se describen distintos productos narcóticos que, al igual que hace pocos años la coca, provienen de círculos de razas inferiores y amenazan con introducirse en los pueblos culturizados». <<

[36] Hecht, Günther, «Alkohol und Rassenpolitik», en *Bekämpfung der Alkohol- und Tabakgefahren: Bericht der 2. Reichstagung Volksgesundheit und Genußgifte. Hauptamt für Volksgesundheit der NSDAP und Reichsstelle gegen den Alkohol- und Tabakmißbrauch*, Berlín-Dahlem, 1939. <<

[37] Kosmehl, Erwin, «Der sicherheitspolizeiliche Einsatz bei der Bekämpfung der Betäubungsmittelsucht», en Feuerstein, Gerhart, *Suchtgiftbekämpfung. Ziele und Wege*, Berlín, 1944, pp. 33-42, aquí p. 34. <<

[38] Pohlisch, *ibid*, p. 72. <<

[39] Hiemer, Ernst, *Der Giftpilz. Ein Stürmerbuch für Jung und Alt*, Núremberg, 1938. <<

[40] Citado por Pieper, *ibid*, pp. 364 y ss., la misma fuente para la cita siguiente. <<

[41] El 45% de los médicos —un porcentaje altísimo— eran miembros del NSDAP. Véase Lifton, Robert Jay, *Ärzte im Dritten Reich*, Stuttgart, 1938, p. 37. <<

[42] El preparado todavía se comercializa. Se anuncia citando su «sustancia activa natural única, la cepa Escherichia coli Nissle 1917» y se emplea para tratar enfermedades intestinales inflamatorias crónicas. En Alemania, Mutaflor se vende bajo prescripción médica y su importe es reembolsable a través del seguro médico. <<

[43] Goebbels, Joseph, artículo editorial en *Das Reich-Deutsche Wochenzeitung*, 31-12-1944, pp. 1 y ss. <<

[44] Giesing, Erwin, «Bericht über meine Behandlung bei Hitler», Wiesbaden, 12-6-1945, en *Hitler as seen by his Doctors*, Headquarters United States Forces European Theater Military Intelligence Service Center: OI-Consolidated Interrogation Report (CIR), National Archives at College Park, MD. <<

[*] El inmueble había sido propiedad del banquero judío Georg Solmmen y estaba «arianizado» cuando lo adquirió Morell. Después de la guerra lo compró Axel C. Springer, fundador del gigante mediático que lleva su nombre y edita, entre otros periódicos, el diario sensacionalista *Bild*.. <<

[45] «Hoy, como en 1914, la situación política y económica alemana —una fortaleza sitiada por el mundo— parece exigir una rápida decisión bélica a base de ataques de exterminio desde el inicio de las hostilidades», declaró programáticamente el presidente de la junta directiva Carl Krauch, anticipándose así al concepto de *Blitzkrieg* o guerra relámpago. Citado por Frieser, Karl-Heinz, *Die Blitzkrieg-Legende-der Westfeldzug 1940*, Múnich, 2012, p. 11. <<

[*] Acabada la segunda guerra mundial, Hauschild se convirtió en el principal fisiólogo deportivo de la República Democrática Alemana y, en la década de 1950, impulsó desde su instituto en la Universidad de Leipzig el programa de dopaje que convirtió al Estado Obrero y Campesino de Alemania del Este en un gigante de los deportes. El inventor de la pervitina recibió en 1957 el premio Nacional de la RDA. <<

[*] Se comercializó en Japón con el nombre de Philopon (o Hiropon) y fue empleada posteriormente en la guerra por los pilotos kamikazes. <<

[46] La propiofenona, un producto residual de la industria química, se bromó y, mediante un tratamiento con metilamina y una posterior reducción, se transfirió a la efedrina, a partir de la cual, por reducción con yoduro de hidrógeno y fósforo, se obtuvo la metanfetamina. Véase Kaufmann, Hans P., *Arzneimittel-Synthese*, Heidelberg, 1953, p. 193. <<

[47] Oficina de Patentes del Reich, 1938: patente número 767.186, clase 12 q, grupo 3, titulada «Verfahren zur Herstellung von Aminen» («Procedimiento para la producción de aminas»). Una pastilla contenía tres miligramos de principio activo. <<

[48] Landesarchiv Berlin, A Rep. 250-02-09/n.º 218, material comercial impreso sin fechar. Véase también Holzer, *ibid*, p. 225. <<

[49] Citado por Pieper, *ibid*, pp. 118 y ss. En total son seis miligramos de metanfetamina a lo largo del día, una dosis a la que el cuerpo se acostumbra rápidamente y cuyos efectos, a los pocos días de uso, dejan de notarse con la misma intensidad que al principio. Este desarrollo de la tolerancia al fármaco conduce al *craving*, el deseo de aumentar la dosis para recuperar los efectos agradables. Si en esta fase no se controla la conducta de consumo y el medicamento ya no se puede dejar sin problemas, se produce la adicción. <<

[50] Püllen, C., «Bedeutung des Pervitins (1-Phenyl-2-methylamino-propan) für die Chirurgie», en *Chirurg*, vol. 11, cuaderno 13, 1939, pp. 485-492, aquí: pp. 490 y 492. Véase también Pieper, *ibid*, p. 119. <<

[51] Haffner, F., «Zur Pharmakologie und Praxis der Stimulantien», en *Klinische Wochenschrift*, vol. 17, cuaderno 38, 1938, p. 1311. Véase también Pieper, *ibid*, p. 119. <<

[52] Snelders, Stephen y Toine Pieters, «Speed in the Third Reich: Methamphetamine (Pervitin) Use and a Drug History from Below», en *Social History of Medicine*, Advance Access, 2011. <<

[53] Precisamente en este grupo profesional, la anfetamina sigue siendo hoy muy popular. Véase también Müller-Bonn, Hermann, «Pervitin, ein neues Analepticum», en *Medizinische Welt*, cuaderno 39, 1939, pp. 1315-1317. Citado por Holzer, *ibid*, p. 230, y Pieper, *ibid*, p. 115. <<

[54] Véase Seifert, W., «Wirkungen des 1-Phenyl-2-methylamino-propan (Pervitin) am Menschen», en *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, vol. 65, cuaderno 23, 1939, pp. 914 y ss. <<

[55] Neumann, Erich, «Bemerkungen über Pervitin», en *Münchener Medizinische Wochenschrift*, cuaderno 33, 1939, p. 1266. <<

[56] Eichholtz, Fritz, «Die zentralen Stimulantien der Adrenalin-Ephedrin-Gruppe», en «Über Stimulantien», *Deutsche Medizinische Wochenschrift* 1941, pp. 1355-1358. Véase también *Reichsgesundheitsblatt 15*, n.º 296 (1940). La producción de los pralinés con sobredosis fue suprimida por orden de la Oficina de Salud del Reich. La empresa Hildebrand también comercializó la chocolatina con cafeína Schokakola, actualmente todavía en el mercado. <<

[57] Hauschild, Fritz, «Über eine wirksame Substanz», en *Klinische Wochenschrift*, vol. 17, cuaderno 48, 1938, pp. 1257 y ss. <<

[58] Schoen, Rudolf, «Pharmakologie und spezielle Therapie des Kreislaufkollapses», en *Verhandlungen der Deutschen Gesellschaft für Kreislaufforschung*, 1938, pp. 80-112, aquí p. 98. Citado por Holzer, *ibid*, p. 219. <<

[*] La cantidad citada es, por ejemplo, la habitual en una dosis actual de *crystal meth.*. <<

[59] Véase Graf, Otto, «Über den Einfluss von Pervitin auf einige psychische und psychomotorische Funktionen», en *Arbeitsphysiologie*, vol. 10, cuaderno 6, 1939, pp. 692-705, aquí p. 695. <<

[60] Lemmel, Gerhard, y Jürgen Hartwig, «Untersuchungen über die Wirkung von Pervitin und Benzedrin auf psychischem Gebiet», en *Deutsches Archiv für Klinische Medizin*, vol. 185, cuadernos 5 y 6, 1940, pp. 626 y ss. <<

[61] Püllen C., «Erfahrungen mit Pervitin», en *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 86, cuaderno 26, 1939, pp. 1001-1004. <<

[62] Haffner, Sebastian, *Anmerkungen zu Hitler*, Múnich, 1978, pp. 31 y ss.
<<

[63] Mann, Golo, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Stuttgart/Mannheim, 1958, p. 177. <<

PARTE II. *SIEG* «*HIGH*»: GUERRA RELÁMPAGO CON METANFETAMINA (1939-1941)

[1] Böll, Heinrich, *Briefe aus dem Krieg 1939-45*, Colonia, 2001, p. 15. <<

[2] *Ibid*, p. 16. <<

[3] *Ibid*, p. 30. <<

[4] *Ibid*, p. 26. <<

[5] *Ibid*, p. 81. <<

[6] *Ibid*, p. 22. <<

[7] Wenzig, K., *Allgemeine Hygiene des Dienstes*, Berlín-Heidelberg, 1936, pp. 288-307. <<

[8] Ranke, Otto, «Ärztliche Fragen der technischen Entwicklung», en *Veröff. a. d. Geb. d.* Heer *es-Sanitätswesens*, 109 (1939), p. 15. Véase también BArch-Freiburg RH 12-23/1882, conferencia de Ranke «Leistungssteigerung durch ärztliche Maßnahmen» («Aumento del rendimiento mediante recursos médicos») con motivo del aniversario de la fundación de la MA, 19-2-1939, pp. 7 y ss.: «La pervitina adquiere una importancia especial en las actividades prolongadas y de poco desgaste físico, como conducir un vehículo o pilotar un avión para recorrer grandes distancias, donde el sueño siempre ha sido un enemigo peligroso». <<

[9] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, informe de Ranke a las autoridades de inspección sanitaria del 4-10-1938. <<

[*] Y, encima, barata. Según los cálculos de Ranke, la dosis militar media era de cuatro pastillas al día, es decir, 16 céntimos de marco al precio de venta en farmacias, mientras que el café tenía un coste aproximado de 50 céntimos por noche: «Los medicamentos despertadores son, por consiguiente, más económicos». <<

[10] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, conferencia de Ranke sobre sustancias despertadoras no pronunciada, febrero de 1940, p. 6, e informe de Ranke para el grupo de estudio C sobre el medicamento potenciador del rendimiento, 4-5-1939. <<

[11] Además, durante la entrada de las tropas alemanas en los Sudetes en 1938 se habían llevado a cabo las primeras experiencias positivas con pervitina en una misión. Véase BArch-Freiburg RH 12-23/1882, *Berichte über Pervitineinsatz, hier bei Einheit N. A. 39*. <<

[12] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, discurso de Ranke «Leistungssteigerung durch ärztliche Maßnahmen» con motivo del aniversario de la fundación de la MA, 19-2-1939, p. 7. <<

[13] Benn, Gottfried, «Provoziertes Leben: ein Essay», en *Sämtliche Werke. Band IV: Prosa 2*, Stuttgart, 1989, p. 318. <<

[14] BArch-Freiburg 12-23/1882, carta a Ranke del director del Instituto de Psicología de la Universidad de Viena, 8-12-1941. <<

[15] *Ibid*, carta de Ranke al grupo de estudio C, 4-5-1939. <<

[16] *Ibid*, carta de Ranke al general médico Kittel del 25-8-1939. <<

[17] *Ibid*, informe dirigido a Ranke sobre el uso de pervitina. <<

[18] *Ibid*, Instituto de Fisiología de Defensa de la Academia de Medicina Militar, anexo al informe 214 a del 8-4-1940. <<

[19] *Ibid*, informe dirigido a Ranke sobre el uso de pervitina. La misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[20] *Ibid*, informe del doctor Wirth sobre el «uso de pervitina como fortificante», 30-12-1939. <<

[21] Como, por ejemplo, en la 20.ª división de Infantería. Véase BArch-Freiburg RH 12-23/1842, informe del oficial médico doctor Krüger. <<

[22] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, informe dirigido a Ranke sobre el uso de pervitina. La misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[23] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, informe del comandante médico Grosselkeppler del 6-4-1940. <<

[24] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, informe del comandante médico Schmidt a Ranke del 25-3-1940. Véase también BArch-Freiburg RH 12-23/271, informe de Ranke al grupo de estudio C, 13-1-1940, y BArch-Freiburg RH 12-23/1882, informe del oficial médico doctor Krüger. <<

[25] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, «Erfahrungen mit Pervitin und ähnl. Stoffen», médico del Ejército A. O. K. 6 (Haubenreisser), 15-4-1940. <<

[26] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, «Erfahrungen mit Pervitin, Elastonon usw.», médico del 4.º cuerpo de Ejército (Günther), 8-4-1940. <<

[27] Ballhausen, Hanno (ed.), *Chronik des Zweiten Weltkrieges*, Múnich (2004), p. 27. <<

[28] Mann, Golo, *ibid*, pp. 915 y ss. <<

[29] Kroener, Bernhard R., «Die personellen Ressourcen des Dritten Reiches im Spannungsfeld zwischen Wehrmacht, Bürokratie und Kriegswirtschaft 1939-1942», en Rolf-Dieter Müller y Hans Umbreit, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 5.1: «Organisation und Mobilisierung des Deutschen Machtbereichs, Kriegsverwaltung, Wirtschaft und personelle Ressourcen 1939-1941», 1988, p. 826. <<

[30] Véase Frieser, *ibid*, pp. 11, 43 y 57. <<

[31] Speer, Albert, *Erinnerungen*, Fráncfort 1969, p. 431. <<

[32] BArch-Freiburg RH 2/768, actas manuscritas de Hans-Adolf Halder, hoja 6 (reverso). <<

[33] BArch-Freiburg H 20/285/7, Wehrphysiologisches Institut, 16-10-1939, asunto: «Pervitin». Véase también: carta del 16-10-1939 a Winkler, así como RH 12-23/1644 y diario de guerra de Ranke, anotación del4-1-1940. <<

[34] BArch-Freiburg RH12-23/1644, diario de guerra de Ranke, anotación del 8-12-1939. <<

[35] BArch-Freiburg RH12-23/1644, carta de Ranke a Zechlin del 24-1-1940. Véase también BArch-Freiburg RH 12-23/1882, discurso de Ranke «Leistungssteigerung durch ärztliche Maßnahmen» con motivo del aniversario de la fundación de la MA, 19-2-1939, p. 5: «Debo confirmar que, tanto yo como todos los ayudantes, con pervitina acometemos el trabajo con pasión y tenemos la sensación de que las tareas difíciles se pueden llevar a cabo más fácilmente, y que sobre todo la decisión de acometer los trabajos difíciles resulta más fácil de tomar». <<

[36] BArch-Freiburg RH12-23/1644, diario de guerra de Ranke, anotación del 8-11-1939, p. 6. <<

[37] *Ibid*, anotación del 19-11.1939, p. 16. <<

[38] Kramer, Eva, «Die Pervitingefahr», en *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 88, n.º 15, 1941, pp. 419 y ss. <<

[39] Liebendörfer, «Pervitin in der Hand des praktischen Nervenarztes», en *Münchener Medizinische Wochenschrift*, vol. 87, n.º 43, 1940, p. 1182. <<

[40] Benn, *ibid*, p. 317. <<

[41] BArch-Berlin R22/1475, hoja 395, Conti al Ministerio de Justicia del Reich, 21-10-1939. La misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[42] BArch-Berlin R36/1360, «An die ehrenamtlichen Mitglieder der früheren R. f. R», 19-10-1939. <<

[43] *Reichsgesetzblatt* 1 (1939), p. 2176; *Reichsgesundheitsblatt* (1940), p. 9: «Según la ordenanza policial del Ministerio del Interior del Reich sobre la venta de preparados hepáticos y otros fármacos, la venta en farmacias del fenilaminopropano y sus sales (p. ej., bencedrina, actedrona, elastonona), y el fenilmetilaminpropano y sus sales (p. ej., pervitina) está sujeta a la previa presentación de receta médica en todos los casos». <<

[44] Conti, Leonardo, «Vortrag des Reichsgesundheitsführers Dr. Conti vor dem NSD-Ärztebund, Gau Berlin, am 19. März 1940, im Berliner Rathaus», en *Deutsches Ärzteblatt*, vol. 70, n.º 13, 1940, pp. 145-153, aquí p. 150. <<

[45] Speer, Ernst, «Das Pervitinproblem», en *Deutsches Ärzteblatt*, n.º 1, 1941, pp. 4-6 y 15-19, aquí p. 19. Véase también Holzer, *ibid*, pp. 238 y ss.
<<

[46] BArch-Freiburg RH 12-23/1575, carta de Conti a Handloser del 17-2-1940 y carta de respuesta de Handloser a Conti del 26-2-1940. <<

[47] «Trasladando el centro de atención al flanco sur, podremos acordonar y diezmar a las potentes tropas enemigas que están a la espera en el norte de Bélgica». RH 19 I/41, actas del HGr 1: borrador de una nota de Manstein para el diario de guerra, 17-2-1940, anexo 51 (hojas 174 y ss.); véase también BArch-Freiburg RH 19 I/26, nota sobre el discurso del Führer, hojas 121 y ss. <<

[48] Citado por Frieser, *ibid*, p. 81. <<

[49] BArch-Freiburg, legado de Erich von Manstein, nota n.º 32. <<

[50] Waldmann, Anton: diario no publicado, anotación del 13-4-1940, Wehrgeschichtliche Lehrsammlung des Sanitätsdienstes der Bundeswehr. <<

[51] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, «Leistungssteigerung durch ärztliche Maßnahmen» y conferencia de Ranke sobre sustancias despertadoras redactada en febrero de 1940 (no pronunciada). <<

[52] *Ibid*, carta del doctor Schmidt, oficial médico de división del grupo blindado Von Kleist, a Ranke, 15-4-1940. <<

[53] *Ibid*, inspector sanitario del Ejército, 17-4-1940, «Betr. Weckmittel», incl. anexos 1 y 2. <<

[54] *Ibid*. <<

[55] BArch-Freiburg RH 12-23/1884, «Auslieferung von Pervitin und Isophen vom Hauptsanitätspark an Heer und Luftwaffe». <<

[56] BArch-Freiburg RH 21-1/19, Ia/op n.º. 214/40 del 21-3-1940, p. 2. <<

[57] Wahl, Karl, ... *es ist das deutsche Herz*, Augsburgo (1954), p. 246. Véase también Leeb, Wilhelm Ritter von, «Tagebuchaufzeichnung und Lagebeurteilungen aus zwei Weltkriegen. Aus dem Nachlaß», en Georg Meyer (ed. y resumen biográfico), *Beiträge zur Militär- und Kriegsgeschichte*, Stuttgart, 1976, vol. 16, p. 184. <<

[58] Según Guderian, una «expresión frecuentemente utilizada» por él mismo. Véase también Guderian, Heinz, *Erinnerungen eines Soldaten*, Stuttgart, 1960, p. 95. <<

[59] Entrevista a *ZEIT-Magazin*, 7-5-2015, p. 50. <<

[60] Citado por Frieser, *ibid*, p. 114. <<

[61] *Ibid*, p. 136. <<

[62] La división tenía una dotación de casi 400 oficiales, 2000 suboficiales y cerca de 9300 soldados. <<

[63] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, véase aquí, por ejemplo, el «Vorlage eines Erfahrungsberichtes über Anregungsmittel» («Modelo de un informe basado en la experiencia con estimulantes») del 23-2-1940, p. 2: «… la noche siguiente se entregaron 2 pastillas por cabeza a conductores y acompañantes de vehículo con la orden de guardarlas en el dobladillo de la gorra y tomarlas cuando fuera necesario, pero siempre antes de la 1 de la noche». <<

[64] Véase también Frieser, *ibid*, pp. 195 y ss. <<

[65] Fischer, Wolfgang, *Ohne die Gnade der späten Geburt*, Múnich, 1990, pp. 62 y ss. <<

[66] BArch-Freiburg N 802/62, legado de Guderian, «Aus dem 3. Bericht über die Fahrten des Kommandierenden Generals während des Einsatzes in Frankreich» («Del tercer informe sobre los desplazamientos del general al mando durante la misión en Francia»), hoja 008. <<

[67] *Ibid*, hoja 010. <<

[68] Bloch, Marc, *Die seltsame Niederlage: Frankreich 1940*, Fráncfort, 1995, pp. 93 y ss. <<

[69] Citado por Frieser, *ibid*, p. 219. <<

[70] Información oral. <<

[71] Frieser, *ibid*, p. 419. <<

[72] No solo en la segunda guerra mundial, sino también hasta la actualidad en la guerra convencional, donde los tanques siguen teniendo un papel protagonista. <<

[73] El llamado «principio de la mochila» (*Rucksack-Prinzip*): la unidad lleva consigo todos los suministros necesarios para la operación. Estos primeros días de campaña muestran hasta qué punto el aprovisionamiento a nivel logístico, es decir, hasta el último nivel de la jerarquía, es decisivo en una operación militar. Véase en este contexto también Kielmansegg, Johann Adolf Graf von, *Panzer zwischen Warschau und Atlantik*, Berlín, 1941, p. 161. <<

[74] Citado por Frieser, *ibid*, p. 162. <<

[75] BArch-Freiburg N 802/62, legado de Guderian, *ibid*, hojas 007 y 011/012. <<

[76] Churchill, Winston, *Zweiter Weltkrieg*, vol. II, libro 1, Stuttgart, 1948-1949, p. 61. <<

[77] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell a su esposa, 3-6-1940. <<

[78] Frieser, *ibid*, p. 336. <<

[79] Citado por Frieser, *ibid*, p. 326, la misma fuente para la cita siguiente.
<<

[80] Churchill, *ibid*, p. 65. <<

[81] Ironside, Edmund, *Diaries 1937-1940*, Nueva York, 1962, p. 317. Citado por Frieser, *ibid*, p. 325. <<

[82] Halder, Franz, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*, vol. 1, 1964, p. 302, citado por Frieser, *ibid*, p. 322. <<

[83] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell a su esposa, 26-5-1940. <<

[84] Ibid, carta de Morell a su mujer, 28-5-1940. <<

[*] Posteriormente, el sueldo de Morell fue ampliado hasta 60 000 marcos anuales. A esta cantidad se añadieron ventajas fiscales para su actividad comercial. <<

[85] Ironside, *ibid*, p. 333. <<

[86] Hansen, Hans-Josef, *Felsennest, das vergessene Hauptquartier in der Eifel*, Aquisgrán, 2008, p. 81. <<

[87] *Die Deutsche Wochenschau*, n.º 22, 22-5-1940. <<

[88] La Gestapo recabó con tesón pruebas de la adicción de Göring. Véase, por ejemplo, Speer, *ibid*, p. 278. <<

[89] *Berliner Lokal-Anzeiger, Zentralorgan für die Reichshauptstadt Tagesausgabe Groß-Berlin*, 1-6-1940, p. 1. <<

[90] Citado por Hesse, Reinhard, *Geschichtswissenschaft in praktischer Absicht*, Stuttgart, 1979, p. 144. <<

[91] Citado por Bradley, Dermot, *Walther Wenck, General der Panzertruppe*, Osnabrück, 1982, p. 146. <<

[92] BArch-Freiburg RH 12-23/1931, «Bericht über die Kommandierung zur Gruppe Kleist», 12-7-1940. <<

[93] *Ibid*. <<

[94] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell a su mujer, 3-6-1940. <<

[95] Diario de guerra no publicado del inspector sanitario del Ejército de Tierra, facilitado por el doctor Volker Hartmann, Sanitätsakademie der Bundeswehr. <<

[96] BArch-Freiburg ZA 3/163, diario de guerra de Waldau, jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe: marzo de 1939 al 10-4-1942, anotación del 25-5-1940. Véase también BArch-Freiburg ZA 3/163, Schmid, «Feldzug gegen Frankreich 1940», y BArch-Freiburg ZA 3/58, USAF History Project, p. 16, en Ob. d. L./Führungsstab Ic, n.º 10641/40 geh., resumen de la intervención de la Luftwaffe en las operaciones de Holanda, Bélgica y norte de Francia, 3-6-1940. <<

[97] Guderian, Heinz, *Erinnerungen eines Soldaten*, Stuttgart, 1986, p. 118.
<<

[98] *Berliner Lokal-Anzeiger, Zentralorgan für die Reichshauptstadt, Tagesausgabe Groß-Berlin*, 20-6-1940, p. 2, «Sturmfahrt bis zur Grenze der Schweiz». <<

[99] BArch-Freiburg RH 12-23/1931, «Bericht über die Kommandierung zur Gruppe Kleist», 12-7-1940, la misma fuente para las cuatro siguientes citas.
<<

[100] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, carta sobre el abuso de la pervitina («Betr: Pervitinmißbrauch») del coronel médico doctor Seyffardt al comandante médico de tropa doctor Althoff, 16-5-1941, código postal de campaña: 28806. <<

[101] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, anotación de Ranke, 25-4-1941. <<

[102] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, Ranke al oficial médico Dr. Scholz, 27-5-1941. <<

[103] IfZArch, MA 617, rollo 2, véase la carta de la empresa Hamma a Morell del 27-5-1941: como fuentes vitamínicas naturales de la confección *SRK* se indican el polvo de escaramujo, limón deshidratado, germen de centeno, aneurina y ácido nicotínico; como portadores de sabor, «leche entera en polvo, cacao y un poco de manteca de cacao». <<

[104] *Ibid*, carta de la empresa Hamma al farmacéutico Jost, 29-10-1942. <<

[105] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell a su mujer, 16-5-1940. <<

[106] BArch-Freiburg R43, carta de la empresa Hamma al SS-Führungshauptamt/Sanitätsamt, 26-8-1941. <<

[107] Las SS también utilizas la vitamultina de Morell en el frente ruso. Véase la confirmación de Himmler del 12-1-1942 (IfZArch, MA 617, rollo 2): «El Führer ha ordenado el suministro de los preparados vitamínicos adecuados a las unidades de las Waffen-SS. La empresa Hamma GmbH se encarga de la elaboración de dichos preparados. Se solicita apoyo de todo tipo a la citada empresa para el aprovisionamiento de las materias primas y recursos necesarios con el fin de poder ejecutar la orden del Führer en el plazo convenido. El *Reichsführer* de las SS». <<

[108] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell a su mujer, 16-5-1940. <<

[109] Carta de Morell a Göring sobre Hippke, Records of Private Individuals (Captured German Records), Dr. Theo Morell, National Archives Microfilm Publication T253, Roll 35. National Archives, College Park, MD. <<

[110] BArch-Freiburg ZA 3/801, Suchenwirth, Richard, «Hermann Göring», estudio no publicado, pp. 42 y ss. <<

[111] Aldgate, Anthony, y Jeffrey Richards, *Britain can take it: The British Cinema in the Second World War*, 2.ª ed., Londres, 2007, p. 120. <<

[112] Luttitz, Horst, barón von, cita extraída del documental *Schlaflos im Krieg*, Pieken, Gorch und Sönke el Bitar, Arte, 2010. <<

[113] De: Steinhoff, Johannes, *Die Straße von Messina*, Berlín, 1995, pp. 177 y ss., la misma fuente para las citas siguientes. Steinhoff, quien en el citado libro ofrece una visión literaria y crítica de sus misiones en la segunda guerra mundial, fue el principal responsable de la reconstrucción de la Luftwaffe dentro del nuevo ejército federal alemán en la década de 1950. Más tarde fue nombrado presidente del Comité Militar de la OTAN y, a mediados de los años setenta, se pasó a la industria armamentística. El uso de metanfetamina descrito en el libro se remonta al año 1943 y el autor, quien también participó en la batalla de Inglaterra de 1940, da a entender que se trató de su primer y único consumo del estimulante. <<

[114] Osterkamp, Theo, *Durch Höhen und Tiefen jagt ein Herz*, Heidelberg, 1952, p. 245. Véase también Speer, *ibid*, p. 272. <<

[115] Falck, Wolfgang, *Falkenjahre. Erinnerungen 1903-2003*, Moosburg, 2003, p. 230. <<

[116] Overy, Richard, J., «German Aircraft Production 1939-1942», en «Study in the German War Economy», tesis doctoral, Queens College, Cambridge, 1977, p. 97. <<

[117] BArch-Freiburg ZA 3/842, Göring al teniente coronel Klosinski, jefe del 4.º Escuadrón de bombarderos de la Luftwaffe, cita extraída del acta del interrogatorio de Klosinski por Suchenwirth del 1-2-1957, véase la publicación en línea http://hss.ulb.uni-bonn.de/2005/0581/0581.pdf. <<

[118] En la primera guerra mundial era una sustancia de uso habitual para evitar el cansancio. En su conferencia no pronunciada sobre sustancias despertadoras (febrero de 1940 [BArch-Freiburg, RH 12-23/1882]), Ranke también aborda la cuestión, aunque la rechaza para su tiempo: «Las sustancias despertadoras son medicamentos muy efectivos. La cocaína… no se contempla para uso militar, ya que provoca una adicción con graves daños corporales y de carácter». <<

[119] BArch-Freiburg ZA 3/326, informe mecanografiado de la conversación con el mariscal del Reich, 7-10-1943, «Betr.: Heimatverteidigungsprogramm». <<

[120] Linge, Heinz, *Bis zum Untergang*, Múnich 1980, p. 219. <<

[121] Extraído de «Udets Ernst, Spaßpilot, Kriegsverbrecher und komischer Zeichner», en Meurer, Christian, *Wunderwaffe Witzkanone-Heldentum von Heß bis Hendrix*, ensayo 09, Münster, 2005, pp. 73 y ss. <<

[122] Deutsches Nachrichtenbüro Berlin, 18-11-1941, citado en Udet, Ernst, *Mein Fliegerleben*, Berlín, 1942. <<

[123] Véase también Suchenwirth, Richard, «*Ernst Udet-Generalluftzeugmeister der deutschen Luftwaffe*», estudio no publicado, BArch-Freiburg ZA 3/805. <<

[124] Por un lado, la metanfetamina es mucho más potente que la anfetamina y, por otro, su neurotoxicidad es demostrable en casos de consumo inadecuado (dosis demasiado altas o muy frecuentes). También reduce la generación y disponibilidad de serotonina y dopamina en el sistema nervioso central y es capaz de transformar de manera persistente la neuroquímica corporal. <<

[125] BArch-Freiburg RH 12-23/1884, carta de Conti del 20-12-1940. <<

[126] BArch-Freiburg RH 12-23/1884, carta de Handloser del 20 y 29 de enero de 1941. <<

[127] Speer, Ernst, *ibid*, p. 18. <<

[128] Holzer, *ibid*, pp. 242 y ss. <<

[*] Se trata de una estimación a la baja, ya que los datos oficiales suelen hablar de «unidades». Si con estas no se refieren a los comprimidos individuales sino, por ejemplo, a los famosos tubos de Pervitin (que contenían 30 pastillas cada uno), el consumo resultante todavía es claramente mayor. Además, el uso adicional de ampollas inyectables (de dosis más elevada) es actualmente imposible de reconstruir. <<

[129] Holzer, *ibid*, pp. 245 y ss. <<

[130] BArch-Berlin NS 20-139-6/Rundschreiben Vg. 9/41, NSDAP, Hauptamt für Volksgesundheit, 3-2-1941, Conti. Citado por Holzer, *ibid*, p. 244. <<

[131] RGBl.I, 12.6.1941, p. 328: «6. Verordnung über Unterstellung weiterer Stoffe unter die Bestimmungen des Opiumgesetzes». <<

[132] Oficiales sanitarios experimentados, como el inspector sanitario del Ejército de Tierra, Anton Waldmann, llevaban tiempo advirtiéndolo: «El pueblo está nervioso. La capacidad de resistencia es alta —su rendimiento es extraordinariamente elevado—, pero, a este respecto, todavía existe el peligro de un fracaso repentino si la gente no se desahoga y encuentra tranquilidad, sueño, descanso y éxitos». Waldmann, *ibid*, anotación de diario del 1-11-1940. <<

[133] Confirmación de la Oficina del Reich «Chemie» del 7-5-1941 a la empresa Temmler: «Gemäß dem Erlass des Vorsitzenden des Reichsverteidigungsrates, Ministerpräsident Reichsmarschall Göring, über die Dringlichkeit der Fertigungsprogramme der Wehrmacht», Landesarchiv Berlin, A Rep. 250-02-09 Temmler. <<

PARTE III: «*HIGH*» *HITLER*: EL PACIENTE A Y SU MÉDICO DE CABECERA (1941-1944)

[1] IfZArch, MA 617, rollo 2, manuscrito de un discurso de Theo Morell, p. 4. Como buen hijo de su tiempo, Morell mezcla aquí dos citas que beben del clásico reparto paternalista de papeles entre médico y paciente: «La relación de confianza…» proviene del libro *Der Arzt und seine Sendung* (1925) escrito por el galeno y autor médico de Prusia Occidental, Erwin Liek (1878-1935). La última frase de la cita es del médico de cabecera de Bismarck, Emil Schweninger. <<

[2] Fest, *ibid*, p. 737. <<

[3] *Ibid*, p. 992. <<

[4] *Der Spiegel*, 42/1973, p. 201. <<

[5] Gisevius, Hans Bernd, *Adolf Hitler. Versuch einer Deutung*, Múnich, 1963, p. 523. <<

[6] Kershaw, Ian, *Hitler 1889-1945 - Das Standardwerk*, Múnich, 2008, p. 850. En otro lugar (p. 947), Kershaw sigue mostrándose curiosamente indeciso: «Morell y su terapéutica no han sido un elemento ni importante ni poco importante para explicar la miseria de Alemania en el otoño de 1944».
<<

[7] Véase Neumann, Hans-Joachim y Henrik Eberle, *War Hitler krank? - Ein abschließender Befund*, Colonia 2009, pp. 97 y 100. <<

[8] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-11-1944. <<

[9] «Gutachten über Professor Morell», Camp Sibert, 15-1-1946, Entry ZZ-5: en IRR-Personal Name Files, RG NO. 319, Stack Area 230, Row 86, Box 11, National Archives at College Park, MD. <<

[10] *Ibid*. <<

[11] El *Special Report n.º 53* cita como expertos al catedrático Dr. Felix Haffner, director del Instituto Farmacológico de la Universidad de Tubinga, al catedrático Dr. Konrad Ernst, también de la Universidad de Tubinga, y al Dr. Theodor Benzinger de Krebsstein: «El 23 de abril de 1947, estos tres científicos firmaron una declaración escrita indicando que en los expedientes informativos existentes no se pudo encontrar nada que apuntara a la posibilidad de que a Hitler se le administraran narcóticos con frecuencia». Además, también se contactó con el catedrático Dr. Heubner, del Instituto Farmacológico de la Universidad de Berlín, y el catedrático Dr. Linz, director de la Oficina del Opio del Servicio de Salud del Reich. Ambos rechazaron la posibilidad de que Hitler recibiera estupefacientes en grandes cantidades. Sin embargo, también hubo opiniones contrarias: el también interrogado Jungnickel, funcionario de la policía criminal de la Brigada Antivicio, el señor Jost, propietario de la farmacia Engel de Berlín-Mitte, y el catedrático Müller-Hess, director del Instituto de Criminalística y Medicina Forense de la Universidad de Berlín, declararon que había sido muy posible que el médico de cabecera suministrara opiáceos a Hitler, pero no quisieron o no pudieron dar ninguna información acerca de las cantidades y posibles efectos. En: IRR impersonal Files, RG NO. 319, Stack Area 770, Entry 134A, Box 7: «Hitler, Poisoning Rumors», XE 198119, National Archives at College Park, MD. <<

[12] «… con el objetivo de aportar más material para desacreditar los abundantes mitos sobre Hitler», *ibid*. <<

[13] BArch-Koblenz N 1118, legado de Goebbels, carta a Hitler, Navidad de 1943. <<

[14] Schramm, Percy Ernst, «Adolf Hitler-Anatomie eines Diktators» (5.ª y última parte), en *Der Spiegel* 10/1964. <<

[15] Citado por Schenck, Ernst Günther, *Dr. Morell. Hitlers Leibarzt und seine Medikamente*, Schnellbach, 1998, p. 110. <<

[16] BArch-Koblenz N 1348, hoja del calendario médico de Morell del 18-8-1941. <<

[17] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 9-8-1943. <<

[*] Así lo indican las cifras oficiales. Sin embargo, cabe recordar que los laboratorios Temmler también proveyeron directamente a la Wehrmacht sin el conocimiento del Servicio de Salud del Reich (RGA), el cual intentaba llevar una estadística. De esta manera se podría explicar la diferencia de 22,6 kilogramos de pervitina que hay entre las cifras oficiales de la Oficina del Opio del RGA y las ventas de Temmler en 1943. <<

[18] BArch-Freiburg RH 12-23/1884. Véase también Holzer, *ibid*, p. 247. <<

[19] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-8-1941. <<

[20] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-8-1941. Sobre la composición del Glyconorm, véase en el legado de Morell de esta misma fuente la carta del 2-12-1944. <<

[*] os opiáceos son los alcaloides naturales de la adormidera, mientras que los opioides son sus derivados sintéticos. <<

[21] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-8-1941. <<

[*] orell utilizó incluso sanguijuelas, un antiguo remedio casero empleado para impedir la coagulación y que funciona como una sangría de reducidas dimensiones. El propio Hitler le iba pasando los gusanos desde el frasco y Morell se los aplicaba debajo de la oreja con los dedos, porque con las pinzas siempre se le resbalaban. «La (sanguijuela) de delante se ha desprendido primero, se ha soltado por debajo y ha quedado colgando. La de atrás ha seguido chupando todavía media hora más, entonces se ha soltado por debajo y he tenido que arrancarla por arriba. Sangrado ulterior durante dos horas más. El Führer no va a cenar porque lleva dos esparadrapos.». <<

[22] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 11-8-1941. <<

[*] En Moscú se trabajaba de otra manera. Stalin tenía una clínica en el Kremlin con los mejores especialistas a los que, sencillamente, no se les dejaba pasar el más mínimo error. <<

[23] Keller, Philipp, *Die Behandlung der Haut- und Geschlechtskrankheiten in der Sprechstunde*, Heidelberg, 1952. <<

[24] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 27-8-1941. <<

[*] El siguiente listado alfabético pone de relieve la auténtica locura del tratamiento (las sustancias psicoactivas, es decir, alteradoras de la conciencia, aparecen subrayadas): aceite de ricino, Acidol-pepsina, Antiphlogistine, bálsamo del Perú, Belladonna Obstinol, Benerva forte, Betabion, Bismogenol, Brom-Nervacit, Brovaloton-Bad, Cafaspin, Calcium Sandoz, Calomel, Cantan, Cardiazol, Cardiazol-efedrina, Chineurin, cocaína, codeína, coramina, Cortiron, Digilanid Sandoz, disolución Lugo, Dolantin, Enterofagos, Enzynorm, Esdesan, Eubasin, Euflat, Eukodal, eupaverina, Franzbranntwein, Gallestol, glicerina yodada, glucosa, Glyconorm Glycovarin, Hammavit, harmina, Homburg 680, Homoseran, Intelan, Kalzan, Karlsbader Sprudelsalz, Leber Hamma, Luizym, Luminal, Mitilax, Mutaflor, Nateina, Neo-Pyocyanase, nitrato de plata, nitroglicerina, Obstinol, omnadina, Optalidon, Orchikrin, pastillas antigases Köster, pastillas Kissinger, pastillas Leo, Penicilina Hamma, Pervitin, Profundol, Progynon, Prostakrin, Prostophanta, Pyrenol, Quadro-Nox, Relaxol, Sango-Stop, Scophedal, septoyodo, Spasmopurin, Strophantin, Strophantose, supositorios Tempidorm, suprarrenina (adrenalina), Sympatol, Targesin, Testoviron, Thrombo-Vetren, Tibatin, Tonophosphan, Tonsillopan, Trocken-Koli-Hamma, Tussamag, Ultraseptyl, Vitamultin, Yatren. <<

[25] Un resumen con explicaciones sobre los distintos fármacos que Hitler tomó se puede consultar aquí: www.jkris.dk/jkris/Histomed/hitlermed/hitlermed.htm. <<

[26] Citado por Katz, Ottmar, *Prof. Dr. med. Theo Morell - Hitlers Leibarzt*, Bayreuth, 1982, p. 219. <<

[27] Schramm, Percy E. (ed.), *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht 1940-1941*, vol. II, 1982, p. 673. <<

[28] *Ibid*, anotación del 21-10-1941, p. 716. <<

[29] BArch-Freiburg RH 12-23/1882, Dr. Guther, Otto, «Erfahrungen mit Pervitin», 27-1-1942. <<

[30] Lo mismo pasó con la Marina de Guerra, tal como ilustra la huida del crucero pesado *Prinz Eugen* del puerto de Brest, donde estaba expuesto a los continuos ataques de los bombarderos británicos. Para evitar un posible hundimiento y la consiguiente pérdida de prestigio, Hitler había ordenado la repatriación del navío junto con los acorazados *Gneisenau* y *Scharnhorst*, también amenazados. El problema era que había que atravesar el canal de la Mancha para llegar a la bahía alemana, situada a unos dos días de travesía. En los siglos precedentes, ninguna flota enemiga había conseguido atravesar ilesa las más de trescientas millas de costa británica y, por ello, el comandante en jefe de la Armada se había negado en distintas ocasiones a ordenar la operación debido a la «imposibilidad de su ejecución». Sin embargo, como en la noche del 11 de febrero de 1942 había una espesa niebla en el puerto de Brest y la tripulación del submarino británico que vigilaba la base alemana estaba dormida porque no contaba con que la flota zarpara a esa hora, los navíos soltaron amarras. Siguieron cuarenta y ocho horas de viaje en zafarrancho de combate. Nadie podía dormir. Todo el mundo estaba en sus puestos en estado de alerta, en las torretas, la sala de máquinas, el puente de mando. «Teniendo en cuenta que… una disminución de la concentración y la capacidad de rendimiento de cada miembro de la tripulación podría ser perjudicial para una ejecución con éxito de la operación, se ordenó el reparto de Schokakola (1 paquete por cabeza) y pervitina en pastillas —explica el médico de a bordo del *Prinz Eugen* en su informe del 12 de febrero—: Cada miembro de la tripulación recibió tres tabletas por grupo de combate». Hacia mediodía, el convoy pasaba por Dover. Al ver lo que estaba sucediendo ante sus propios ojos, los británicos respondieron. La artillería costera empezó a disparar con todos su cañones y más de 240 bombarderos despegaron de los campos de aviación británicos, pero 280 aviones de caza alemanes les dieron jaque. En los barcos, todos los hombres estaban en sus puestos de artillería y en los cañones antiaéreos. Una guerra con anfetaminas por mar: «El efecto excitante de la pervitina consiguió disipar la paulatina necesidad de sueño y la sensación de

cansancio», informó el comandante médico de la Armada, Witte. La tarde del 13 de febrero, los barcos arribaron a Wilhelmshaven. Para los británicos, la travesía por el Canal fue una de las peores humillaciones navales de su historia, mientras que para los alemanes, la operación acarreó principalmente una cosa: «la necesidad —según el informe médico— de equipar con pervitina todos los barcos que se encuentren de misión. Para una tripulación de 1500 hombres se requieren 10 000 pastillas de pervitina». (BArch-Freiburg RM 92-5221/folios 58-60, diario de guerra del crucero *Prinz Eugen*, 1-1-1942 al 31-1-1943, vol. 2, «Geheime Kommandosache - Ärztlicher Erfahrungsbericht über den Durchbruch des Kreuzers »Prinz Eugen« durch den Kanal in die Deutsche Bucht am 11.2.1942 bis 13.2.1942». <<

[31] Por regla general, la tolerancia a la metanfetamina empieza a partir de tres dosis de diez miligramos (de 3 a 4 pastillas de pervitina por dosis) en solo dos o tres días seguidos de consumo. Sin embargo, cada individuo tiene su propio nivel de tolerancia. Algunas personas necesitan aumentar la cantidad a partir de la segunda toma para conseguir el efecto inicial, mientras que otras pueden mantener una dosis fija durante días sin experimentar un descenso del efecto importante. En general, lo que hace la metanfetamina mediante la estimulación artificial que se desencadena en las neuronas es silenciar las señales corporales de alarma que avisan de los límites naturales de la capacidad de rendimiento. Entonces, las fronteras de la resistencia física y psíquica dejan de percibirse y van diluyéndose aunque exista la necesidad de descansar. <<

[32] BArch-Freiburg Rh 12-23/1384, Heeresverordnungsblatt 1942, parte B, n.º 424, p. 276, «Bekämpfung des Missbrauchs von Betäubungsmitteln». Véase también Holzer, *ibid*, pp. 289 y ss. <<

[33] Halder, Franz, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*, vol. 3, Stuttgart, 1964, p. 311. <<

[34] Gisevius, *ibid*, p. 471. Citado por Fest, *ibid*, p. 883. <<

[35] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell al cardiólogo profesor Weber del 2-12-1944: «Ir a dar un paseo se convirtió en un concepto desconocido, ya que lo normal durante meses fue salir a tomar el aire un cuarto de hora al día». <<

[36] Citado por Schenck, Ernst Günther, *Patient Hitler*, Augsburgo, 2000, p. 389. <<

[37] IfZArch, MA 617, rollo 3. Extraído de una carta de Nissle, inventor del Mutaflor, a Morell, 1-3-1943. <<

[38] Speer, *ibid*, p.592. <<

[*] «Queda prohibida toda relación con personas civiles, así como la estancia en las casas de la población local». Por todas partes se sospechaba la presencia de bichos que pudieran transmitir alguna enfermedad. También se advertía de los peligros que podían acarrear las moscas —*¡Disentería!*—, chinches o piojos —*¡Tifus!*—, así como las ratas ucranianas, potenciales portadoras de la peste. <<

[39] IfZArch, MA 617, rollo 1, medidas de seguridad del cuartel general Werwolf, 20-2-1943. <<

[40] Speer, *ibid*, pp. 256 y ss. <<

[41] Citado por Fest, *ibid*, p. 903. <<

[42] Speer, *ibid*, pp. 361 y 368. <<

[43] Schramm, *ibid*, anotación del 21-12-1942. <<

[44] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 18-8-1942. <<

[45] Haffner, *ibid*, p. 110. <<

[46] Fest, *ibid*, p. 922. <<

[47] Speer, *ibid*, pp. 345, 353 y 475. <<

[*] Todo lo contrario que Stalin, quien, tras la derrota sufrida en Járkov por su culpa en mayo de 1942, se mantuvo más o menos alejado de los intereses militares y dio relativa libertad de actuación a la Stavka, su alto mando del Ejército. <<

[48] Carta de la farmacia Engel a Theo Morell del 29-8-1942, National Archives Microfilm Publication T253/45. <<

[49] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 9-12-1942. <<

[50] *Ibid*, anotación de Morell, 17-12-1942. <<

[51] Citado por Pieper, *ibid*, p. 174. <<

[*] El contrato de compraventa del 29 de noviembre de 1943 decía: «Los bienes del judío Adolf Heikorn, su esposa Wilma Goldschmied y sus hijos Friedrich Heikorn y Hedwig Heikorn quedan confiscados por orden de la Geheimen Staatspolizei. El comprador declara explícitamente que no es judío y que, por su parte, en el presente negocio no participan en ninguna forma judíos, empresas judías ni asociaciones judías». <<

[52] IfZArch, MA 617, rollo 1. <<

[53] Nota de conversación de Morell, National Archives Microfilm PublicationT253/45, la misma fuente para las dos siguientes citas. <<

[54] BArch R42/5281-5182, carta del 20-8-1942, y BA R38/0156-0157, carta del 25-1-1943. <<

[55] IfZArch, MA 617, rollo 1, lista del 14-2-1943. También tenía previsto elaborar un «preparado soluble de médula espinal (concentrado de sustancia neuronal)», véase *ibid*, conversación del 22-9-1943 con el doctor Mulli. <<

[56] De una carta de Morell a su esposa del 22-10-1942, National Archives Microfilm Publication T253/45. <<

[57] Respuesta del comisario del Reich Koch del 29-8-1942, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[58] IfZArch, MA 617, rollo 2, carta de Morell a Koch del 22-9-1942. <<

[59] Véase también la carta al doctor Möckel del 1-4-1944: «Me interesa tu fecunda labor científica, así como tu predilección por las drogas». Más sobre esta cuestión en las cartas de morell a Koch del 14 y 17-12-1943, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[60] Véase Schlögel, Karl, en *Die Zeit*, 30-10-2014, p. 19. <<

[61] Citado por Schenck, «Dr. Morell», *ibid*, p. 267. <<

[62] Carta de Morell a Koch del 16-10-1942, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[63] Carta de Koch del 31-10-1943. La orden afectaba a los mataderos de Vínnytsia, Kiev, Jmelnytski, Berdychiv, Zhytómyr, Dubno, Darnytsia, Kasatin, Kirovogrado, Bila Tserkva, Mykolaiv, Melitopol, Zaporiyia, Dnipropetrovsk, Poltawa, Kremenchuk, Uman y Kórosten. National Archives Microfilm Publication T253/42. <<

[64] Citado por Schenck, «Dr. Morell», *ibid*, p. 253. <<

[65] Vandenberg, Philipp, *Die heimlichen Herrscher: Die Mächtigen und ihre Ärzte*, Bergisch-Gladbach, 2000, p. 256. <<

[66] Carta de Morell a Amtmann Schuhmacher en Lemberg del 12-12-1943, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[67] Extraído de una orden emitida por el ayudante de campo del Führer: «Quien haga uso negligente o premeditado de material de explotación para fines no militares será considerado un saboteador», National Archives Microfilm Publication T253/36. <<

[68] IfZArch, MA 617, rollo 3, anotación de una conversación con el doctor Mulli del 9-10-1943 a las 22.35 horas. <<

[69] *Ibid*, carta de la empresa Hamma a Morell del 5-2-1945, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[70] Véase, por ejemplo, la carta de Morell al ministro del Reich Ohnesorge del 11-2-1944: «… me he permitido proponer que el Führer tenga a bien recibirle en alguna ocasión». National Archives Microfilm Publication T253/41. <<

[71] IfZArch, MA 617, rollo 3, carta de Mulli a Morell del 10-8-1943. <<

[72] Carta de Morell a Koch, 28-10-42, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[73] Borrador para una carta de Morell, «Betr. Herstellung neuer Arzneifertigwaren», 30-3-1944. National Archives Microfilm Publication T253/38. En dicho borrador también se dice lo siguiente: «Así que he desarrollado… un extracto inyectable a partir de hígados de vacuno procedentes de Ucrania y principios activos especiales añadidos. Este primer preparado hepático presenta una tolerancia inocua y ha demostrado una extraordinaria eficacia durante más de un año de pruebas, tanto en personal clínico conocido y amigo, como en la autoexperimentación… Estoy obligado a producirlo yo mismo porque en el mercado ya no se pueden conseguir especialidades equivalentes, y si no elaboro y administro mis propios medicamentos, mis pacientes —no me referiré ahora a lo importante que es preservar su salud— no podrán tener el debido tratamiento… En interés de la salud nacional y, especialmente, de mis pacientes, las dificultades burocráticas deberían poder salvarse de otra manera». <<

[*] Por lo demás, Goebbels también había tomado tanto gusto por la aguja que el doctor Weber, ayudante de Morell, comentó: «El señor *Reichsminister* tiene tantos bultos que ya no se le pueden poner más inyecciones». <<

[74] Anotación del diario de Goebbels del 20-3-1942. Citado por Gathmann, Peter y Martina Paul, *Narziss Goebbels-Eine Biografie*, Viena, 2009, p. 95.
<<

[75] Carta de Weber a Morell del 16-6-1943, National Archives Microfilm Publication T253/34. En esta carta también se informa de que Goebbels, tras recibir una inyección del preparado hepático de Morell, pasó tres días con dolor de cabeza agudo. <<

[76] BArch-Koblenz N 1348, «Führerbefehl zur Untersuchung einer Slibovicz-Probe auf Methylalkohol und andere schädliche Stoffe» («Orden del Führer para determinar la presencia de alcohol metílico y otras sustancias dañinas en una muestra de brandi de ciruelas»), 11-1-1944. Respuesta escrita del laboratorio de campo el mismo día: «Olor y gusto a brandi de ciruelas… No existe ninguna consideración sanitaria destacable en contra del consumo de esta muestra». <<

[77] Citado por Schenck, Ernst Günther, *Patient Hitler-eine medizinische Biographie*, Augsburgo, 2000, pp. 389 y ss. <<

[78] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 18-7-1943. <<

[79] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 6-12-1943. <<

[*] Klaus Mann anotó en su diario: «Por la hermosa estupidez de la farmacéutica he vuelto a conseguir pastillas de Eukodal». <<

[80] Citado por Yang, Rong, *Ich kann einfach das Leben nicht mehr ertragen-Studien zu den Tagebüchern von Klaus Mann (1931-1949)*, Marburgo, 1996, p. 107. <<

[81] Citado por Pieper, *ibid*, p. 57. <<

[82] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell del 18-7-1943, la misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[83] *Ibid*, «Special Entry of July 18, 1943». <<

[84] El opioide oxicodona, que es el principio activo del Eukodal, se distribuye con las denominaciones Oxygesic y Oxycontin en Estados Unidos, donde en 2010 registró unas ventas de 3500 millones de dólares y fue el quinto medicamento más solicitado. En Alemania, la oxicodona se conoce como Oxygesic, entre otros nombres, y es el opioide más recetado para administrar por vía oral. Actualmente, en el mercado alemán circulan legalmente 147 medicamentos acabados que contienen oxicodona, en su mayoría fórmulas *retard* (de absorción retardada del agente activo) destinadas principalmente al tratamiento de dolores crónicos. El preparado llamado Eukodal que Hitler recibió por primera vez en el verano de 1943 no se comercializa en Alemania desde 1990. <<

[85] Burroughs, William, *Naked Lunch*, 1959. Citado por: *Die Tageszeitung*, 5-2-2014, p. 15. <<

[86] Speer, *ibid*, p. 119. <<

[87] Citado por Katz, *ibid*, p. 280. <<

[88] Carta de Morell a Sievert del 26-8-1943, National Archives Microfilm Publication T253/45. <<

[89] Carta del farmacéutico Jost a Morell, 30-4-1942: «Dado que para justificar mi aprovisionamiento de cocaína y llevar el registro de las sustancias narcóticas necesito las recetas, le ruego encarecidamente que me envíe lo antes posible las 5 recetas, tal como exige la Ley de Narcóticos». National Archives Microfilm Publication T253/45. Véase también la carta del 10-10-43 en T253/39. <<

[90] Entonces se imprimía en tarjetas postales el siguiente lema propagandístico: «El Führer solo conoce la lucha, el trabajo y la preocupación. Vamos a librarle de la parte que podamos». <<

[91] Según Canetti, Elias, *Masse und Macht*, 1994, p. 330. <<

[92] Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher, Teil II, Diktate 1941-1945,* vol. 9, *Juli bis September 1943*, Múnich, 1987, pp. 456 y ss. <<

[93] Carta de Koch a Morell del 31-5-1943, National Archives Microfilm Publication T253/37. <<

[94] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 7-10-1943. <<

[95] *Ibid*, anotación de Morell, 21-11-1943. <<

[96] *Ibid*, anotación de Morell, 27-1-1944. <<

[97] Carta del secretario de Estado Köglmaier a Morell, 10-12-1943, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[*] Véase también a este respecto la «Observación al aviso de enfermedades de altos cargos» («Anmerkung zur Meldung von Krankheiten führender Persönlichkeiten») del 23 de diciembre de 1942, donde se dice lo siguiente: «No solo eximo a médicos, sanitarios y dentistas de la obligación de mantener su secreto profesional ante mi comisario general, el Dr. Karl Brandt, sino que también les conmino a informar inmediatamente al citado comisario general del diagnóstico positivo de cualquier enfermedad grave o trascendente contraída por cualquier personalidad del Estado, el Partido, la Wehrmacht, la economía, etc., que ostente un cargo dirigente o de gran responsabilidad. Firmado: Adolf Hitler». <<

[98] Speer, *ibid*, p. 339. <<

[99] Véase, por ejemplo, la carta de la señora Von Kries de la oficina de edecanes del Führer de la Wehrmacht, dirigida a Morell e 17-2-1943: «Andamos un poco de capa caída, por ello le agradeceríamos algún medicamento para ayudar. *Heil* Hitler!» (IfZArch, MA 617, Rolle 2). <<

[100] Carta de Morell del 1-12-1944, National Archives Microfilm Publication T253/37. <<

[101] A este respecto resulta también ejemplar la carta de una expaciente de Morell del 14-4-1944: «Hablamos mucho de ti y de vosotros, y estos recuerdos son como un reconstituyente que nos deja muy contentos». National Archives Microfilm Publication T253/38. <<

[102] BArch-Freiburg RH 12-23/1321, copia, Ph IV Berlin, 20-12-1943 «Herrn des Stabes» («Al Señor del Estado Mayor»). Véase también Holzer, ibid, pp. 254 y ss. <<

[103] BArch-Freiburg RH 12-23/1321, hoja 125 a, firmado: Schmidt-Brücken y Wortmann, farmacétuticos del Estado Mayor. <<

[104] «Hay que hacer entrega inmediata al departamento ZF Vi C de la Abwehr de 1 kg de clorhidrato de cocaína en los envases originales del fabricante». Véase BArch-Freiburg RH 12-23/1322, hoja 123, Wortmann al Parque Sanitario Principal, dpto. 1, 22-5-1944, confidencial. <<

[105] Información oral de Herta Schneider, citada por Toland, *ibid*, p. 920. <<

[106] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 9-1-1944. <<

[107] *Ibid*, anotación de Morell, 9-1-1944. <<

[108] *Ibid*, anotación de Morell, 29-1-1944. <<

[109] *Ibid*, carta de Morell a su mujer del 16-5-1940. <<

[110] Erich von Manstein fue juzgado en 1949 por crímenes de guerra ante un tribunal militar británico. Tras su puesta en libertad en 1953, asesoró oficiosamente hasta 1960 al recién creado Bundeswehr (el Ejército de la RFA) en calidad de único mariscal de campo superviviente de la Wehrmacht. En 1955 publicó *Verlorene* Siege («Victorias perdidas»), unas memorias en las que intentó justificar su comportamiento en la guerra de Rusia y descargar todas las responsabilidades que pudo en la figura de Hitler. <<

[*] En el momento de su detención, a la edad de 63 años, los estadounidenses hallaron al general y tanquista en la reserva con las manos temblorosas. Los cajones de su alojamiento estaban llenos de opiáceos y jeringuillas. <<

[111] Véase «Marshal von Kleist, Who Broke Maginot Line in 1940, Seized», en *The Evening Star*, Washington DC, 4-5-1945, p. 1. <<

[112] Informe de Hasselbach del 29-5-1946, p. 3, IRR-Personal Name Files, *ibid*, Box 8, National Archives at College Park, MD. <<

[113] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 14-3-1944. <<

[114] Según «Life History of Professor Dr. med. Theo Morell», p. 6, IRR-Personal Name Files, *ibid*, Box 8, National Archives at College Park, MD. <<

[115] Carta del doctor Stephan Baron von Thyssen-Bornemisza del 5-11-1943, National Archives Microfilm Publication T253/45. <<

[116] Se conoce solamente una parte de las sustancias que administró a todos estos pacientes (por ejemplo, existen notas sobre los tratamientos hechos a Mussolini). La otra parte se perdió, seguramente a causa del desconcierto del final de la guerra. <<

[117] IfZArch, MA 617, rollo 2, carta de Morell a Luise Funk, esposa del ministro de Economía del Reich, 12-5-1944. La presencia del ayudante tenía, posiblemente, otro motivo. En realidad, Morell quería que Weber, tal como este declaró, tuviera la confianza de Hitler para, en el momento oportuno, parecer él mismo prescindible y poder escapar del entorno inmediato del Führer. Entonces, Weber le sustituiría. Sin embargo, el plan de huida de Morell quedó en una simple idea. Nunca intentó, hasta que fue despedido, separarse del círculo más cercano al poder. <<

[118] BArch-Koblenz N 1348, anotaciones de Morell del 20 y 21-4-1944. <<

[119] Desde que dejó de haber hígados de Ucrania debido al avance del Ejercito Rojo, Morell recolectó «la totalidad de hígados parasitados» de Bohemia y Moravia, los cuales estaban plagados de distintas clases de trematodos, como la duela del hígado (*Fasciola hepatica*) y la duela pequeña del hígado (*Dicrocoelium lanceolatum*). Sin embargo, ello no molestaba al médico de cabecera; véase la carta del 28-10-1944 a Morell enviada por su empresa Hamma (T253/34) y la carta de Morell al ministro del Interior del Reich (T253/42): «… tras la pérdida de Ucrania se necesita una nueva fuente de materia prima. Por motivos conocidos, está claro que en el antiguo Reich no se puede disponer de la cantidad requerida de hígados totalmente aptos y sanos. Sin embargo, los denominados hígados parasitados son completamente adecuados para el procesamiento con extracto de hígado bajo determinadas medidas de precaución. De esta manera, un producto de desecho hasta hoy sin valor se podría transformar con todas las garantías en un medicamento de alta calidad». <<

[120] BArch-Koblenz N 1348, carta de Morell al ministro de Economía Funk, 12-5-1944. <<

[121] Citado por Katz, *ibid*, p. 245. <<

[122] *Ibid*, p. 161. <<

[123] Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher, Teil II, Diktate 1941-1945,* vol. 12, *April bis Juni 1944*, Múnich, 1987, p. 405. <<

[*] Otras fuentes explican que Hitler se pasó la mañana durmiendo porque nadie se había atrevido a despertarlo a pesar de la gravedad del momento. <<

[124] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 10-6-1944. <<

[125] *Ibid*, anotación de Morell, 14-7-1944. <<

[126] *Ibid*, anotación de Morell, 20-7-1944. <<

[127] Giesing, Erwin, «Bericht über meine Behandlung bei Hitler», Wiesbaden, 12-6-1945, Headquarters United States Forces European Theater Military Intelligence Service Center: OI-Consolidated Interrogation Report (CIR), National Archives at College Park, MD, p. 10. <<

[128] *Der Spiegel*, 24/1973, «Adolf Hitler: Aufriß über meine Person», pp. 103 y ss. <<

[129] *Ibid*. <<

[130] Schmidt, Paul, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-1945*, Bonn, 1950, p. 582. <<

[131] Benn, Gottfried, *Sämtliche Werke. Band I: Gedichte 1*, Stuttgart, 1986, p. 46. <<

[132] Giesing, *ibid*, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[133] Giesing anotaba los tratamientos que administraba a Hitler en un libro de bolsillo amarillo. Utilizando una clave secreta, escribía en latín y utilizaba una combinación de símbolos de invención propia. Véase Toland, John, *Adolf Hitler*, Bergisch Gladbach, 1977, p. 1013. <<

[134] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 5-8-1944. <<

[135] Giesing, *ibid*, la misma fuente para las dos siguientes citas. <<

[136] Aparte de la psicaína fabricada por Merck, de la que se decía que podía provocar arritmias en pacientes propensos. <<

[137] Kershaw, *ibid*, p. 943: «Se puede excluir que Hitler estuviera narcotizado por los opiáceos que recibía para aliviarle los espasmos internos o que fuera dependiente de la solución al 1% de cocaína que contenían las gotas para los ojos que Giesing le había recetado». Sin embargo, los hechos médico-históricos revelan que no eran gotas para los ojos al 1%, sino pincelaciones en la nariz y la faringe con una concentración del 10%. El biógrafo Fest también omite por completo la cocaína, mientras que el investigador Werner Maser —en quien, por otro lado, se basa Fest— describe con todo detalle las aplicaciones de la sustancia, si bien no extrae ninguna conclusión al respecto. <<

[138] Schenck, «Patient Hitler», *ibid*, p. 507. <<

[139] Véase Giesing, *ibid*, la misma fuente para las cinco siguientes citas sobre la cuestión. <<

[140] Toland, *ibid*, p. 1022. <<

[141] Giesing, *ibid*. <<

[142] Maser, *ibid*, p. 397. <<

[143] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 3-10-1944. <<

[144] Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant 1937-45*, Maguncia, 1980, p. 384. <<

[145] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 23/24-9-1944. Véase a este respecto la anotación de Morell del 17-10-1943. La dosis terapéutica diaria es de entre 0,005 y 0,01 gramos. Por consiguiente, Hitler pidió hasta cuatro veces más, lo cual supera inequívocamente una aplicación médica y acarrea fuertes efectos psicoactivos. <<

[146] Speer, *ibid*, p. 372. <<

[147] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 30-10-1944. <<

[148] *Ibid*, anotación de Morell, 4-10-1944. <<

[149] Citado en el informe de Giesing, p. 15, en «Hitler, Adolf - A composite Picture», Entry ZZ-6. In: IRR-Personal Name Files, RG NO. 319, Stack Area 230, Box 8, National Archives at College Park, MD. <<

[150] BArch-Koblenz N 1348, todas las citas de Morell sobre su encuentro con Von Ribbentrop, redactadas en el Hotel Regina Palast de Múnich el 6-6-1943. <<

[151] BArch-Koblenz N 1348, todas las citas extraídas de la carta del Bormann del 26-6-1944. <<

[152] BArch-Koblenz N 1348, menú manuscrito del 3-10-1944. <<

[153] Véase Liljestrand, G., *Poulsson's Lehrbuch für Pharmakologie*, Leipzig, 1944. <<

[154] Giesing, *ibid*. <<

[155] Citado por Katz, *ibid*, pp. 295 y ss. <<

[156] Giesing, *ibid*. <<

[157] El método empleado por Morell debía de ser insuficiente. Sobre la cuestión de la desinfección de jeringuillas, véase «Alkohol und Instrumentensterilisation», en *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, vol. 67, 1941, donde se dice que «el alcohol debería eliminarse de la esterilización de jeringuillas». <<

[158] Giesing, *ibid*, conversación de Giesing con Hitler del 2-10-1944. <<

[159] Giesing, *ibid*, la misma fuente para las dos citas siguientes atribuidas a Himmler. <<

[160] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-10-1944, e *ibid*, carta de Bormann al jefe de prensa del Reich, 10-10-1944. <<

[161] *Ibid*, anotación de Morell del 8-11-44, la misma fuente para las dos siguientes citas. <<

[162] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 7-11-1944. <<

[163] Carta a Bernhard Wenz del 23-10-1944, National Archives Microfilm Publication T253/36. <<

[164] IfZArch, MA 617, rollo 1. <<

[165] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 9-11-1944. <<

[166] IfZArch, MA 617, rollo 3, carta del catedrático Nissle a Morell, 1-3-1943. <<

[167] IfZArch, MA 617, rollo 1. La misma fuente para la siguiente recopilación. <<

[168] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 8-12-1944. <<

[169] *Ibid*, anotación de Morell, 3-11-1944. <<

[170] *Ibid*, anotación de Morell, 15-4-1945. <<

[171] *Ibid*, anotación de Morell, 11-11-1944, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[172] *Ibid*, anotación de Morell, 16-11-1944, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[173] *Ibid*, anotación de Morell, 20-10-1944. <<

[174] *Ibid*, anotación de Morell, 1-11-1944. <<

[175] *Ibid*, anotación de Morell, 30-10-1944. <<

[176] *Ibid*, anotación de Morell, 31-10-1944. <<

[177] *Ibid*, anotación de Morell, 8-11-1944. <<

[178] Giesing, *ibid*. <<

[179] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 18-7-1943 y 29-9-1944.
<<

[180] Véase Toland, *ibid*, p. 1013. <<

[181] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell del 30-9-1944, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[182] *Ibid*, anotación de Morell, 21-11-1944. <<

[183] *Ibid*, anotación de Morell, 24-11-1944. <<

[184] *Ibid*, anotación de Morell, 27-11-1944. <<

[185] Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, vol. VI, Fráncfort, 1986, p. 561. <<

[186] Römpp, Hermann, *Chemische Zaubertränke*, Stuttgart, 1939. <<

Parte IV: Últimos excesos: sangre y tierra (y drogas) (1944-1945)

[1] Wagner, Richard, *Tristán e Isolda* (estrenada en 1895), acto 3.º, escena 1.ª (Kurwenal). <<

[2] Luck, Hans von, *Mit Rommel an der Front*, 3.ª edición, Hamburgo, 2006, p. 103. <<

[3] Härtel-Petri, Roland, *Crystalspeed-Crystal-Meth-Kristallines N-Methamphetamin, eine kurze Einführung*, Bezirksklinik Hochstadt, p. 50, véase también: Klee, H. (ed.), *Amphetamine Misuse: International Perspective on Current Trends*, Ámsterdam, 1997, pp. 181-197. <<

[4] Después de la guerra apenas se hablaba de problemas de adicción. Los efectos sobre la sociedad de la década de 1950 solo se han tratado en contadas ocasiones. Un ejemplo es la película de Billy Wilder *Uno, dos, tres* ambientada en Berlín, donde el personaje del director de la Coca-Cola C. R. MacNamara, interpretado por James Cagney, pide un café y «solo dos pervitinas. Hoy va a ser un día duro». <<

[5] Landesarchiv Berlin, A Rep. 250-02-09 Temmler. <<

[6] BArch-Berlin R86/4265: El 17 de enero de 1944, la empresa Temmler obtuvo otro permiso para la producción de pervitina en sus instalaciones. Véase también en este contexto la carta del paciente Gorrissen a Morell del 8 de noviembre de 1944, la cual arroja algo de luz sobre el estado de ánimo de la población de edad avanzada en el estado nacionalista: «Para mí es muy importante sentirme en forma. Por ejemplo, cada vez que tengo que bajar a la ciudad (o, más importante todavía, cuando vuelvo de la ciudad y tengo que hacer los 12 minutos de subida) suelo tomar antes media o una pastilla de pervitina, la cual reanima a un cuerpo cansado como el mío, pero tampoco es bueno tomarla demasiado porque, al final, uno puede volverse "adicto", como dice mi médico de distrito. Como se imaginará, a nadie le gusta ir tirando físicamente como un vejestorio, y menos todavía si uno se siente mentalmente en perfecto estado y se acuerda de la fuerza que tenía hace apenas diez años». National Archives Microfilm Publication T253/38.
<<

[7] BArch-Freiburg RH 12-23/1930. El orden del día no deja lugar a dudas: «9.30 horas: “Estructura química y obtención de sustancias potenciadoras, especialmente cafeína y pervitina”, por el catedrático Dr. Schlemmer del Instituto Farmacéutico de la Universidad del Reich de Estrasburgo. 10 horas: “Farmacología de sustancias potenciadoras”, por el oficial médico Dr. Brock de la Academia de Medicina de la Luftwaffe en Berlín. 10.20 horas: “Aplicación médica de sustancias potenciadoras”, por el oficial médico catedrático Dr. Uhlenbruck». <<

[8] BArch-Freiburg RH 12-23/1611, oficial médico Dr. Soehring, «Uso de morfina-pervitina en los transportes de heridos», 23-11-1944, la misma fuente para la citasiguiente. <<

[9] «Interrogation report on one German Naval PW», en: Entry 179, Folder 1, N 10-16, RG NO. 165, Stack Area 390, Box 648, National Archives at College Park, MD. <<

[10] OKW 829/44.Geh., citado por Pieper, *ibid*, p. 142. <<

[11] Whitman, Walt, *Specimen Days & Collect*, Filadelfia, 1883, p. 80. <<

[12] Below, *ibid*, p. 366. <<

[13] Nöldeke, Hartmut, y Volker Hartmann, *Der Sanitätsdienst in der deutschen U-Boot-Waffe*, Hamburgo, 1996, p. 211. <<

[14] Orzechowski también coincidió en Carnac con Ranke en octubre de 1942. Se desconoce sobre qué hablaron. Otto Ranke apenas se prodigó en la última fase de la guerra con respecto a la pervitina, sino que se dedicó a otras cuestiones relacionadas con la fisiología de defensa. Después de la contienda fue catedrático de Fisiología en la Universidad de Erlangen, donde murió en 1959 a causa de una enfermedad cardíaca. En su obituario publicado en el *Klinische Wochenschrift* (vol. 38, n.º 8, 1960, pp. 414 y 415) no aparece la palabra «pervitina». <<

[15] BArch-Freiburg N 906, diario de guerra no publicado de ArminWandel, 26-2 al 12-4-1944. <<

[16] *Ibid*. <<

[17] Bekker, Cajus, *Einzelkämpfer auf See - Die deutschen Torpedoreiter, Froschmänner und Sprengbootpiloten im Zweiten Weltkrieg*, Oldemburgo y Hamburgo, 1968, pp. 160 y ss. <<

[18] BArch-Freiburg N 906, del informe *Bericht über Gesundheitslage des Kdo. d.K. und Hygiene des Einzelkämpfers*, asunto secreto. Se nombran los siguientes alimentos: «Bocadillo con pan blanco, pan de especias, chocolate, glucosa, algo de fruta, café puro caliente en botella térmica y, para el Seehund, además, conservas de pescado». El objetivo de la dieta intencionadamente pobre en fibras era «… evitar las ganas de defecar con un aporte calórico sobrado». <<

[19] BArch-Freiburg RM 103-10/6, diario médico de guerra del mando de las unidades de combate de bolsillo, 1-9-1944 al 30-11-1944, por el doctor Richert, p. 5, anotación del 11-10-1944, la misma fuente para las cuatro citas siguientes. <<

[20] De todos modos, el almirante Heye no tuvo reparos en evaluar los resultados de los experimentos con seres humanos realizados en los campos de concentración. Así, admitió las propuestas que el catedrático doctor Holzlöhner, responsable de los crueles «experimentos con frío» realizados con los reclusos de Dachau, le presentó para mejorar la ropa de invierno de sus bañistas de combate y «que su empleo sea posible también con temperaturas acuáticas más bajas. Teniendo en cuenta los conocimientos específicos del catedrático Holzlöhner en el campo de la prevención de la hipotermia, se solicita su asesoramiento al respecto». BArch-Freiburg, RM 103-10/6, diario de guerra de Richert, anotación del 23-10-1944. <<

[21] Véase también: Sudrow, Anne, *Der Schuh im NationalsozialismusEine Produktgeschichte im deutsch-britisch-amerikanischen Vergleich*, Gotinga, 2010, pp. 511 y ss. <<

[22] Gottfried, Claudia: «Konsum und Verbrechen-Die Schuhprüfstrecke im KZ Sachsenhausen», en LVR-Industriemuseum Ratingen, *Glanz und Grauen: Mode im «Dritten Reich»*, Ratingen, 2012, p. 48. <<

[23] BArch-Freiburg RM 103-10/6, diario de guerra médico del mando de las unidades de combate de bolsillo, 1-9-1944 al 30-11-1944, doctor Richert, anotación del 16 al 20-11-1944, así como el informe de Richert sobre los experimentos en Sachsenhausen. <<

[24] Nansen, Odd, *Von Tag zu Tag. Ein Tagebuch*, Hamburgo, 1949, p. 228.
<<

[25] BArch-Freiburg RM 103-10/6, diario de guerra médico del mando de las unidades de combate de bolsillo, 1-9-1944 al 30-11-1944, doctor Richert, anotación del 16 al 20-11-1944, así como el informe de Richert sobre los experimentos en Sachsenhausen. Todas las citas de este fragmento. <<

[26] «Interrogation report on one German Naval PW», *ibid*, p. 12. <<

[27] Al término de cada fase de instrucción se añadía una franja roja en la aleta dorsal, *ibid*, p. 5. <<

[28] Nöldeke, *ibid*, pp. 214 y ss., la misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[29] *Ibid*, pp. 216 y ss., la misma fuente para las dos citas siguientes. <<

[30] BArch RM 103/11, mensaje radiado de Heye del 3-4-1945. <<

[31] El informe de Estados Unidos fue preparado por el teniente coronel A. H. Andrews Jr., (MC) USNR, y el teniente T. W. Broecker USNR, en RG NO. 319, Stack Area 270, IRR Files, Box 612, National Archives College Park, MD. <<

[32] Dachau, situado a las puertas de la capital bávara, fue el primer campo de concentración construido en Alemania (1933). Desde el principio, allí se mezcló la «gestión sanitaria» nacionalsocialista con el racismo biológico. Nada simbolizaba mejor este binomio que el Instituto de Botánica Medicinal y Nutrición (Institut für Heilpflanzenkunde und Ernährung) que el jefe de las SS Heinrich Himler había mandado crear por recomendación de su inspector de Nutrición, Günther Schenck. En el que fue el jardín de hierbas medicinales más grande de Europa, los presos del campo de concentración debían cultivar, en doscientas hectáreas de tierra y bajo directrices biodinámicas, todas las drogas vegetales y hierbas medicinales que necesitara Alemania para la guerra. La práctica totalidad de las especias y sustancias curativas naturales empleada en la Wehrmacht y las SS se cultivaba, cosechaba, secaba y empaquetaba en Dachau. El motivo era, una vez más, alcanzar la independencia importadora, tal como confirmó el director de la Oficina Principal para la Salud Popular (Hauptamt für Volksgesundheit): «El elevado consumo de remedios vegetales en la guerra necesita una organización que, en un momento dado, esté en disposición de reponer la falta de drogas extranjeras». Los campos de gladíolos proporcionaban vitamina C e incluso se cultivaba un sucedáneo de la pimienta que un orgulloso Himmler bautizó como «pimienta de Dachau». Según explicó Rudolf Höss —*Rapportführer* encargado de pasar lista en el campo de concentración de Dachau y, a partir de 1940, comandante del campo de exterminio de Auschwitz—, el objetivo era «mantener al pueblo alemán alejado de las nocivas especias extranjeras y medicamentos artificiales y sustituirlos por condimentos sabrosos e inofensivos y hierbas medicinales naturales» (Pieper, *ibid*, p. 282). Todo lo alemán siempre era más saludable, mientras que lo no alemán debía ser erradicado. Las labores en la «plantación» de Dachau eran realizadas por pelotones de trabajos forzados. La superficie cultivada, contigua a los terrenos del campo de concentración, estaba fuertemente vigilada y el trato cruel estaba a la orden del día. Los religiosos polacos eran los preferidos para someter al maltrato

de los trabajos forzados. Para Himmler, los «jardines de hierbas» de Dachau eran indispensables para hacer de sus SS un imperio económico: investigar y producir aprovechando totalmente las casi inagotables posibilidades explotadoras del sistema de campos de concentración eran la clave para convertir su organización terrorista en un *global player* con el propio Himmler ejerciendo de CEO. Ello incluía distintas sociedades de responsabilidad limitada de las SS, como el Laboratorio Alemán para la Alimentación y la Manutención (Deutsche Versuchsanstalt für Ernährung und Verpflegung GmbH), las Casas de Reposo para una Salud y Forma de Vida Naturales (Erholungsheime für naturgemäße Heil u. Lebensweise GmbH) o Remedios Alemanes (Deutsche Heilmittel GmbH), así como el control del mercado del agua carbonatada en la Europa ocupada o, en Dachau, aparte de la elaboración de especias y drogas naturales, también los experimentos médicos con seres humanos. Estos los llevó a cabo en el campo de concentración sobre todo la Luftwaffe para saber, por ejemplo, a qué altura de vuelo se colapsa el organismo o cómo se puede sobrevivir a caídas en agua de mar gélida. Para ello, los presos eran expuestos a alturas simuladas en cámaras hiperbáricas y sumergidos en baños helados. También se realizaron pruebas bioquímicas para el tratamiento de infecciones de heridas y experimentos con la malaria. Los beneficiarios de estos últimos eran los colonos alemanes en las zonas meridionales de la Unión Soviética, Crimea o el Cáucaso. Los experimentos con drogas también formaron parte de esta tortura pseudocientíficamente legitimada. <<

[*] Anteriormente ya se habían utilizado dosis elevadas de pervitina con Georg Elser, autor de uno de los atentados contra Hitler, para hacerle hablar tras su detención y descubrir posibles instigadores, pero el intento no tuvo éxito. <<

[33] Ya en 1938, el catedrático Ernst Holzlöhner —quien a partir de 1942 dirigiría los experimentos con frío de la Luftwaffe— investigó con reclusos los efectos de narcóticos y armas tóxicas sobre el sistema nervioso central. En sus indagaciones también empleó pervitina para, entre otras cosas, averiguar «cómo actua sobre el organismo durante los saltos con paracaídas» (Mitscherlich, Alexander und Fred Mielke, *Medizin ohne Menschlichkeit. Dokumente des Nürnberger Ärzteprozesses*, Fráncfort, 1978, p. 28). <<

[34] Canetti, Elias, *ibid*, p. 317. <<

[35] Harvard University/Francis D. Countway Library of Medicine/Henry K. Beecher Papers/H MS c64/Box 11, f75, U. S. Naval Technical Mission in Europe: Technical Report n.º 331-345, la misma fuente para la cita siguiente. <<

[36] Los experimentos de la Luftwaffe en Dachau fueron el capital que Hubert Strughold utilizó como moneda de cambio en sus negociaciones con los estadounidenses. En el marco de la Operación Paperclip, él y Wernher von Braun, cuyos cohetes V2 sirvieron de prototipos para los misiles de crucero, se convirtieron en los precursores de la ciencia aeroespacial estadounidense, la cual desarrolló, por ejemplo, los misiles balísticos Pershing II que tuvieron un papel decisivo para Estados Unidos en el período de la guerra fría de finales de la década de 1980. <<

[37] Picker, Henry (ed.), *Hitlers Tischgespräche im* Führer *hauptquartier*, Múnich, 2003. Citado por Pieper, *ibid*, p. 270. <<

[38] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell del 9 y 10-12-1944. <<

[39] *Ibid*, anotación de Morell del 8 y 9-12-1944. <<

[40] *Ibid*, anotación de Morell, 11-12-1944. <<

[41] Citado por Schmölders, Claudia, *Hitlers Gesicht: eine physiognomische Biographie*, Múnich, 2000, p. 210. <<

[42] Shirer, William L., *Aufstieg und Fall des Dritten Reiches*, Colonia/Berlín, 1971, p. 997. <<

[43] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 11-12-1944. <<

[44] *Ibid*, anotación de Morell, 19-12-1944. <<

[45] *Ibid*, anotación de Morell, 31-12-1944. <<

[46] Goebbels, Joseph, en *Das Reich - Deutsche Wochenzeitung*, 31-12-1944, editorial, pp. 1 y ss. <<

[47] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 2-1-1945. <<

[48] Pieper, *ibid*, p. 103. <<

[49] «He visto la aguja y el daño que ha provocado… Cada adicto es como una puesta de sol». Young, Neil, «The Needle and the Damage Done», *Harvest*, 1972. <<

[50] «Conditions in Berlin, March 1945», en: SIR 1581-1582, RG NO. 165, Stack Area 390, Row 35, Box 664, P. 1. National Archives at College Park, MD. <<

[51] Fischer, Hubert, *Die militärärztliche Akademie 1934-1945*, Osnabrück, 1985 (1975), p. 23. <<

[52] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 17-2-1945. <<

[53] Estas tampoco estaban exentas de problemas, tal como el propio Morell admitió. Véase su nota de conversación del 22-3-1945: «Información de que el nuevo preparado hepático es tóxico en todas las ampollas comprobadas en Olomouc. Imposible su distribución». Un telegrama de Morell a la empresa Kosoluper Farbenfabriken del 18-3-1945 redunda en lo mismo: «Comprobación de ampollas en Olomouc, todas inservibles porque no son estériles y, por consiguiente, son tóxicas. No utilizar en ningún caso. Prof. Morell». National Archives Microfilm Publication T253/39. <<

[54] «… solicito autorización para sacar al mercado el preparado Hypophysen-Total-Extrakt-Hamma, que se comercializará en grageas y ampollas». Carta de Morell del 24-2-1945, National Archives Microfilm Publication T253/35. <<

[55] «A comienzos de 1945, la situación se volvió algo tensa en lo relativo a los alcaloides, dado que los fabricantes no tenían capacidad para producir cantidades suficientes debido a los constantes ataques aéreos», anotación del 10-4¬-1945, en: 0660 Germany (Postwar) 1945-1949, Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs: Subject Files, 1916-1970, Record Group 170; National Archives at College Park, MD. <<

[56] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 13-2-1945 y 17-2-1945.
<<

[57] Bezymenskii, Lev, *Die letzten Notizen von Martin Bormann: ein Dokument und sein Verfasser*, Múnich, 1974, p. 191. <<

[58] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 22 y 23-3-1945. <<

[59] Haffner, *ibid*, p. 51. Lo único exagerado es la cara de sufrimiento, muy poco verosímil, que pone el actor Bruno Ganz en la cinta alemana *El hundimiento*. Una interpretación creíble del verdadero suplicio del síndrome de abstinencia es la que ofrece Damian Lewis en la serie de televisión estadounidense *Homeland* cuando, en el papel del sargento Brody, las pasa canutas con el *mono* tras su tóxico paso por Venezuela. <<

[60] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 5-3-1945. <<

[61] *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg, 14. November 1945-1. Oktober 1946*, vol. 41, Múnich, 1984, p. 430. <<

[62] BArch-Koblenz N 1348, anotación de Morell, 20-4-1945. <<

[63] Carta de Morell a su químico Mulli del 20-4-1945, citado por Schenck, «Patient Hitler», *ibid*, p. 50. <<

[64] *Life History of Professor Dr. Med. Theo Morell*, p. 6, XE051008, National Archives at College Park, MD. <<

[65] Long, Tania, «Doctor Describes Hitler Injections», en *New York Times*, 22-5-1945, p. 5 (todas las citas del despido de Morell). <<

[66] Copia de una carta de la empresa Hamma al departamento de Sociedades de la Delegación de Hacienda de Hamburgo, National Archives Microfilm Publication T253/39. <<

[67] Hartmann, Christian, *Unternehmen Barbarossa: der deutsche Krieg im Osten 1941-1945*, Múnich, 2011, p. 81. <<

[*] Cuando los Aliados lo detuvieron, Göring llevaba consigo una maleta con 24 000 pastillas de opioides (sobre todo Eukodal) y consumía cada día veinte veces la dosis corriente. En el Palace Hotel de Gondorf (Luxemburgo) donde estuvo recluido, los guardias y médicos estadounidenses le redujeron paulatinamente esta cantidad. <<

[68] BArch-Koblenz N 1128, legado de Adolf Hitler, testamento personal de Hitler. <<

[69] Véase Bekker, *ibid*. <<

[70] BArch-Koblenz N 1348, legado de Theodor Morell. Véase el informe de Karl Brandt sobre Morell del 19-9-1945, p. 2. <<

[71] Tucídides, *Der Peloponnesische Krieg*, Wiesbaden, 2010. <<

[72] Haffner, *ibid*, pp. 97 y ss. <<

AGRADECIMIENTOS

[1] Eckermann, Johann Peter, *Gespräche mit Goethe*, Fráncfort, 1987, p. 496. <<